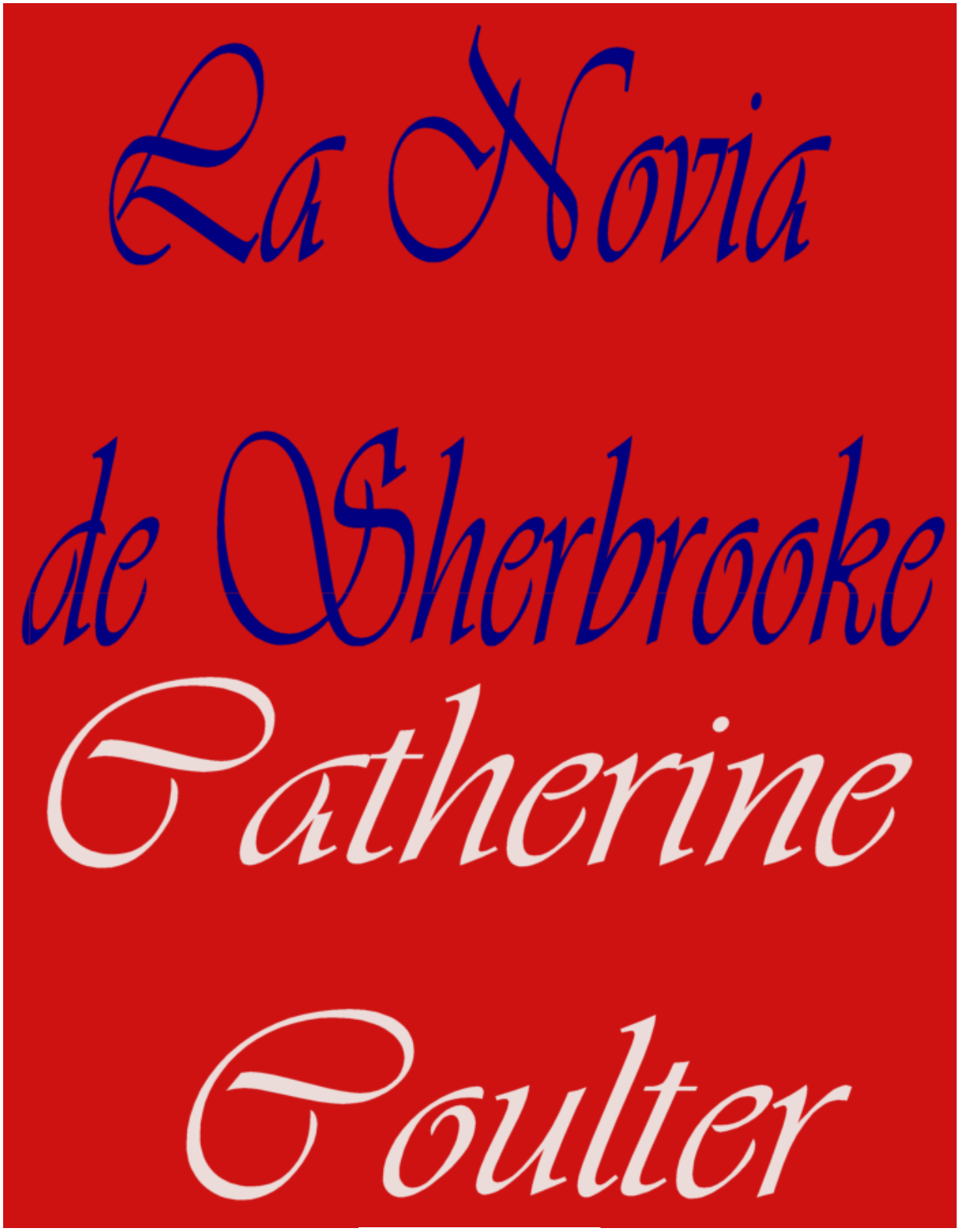
La Novia de Sherbrooke
Catherine Coulter



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Northcliffe Halkl
Cerca de New Romney, Inglaterra
Mayo de 1803

- La vi anoche, ¡la novia virgen!
- Oh, no. ¿En serio, Sinjun? ¿Juras que viste al fantasma?

Se oyeron jadeos de asombro y dos gritos nerviosos en los que se mezclaban la excitación y el miedo.

- Sí, tenía que ser la novia virgen.
- ¿Te dijo ella que era virgen? ¿Dijo algo? ¿No te asustaste? ¿Era blanca completamente? ¿Gimió? ¿Parecía más muerta que viva?

Sus voces se hicieron más débiles, pero él siguió oyendo jadeos de asombro y las risitas que se alejaban de la puerta abierta de su gabinete.

Douglas Sherbrooke, conde de Northcliffe, cerró la puerta con firmeza y se dirigió a su escritorio. ¡Aquel maldito fantasma! Se preguntó si los Sherbrooke estarían condenados a soportar las increíbles historias sobre aquella desgraciada doncella por toda la eternidad. Miró la pulcra pila de papeles, suspiró, luego tomó asiento y dejó que su mirada se perdiera en el vacío.

El conde frunció el entrecejo. Era cosa que solía hacer en aquellos días, porque estaban siempre encima de él, no le dejaban en paz un momento, ni un solo segundo. No cesaban de recordarle, con tono tan amable como insistente, día tras día, e introduciendo ligeras variaciones, que debía casarse y dar un heredero al condado. Estaba envejeciendo, a cada minuto que transcurría iba perdiendo virilidad, una virilidad que, según ellos, estaba malgastando, puesto que de su semilla nacerían futuros Sherbrooke, y esa maravillosa semilla debía utilizarse legítimamente y no esparcirse al azar por ahí, como advertía la Biblia.

Cumpliría treinta años el día del arcángel San Miguel, le recordaban todos esos tíos, tías, primos y viejos criados que lo conocían desde que había salido chillando del vientre de su madre y todos aquellos infames y burlones amigos suyos que, en cuanto captaron la idea, se dedicaron con entusiasmo a soltarle sus impertinencias. El conde los miraba a todos con ceño, igual que ahora, y les decía que no iba a cumplir treinta años el día del ancángel San Miguel, sino veintinueve, y que, por tanto, ese día, en ese momento, tenía veintiocho y que, por amor de Dios, era mayo todavía, no septiembre. Apenas había transcurrido el año; ni siquiera se había acostumbrado a decir que tenía veintiocho en lugar de veintisiete. A él no le parecía una edad excesiva, tan sólo suficiente.

El conde miró el reloj de oro que había sobre la repisa de la chimenea. ¿Dónde estaba Ryder? Maldita sea, su hermano sabía perfectamente que sus reuniones se celebraban siempre el primer martes de cada trimestre, allí, en el gabinete privado de Northcliffe may, a las tres en punto. Por supuesto, el hecho de que el conde hubiera iniciado aquellas reuniones trimestrales hacía nueve meses, cuando concluyó su servicio en el ejército, justo después de la firma de la Paz de Amiens, no era excusa para que Ryder llegara tarde a su tercera reunión. No, habría de censurar a su hermano, por mucho que el administrador de Douglas, Leslie

Danvers, un joven de hábitos industriosos y fastidiosa memoria, había tenido que recordarle al conde una hora antes la reunión con su hermano.

La súbita visión de Ryder irrumpiendo en la habitación con el pelo revuelto, oliendo a cuero, a caballo y a mar, vivaz como el viento, mostrando sus blancos dientes y casi puntual (sólo pasaban cinco minutos de la hora) hizo olvidar al conde su ira. Después de todo, Ryder se acercaba también a una edad importante. Estaba a punto de cumplir los veintiséis.

Debían mantenerse unidos.

- ¡Dios, éste es un bonito día, Douglas! He estado cabalgando con Dorothy por los riscos, no hay nada comparable, te lo digo yo, ¡nada! – Ryder se sentó, cruzó las piernas enfundadas en ante y obsequió a su hermano una vez más con su sonrisa de dientes blancos.

Douglas balanceó la pierna que tenía doblada.

- ¿Has conseguido mantenerte encima del caballo?

La sonrisa de Ryder se hizo aún más amplia. De cerca, sus ojos parecían algo borrosos. Tenía la mirada de un hombre ahíto, mirada con la que el conde se estaba familiarizando, así que suspiró.

- Bueno –dijo Ryder, tras un nuevo intervalo de silencio-, si insistes en estas reuniones trimestrales, Douglas, habré de hacer algo para que funcionen.
- ¿Y Dorothy Blalock?
- La viuda Blalock es suave y huele de maravilla, hermano, y sabe cómo complacer a un hombre. Ah, sabe muy bien cómo hacerlo. Además, no se pillará los dedos. Es demasiado lista para eso mi Dorothy.
- Sabe montar a caballo –afirmó Douglas-. Eso lo admito.
- Sí, y no es lo único que sabe montar.

Douglas necesitó de una intensa concentración para reprimir una sonrisa. Él era el conde, el cabeza de la extensa familia Sherbrooke. En aquel mismo momento, y pese a la inteligencia de la tal Dorothy, tal vez había otro Sherbrooke en camino.

-Empecemos –dijo Douglas, pero no consiguió engañar a Ryder, había visto cómo el labio de su hermano forcejeaba; el joven se echó a reír.

-Sí, eso –convino, se levantó y se sirvió un coñac. Alzó luego la licorera hacia Douglas.

-No, gracias. Bien –prosiguió Douglas, leyendo la primera hoja que tenía delante-, hasta este trimestre tienes cuatro hijos varones completamente sanos y cuatro hijas completamente sanas. El pobrecito Daniel murió durante el invierno. La caída de Amy no parece haber dejado secuelas en su pierna. ¿Estamos al día?

- Tendré otro hijo en agosto. La madre parece robusta y sana.
- Muy bien –suspiró Douglas-. ¿Su nombre? –Escribió el que Ryder le dio; luego levantó la cabeza-. ¿Es correcto ahora?

La sonrisa de Ryder se esfumó. El joven apuró la copa de coñac.

- No. Benny murió de fiebres la semana pasada.
- No me lo dijiste.

Ryder se encogió de hombros.

- Ni siquiera había cumplido el año, pero era tan listo, Douglas. Yo sabía que estabas ocupado con esa visita a Londres, al Ministerio de la Guerra, y el funeral fue sencillo. Así lo quiso su madre.
- Lo siento. –Dougrlas frunció el ceño, un hábito que Ryder había notado y que le disgustaba profundamente, y dijo-: Si el bebé nacerá en agosto, ¿por qué no me hablaste de él en nuestra última reunión trimestral?

- La madre no me lo había dicho –contestó Ryder-, porque temía que no deseara acostarme más con ella. –Se detuve ante la ventana salediza y miró el jardín que se extendía hacia el este-. Muchacha tonta. Entonces no adiviné que estaba encinta, aunque supongo que podría haberlo sospechado. Ahora ya está bastante gorda. Bien pudiera ser que me diera gemelos.

Ryder se apartó de la ventana y echó otro trago de coñac.

- Lo olvidaba, Douglas. También está Nancy.

Douglas dejó caer la hoja de papel.

- Nancy Arbuckle, la hija del pañero de High Street, en Rye. Está encinta, mi pequeña. Lo tendrá en noviembre, según parece. Se deshizo en lágrimas y ayes hasta que le dije que no debía preocuparse, que los Sherbrooke siempre se ocupan de los de su sangre. Incluso es posible que se case con un capitán de barco al que no le importa que vaya a tener un hijo de otro hombre.

- Bueno, ya es algo. –Douglas anotó el nuevo nombre y luego alzó la vista-. Actualmente mantienes a siete hijos y sus correspondientes madres. Has dejado embarazadas a dos mujeres más, cuyos respectivos hijos nacerán este año.

- Creo que es correcto. No olvides la posibilidad de que sean gemelos ni la de que Nancy se case con su capitán.

- ¿Es que no puedes mantener la maldita verga dentro de los pantalones?

- No más que tú, Douglas.

- Muy justo, pero ¿por qué no te retiras de la mujer antes de implantar tu semilla?

Ryder se ruborizó, algo muy raro en él, y declaró con tono de disculpa:

- Al parecer no consigo pensar con la cabeza. Ya sé que no es excusa, pero parece que no pueda retirarme una vez estoy dentro, por así decirlo. –Clavó la mirada en su hermano-. No soy un maldito pescado frío como tú, Douglas. Tú podrías apartarte hasta de un ángel. ¿No pierdes nunca la cabeza, no te da nunca vueltas? ¿No deseas nunca seguir empujando y empujando, y sencillamente no piensas en las consecuencias?

- No.

Ryder suspiró.

- Bueno, yo no soy tan disciplinado como tú. ¿Sigues teniendo sólo dos hijos?

- No, el más pequeño murió mientras yo estaba en Londres. Ahora sólo queda Cynthia, una dulce niña de cuatro años.

- Lo siento.

- Su muerte era sólo cuestión de tiempo, como no dejaban de repetir los médicos a su madre. La razón de mi viaje a Londres no fue sólo ver a lord Avery del Ministerio de la Guerra, sino también visitar a Elizabeth. Me escribió para hablarme del estado del niño. En realidad sus pulmones no llegaron a desarrollarse correctamente. –Douglas sacó una hoja en blanco de un pliego y ajustó los números del último trimestre.

- Tu lujuria se está volviendo costosa –declaró tras unos instantes-. Condenadamente costosa.

- Deja de fruncir el ceño, Douglas. Eres asquerosamente rico, igual que yo. El tío abuelo Brandon se alegraría de que la herencia que me legó se usara de tan excelente forma. Fue un viejo libertino hasta los ochenta, al menos eso me dijo él. Era un fanfarrón de cuidado.

>> Siempre estás diciendo que nuestros bastardos son responsabilidad nuestra y estoy de acuerdo contigo. También estoy de acuerdo con este plan tuyo,

porque nos asegura que no se nos escapará ninguno. ¡Qué gran general habrías sido! Es una lástima que tuvieras que dejar el ejército cuando sólo eras comandante.

Ryder reía cuando se abrió la puerta de la habitación. Levantó los ojos y vio a su hermano menor entrar con cierta timidez.

- Ah, aquí tenemos a Tysen. Entra, hermano, nuestra reunión está a punto de acabar. Douglas ya me ha contado cómo la lujuria se encuentra a punto de agujerearme los bolsillos. Ahora está ultimando sus cálculos, una magra cantidad, sobre todo si consideramos lo que podría hacerse con más campos disponibles para arar, sembrar y cultivar.
- ¿Qué reunión? –quiso saber Tysen Sherbrooke-. ¿Qué cantidades? ¿Qué campos?

Ryder lanzó una mirada a Douglas, que se limitó a encogerse de hombros y volvió a sentarse con los brazos cruzados sobre el pecho. Tenía el aspecto irónico, y Ryder no lo hubiera conocido tan bien, habría creído que estaba más enfadado que divertido.

- Mira hermano –empezó a decir Ryder dirigiéndose a Douglas-, Tysen quiere ser vicario. Es importante que comprenda las debilidades masculinas que, hablando sin remilgos, se reducen básicamente a la lujuria. Atiéndeme, Tysen, ésta es nuestra reunión trimestral para determinar cuántos bastardos Sherbrooke existen por el momento.

Tysen se lo quedó mirando fijamente, luego desvió sus ojos lastimeros hacia Douglas.

- ¿Vuestra qué?
- Ya me has oído – respondió Ryder-. Casi tienes veintiún años, Tysen. Ya es hora de que asistas a nuestras reuniones. ¿No crees que es hora de que lo incluyamos, Douglas? Después de todo, no queremos que nos endilgues un bastardo totalmente desconocido para nosotros, ¿verdad? Piensa en nuestra reputación. Muy bien, muchacho, ¿has dejado encinta a alguna chica de la localidad?

Tysen parecía a punto de sufrir una apoplejía.

- ¡Por supuesto que no! ¡Jamás haría algo tan despreciable! Voy a ser un hombre de Dios, un vicario, un pastor que conducirá a un rebaño recto y devoto y ...

Ryder puso los ojos en blanco.

- ¡Basta, por favor! Es inaudito que un Sherbrooke hable así, y que encima se lo crea. Le dan ganas a uno de vomitar. Ah, bueno, es una pena que seas lo que pareces, Tysen, pero la esperanza es lo último que se pierde, sobre todo cuando uno es optimista.
- ¿Va el optimismo cogido de la verga con la lujuria? –preguntó Douglas sin dirigirse a nadie en particular.

Ryder se echó a reír y Tysen se quedó estupefacto. Sabía que sus hermanos eran hombres de mundo, que conocían muchas cosas en la que él raras veces pensaba, pero ¿a qué venía esa broma de mal gusto. Una reunión para contar bastardos? El sudor perló la frente de Tysen, quien fue acercándose lentamente a la puerta.

- Por lo menos sonríe, Tysen –comentó Douglas-. Un vicario también puede tener sentido del humor, ¿sabes?
- Oh, no –exclamó Tysen-. Es sólo que.... claro que puedo sonreír, es sólo que...
- No acabas tus frases, Tysen – le interrumpió Ryder, con un tono absolutamente desatento-. Te estás repitiendo.

- Bueno, un hombre de Dios también puede compartir su amor sin ataduras con una clase concreta de amor. ¿Sabeís?, yo también puedo amar a una dama y, en fin, de hecho ¡la amo!

- Oh, Dios –exclamó Ryder, apartando el rostro con un cómico gesto de repugnancia-. ¿Quieres un coñac ahora, Douglas?

- Es repugnante –dijo Douglas-, y probablemente no conseguiría retener el coñac en el estómago, así que no, Ryder. –En ese momento se compadeció un tanto de Tysen, cuyas delgadas mejillas habían adquirido un alarmante tinte escarlata-. ¿Quién es la muchacha, Tysen? Sin duda, como futuro vicario, no te habrás liado con una actriz o una dependienta.

- No –respondió Tysen, con una voz más firme y un tono que bordeaba una adoración impropia de un vicario-. Su nombre es Melinda Beatrice y es la hija de sir Thomas Hardestey.

Ryder soltó una palabrota.

- Conozco a la chica. Es boba, Douglas, y tiene una risita tonta, por amor de Dios, y actúa como si fuera mejor que el resto del mundo, además no tiene pecho. Sus ojos siempre están llorosos, tiene los codos huesudos, y cuenta con dos nombre, y sus padres utilizan los dos. Es demasiado: ¡dos nombres!

- ¡Será una buena esposa para un hombre de Dios! –Tysen hubiera seguido defendiendo a su diosa, pero se interrumpió bruscamente cuando Douglas se levantó despacio de su silla con la vista clavada en él. Los insultos de Ryder quedaron enterrados bajo esa mirada, cuya similitud con la de su difunto padre resultaba inquietante. Tysen empezó a retroceder poco a poco, hasta que su espalda chocó contra la puerta.

- ¿Pretendes decirme que a la edad de veinte años has decidido imaginarte enamorado de una chica que es igual a ti en nacimiento y fortuna? –preguntó Douglas, siempre con tono suave-. ¿Estamos hablando de los Hardestey de Blaston Manor?

- Sí –replicó Tysen-. Además tengo casi veintiuno.

- Joven estúpido –terció Ryder sin pasión, quitándose una mota de polvo de la manga de un manotazo-. Se le pasará antes de que acabe el mes, Douglas. ¿Recuerdas cuando creíste que querías a la hija de ese duque? ¿Cúando fue eso?, sí, hace unos tres años te creíste locamente enamorado. Estabas en casa de permiso por aquella herida del hombro. A ver, ¿cómo se llamaba? Melissande, sí, eso es.

Douglas cortó el aire con una mano, a fin de hacer callar a Ryder.

- No habrás hablado con sir Thomas, ¿verdad?

- Por supuesto que no –contestó Tysen-. Tú eres el cabeza de familia, Douglas.

- No lo olvides, nadie más me permite serlo. Bien, ahora prométeme que no te declararás cuando la chica te sonría o te deje vislumbrar el tobillo. Estoy plenamente convencido de que las chicas nacen sabiendo toda clase de trucos para seducir al macho desprevenido, así que bajes la guardia, ¿de acuerdo?

Tysen asintió y al instante añadió:

- Pero no Melinda Beatrice, Douglas. Ella es buena y honesta. Posee una dulzura y una bondad que la convertirán en una maravillosa pastora para mi rebaño, en una esposa a la que amar. Ella nunca... –Tysen advirtió que sus dos hermanos estaban a punto de prorrumpir en risotadas de incredulidad. Tensó la mandíbula, frunció el entrecejo y notó cómo se le ponía rígida la espalda-: No he entrado para esto, Douglas. La tía Mildred y el tío Albert están aquí y quieren hablar contigo.

- ¡Ja! Di más bien sermonearme. Supongo que les habrás dicho a los criados que mintieran y te has ofrecido a buscarme para que pueda huir de sus miradas de águila.

- Bueno, sí. –Tysen se interrumpió al oír el gemido de Douglas y luego prosiguió en tono de disculpa-: Sí, tienes razón sobre los motivos de su visita. Les he oído hablar sobre la hija mayor del marqués de Dacre, Juliette, una perla de primera calidad, decía tía Mildred, y perfecta para ti.

Douglas lo miró con sorna y permaneció callado como una tumba.

- Que Dios le conceda larga vida, Douglas –rogó Ryder con ardor-. Te respeto y te agradezco de todo corazón que seas el hijo primogénito y por lo tanto cuarto conde de Northcliffe, sexto vizconde de Hammersmith, noveno barón de Sanderleigh y, en consecuencia, el blanco de toda su artillería.

- Yo también te respeto, Douglas –declaró Tysen-. Eres un magnífico conde, vizconde y barón, y estoy seguro de que el tío Albert y la tía Mildred piensan lo mismo. Toda la familia está de acuerdo en que si te casaras...

- ¡Oh, Dios, tú también, Tysen! Bueno, no hay modo de evitarlo –añadió Douglas, levantándose de su silla-. Ah, Tysen, tu gratitud me hará soportarlo mejor, sin duda. Reza por mí, hermanito. Se suspende nuestra reunión trimestral, Ryder. Creo que hablaré con tu ayuda de cámara, Tinker, para ver si puede coserte tu insaciable polla a los calzones.

- El pobre Tinker se horrorizaría si le encargaras una cosa semejante.

- Bueno, no puedo pedírselo a una de las doncellas. Creo que sería contraproducente. Apostaría a que, si fuera una de las más jóvenes, romperías nuestro pacto.

- Pobre Douglas –se compadeció Ryder cuando su hermano salió de la habitación.

- ¿A qué se refería Douglas con lo de vuestro pacto? –preguntó Tysen.

- Oh, ambos hemos jurado no tocar ninguna mujer que esté a nuestro servicio. Cuando se te haya pasado el enamoramiento y hayas recuperado la cordura, también tu jurarás.

Tysen decidió no discutir con su hermano. Estaba por encima de todo eso. Él iba a ser vicario, y sus pensamientos y actos serían espirituales. Además, que él recordara, jamás había ganado en una discusión con ninguno de sus dos hermanos, así que dijo:

- Se supone que esa chica con la que le van a machacar los oídos es una auténtica maravilla.

- Todas son maravillosas con una almohada sobre la cara –replicó Ryder, y abandonó el gabinete.

Apoyada contra una mesa española de oscura caoba se encontraba Sinjun, los brazos cruzados, silbando, y con aspecto tan despreocupado e indiferente como el de una patata. Dejó de silbar cuando vio que Ryder la había visto y con una voz increíblemente afable preguntó:

- Bueno, ¿qué tal la reunión?
- Esa lengua quieta, muchacha.
- Vamos, Ryder, son joven, es cierto, pero no estúpida.
- Olvídalo, Sinjun.
- ¿Cómo están todos vuestros seres queridos?
- Están todos perfectamente, gracias.
- Seré una tumba –dijo ella con una sonrisa, le lanzó un beso y se dirigió a la cocina, silbando de nuevo como un chico.

2

El conde no fruncía el entrecejo. Sentía ansiedad y la premonición de algo que iba a ocurrir, algo que no le iba a gustar nada. Odiaba tales sentimientos, porque le hacían sentirse impotente y vulnerable. Por otro lado, sabía que sería estúpido no tomarlos en serio. Teniendo en cuenta la crisis en que se hallaba sumido el gobierno y que aquel maldito estúpido de Addington temblaba más que un pollo descabezado, el conde decidió que la ansiedad que sentía en las entrañas tenía que deberse al miedo que sentía por Napoleón.

Como todos los ingleses que vivían en la costa sur de Inglaterra, el conde temía una invasión. No parecía probable, puesto que los británicos dominaban el Canal, pero, por otra parte, sólo un loco subestimaría a un hombre del genio militar de Napoleón y su dedicación a la causa de destruir a los ingleses.

Douglas descabalgó de su semental, *Garth*, y caminó a grandes zancadas hacia el borde del acantilado. Allá abajo, las olas golpeaban contra las rocas, arrojando penachos de agua coronada de espuma a diez metros de altura. El conde se llenó los pulmones de aire salado y lo notó húmedo y arenoso contra el rostro. El viento era fuerte y frío, hacía revolver sus cabellos y llorar sus ojos. Era un día encapotado y gris; no podía ver Francia, pero cuando el cielo estaba despejado, se veía Bolonia desde aquella atalaya y la borrosa línea de la costa al noreste, hacia Calais. Se protegió los ojos con la mano haciendo visera y contempló el horizonte gris. Las nubes se movían, superponiéndose, pero no llegaban a abrirse, sino que cada vez se volvían más negras y parecían acumularse unas sobre otras. El conde no se volvió cuando oyó acercarse a un caballo y detenerse junto a él.

- Imaginaba que estarías aquí, Douglas. Éste es tu lugar preferido para meditar.

El conde sonrió al darse la vuelta para saludar a su hermana, que montaba su yegua, *Fanny*, como un hombre.

- Ya veo que debería procurar no ser tan predecible. No te he visto en el desayuno, Sinjun, ni en la comida. ¿Es que te ha castigado madre por alguna falta?

- Oh, no, se me pasó la hora. Estaba estudiando mi... –Se interrumpió, se deslizó ágilmente hasta el suelo y se acercó a su hermano a grandes pasos. Era una muchacha alta y delgada, de largas piernas y salvaje cabellera de espesos rizos rubios que sin duda habían estado sujetos a la nuca en una cinta, perdida hacía ya mucho rato. Sus ojos eran de un intenso color azul cielo, que discordaba con la grisura del día y estaban llenos de humor e inteligencia. Todos los hermanos tenían los ojos azules y los abundantes cabellos rubios de los Sherbrooke, aunque los de Sinjun eran más rubios y luminosos. Todos menos el conde.

Douglas era el niño cambiado por otro; el color de sus ojos más negros que un pecado –como su vieja nodriza le había dicho felizmente muchos años atrás-, parecía un celta pagano, todo negro y atezado; su pelo oscuro le hacía parecer el diablo en persona.

Siendo muy joven, había oído por casualidad cómo su padre acusaba a su madre de ponerle los cuernos, ya que su hijo no se parecía a ningún Sherbrooke de los retratos o anales de la familia. Douglas recordaba que su madre se había disculpado profusamente por lo que ella consideraba un error propio: haber engendrado tan improbable heredero Sherbrooke. Ryder solía decirle a Douglas que era su aspecto totalmente distinto al de los Sherbrooke lo que hacía que todos le obedecieran al instante, pues gracias a él parecía austero y amenazador.

Pero cuando Douglas miró a su hermana, su expresión no era severa en absoluto. La muchacha llevaba pantalones de ante, igual que él, una holgada camisa blanca y una casaca de piel de color marrón claro. El conde sabía que su madre pondría el grito en el cielo en cuanto viera a su hija vestida de esa guisa. La verdad es que su madre siempre estaba dando gritos por algo.

- ¿Qué estudiabas?
- No era importante. Estás preocupado otra vez, ¿verdad?
- Alguien ha de preocuparse, ya que nuestro gobierno no parece interesarse por nuestra protección. Napoleón tiene los soldados mejor entrenados y pertrechados de toda Europa, y con unos enormes deseos de derrotarnos.
- ¿Es cierto que Fox regresará y hará salir a Addington?
- Fox está enfermo, según tengo entendido, y aún no ha llegado la hora de derribar a Addington. Está tan mal aconsejado y es tan liberal como Addington, pero al menos es un líder y no un hombre indeciso. Supongo que tú sabes tanto como yo de esta situación. –El conde conocía de sobre la precocidad de su hermana, no, no era precocidad exactamente, sino erudición, interés por cosas y personas que aún deberían estar muy lejos de sus pensamientos, asuntos que la mayoría de caballeros y damas observarían con una muda expresión de desinterés. Y Sinjun parecía comprender a Douglas mejor que cualquiera de sus hermanos o su madre, o los numerosos parientes Sherbrooke.

El conde la quería mucho.

- No, te equivocas –replicó la muchacha-. Debiste ver muchas cosas cuando fuiste a londres la semana pasada y hablaste con todos esos hombres. No me has contado cómo está el ambiente en el Ministerio de la Guerra. Douglas, has armado a todos los hombres de nuestras granjas y a algunos aldeanos. Los has estado entrenando sin cesar. –Después de esta valoración propia de una persona adulta, Sinjun soltó una risita de adolescente, lo que era al fin y al cabo-. ¡Fue tan divertido ver al señor Dalton fingiendo echar a los franchutes con ese bastón nudoso!
- Lo que mejor hacía era retroceder y esconderse. Habría preferido entrenar a su mujer. Ahora sería la clase de soldado que temerían los franceses.
- Anoche vi a la novia virgen –dijo Sinjun de repente, y sus ojos azul cielo adquirieron una tonalidad gris.
- Ya te he oído contárselo a tus amigas. Tu público era de lo más atento, aunque tan crédulo que resultaba ridículo. Pero, mi querida niña, eso son tonterías y tú lo sabes. Debiste de comer nabos en la cena y eso te hizo soñar con fantasmas.
- En realidad estaba en la biblioteca.
- ¡Oh! Espero que no se lo cuentes a tu madre si por casualidad lees mis obras de teatro griegas. No pararía hasta volverme loco.

Sinjun sonrió, distraída.

- Las leí hace dos años, Douglas.
- Debería haberlo supuesto –replicó el conde, dándose una palmada en la frente.
- Creo que la más interesante de todas fue una que se titulaba *Lisístrata*, pero no comprendí por qué las damas esperaban que sus maridos dejaran de pelear sólo porque ellas amenazaban con...
- Sí, ya sé lo que hacían las damas – la interrumpió él al instante horrorizado y divertido a un tiempo. Miró a su hermana preguntándose si debería intentar soltarle el típico sermón de hermano mayor o, al menos, una advertencia en relación a sus hábitos de lectura. Antes de que se le ocurriera una observación adecuada, Sinjun continuó, con tono pensativo.

- Cuando subí las escaleras alrededor de la medianoche, vi una luz bajo la puerta de la habitación de la condesa contigua a la tuya. Abrí la puerta lo más silenciosamente que pude y allí estaba, de pie junto a la cama, toda vestida de blanco, y lloraba en silencio. Era exactamente igual a como la describen en las historias: muy hermosa, con los cabellos largos hasta la cintura y tan rubios que parecían blancos. Se dio la vuelta y me miró, y, entonces, sencillamente se desvaneció. Justo antes de que se desvaneciera, juraría que quiso decirme algo.
- Fueron los nabos –repitió Douglas-. Has olvidado que comiste nabos para cenar. No puedo creerme lo del fantasma. Ninguna persona inteligente daría crédito a un fenómeno espiritista.
- Eso es porque tú no la has visto y porque no crees que una mujer pueda decir la pura verdad. Prefieres poner unos vegetales como excusa.
- Nabos, Sinjun, nabos.
- Muy bien, pero yo la vi, Douglas.
- ¿Y por qué la ven sólo las mujeres?

Sinjun se encogió de hombros.

- No sé si sólo se aparece a las mujeres. Todos los condes anteriores que escribieron sobre ella afirmaron que sólo habían sido mujeres, pero ¿quién puede saberlo en realidad? Según mi experiencia, los caballeros no se muestran inclinados a admitir nada que se salga de lo normal. Supongo que no querían correr el riesgo de parecer estúpidos.
- Tu experiencia, ¿eh? –insinuó Douglas, con un tono de lo más sardónico-. ¿Así que crees que la novia virgen se encontraba junto a la cama lamentando su virginidad intacta, sabedora de que su novio no iría nunca a reunirse con ella, de modo que estaba condenada a no ser esposa ni madre?
- Quizá.
- Lo más probable es que la muchacha se casara otra vez antes de que pasara un año, tuviera dieciséis hijos, como cualquier otra buena mujer del siglo XVI, y muriera a edad avanzada, con los cabellos desordenados y grises y sin dientes.
- No eres nada romántico, Douglas. –Sinjun se volvió para contemplar el hermoso espectáculo de un halcón que volaba muy cerca de sus cabezas, deslizándose con las alas bien abiertas. Luego obsequió a Douglas con una sonrisa que resultaba deslumbrante por el placer que denotaba. La sonrisa sorprendió al conde. Sinjun era muy joven, sólo tenía quince años, y esa maravillosa sonrisa suya constituía una promesa de la mujer en la que se convertiría. El conde se dio cuenta de que, en realidad, le daba terror.
- Pero yo la vi, Douglas, y otros también la han visto. De sobra conoces la existencia de una joven dama cuyo marido, con quien se había casado tres horas antes, fue asesinado; ella se mató al enterarse de la noticia. Sólo tenía dieciocho años. Lo amaba tanto que no podía vivir sin él. Fue trágico. El suceso fue descrito con todo lujo de detalles por Audley Sherbrooke, el primer conde de Northcliffe. Incluso nuestro padre escribió una vez sobre ella.
- Lo sé, pero puedes estar segura de que yo no voy a escribir una sola palabra sobre ese fantasma inexistente. Son tonterías de mujeres histéricas. Ya verás cómo tu novia virgen concluye su incesante vagabundeo conmigo. Sin duda nuestros antepasados se contaban estas historias durante los largos y aburridos inviernos, con la intención de distraerse ellos y sus amigos.

Sinjun se limitó a sacudir la cabeza y a rozarle la manga de la chaqueta con los dedos.

- No hay forma de razonar contigo. ¿Te he dicho que mis amigas Eleanor y Lucy Wiggins están enamoradas de ti? Se dedican a susurrar y reírse tontamente y

dicen del modo más repugnante imaginable que se desmayarían si te dignaras a sonreírles. –Tras esta confidencia infantil, añadió-: Eres un líder por naturaleza, Douglas, destacaste en el ejército como ahora destacas aquí. Y yo vi a la novia virgen.

- Espero que sea verdad. En cuanto a ti, demasiados nabos y obras griegas indecentes. Ah, y dales a Eleanor y Lucy un par de años más y será Ryder quien provoque sus desmayos y suspiros femeninos.
- Oh, Dios mío –exclamó Sinjun con el entrecejo fruncido-. Tienes que hacer prometer a Ryder que no las seducirá, pues son tan tontas que le resultaría demasiado fácil. –Sinjun calló al advertir que Douglas había vuelto a sumirse en sus pensamientos.

El conde pensaba que protegería lo que era suyo igual que había hecho su antepasado, el barón Sanderleigh. Éste defendió Northcliffe de los ejércitos de los Cabezas Redondas y, gracias a su increíble astucia, consiguió convencer a Cromwell del apoyo de su familia y, tras él, a Carlos II. Durante las generaciones subsiguientes, los Sherbrooke continuaron refinándose en el arte de la astucia para mantener intactos tanto sus tierras como a sí mismos. Brindaron amantes de excepcionales aptitudes mentales y atributos físicos a reyes y ministros, destacaron en la diplomacia y sirvieron en el ejército. Se rumoreaba que la reina Ana había estado enamorada de un general Sherbrooke, un hijo segundón. En conjunto, se enriquecieron y cuidaron de Northcliffe.

El conde meneó la cabeza y se apartó del borde del acantilado. Había caído una tormenta hacía poco y no notaba el terreno demasiado firme bajo sus pies. Avisó a Sinjun del peligro y luego volvió a abstraerse, sentado sobre unas rocas.

- No te dejarán en paz, Douglas.
- Lo sé –replicó él, sin molestarse en fingir indeferencia-. Maldita sea, pero tienen razón y yo he sido un tozudo hijo de... estúpido. Tengo que casarme y tengo que engendrar un hijo. Si una cosa aprendí en el ejército es que la vida es más frágil que las alas de una mariposa.
- Sí, y es tu hijo quien ha de ser el futuro heredero de Northcliffe. Quiero mucho a Ryder, igual que tú, pero él no desea el título. Quiere pasarse la vida entre amoríos y diversiones, no con un administrador revisando libros de cuentas o escuchando quejas de sus campesinos porque tienen goteras en el tejado. No le importan nada la pompa, las dignidades, ni las reverencias. No es una persona seria. –Sonrió y sacudió la cabeza, frotando la punta de la bota de montar contra una roca-. Es decir, no es una persona seria para los asuntos de un conde. En otras cosas es diferente, por supuesto.
- ¿Qué demonios quieres decir?

Sinjun se limitó a sonreír y encogerse de hombros.

En ese mismo instante Douglas comprendió que ya se había decidido, más aún, supo con quién se iba a casar. El mismo Ryder había sacado el tema durante su reunión. La chica de la que se había enamorado tres años atrás, la hermosísima lady Melissande, hija del duque de Beresford, que lo había querido y había llorado al marcharse él y le había insultado por lo que ella consideraba una traición. Pero tres años atrás, el conde estaba comprometido con el ejército, comprometido en destruir a Napoleón y salvar Inglaterra.

Ahora sólo tenía el compromiso de salvar Northcliffe y el linaje de los Sherbrooke.

- Su nombre es Melissande y tiene veintiún años –declaró Douglas-. Es la hija de Edouard Chambers, el duque de Beresford. La conocí cuando ella tenía dieciocho años, pero la dejé porque entonces no deseaba casarme. Maldita sea, estaba en casa sólo por la bala que me hirió en el hombro. Es probable que ahora sea ya esposa y madre. Ah, Sinjun, era tan hermosa, tan grácil, despreocupada y vivaz, y tras ella tenía el apellido Chambers, antiguo y honorable, que hasta en época de su abuelo no perdió lustre. Hace tres años no contaba con mucho dinero para su dote, pero a mí no me habría importado que se casara con lo puesto. Sí, su hermano es otro libertino sinvergüenza; ahora anda provocando un escándalo tras otro en Londres. Es un golfo y un disoluto que pierde en el juego cada guinea que le llega a las manos. Probablemente hará que el linaje de los Chamber se vaya al traste.
- Me parece muy noble de tu parte no preocuparte por la dote, Douglas. Madre dice una y otra vez que es la única base para el matrimonio. Quizá tu Melissande te haya esperado. Yo lo haría. Quizá no se casó nadie con ella porque no tenía dinero, aunque fuera hermosa e hija de un duque. Además, ¿y si se casó con otro y quedó viuda? Es posible que su marido tuviera la atención de morirse, y así se resolverían tus problemas.

Douglas sonrió al oír estas palabras y asintió una vez más, complacido de expresar en voz alta sus pensamientos y sus planes, hablando con Sinjun. Sí, le había gustado Melissande, le había fascinado su despreocupación y sus hábiles manipulaciones. También la había deseado con todas sus fuerzas, había deseado verla con el pelo enmarañado, susurrándole palabras cariñosas y mirándole con adoración.

- Si Melissande está aún disponible – continuó Sinjun con tranquilidad-, no tendrás que preocuparte por perder el tiempo en Londres buscando la chica apropiada.
- Tienes razón –dijo Douglas, levantándose y sacudiéndose el polvo de los pantalones-. Escribiré inmediatamente al duque de Beresford. Si Melissande sigue disponible, ¡Dios, suena como si fuera una yegua de raza!, bien pues, entonces podría irme a Harrogate de inmediato y casarme con ella. Creo que te gustará, Sinjun.
- Me gustará si te gusta a ti, Douglas. A madre no, pero eso no importa.

Douglas no tuvo más remedio que menear la cabeza.

- Tienes razón otra vez. ¿Sabes que es la única que no me ha estado pinchando para que me case y dé un heredero a los Sherbrooke?
- Eso es porque no quiere ceder su puesto como señora de Northcliffe. La casita destinada a las viudas de Sherbrooke es encantadora, pero a ella no le parece suficiente.
- Algunas veces me aterras, muchacha, de verdad. –Acarició su pelo enmarañado por el viento y luego la tomó por el mentón con su manaza-. Eres una buena persona.

Sinjun aceptó esta muestra de afecto con calma, luego dijo:

- ¿Sabes, Douglas?, me preguntaba por qué habría aparecido la novia virgen en este momento concreto, pero tiene sentido. Creo que apareció porque sabía que piensas casarte. Quizá su aparición sea un presagio; quizá intenta advertirte a ti o a tu Melissande sobre algo que ocurrirá si no tenéis cuidado.
- Tonterías. Aun así eres una buena persona, aunque en ocasiones pecas de fantasiosa.

- “Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que se sueñan en tu filosofía.”
- Ah, Sinjun, y yo te contestaré: “Descansa, descansa, espíritu inquieto.”
- A veces eres un hombre difícil, Douglas.
- ¿Estás enfurruñada porque te he superado con Shakespeare?

Sinjun le dio un empujón en el brazo.

- Estás demasiado pegado a la tierra, Douglas, pero quizá cambiarás cuando te cases.

Douglas imaginó la inmensa pasión que pensaba satisfacer plenamente cuando se acostara con Melissande.

- Algunas veces, muchacha –replicó sonriéndole con fatuidad-, también eres deliciosamente perceptiva.
-

El conde no fruncía el entrecejo cuando regresó a Northcliffe Hall. Todo iba a salir bien. Como todos los primogénitos Sherbrooke en las sucesivas generaciones, podía contar con la inexplicable suerte de los Sherbrooke. Y así seguiría, pues la suerte Sherbrooke jamás lo había abandonado, y no tendría más preocupaciones.

El conde se detuvo junto a su hermana en el vestíbulo para hablas con el mayordomo de Northcliffe, Hollis, cuando su madre, lady Lydia, se abatió sobre ellos exigiendo que Joan subiera inmediatamente a cambiarse la repugnante ropa que llevaba e intentar, al menos intentar, parecer una joven dama, a pesar de todos los impedimentos y obstáculos que Douglas y sus hermanos, que sin duda animaban a la estúpida niña, ponían en su camino.

- Colijo que esperamos invitados, madre –comentó Douglas, tras lanzar un guiño conmiserativo a Sinjun.
- Sí, y si los Algernos... Almeria le da mucha importancia a la etiqueta, si ella viera a esta niña con pantalones y el pelo como... –Titubeó y Sinjun dijo rápidamente:
- ¿Cómo Medusa, madre?
- Una repugnante bruja de uno de tus polvorientos libros, ¡diría yo! Vamos, Joan. ¡Oh, Douglas, hazme el favor de no llamar a tu hermana por ese absurdo nombre delante de los Algernon!
- ¿Sabía que Algernon significa “los barbudos”? Era el apodo de William de Percy, que llevaba barba cuando todos los caballeros iban afeitados, y...
- ¡Basta! –exclamó la condesa viuda de Northcliffe, claramente mortificada-. Ya basta de saberlo todo, jovencita. Te he dicho más de mil veces que a los caballeros no les gustan las mujeres inteligentes. Eso los irrita y debilita sus propias facultades mentales. Hace que se aficionen a las botellas de coñac y al juego. Además, no quiero volver a oír esas tonterías de Sinjun. Tu nombre es Joan Elaine Winthrop Sherbrooke.
- Pero a mí me gusta Sinjun, madre. –La joven notó cómo los dedos de su madre se clavaban dolorosamente en el brazo-. Ryder me puso ese nombre cuando tenía diez años.
- Silencio –dijo la condesa viuda de Northcliffe ignorante de que pronto habría una nueva condesa-. No eres san Juan ni santa Juana. Sinjun es apodo de hombre. Dios mío, te pusimos ese ridículo nombre y todo porque Tysen decidió que eras Juana de Arco...
- Y entonces –continuó Douglas-, también decidió martirizarla y así se convirtió en santa Juana o Sinjun.
- ¡Sea como sea no lo consentiré!

Douglas no dijo nada. Dado que él mismo apenas recordaba que el nombre de su hermana fuera en realidad Joan, dudaba mucho que su madre no tuviera que oír el de Sinjun en los años venideros.

Douglas se encerró en la biblioteca para escribir y envió su carta al duque de Beresford. No comentaría con nadie sus planes hasta que el duque le hubiera dado su aprobación. Y también Melissande, claro está. Sabía que podía confiar en que Sinjun guardar el secreto. Se daba cuenta de que confiaba más en su hermana menor que en sus hermanos. Después de todo, ella no se emborrachaba nunca. También le gustaba el nombre de Sinjun, pero dudaba en oponerse a los deseos de su madre, que se aferraba a viejos conceptos que a él le horrorizaban, y en ocasiones se mostraba mezquina y despreciativa con criados, hijos y vecinos. Le había tocado en suerte un intelecto tan blando como una sopa de tortuga; era regordeta, de mejillas rosadas y gruesos rizos le rodeaban la cara; su papada tenía al menos tres barbillas. Hablaba sin cesar de su deber y de los sufrimientos de sus cuatro partos. El conde no estaba seguro de quererla, porque a veces resultaba sumamente irritante. Sabía que su padre había tenido que soportarla, pues él mismo se lo había confesado a Douglas antes de morir.

¿Tenía razón Sinjun? ¿Se había mantenido su madre al margen del huracán matrimonial en torno a él porque no quería que una esposa le arrebatara las riendas de la casa? Douglas intentó imaginar a Melissande queriendo dirigir Northcliffe, exigiendo que su madre le entregara las llaves de la señora, pero la imagen no quiso formarse en su mente. El conde se encogió de hombros; no importaba.

¿Y que tenía de malo un sencillo apodo como Sinjun?

3

Claybourn Hall, Wetherby
Cerca de Harrogate, Inglaterra

- Esto es difícil de creer, papá –dijo Alexandra finalmente, con un hilo de voz forzada. No parecía ser capaz de apartar los ojos de esa única hoja de papel que su padre volvió a colocar tranquilamente sobre su escritorio-. ¿Estás seguro de que es el conde de Northcliffe el que quiere casarse con Melissande? ¿Douglas Sherbrooke?
- Sí, no hay duda –replicó lord Edouard, duque de Beresford-. Pobre loco. –Pasó los largos dedos por encima de la carta para alisarla, y luego volvió a leérsela en voz alta a su hija menor. Cuando terminó y la miró, pensó por un momento que parecía afligida y pálida, pero probablemente era a causa de la brillante luz del sol que entraba por los amplios ventanales de la biblioteca-. Probablemente tu hermana estará encantada, sobre todo después de que Oglethorpe no se declarara hace cuatro meses. Esto supondrá un gran bálsamo para su orgullo herido. En cuanto a mí, vaya, me gustaría abrazar a Northcliffe y llorar sobre su hombro. Bueno Dios, el dinero que me ofrece será mi salvación, por no mencionar el excelente acuerdo matrimonial que proporcionará.

Alexandra se miró la uña desigual del pulgar.

- Melissande me contó que hace tres años rechazó a Douglas Sherbrooke. Él suplicó y suplicó, me dijo, pero a ella le pareció que su futuro era incierto, que aunque fuera el heredero del conde, no era suficiente, puesto que, después de todo, su padre seguía vivo y, dado que insistía en continuar en el ejército y seguir luchando, podrían matarlo y entonces ella no tendría nada, porque su hermano sería conde a la muerte de su padre. Añadió que ser una esposa pobre era muy diferente de ser una hija hermosa pero pobre.

El duque emitió un gruñido y enarcó una ceja.

- ¿Eso es lo que te contó, Alex?

Alexandra asintió y luego le dio la espalda a su padre. Se dirigió a los amplios ventanales, cuyas colgaduras permanecían recogidas a los lados durante todo el año, independientemente del tiempo, porque el duque se negaba a privarse de la magnífica vista del exterior. Su mujer no dejaba de quejarse por ese motivo, protestando que la alfombra Aubusson perdería su color a causa del fuerte sol, y el buen Dios sabía que no había dinero para reemplazarla, pues eso era lo que él decía siempre, ¿o no?, pero el duque no le prestaba la menor atención.

- Ahora Douglas Sherbrooke es el conde de Northcliffe y desea venir aquí a casarse con ella –comentó Alexandra lentamente.
- Sí, aceptaré y llegaremos a un acuerdo sobre las capitulaciones de inmediato. Gracias a Dios es un hombre rico. Los Sherbrooke han utilizado siempre su dinero con prudencia, sin que sus excesos agotaran sus bienes, y evitando formar alianzas que no contribuyeran a llenar sus arcas y aumentar su importancia. Por supuesto, casándose con Melissande no conseguirá ni un penique, ciertamente, de hecho, tendrá que pagarme muy bien por ella, muy bien. Debe de estar muy enamorado, porque lo más probable era que ella se hubiera casado ya con otro hombre. Debo decir también, en defensa de tu hermana, que su valía se manifiesta de manera evidente y en igual medida que su orgullo.
- Supongo que sí. Recuerdo que era un hombre muy agradable. Bondadoso y, bueno, agradable.

- Un joven estúpido y exaltado, eso es lo que era –apostilló el duque-. Era heredero de Northcliffe y no quiso abandonar el ejército. Pero ya no importa. Sobrevivió y ahora es el conde, y eso cambia las cosas. Todos los Sherbrooke han sido *tories*, desde el Diluvio, diría yo, y probablemente este conde no será diferente. Apostaría a que es serio y de fuerte carácter, igual que su padre, Justin Sherbrooke. Bueno, ahora todo eso ya no tiene importancia. Supongo que debería hablar con tu hermana.

Se interrumpió un momento, mirando el perfil de su hija. Pura e inocente, pensó, sin embargo, había fuerza en ella, en la inclinación de su cabeza, en la clara luz de sus ojos grises. Tenía la nariz recta y delgada, los pómulos altos y el mentón suavemente redondeado, que transmitía una sumisión y maleabilidad que no poseía, al menos según su experiencia de padre. Pero, extrañamente, Alexandra no parecía saberse poseedora de una voluntad de hierro, ni siquiera cuando discutía con él. Los cabellos, de un intenso color rojizo peinados hacia atrás, dejaban al descubierto sus pequeñas orejas. El duque encontraba encantadoras sus orejas, como toda su persona. No era una criatura exquisita como Melissande, pero a él le gustaba más, pues había poca vanidad y ninguna mezquindad en ella, y sí mucho de bondad e ingenio. Ah, Alexandra era la hija responsable, la que no rechazaba siempre lo que decía su padre, la que cumpliría con su deber para con su familia. Una vez más, tuvo la inevitable sensación de que su hija estaba afligida y se preguntó la razón.

- Te lo he contado a ti primero, Alex, porque quería conocer tu opinión –declaró el duque lentamente-. Aunque tu madre cree que eres como el papel de la pared, siempre callada y a la sombra de Melissande, yo sé que eso no es cierto y por tanto me gustaría saber qué piensas de esta propuesta de matrimonio.

Al duque le pareció que su hija temblaba ligeramente al oír sus palabras y frunció el entrecejo, preguntándose si su madre habría vuelto a descorazonarla con las constantes comparaciones entre ella y su hermana. La miró atentamente.

- ¿Hay algo que te aflija, querida mía?
- Oh, no, papá. Es sólo que...
- ¿Que qué?

Alexandra se encogió de hombros.

- Supongo que me preguntaba si Melissande lo aceptará ahora. Ella quiere disfrutar de una nueva temporada en Londres, ya lo sabes, y nos vamos la semana que viene. Quizá preferirá esperar a ver si hay otros caballeros interesados en ella. Según me dijo, disfruta mucho con esa clase de caza. También me dijo que Oglethorpe era un sapo sin carácter y que le alivió muchísimo que su mamá le obligara a rajarse antes de que se rajara él solito, por así decirlo.
- Sí –suspiró el duque-, tu hermana tenía razón sobre él, pero ésa no es la cuestión. Ya sabes, Alex, que el dinero tendrá un gran peso en su decisión. Hace ya muchos años que nuestra familia no tiene la cuenta corriente excesivamente saneada, y los gastos de Londres durante la temporada, el coste de dotar de personal la casa de la calle Carlyon, el precio de los vestidos de tu hermana y de tu madre, todo eso es exorbitante. Estaba dispuesto a hacerlo una vez más como inversión, puesto que no veía otra alternativa. Ahora que el conde de Northcliffe la pide en matrimonio, conseguiré llegar a un acuerdo sin necesidad de tener que soportar Londres y todos sus gastos. –El duque sabía, claro está, que al cancelar otra temporada para Melissande también impedía a Alexandra que disfrutara de su primera temporada, pero el coste que todo aquello suponía... se pasó la mano por sus cabellos de oscuro color rojo. ¿Qué podía hacer? Siguió hablando, más para sí mismo que a su hija-: Y está Reginald, mi heredero que, con veinticinco años, se dedica a jugar en todos los tugurios de los que Londres pueda alardear, acumulando

enormes deudas con Weston, su sastre, y con Hoby, el que le fabrica las botas, e incluso con Rundle y Bridge por “chucherías”, como llama él a las baratijas supuestamente insignificantes que regala a sus amantes. ¡Dios mío, si hubieras visto el brazalete de rubíes que compró para una de esas bailarinas de ópera! –Volvió a menear la cabeza-. Ah, Alex, hace mucho tiempo que me siento atrapado, pero ahora se ha aliviado la carga sobre mis hombros. Tú sabes muy bien que he intentado iniciar ciertas economías, pero explicarle a tu madre por qué son necesarias, bueno, es una tarea imposible. No tiene ni idea, cuando me dice con tono perplejo que se han de cambiar los platos tres veces por lo menos durante la cena. Lo mismo ocurre con Melissande. Tú, por supuesto, comprendes en parte nuestra situación, pero todo lo que puedas hacer será una menudencia. Y Reginald... es un golfo, Alex, y para serte sincero, no tengo esperanzas de que su carácter mejore.

Volvió a quedarse callado, pero esta vez una débil sonrisa se dibujaba en sus labios. Estaba salvado. Tenía una esperanza y no iba a permitir que Melissande sacudiera la cabeza y dijera que no estaba interesada. Merecía estar encerrada a pan y agua si le contrariaba.

- ¿Qué opinas, Alex? ¿Te importa a ti la temporada? Eres una chica muy sensata y comprendes que no hay dinero y ...

- Está bien, papá –interrumpió Alex con una sonrisa-. Melissande es muy hermosa, chispeante, alegre, y espontánea. De todas formas, si fuéramos a Londres nadie me prestaría demasiada atención, así que no me importa no ir. No te miento. La idea de enfrentarme con todas esas feroces damas... si fruncen el entrecejo, estás condenada a ser demasiado pálida siempre, eso dice mamá. Así que no tienes por qué preocuparte. Aquí estoy bien. Hay otras cosas aparte de las fiestas y diversiones y desayunos venecianos y agujeros en las zapatillas de tanto bailar. –Había otras cosas, pero la lista era lamentablemente corta.

- En cuanto Melissande se case con el conde, cumplirá con su deber en lo que a ti respecta. Como condesa de Northcliffe te llevará consigo para que conozcas a los jóvenes caballeros más interesantes. Es lo justo y es lo que hará. Y tú accederás, pues así es como las mujeres se aseguran normalmente un marido digno de ellas.

- Los jóvenes caballeros no parecen sentirse particularmente atraídos por mí, papá.

- Tonterías. Por aquí escasean los caballeros jóvenes que puedan verte, y los que hay, pierden la poca cabeza que tienen en cuanto ponen los ojos en tu hermana. No tiene importancia. Eres una joven adorable y brillante y tienes más cosas en la cabeza aparte de cintas y pretendientes y...

- Cuando no se es un diamante, papá, se han de cultivar otros jardines.

- ¿Es eso un intento de parafrasear a monsieur Voltaire?

Alexandra sonrió.

- Supongo que sí, pero es la verdad. No hay razón para andarse con subterfugios.

- Tú también eres muy bonita, Alex. No querrás insultar tu preciosa cabellera. ¡Vaya, si es del mismo color que la mía!

Alexandra volvió a sonreír y el duque pensó, complacido, que todo iba a salir bien. El conde de Northcliffe acababa de ofrecerse para salvarle de un desastre financiero inevitable y librarle de su hija mayor al mismo tiempo, circunstancias éstas que alegrarían el corazón y la bolsa de cualquier padre.

- Confío en que Melissande decidirá aceptar a Douglas Sherbrooke esta vez –comentó Alexandra-. Como te decía, es un hombre muy agradable y merece

obtener lo que desea. –Se alisó los pliegos de su vestido de muselina color amarillo pálido, y no alzó los ojos cuando dijo en voz baja-: Se merece ser feliz. Quizá Melissande llegue a quererlo y le haga feliz.

Ése era el punto más peliagudo, se dijo el duque con una mueca. Imaginaba perfectamente a Melissande convirtiendo la vida de un caballero en una serie de deliciosos encuentros hasta que ese caballero tuviera la mala suerte de no estar de acuerdo con ella o le negara algo. Entonces... el duque se estremeció ante la idea. Él no iba a preocuparse por eso. No era problema suyo. Sin embargo, rezaría por el conde de Northcliffe una vez se cerrara el nudo sobre él.

- Iré a buscar a Melissande, papá.

El duque contempló a su hija cuando salió de la biblioteca. Algo extraño sucedía. La conocía bien, porque era su favorita, la niña de sus ojos y de su mente. Recordó la súbita rigidez de su hija, el temblor de sus manos. Y se quedó con la mirada vacía, mientras una idea disparatada atravesó su cerebro como una bala: ¿no querría ella al conde de Northcliffe? Sacudió la cabeza intentando recordar lo sucedido tres años atrás, cuando Alexandra sólo tenía quince y era increíblemente tímida; llevaba el hermoso cabello caoba peinado en gruesas trenzas alrededor de la cabeza y aún no había perdido la redondez de la infancia. No, no, era demasiado niña entonces, sólo podía ser un enamoramiento infantil, nada más.

El duque se preguntó si sería correcto lo que estaba haciendo, pero sabía que no tenía alternativa. Los dioses le habían enviado un corcel como regalo y no iba a ser él quien lo hiciera salir corriendo hacia otro establo, sin duda menos digno y necesitado que el suyo. Si Alexandra sentía realmente algo por el conde, lo lamentaba, pero no podía, no cambiaría de planes. Si el conde quería a Melissande, la tendría. El duque se sentó para aguardar la llegada de su hija mayor.

La entrevista entre el duque de Beresford y su hija mayor se desarrolló tal como esperaba el duque.

A los dos minutos de oír el anuncio de su padre, Melissande montó en cólera. Estaba increíblemente hermosa cuando montaba en cólera, como en la mayoría de sus estados de ánimo. Tenía las mejillas arreboladas y los ojos, tan azules como el lago desde el puente Patley a finales de verano, lanzaban chispas. Su espeso cabello negro, más oscuro que el cielo en una noche sin estrellas, brillaba intensamente incluso con la tenue luz de la biblioteca, y los rizos naturales que rodeaban su rostro se movían al compás de su ira creciente. Melissande respiró hondo, volvió a menear los rizos y dijo casi gritando:

- ¡Ridículo! ¡Se cree que puede venir y hacerme una seña con el dedo después de tres años, tres años, y que yo no lo rechazaré, que acudiré corriendo y le permitiré que haga lo que le apetezca conmigo!

El duque comprendió su ira. Su orgullo estaba herido, y el orgullo de los Chambers era famoso por su profundidad, amplitud y resistencia. También sabía cómo tratar a su hija, así que habló despacio y con un tono lleno de simpatía y comprensión.

- Siento que te hiriera hace tres años, Melissande. No, no intentes cambiar el pasado, yo sé lo que pasó y es muy diferente de lo que le contaste a tu incrédula hermana. Pero ahora eso no importa, salvo que debes recordar lo que ocurrió realmente. El conde habló conmigo antes de marcharse, ¿sabes?, y se explicó muy bien según me pareció. Pero como puedes ver, eres tú quien tiene la última palabra aquí, fuiste tú y no otra la que consiguió enamorarlo y mantenerlo enamorado, y ahora él admite que está ansioso por entregar su amor y su mano a ti y no a otra.

Melissande era sin duda la más hermosa criatura que el duque había visto jamás. Incluso entonces seguía maravillándose de que fuera hija suya. Era una mujer exquisita, mimada y consentida desde la cuna. ¿Y por qué no habían de mimarla y darle cuanto le apeteciera?, solía preguntar su madre. Era tan hermosa, tan absolutamente perfecta que se lo merecía. Sin duda Judith también diría que Melissande merecía un duque cuando menos y no un insignificante conde, aunque fuera el más rico del país. Pero los duques no abundaban precisamente, de ninguna clase, ni los que tenían un pie en tumba ni los jóvenes más o menos presentables. El padre examinó a su hija mientras ésta seleccionaba las palabras de él, dándoles un sentido que contentara a su vanidad femenina y protegiera su sensibilidad herida.

- Aún así –comenzó, tras unos instantes de silencio-, aún así espera demasiado. ¡No aceptaré, padre! Tendrás que informar a su arrogante señoría que ahora lo encuentro repulsivo, sí, eso es, completamente repulsivo, igual de repulsivo que Oglethorpe, un repugnante sapo. No aceptaré, me casaré con otro. –Se interrumpió y dio media vuelta con las manos apretadas contra las mejillas-. ¡Oh, cielos, si le da por pensar que me rompió el corazón hace tres años y que no me he casado por eso! ¿Y si cree que he languidecido por él? No podría soportarlo, padre, ¡no podría! ¿Qué voy a hacer?

El duque emitió unos sonidos tranquilizadores. Orgullo, pensó, siempre ese maldito orgullo. Bueno, no era sino él quien le había transmitido todo el orgullo de su linaje. Tuvo una inspiración y sonrió para sí.

- Pobre muchacho –dijo con voz lastimera, meneando la cabeza.

Melissande giró en redondo para encararse con su padre, pestañeando confundida.

- ¿Qué pobre muchacho?
- ¿Quién va a ser?, el conde de Northcliffe, por supuesto. Ese hombre te ha querido durante tres años, indudablemente ha sufrido más de lo que tú y yo podemos llegar a imaginar. Te quería, Melissande, pero estaba entregado en cuerpo y alma a Inglaterra, se hallaba atado por el honor a lo que creía que era su deber sagrado. No quebrantó su honor a pesar del ardiente deseo que sentía por ti. No me dirás que lo culpas por eso. Y ahora intenta compensarte. Él es quien ha languidecido por ti. Y ahora se inclina ante ti, querida mía, rogándote que perdones su lamentable integridad, que consideres que ahora puedes tenerlo. – El duque no pensaba decirle a su hija que el conde había abandonado el ejército unos nueve o diez meses antes. Incluso Melissande dudaría de la profundidad de la pasión del conde si supiera que había tardado casi un año en pedir su mano, aun siendo libre de hacerlo.
- Estaba muy afligido –recordó Melissande lenamente -. Incluso cuando le reproché su devoción por su absurdo deber, parecía sinceramente afligido.
- Es el conde de Northcliffe, y su casa es una de las más importantes propiedades de Inglaterra.
- Sí, eso es cierto.
- Posee grandes riquezas y disfruta de una alta posición. Sigue siendo un hombre con el que se cuenta en el gobierno. Según tengo entendido, el Ministerio de la Guerra sigue consultándole, incluso el mismo Addington. –El duque hizo una pausa, luego añadió con suavidad-: Un hombre en su posición necesita desesperadamente una mujer a su altura en categoría y distinción para que se ocupe de sus obligaciones sociales. También es un hombre apuesto, si mal no recuerdo. He oído decir que está muy solicitado en los salones de Londres.
- Es muy moreno, demasiado. Probablemente sea peludo. No me gustan los hombres tan morenos, pero él es un conde.

- Bien que te gustaba hace tres años.
- Tal vez, pero entonces era muy joven. Entonces era severo; probablemente lo será más ahora. No se reía mucho; era demasiado serio. No, ni siquiera sonreía.
- Acaba de sufrir una herida bastante grave.
- Aun así apenas demostró un destello de humor cuando yo intenté divertirle. Me percaté de ese defecto, pero entonces lo pasé por alto.
- Pero, querida mía, ¿cómo podía ser tan severo si te admiraba tanto? Según lo recuerdo yo, su admiración era extraordinariamente desmedida. –Eso era cierto, pero el duque sabía que si el conde hubiera permanecido más tiempo en la órbita de su hija, pronto le habría caído la venda de los ojos. Tenía la más firme intención de casarlos cuanto antes.
- ¡No tan extraordinaria como su devoción por el país!
- Ahora su devoción ya no será por su país, sino toda tuya, su esposa. Eres una joven inteligente, Melissande. No cabe duda de que con un marido tan devoto podrás disponer las cosas a tu antojo. ¡Ah, cómo brillarías cuando ocuparas el lugar que te correspondería como condesa de Northcliffe en la sociedad londinense!

El duque calló; había plantado las semillas, las había regado y abonado. Quizá les había echado demasiado abono incluso. Ahora sólo le cabía esperar y ver si Melissande tenía capacidad mental suficiente para hacer germinar las semillas. No quería amenazarla, pero lo haría si ella se negaba a obedecer la voluntad paterna.

Melissande parecía pensativa, circunstancia que normalmente hubiera alarmado al duque, ya que su perfecta frente se había arrugado, algo que ella no permitiría nunca si se daba cuenta, porque disminuía su belleza. La hacía parecer muy humana. Pronto, gracias a Dios, otro hombre tendría que preocuparse por sus rabietas, sus arrebatos, sus enfados, y todas las inevitables escenas que a su padre le producían indigestión. Ah, pero claro, el hombre que se convirtiera en su marido también poseería a la mujer más hermosa de Inglaterra.

El duque se preguntó si eso bastaría. Le gustaba el conde de Northcliffe, le parecía un joven agradable. Ahora que estaba curado, probablemente sonreiría y reiría de vez en cuando. El duque no lo recordaba especialmente serio y severo. Y ahora el duque le iba a entregar una recompensa que alegraría el alma de cualquier hombre.

Y a él, el conde le daría los fondos que tan desesperadamente necesitaba para mantener a flote la nave ducal.

4

- Pero ¿qué opinas tú, Alex? ¿Debería aceptar casarme con Douglas Sherbrooke?

Alexandra se preguntó una vez más, mientras miraba a su hermana, por qué la gente fingía que le interesaba la opinión de los demás. Era como si sobre todo Alexandra, diera la impresión de animar a la gente a confiarle sus más íntimos pensamientos, a pedirle su opinión, para que luego, por supuesto, no prestaran atención a nada de lo que ella dijera.

Lentamente alzó el mentón y dijo con voz clara:

- Creo que Douglas Sherbrooke merece casarse con la mujer más hermosa del mundo.

Sus palabras consiguieron que Melissande se irguiera, pues había estado paseando de un lado a otro de su dormitorio como un potro fogoso, sumida en sus propios pensamientos.

- ¿Qué has dicho?
- He dicho que Douglas Sherbrooke...
- ¡Oh, muy bien, ya te he oído! Bueno, si decido casarme con él se cumplirá tu deseo, ¿no?

Alexandra miró a su hermana pensativa, y luego replicó lentamente:

- Espero que Douglas Sherbrooke así lo crea.

Melissande estaba a punto de convencerse del todo de que lo mejor para ella era convertirse en condesa de Northcliffe, cuando su madre, su excelencia lady Judith entró en la habitación como un torbellino; manchas rojizas de ira teñían las delgadas mejillas.

- Me ha dicho tu padre que pronto te casarás con el conde, ¡la semana que viene si puede arreglarlo! –exclamó haciendo grandes aspavientos-. ¡Dice que no iremos a londres, que no será necesario! ¡Ah, este hombre es imposible! ¿Qué vamos a hacer?
- Ya sabes que no hay dinero, mamá –respondió Alexandra con suavidad-. Londres le costaría una fortuna a papá, a duras penas podría permitirse ese dispendio.
- ¡Tonterías! Siempre se queja de lo mismo. Quiero ir a Londres. ¡En cuanto a ti, hija mía, tienes que encontrar marido, y no hallarás a ninguno asomando por el muro del jardín, contemplándote mientras quitas la maleza de tus infernales plantas! Después de que tu hermana elija el caballero que desee, bueno, entonces los otros se darán cuenta de tú eres la siguiente. Olvidarán lo que sienten por tu hermana y se volverán hacia a ti. Como decía, tu padre se ha quejado siempre de que no hay dinero para nada, pero siempre hay, excepto para tu pobre hermano, que es totalmente incapaz de sacarle a tu padre la capacidad necesaria para vivir como debe vivir un joven caballero en Londres. Es vergonzoso, y así se lo he hecho saber a su excelencia.

Lady Judith se detuvo para tomar aliento.

- ¿Y qué ha dicho papá? –preguntó Alexandra rápidamente, aprovechando ese breve respiro.
- Ha dicho que me metiera en mis asuntos, si es que te interesa saberlo, hija mía.

Alexandra se preguntó por qué su padre le habría contado sus planes de boda a su mujer, pero decidió que probablemente se había visto obligado por alguna circunstancia. Volvió a sentarse y contempló con total indiferencia cómo su madre y

Melissande se azuzaban mutuamente hasta llegar a sentirse absolutamente ultrajadas. Siempre ocurría así cuando una u otra no conseguía lo que quería. Al final Alexandra se levantó y abandonó el dormitorio en tonos crema y melocotón, de su hermana, sin que nadie advirtiera su marcha.

Alexandra sabía que Melissande accedería a casarse con el conde. También sabía que ese día ella desearía estasr en otro continente para no tener que presenciarlo, para no tener que vivirlo. No quería enfrentarse con ello, pero debía hacerlo. También sabía que no le quedaba otro remedio; estaría allí, con la reserva y el silencio como únicas defensas, y se vería obligada a sonreír y a saludar al conde como futuro cuñado, y tendría que ver al conde contemplando a Melissande mientras pronunciara las palabras que la convertirían en su esposa.

A sus dieciocho años, Alexandra había llegado a comprender que la vida podía servir a la propia mesa muchos platos tan tentadores como incomibles.

Northcliffe Hall

Douglas no daba crédito a sus ojos, no acababa de creérselo. Pasaba la vista de la carta del duque de Beresford a la nota breve y apremiante que le había enviado lord Avery aquella misma mañana, de su puño y letra y por medio de un mensajero, que aguardaba respuesta en la cocina, sin duda trasegando cerveza.

Volvió a coger la carta del duque. Era sumamente jovial, llena de regocijo, alivio y felicitaciones. Douglas iba a casarse con Melissande la semana siguiente en Claybourn Hall, en la antigua iglesia normanda de la aldea de Wetherby. Sólo faltaban siete días para que el duque se convirtiera en su orgulloso papá político. Su nuevo papá político también se metería un buen puñado de guineas en el necesitado bolsillo ducal una vez se celebrara el matrimonio.

Douglas cogió entonces la carta de lord Avery. También debía ir a Etaples, Francia, tan pronto como le fuera posible y disfrazado de un maldito soldado francés. Allí debía aguardar instrucciones de Georges Cadoudal y luego seguirlas. Debía rescatar a una joven francesa que uno de los generales de Napoleón retenía contra su voluntad. No decía nada más, ningún detalle, ningún nombre en concreto. Si Douglas se negaba a hacerlo, Inglaterra perdería su mejor oportunidad para eliminar a Napoleón, pues Georges Cadoudal era el cerebro que había tramado toda la operación. Lord Avery contaba con Douglas. Inglaterra contaba con Douglas. Para rematar la faena, lord Avery concluía con la siguiente frase: “Si no rescata a esa desgraciada muchacha, Cadoudal dice que no seguirá con el plan. Insiste en que sea usted, Douglas, aunque se niega a decir el por qué. Quizá usted sepa la respuesta. Sé que se conocieron en el pasado. Tiene que hacerlo y con éxito, Northcliffe, tiene que hacerlo. El destino de Inglaterra está en sus manos.”

Douglas se recostó en su silla y se echó a reír.

- Tengo que casarme y tengo que ir a Francia. –Rió con más ganas.

¿Se embarcaría dirección a Francia para rescatar a la que seguramente sería la amante de Cadoudal, o viajaría a Claybourn Hall para casarse?

Dougla dejó de reír. Volvió a fruncir el entrecejo. ¿Por qué la vida no podía ser sencilla aunque sólo fuese por una vez? ¿Él responsable del destino de Inglaterra? ¡Vaya por Dios!

El conde pensó en Georges Cadoudal, el cabecilla radical de los chuanes[1] realistas. Su última intentona de eliminar a Napoleón se remontaba a diciembre de 1800. En esa ocasión sus partidarios hicieron estallar una carga de explosivos en París que mataron a veintidós personas e hirieron a más de cincuenta, pero no causaron el menor daño a Napoleón ni a su séquito. Georges Cadoudal era un hombre peligroso y apasionado, que despreciaba a Napoleón desde lo más profundo de su alma, un hombre que luchaba por reinstaurar a los Borbones en el trono de Francia sin parar mientes en lo que ellos pudiera costar en dinero o en vidas. Pero era evidente que la vida de aquella joven sí le importaba, tanto que renegaría de sus planes con Inglaterra sino la rescataban.

Cadoudal conocía a Douglas, eso era cierto, lo había visto varios años antes cuando éste último se hacía pasar por francés en una misión que se resolvería con éxito, pero por qué insistía en que fuera Douglas y no otro quien rescatara a su amante seguiría siendo un misterio mientras Douglas no fuera a Etaples, Francia. Y ahora el gobierno inglés apoyaba a Cadoudal en otra de sus conspiraciones. Y la conspiración en cuestión corría peligro porque habían hecho prisionera a la amante de Georges.

Cuando Hollis –que era el mayordomo de los Sherbrooke desde hacía treinta años y tenía, por lo demás, todo el aspecto de un respetable par del reino- entró silenciosamente en la biblioteca, al principio Douglas no le prestó atención. En una ocasión, largo tiempo atrás, cuando Douglas era joven y orgulloso como un gallito, e igualmente celoso de su condición, un amigo comentó burlonamente que Douglas se parecía más al mayordomo de los Sherbrooke que a su propio padre. Douglas lo derribó de un puñetazo.

Hollis carraspeó levemente. Douglas alzó la vista y arqueó una de sus negras cejas en señal de muda interrogación.

- Su primo, lord Rathmore, acaba de llegar, milord. Ha dicho que no deseaba que le molestara, pero sencillamente uno no puede pasar por alto la presencia de su señoría, como bien sabe.

- Eso es muy cierto. Pedirle a Tony que aguarde tranquilamente en un rincón a que otro quiera recibirlo es inútil. Iré ahora mismo. Me pregunto que querrá su señoría. Espero que no venga a insistir en que debo casarme.

- No es probable, milord. Si me permite que hable con sinceridad, su señoría parece un poco deprimido, mantiene la boca algo apretada. Tal vez esté enfermo, aunque no del cuerpo, ¿me comprende?, sino del espíritu. Si pudiera aventurar una opinión, y conociendo las inclinaciones de su señoría, me atrevería a decir que se trata de algo relacionado con el sexo débil. –El mayordomo añadió con la mirada perdida en el vacío-: Como suele ocurrir, independientemente de las inclinaciones de uno.

- Maldita sea –exclamó Douglas, levantándose de su escritorio-. Lo veré ahora. –Volvió a mirar las dos cartas. El mensajero podía esperar un poco más. Douglas tenía que pensar, tenía que sopesar todas las alternativas que se le ofrecían, necesitaba más tiempo. Además, Anthony Colin St. John Parrish, vizconde de Rathmore, era el hijo del primo carnal de su madre, y también su predilecto. Hacía seis meses que no se veían.

La primera impresión que le produjo su primo no le hizo ninguna gracia. Parecía de lo más deprimido, como Hollis había dicho. Douglas entró en el pequeño gabinete, cerró la puerta con firmeza y echó la llave.

[1] Del francés chouans, insurrectos del oeste de Francia durante la Revolución Francessa. (N. de la T.)

- Muy bien, Tony –empezó sin más preámbulos-, desembucha. ¿Qué ha ocurrido?

Tony Parrish, vizconde de Rathmore, abandonó su ociosa contemplación a través de la ventana para mirar a su primo. Automáticamente se irguió e intentó sonreír. No le salió demasiado bien, pero Douglas apreció el esfuerzo y repitió tranquilamente:

- Cuéntame, Tony. ¿Qué te ha pasado?
- Ha sido Hollis, supongo.
- Sí. Cuéntame.
- Ese hombre debería haber sido un maldito sacerdote.
- Oh, no, lo que pasa es que no es ciego. Además, te tiene bastante aprecio. Ahora, dímelo, Tony.
- Muy bien, maldito si necesitas saberlo. Ya no estoy prometido. Ahora ya no tengo prometida. He sido traicionado. Estoy solo y a la deriva. Aquí estoy.

¿Es que Hollis no se equivocaba nunca? En todo caso, Douglas se mostró incrédulo.

- ¿Quieres decir que Teresa Carleton ha roto el compromiso?
- Por supuesto que no. No seas bobo. No, lo he roto yo. Descubrí que se estaba acostando con uno de mis amigos. ¡Amigo, ja! ¡Un maldito cabrón! ¿Puedes creerlo, Douglas? ¡Esa mujer iba a casarse conmigo, conmigo! Iba a ser mi maldita esposa. La escogí con mucho esmero, la he cuidado como si fuera el más precioso de los capullos, la he tratado con consideración y respeto, he tratado de no molestarla en lo más mínimo, salvo por algún beso (y ni siquiera con la boca abierta, fíjate), y mientras tanto ella era amante de uno de mis amigos. Es imposible de creer, Douglas, es intolerable.
- Para empezar, no es igual que si fuera virgen, Tony –recalcó Douglas con tono suave-. Después de todo es viuda. Y añadiría que tu has seguido acostándote con tus amantes y no me cabe duda de que algunas de ellas son amigas de Teresa.
- ¡Ésa no es la cuestión y tú lo sabes, maldito seas!
- Quizá no lo sea para ti, pero... –Douglas se interrumpió-. ¿Se ha acabado entonces? ¿Ahora eres un hombre libre? ¿Has anulado realmente el compromiso o has venido aquí para lamerte las heridas y reflexionar sobre tu libertad?
- ¡Sí, lo he anulado, y me gustaría matar a esa mujer por su perfidia! ¡Ponerme los cuernos a mí! ¡A mí, Douglas!
- Aún no estabas casado con esa dama, Tony.
- El principio sigue siendo el mismo. No puedo creerlo, Douglas, no me cabe en la cabeza que haya ocurrido realmente. ¿Cómo ha podido una mujer hacerme eso a mí?

Su primo, pensó Douglas, tenía muy buena opinión de sí mismo, en lo que, para ser justos, coincidía la mayoría de la gente. Ninguna mujer, que Douglas supiera, había engañado jamás a Tony. De hecho, era siempre Tony quien las dejaba riendo, tan indiferente como Ryder en lo referente al sexo débil, hasta que encontró a Teresa Carleton, una joven viuda que, por alguna misteriosa e insondable razón, había hechizado al vizconde Rathmore hasta la punta de lo pies embutidos en altas botas, y se le había metido en la cabeza casarse con ella al cabo de una semana. Así que ella había jugado según las mismas reglas que empleaba Tony, cuya autoestima debía haber sufrido un golpe demoledor. No era de extrañar que aún no se hubiera recuperado.

- No puedo volver a Londres ahora mismo, porque allí la vería y tengo un carácter impetuoso, ya lo sabes, Douglas. Debo quedarme en el campo hasta que haya recuperado el equilibrio, hasta que tenga el control de nuevo y mi cerebro

vuelva a ser frío y duro y ya no corra peligro de insultar a esa zorra intrigante y de abofetearla como un crío. ¿Te importa si me quedo aquí una temporada?

La solución a su problema penetró en la mente de Douglas como un relámpago cegador, claro y brillante. El conde sonrió.

- Tony, puedes quedarte aquí hasta que termine el siglo. Puedes beberte todo mi excelente coñac francés, incluso puedes dormir en mi cama. Puedes hacer lo que desees. –Douglas se acercó a su primo a grandes pasos, le cogió una mano y se la estrechó vigorosamente sin dejar de sonreír como un idiota-. Además, tú, Tony, estás a punto de salvarme la vida. Con lo que vas a hacer por mí te ganarás el cielo.

Tony Parrish miró a su primo, luego sonrió con una sonrisa auténtica, llena de curiosidad y buen humor.

- Espero que me cuentes qué esperas de mi futura valentía.
- Oh, sí, claro. Vámonos a montar y te lo contaré todo.

La sonrisa de Tony permaneció intacta y su interés se mantuvo en los cinco primeros minutos del relato de Douglas, luego lo miró atónito, pasmado y, por fin, volvió a sonreír, se encogió de hombros y dijo:

- ¿Por qué no?

Claybourn Hall

Desde luego, ¿por qué no?, pensó Tony Parrish cinco días después con los ojos deslumbrados por la visión que tenía a menos de metro y medio de distancia. Ella era la más exquisita criatura que había visto jamás. Cada rasgo suyo se complementaba con los demás, y cada uno de ellos era sin duda casi perfecto. Ninguna de sus amantes, antiguas o recientes, ni su antigua prometida, Teresa Carleton, podía compararse con ella en la perfección de sus rasgos. Tony siempre había creído que las mujeres rubias eran las más hermosas, las más delicadas y atractivas. ¡Por todos los santos, no era así! Sus cabellos eran negros y espesos sin el menor destello caoba, sus ojos eran de un increíble azul oscuro. Su piel era blanca, suave y lisa, su nariz estrecha, su boca llena y tentadora. Su cuerpo era tan absolutamente perfecto en sus maravillosas curvas que al verlo Tony se puso a sudar de inmediato.

Tony notó que se le hacía un nudo en el estómago. Advirtió que empalidecía. Se quedó mirándola, incapaz de apartar la vista, y vio una lenta sonrisa dibujarse en su boca. Entonces habló ella, suavemente:

- ¿Vizconde Rathmore? Es usted el primo del conde, ¿verdad?

Tony asintió como un tonto y, tomándole la mano, le dio la vuelta lentamente y le besó la suave palma. Ella sabía cuál era el efecto que provocaba en él, pensó Tony, con la cálida mano todavía en la suya. Sabía que se había quedado aturdido e intentaría manipularlo, pero no le importaba. Extraño, pero no le importaba. De repente, Tony notó que los dedos de ella se ponían levemente rígidos en su mano cuando le devolvió la sonrisa. ¿Acaso también ella estaba un poco aturdida? Pronto lo comprobaría. Tony sabía que tenía que recuperar la confianza en sí mismo, severamente menguada por culpa de Teresa Carleton. Debía recuperar su dominio. Si lo deseaba, doblegaría a aquella deliciosa criatura que tenía ante él. Podía y lo haría...

Sus pensamientos se detuvieron súbitamente. El nombre de la mujer era Melissande y él estaba allí para casarla con su primo, Douglas Sherbrooke, por poderes.

Etaples, Francia

Douglas se hallaba en medio de la plaza fuerte para la invasión naval de Napoleón, aunque cualquier lugar entre Bolonia, Dunquerque y Ostende podía considerarse parte de su “inmenso proyecto”. En realidad se trataba de uno de los lugares más seguros de Francia, sobre todo para un espía inglés, puesto que no existía la menor seguridad y la gente entraba y salía, miraba, hablaba y escuchaba, e incluso dibujaba esbozos de los trabajos que se efectuaban allí. Douglas se maravilló de los miles y miles de hombres que trabajaban noche y día en las dársenas, en los muelles y en las playas, construyendo cientos de transportes de todo tipo. Entre los tipos de trabajadores había soldados, quienes apenas hacían nada, por lo que pudo ver Douglas. La actividad era incesante por todas partes.

Douglas llevaba uniforme de soldado de primera, que apenas hacía tres días era nuevo y reluciente, pero que había sido convenientemente ensuciado y arrugado para la misión. El conde había estado explorando los alrededores mientras esperaba a que Cadoudal se pusiera en contacto con él, sonsacando información a los oficiales y reclutas de lengua suelta que se encontraba por las tabernas. Todo lo que podía hacer era esperar. Su francés era impecable, sus modales exactamente como debían ser: conmiserativos con los reclutas, haciéndose eco de sus quejas, y escuchando a los oficiales desde una distancia discreta, exhibiendo la debida deferencia. Todas las conversaciones se referían a una invasión inminente, por el mero hecho de que Napoleón había visitado los múltiples campamentos a lo largo de la costa dos semanas antes y había asegurado a sus hombres que pronto, muy pronto ya, cruzarían aquel triste y pequeño canal y enseñarían a los barqueros y mercaderes ingleses que eran los franceses quienes gobernaban tierras y mares. Bonitas palabras, se dijo Douglas. ¿Creía realmente Napoleón que el campesinado inglés se alzaría y le daría la bienvenida como libertador si conseguía cruzar el Canal, derrotar a la marina inglesa y desembarcar en Dover?

Transcurrieron dos días. Douglas se aburría y estaba inquieto. Finalmente recibió las instrucciones de Georges Cadoudal a través de un mendigo con una sola pierna que se acercó a él furtivamente, oliendo a coles podridas, y le metió un grueso paquete en el bolsillo de su casaca. El bribón consiguió alejarse antes de Douglas pudiera interrogarle. Douglas leyó la carta dos veces, memorizó las instrucciones y luego examinó cuidadosamente los papeles y documentos adjuntos. Se sentó, pensando en lo que Cadoudal pretendía que hiciese por él. Sacudió la cabeza ante la complejidad de aquella situación, ante la pura e irreflexiva arrogancia de aquel hombre. Georges Cadoudal era imprudente siempre, extravagante en ocasiones; era brillante y torpe al mismo tiempo; los fracasos lo hundían, y en los últimos tiempos no había conocido otra cosa, por lo que sabía Douglas.

Resultaba evidente que Cadoudal se había pasado horas urdiendo un plan para rescatar a aquella maldita muchacha, una tal Janine Daudet. Sin embargo, y dado que Cadoudal era el cerebro de un complot para secuestrar a Napoleón y

provocar una insurrección en París que colocaría al conde de Artois, hermano menor de Luis XVI, en el trono, y dado que había recibido más de un millón de francos del gobierno inglés, lord Avery estaba más que dispuesto a aceptar sus exigencias. Obviamente Georges no podía arriesgarse a intentar el rescate en persona. Obviamente sabía que Douglas era un experto en lo que al general Honoré Belesain se refería, y por ese motivo había pedido que fuera él y no otro. Obviamente creía que Douglas tendría éxito. Douglas se preguntó si Georges estaría al tanto de la pésima reputación de Belesain con las mujeres. Maldición.

A la mañana siguiente Douglas se hallaba abotonándose los calzones, tan poco familiares para él, y alisándose la casaca totalmente negra. Una vez llegara a Bolonia se convertiría en un alto funcionario de París, enviado por el propio Napoleón para supervisar los preparativos de la invasión de Inglaterra. Douglas rezó con fervor por que los documentos de Cadoudal estuvieran en orden. Con todo el dinero que le habían dado los ingleses, Georges bien podía permitirse los mejores falsificadores; Douglas no quería ser descubierto y fusilado por espía.

A las doce en punto, con el aspecto del funcionario entrometido, cuya autoridad excede con toda probabilidad su intelecto, sus modales y su cuna, emprendió el camino hacia la residencia en Bolonia del general Honoré Belesain. No le sería difícil localizar la casa, puesto que pertenecía al alcalde y era la mansión más grande de toda la ciudad. El general era huésped del buen alcalde, a quien, según supo por posteriores averiguaciones, no se le veía el pelo desde hacía más de tres meses.

Douglas lo sabía casi todo del general Belesain. Nada de lo que hiciera el general podía sorprenderle. Era un estratega brillante y un administrador competente, aunque sus ayudantes se ocupaban de la mayoría de los detalles. Era cruel tanto con los prisioneros como con sus propios soldados, y un apasionado de las jovencitas. Se imaginaba a sí mismo como el epítome del soldado y el amante. Douglas sabía que la esposa, que evidentemente había debido de sufrir mucho por su culpa, estaba lejos, convenientemente instalada en Lyon con sus cuatro hijos. El general era más bien gordo, pero se creía un Adonis. Le faltaba dominio de sí mismo, perdía los estribos con facilidad, y con fatales resultados, como descubrían en detrimento propio sus hombres y las jovencitas de las que se encaprichaba. En materia sexual no era famoso por su galantería, ni siquiera cuando estaba de mejor humor. Muchas bebía hasta caer inconsciente después de haber sostenido una relación sexual.

La casa del alcalde tenía tres pisos, hecha de ladrillos de suave color amarillo que habían perdido color con los años, era grande y rectangular y estaba cubierta de una espesa hiedra. Alejada de la carretera, la larga avenida que conducía hasta ella estaba flanqueada por robles antiguos, de profusas copas verdes a principios de verano. Sin duda el alcalde era un hombre distinguido. O lo había sido. Al menos una docena de soldados patrullaba en torno al perímetro de la casa, o simplemente hacía guardia en las diversas puertas que conducían a ella.

Douglas alzó la vista, preguntándose en cuál de aquellas habitaciones del tercer piso se hallaría Janine Daudet. Se preguntó si el general la habría forzado ya, pero sabía de sobra la respuesta. Por supuesto que sí, ¿quién habría podido detenerlo? Rezó por que el general no hubiera practicado también sus perversiones con ella. Se preguntó si el general tendría la menor idea de quién era su prisionera. No había modo de saberlo, porque el general era más arrogante y perverso que cualquier cabecilla que hubiera conocido Douglas.

Un ayudante, de nombre Grillon (Douglas lo sabía), salió a recibirlo en el amplio vestíbulo de entrada. Vestido con un elegante uniforme escarlata con galones caminaba pavoneándose, alardeando de su importancia. Sin embargo, tenía también cierto aire precavido. Ante Douglas, un hombre desconocido para él, se sintió inseguro; también podía ser un bravucón cuando conocía las reglas y a los jugadores. Douglas no le explicó nada; disfrutaba viendo la inquietud del otro. Contó cuatro soldados más en el vestíbulo.

- Soy monsieur Lapalisse. Usted ya sabrá quién soy, por supuesto. Quiero ver al general ahora mismo. –Douglas miró entonces alrededor, consciente de que el teniente lo estudiaba con detenimiento. Intentó mostrarse altanero, pero le resultó difícil, porque a Douglas nunca se le habían dado bien las sonrisas desdeñosas. Vio una telaraña en un rincón y eso le ayudó a torcer la boca.
- Monsieur Lapalisse –dijo Grillon por fin-, si aguarda unos instantes, informaré al general de su llegada y veré si desea...
- No estoy acostumbrado a esperar –interrumpió Douglas, mirando al joven de arriba abajo con ojos despreciativos-. Le sugiero que me anuncie inmediatamente. Mejor aún, vayamos los dos juntos.

Grillon se agitó nervioso, luego giró en redondo rápidamente. El general tenía dolor de cabeza. Se había excedido la noche anterior y el muy estúpido tenía que pagar el precio al día siguiente. No sabía exactamente cuándo iba a llegar aquel maldito burócrata, pero debería haber comprendido que sería exactamente cuando menos deseara verlo. El general también se mostró nervioso por la visita de aquel hombre, porque ningún funcionario de mayor rango se lo había notificado. Bueno, al diablo con él.

El general Belesain se hallaba de pie tras su atestado escritorio, con los ojos fríos, el cuerpo rígido y la frente arrugada. Cuando Douglas entró junto a Grillon, se irguió en toda su estatura, pero a Douglas no le engañó. La actitud del general era cautelosa y defensiva a la vez. Excelente, se dijo Douglas, entrando tranquilamente en el gran salón como si le perteneciera. Inclinó brevemente la cabeza ante el general y dijo en perfecto francés:

- Es un bonito día.
- Sí que lo es –ratificó el general, tomado por sorpresa-. Ejem... me han informado que forma usted parte del comité de guerra de Napoleón, aunque no lo comprendo. Él estuvo aquí no hace mucho y expresó su placer por lo adelantados que estaban sus planes de invasión.
- Un comité es una entidad muy amorfa –declaró Douglas, esforzándose una vez más por esbozar una sonrisa desdeñosa y un encogimiento de hombros típicamente galo-. No he venido como representante de ningún comité. Estoy aquí como, ejem, investigador personal de Napoleón.

El general se envaró aún más, la mandíbula se le aflojó y advirtió que sus pensamientos se aceleraban.

- ¿Investigador?

¿Se habría enterado Napoleón de la muerte de los dos soldados a los que había ordenado azotar la semana anterior? Tal vez hubiera oído hablar de la paliza que dio a la chica, aquella que tenía parientes influyentes. Maldita chica estúpida. Había protestado, pero él sabía que lo deseaba, la muy provocadora, así que la había forzado, quizá con cierta rudeza, pero no tanto como para que no se recuperara y volviera a disfrutar con él. No había sucumbido a su lógica y a sus encantos como la mujer que tenía encerrada arriba, en la pequeña habitación contigua a su dormitorio.

Belesain creía que Napoleón era invencible en el campo de batalla, pero lo despreciaba por sus hipócritas actitudes burguesas. Debía fijarse bien en dónde pisaba. Aquel hombre que tenía ante él no era más que un burócrata, un cero a la izquierda, obviamente un lacayo con pocas entendederas. Pero también tenía poder, maldito fuera, lo que significaba que a Belesain no le quedaba más remedio que mangonearlo; si no lo conseguía, lo haría matar. Después de todo, en los caminos abundaban los bandidos y canallas de toda índole.

- Sí –respondió Douglas-. Como sin duda sabrá, Napoleón siempre ha creído que es de la máxima importancia que se supervisen continuamente los planes y las personas que los llevan a cabo. Tarea interminable, ¿no le parece?
- Tendrá usted papeles, por supuesto.
- Naturalmente.

A las tres de esa misma tarde, Douglas paseaba junto al general Belesain por el campamento de la playa de Bolonia. El general detestaba todo aquello, la forzada obsequiosidad con que debía tratar a un maldito burócrata, aquel aire de cooperación con un hombre al que temía y despreciaba a la vez. Intentó intimidar a su visitante, luego hizo caso omiso de él, actuando como si lo supiera todo y pudiera controlarlo todo, lo que a Douglas le provocó una sonrisa. Esa noche cenaron con una docena de los oficiales de más rango de Belesain en el comedor del alcalde. Cuando terminó la larga cena, la mayoría de ellos estaban borrachos. A medianoche, tres habían sido llevados de vuelta a sus alojamientos por sus compañeros. A la una de la madrugada, Douglas estaba más despierto de lo que había estado toda su vida, aguardando su oportunidad.

El conde rezó por que no descubrieran que en realidad era un espía inglés. No deseaba morir. Después de todo, cuando regresara a Inglaterra tendría una esposa, Melissande. Ah, qué dulce sonaba ese nombre en su lengua. Y la tendría en el lecho y allí la mantendría hasta que concibiera al heredero de Sherbrooke.

Cuando el general lo desafió a una partida del juego de los cientos, Douglas le sonrió tranquilamente, pero su pulso se aceleró.

- ¿Y la apuesta? –inquirió, quitándose una mota de polvo de su casaca negra de un manotazo.

El general sugirió una suma de francos.

Douglas mostró una leve irritación ante semejante banalidad.

Sin duda un hombre tan brillante y refinado como el general podía hallar una apuesta más interesante, más tentadora.

El general se lo pensó, luego sonrió, perdiendo el equilibrio, pues estaba totalmente borracho. Se frotó las manos y sus ojos centellearon cuando replicó:

- Ah, sí, desde luego. El ganador de nuestra pequeña partida, monsieur, disfrutará de un suculento bocado que actualmente vive aquí conmigo. Su nombre es Janine y es una mujer con mucho talento para complacer a un hombre.

Douglas se mostró de acuerdo afectando una extraordinaria indiferencia.

5

Claybourn Hall

Alexandra no podía creerlo. Se quedó paralizada junto al escritorio italiano de Melissande, cuya superficie, por una vez, exhibía algo más que una miríada de frascos de perfume. Todavía iba en bata y llevaba los cabellos peinados en una gruesa trenza que le colgaba sobre el hombro. Miró fijamente la solitaria hoja de papel.

Cerró los ojos un momento, los cerró a la verdad...

"Deseabas que esto ocurriera."

Quizá sí, quizá no. En cualquier caso, había guardado silencio. Había vigilado. Y había ocurrido. Melissande y Anthony Parrish, vizconde de Rathmore, se habían fugado para casarse en Gretna Green la noche anterior. Lentamente Alexandra cogió el papel sobre el que su hermana había garabateado unas cuantas frases, palabras mal escritas porque Melissande siempre había desdeñado toda educación. Alexandra estaba tranquila; se sentía extrañamente en suspenso, como si fuera a ocurrir algo más. Habría de llevarle la nota a su padre. Habría de confesarle que ella había adivinado lo que estaba ocurriendo entre ellos dos.

En aquel momento se odiaba a sí misma, sabía que era una criatura celosa, mezquina y ruin, que no merecía la consideración de nadie.

Después de leer la carta, el duque la depositó cuidadosamente sobre su escritorio, se acercó a los ventanales que daban al este y contempló el jardín. Había cuatro pavos reales paseando por los márgenes, tres gansos y una cabra atada a un tejo. Después de unos instantes que a Alexandra le parecieron años, el duque se volvió para mirar pensativamente a su hija menor. Entonces sonrió. Ante el asombro de Alexandra, el duque dijo con toda tranquilidad:

- Bueno, ya está hecho, ¿no te parece, querida? No es ninguna sorpresa, ninguna revelación extraordinaria. No, no me pilla desprevenido, Alex, porque Tony me ha dejado una carta bastante servil, mucho más coherente que la de Melissande y con muchas más disculpas. Todo por su honra. Ya veremos.

- Oh, papá, yo lo sabía, lo sabía, pero quería... –Su padre rió entre dientes y agitó un dedo ante ella-

- ¿También tu te diste cuenta de lo que iba a hacer lord Rathmore, querida mía?

- No sabía que se fugarían a Gretna Green, pero pensaba que tal se negarían a seguir adelante con la boda... A ti no puedo mentirte, papá. Pero no me había dado cuenta de que también tú...

Alexandra calló, retorciéndose las manos y con una aflicción que ablandaría a cualquier padre cariñoso. El sentimiento de culpa de la muchacha iba en aumento en lugar de mitigarse. El duque la contempló un momento antes de afirmar.

- Sí, sabía que Tony quería a Melissande y que ella lo quería a él. Jamás he visto a dos personas enamorarse más rapidamente. Tony es un joven agradable, inteligente, brillante y dotado de un físico atractivo, que es un ingrediente muy importante para las mujeres. Además, es casi tan rico como el conde de Northcliffe. Sin duda ofrecerá un acuerdo matrimonial que rivalizará con el de su primo, lo que, por cierto, me garantiza ya en su carta. Imagino que debe sentirse muy culpable, como te decía. ¡Mucho más que tú, Alex! ¿Acaso no ha traicionado a su primo y se ha llevado a la mujer que el conde había elegido para él mismo? Ah, sí, se desprecia por lo que ha hecho, aunque después de hacerlo, claro está, cuando ya no tiene

remedio. Como he tenido ocasión de observar, la conciencia es mucho más fuerte una vez realizado el acto, cuando éste ya es irreversible. Pero a pesar de este desliz, de este comportamiento totalmente desafortunado, el vizconde parece un hombre honorable. Volverá con Melissande a casa, y muy pronto. Ella, la muy lagarta, no querrá vernos porque sabe que ha disgustado a tu madre y teme una gran reprimenda, pero su marido la obligará a venir. –El duque sonrió con la vista perdida-. Tony Parrish no es un hombre que se deje gobernar por una mujer, aunque la mujer sea tan hermosa que te duela mirarla. Sí, la traerá de vuelta a pesar de todas sus súplicas, lágrimas y rabietas.

- Pero yo ya lo sabía, papá, de verdad. –Por fin lo había soltado todo. Permaneció rígida, sintiéndose desgraciada, a la espera de las invectivas de su padre.

El duque cogió la mano de su hija y se la llevó a los labios.

- Todo lo que lamento son las inmensas molestias que causará este acto irresponsable. Ningún padre desea que uno de sus hijos se escape para casarse en Escocia. La hija de un duque, en particular, no debe conducirse con semejante desfachatez. –El duque hizo una pausa y en su rostro se dibujaron mil y una expresiones. Después soltó bruscamente-: ¿Tanto quieres al conde?

- ¿También has adivinado eso? Oh, cielos. Es repugnante. Soy tan trasparente como el estanque de peces.

- Eres mi hija. Te conozco y te quiero.

- Es cierto. Lo amo desde hace tres años, papá, pero ahora... ahora, ni siquiera lo tendré como cuñado.

Alexandra levantó los ojos hacia su padre, llenos de pena y desolación.

- Acabo de recibir una carta de tu hermano –anunció el conde de pronto-. Te diré la verdad, Alex. Ni siquiera el acuerdo matrimonial que sin duda proporcionará Tony servirá para salvar a esta familia. Tu hermano ha abandonado Inglaterra deshonrado y se encuentra camino de América, según me ha escrito. Deja tras de sí enormes deudas que me llevarán a la bancarrota total. Ni siquiera con el dinero de Tony (y pese a su generosidad, de la que estoy convencido), se podrán cubrir las deudas. He estado preguntándome qué puedo hacer, pensando, preocupándome, luchando, pero ahora... ah, ahora quizá haya un rayo de esperanza.

Se dio media vuelta y abandonó la biblioteca, dejando a Alexandra muda y con la mirada fija en el umbral por el que acababa de desaparecer.

Faltaba una hora aproximadamente para que Tony Parrish y su nueva vizcondesa llegaran a Claybourn Hall. Tony sabía que Melissande estaba enfurruñada y disfrutando de una auténtica rabieta, y eso le hizo sonreír. El vizconde había informado a su nueva esposa en términos muy claros que debían regresar a la casa de su padre, que tenía que arreglar las cosas. Ella había rogado y suplicado. Melissande detestaba sentirse culpable y no querían que se lo restregaran aún más por las narices. Había llegado incluso a llorar sobre el hombro de su marido enormes y hermosas lágrimas de cocodrilo, como él había observado en voz alta, provocándole un inmediato ataque de ira. Tony se había echado a reír. Indignada, Melissande le había arrojado uno de sus cepillos, pero él se lo había tirado a su vez, dejándola paralizada por el asombro ante semejante respuesta. Tony abandonó entonces la habitación, no sin antes ordenarle que bajara al cabo de diez minutos. Un nuevo cepillo había golpeado la puerta que se cerraba. Melissande había bajado

a los once minutos, él había mirado el reloj y había fruncido el ceño, pero no dijo nada. Su mujer le había obedecido. Con el tiempo también se acostumbraría a obedecerle sin escenas, pataletas ni demoras.

Viajaban en un coche privado que Tony había alquilado en un establo de Harrogate para que los llevara a Gretna Green. Era el segundo día de su matrimonio y sólo faltaba una hora para enfrentarse con su nuevo papá político, que sin duda estaba deseando estrangularle. Pero tenía que regresar. Era lo correcto. No tenía alternativa. Además, le había escrito al duque que volvería para discutir el acuerdo matrimonial y reparar el perjuicio causado lo mejor posible.

Sonrió al encantador perfil de su esposa. No dudaba de que la deseaba muchísimo, en ese mismo instante. No tenía más que tocar su mano y ya la deseaba. No tenía más que oír su voz en otra habitación y ya la deseaba. No tenía más que ver cómo se ruborizaba de rabia y le gritaba para desearla. Tenerla tan cerca de él era más de lo que podía soportar.

Tony se volvió y dijo:

- Quítate la pelliza.

Melissande se hallaba sumida en un revoltillo de sentimientos de culpa, vergüenza e ira contra su marido por tratarla sin consideración alguna, ¡le había devuelto el cepillo!

- ¿Qué has dicho?
- He dicho que te quites la pelliza.
- Tengo frío.
- Bien.

Melissande frunció el entrecejo, luego se desabrochó la pelliza. Tony la ayudó a quitársela y la arrojó al otro asiento. Acarició levemente el mentón de su esposa con la punta de los dedos, sosteniéndole la cabeza firmemente. La besó con suavidad, sin separar los labios.

- ¡Tony!
- Calla. Ahora, querida mía, quítate el gorro. No te puedo besar como Dios manda con esa tontería en la cabeza. Además te aplasta tu hermosa cabellera. Es negra como la noche, tu cabellera. Quiero notarla deslizándose entre mis dedos.

Dado que la orden contenía también un cumplido muy agradable, Melissande, apaciguada, se quitó el gorro y lo arrojó sobre la pelliza.

- Ahora –aprobó Tony. Sus finos dedos empezaron a desabrochar la larga hilera de botones que recorrían la parte delantera del traje de Melissande. Ésta se sobresaltó y le dio una palmada en la mano.
- ¡Estamos en un coche, Tony! Por Dios, para, no puedes hacer eso, no...

Tony volvió a besarla, atrayéndola hacia sí y sentándola en su regazo. Le pasó la mano derecha por debajo del vestido y la subió por la pierna, cada vez más hasta que tocó la suave piel desnuda del interior de sus muslos. Melissande se removía en su regazo y Tony sabía que era por pudor, no por afectación. No importaba. La deseaba y tenía la firme intención de poseerla allí mismo, en el coche, con ella sentada sobre sus rodillas, de cara a él, que la penetraría. Estuvo a punto de gemir sólo de pensarlo.

Melissande continuaba debatiéndose, así que Tony le dijo, con la boca pegada a la suya:

- Ahora te estarás quieta. Eres mi esposa, Melissande, y muy pronto aprenderás que debes obedecerme. Te deseo y voy a poseerte. No te he poseído desde anoche porque eras virgen y por lo tanto estabas dolorida por la penetración, pero ya has tenido tiempo para reponerte. Te trataré con delicadeza. Quiero verte

los pechos, acariciarlos, saborearlos con la lengua. Te dejarás el traje puesto y te penetraré cuando te levantes las faldas.

Melissande lo miró con incredulidad, tan perdida en aguas desconocidas que no sabía qué decir. A decir verdad, la noche anterior se había sentido malvada por lo que habían hecho. Le había demostrado al maldito conde de Northcliffe que ella no aceptaba órdenes ni de él ni de su padre. Pero Tony era encantador; era galante; la provocaba sin piedad, haciéndole desear más. La tenía fascinada. Era impredecible. Melissande había reconocido de inmediato la fuerza que había en él, la obstinación masculina, la arrogancia que formaba parte de su manera de ser, pero no había dudado ni por un momento que podría manejarlo a su antojo. A fin de cuentas, había manejado a todos los demás caballeros que se habían acercado a ella.

Tony había introducido a su mujer en el sexo de un modo muy educado. Melissande reconocía vagamente que su marido era un hombre muy experimentado, pero era incapaz de apreciar su delicadeza. Todo el proceso le había parecido terriblemente violento, y ni siquiera la oscuridad que había conseguido a fuerza de ruegos lo había mitigado. En realidad no le había hecho mucho daño. En cuanto al placer que pudiera derivarse de copular, Melissande dudaba sinceramente que tal cosa existiera. A ella sólo le gustaban los cumplidos, los besos y las perversas sonrisas de Tony, y quizá la punta de su lengua rozándole ligeramente la oreja.

Y ahora quería meterle dentro esa cosa de los hombres con ella en su regazo, vestida, pero desnuda mientras él le hacía lo que quería, ¡y todo en un coche en marcha!

- No. –Su voz sonó firme-. No lo haré.

Tony se limitó a sonreír y a subir más la mano hasta apretar los dedos contra sus partes íntimas. Melissande palideció y luego soltó un aullido. Su marido desabrochó rápidamente los botones del pecho. Ella lo abofeteó hasta que finalmente Tony dijo, con su voz más severa:

- Eres mi esposa. ¿Cuántas veces habré de recordártelo, Melissande? Sé que anoche sentiste muy poco placer o ninguno. Eras virgen, ése fue el motivo. Sangraste y eso me agradó. Sin embargo, tengo intención de enmendarlo ahora mismo. Aceptarás el placer que te dé. Te quedaras quieta y dejarás de representar el papel de doncella ultrajada.

Pero Melissande no dejó de debatirse, ni siquiera cuando notó uno de los delgados dedos de su marido deslizarse en su interior. Melissande chilló y Tony le cerró la boca con un beso, esperando que el cochero no la hubiera oído.

- Una virgen deliciosa, una belleza y una niña mimada –describió respirando cálidamente en la boca de Melissande-. Ésa es la mujer con la que me he casado. No es que me queje, no me malinterpretes. Tenía una excelente idea de tu carácter antes de que mordiera ese dulce punto detrás de la oreja izquierda. Pero te domaré, ¿sabes?

- ¡No lo harás! ¡No permitiré semejante cosa! ¡Para, maldito seas! ¡Deja de hacer eso!

- Oh, sí, te domaré –repitió. Con el dedo pulgar empezó a acariciarla-. Y no tengo intención de parar. Haré lo que quiera contigo.

Melissande era indudablemente hermosa, absolutamente exquisita, a pesar de que la ira casi la hacía bizquear y que, la verdad sea dicha, su mirada estaba empañada de la más total incomprensión, pues hasta entonces jamás había conocido a un hombre como Tony. Melissande intentó liberarse. Él se limitó a sacar la mano, le levantó el vestido, las enaguas y la camisa, y luego la echó hacia atrás de modo que quedó tumbada en su regazo y sobre su brazo. Melissande llevaba

zapatillas de piel negra y medias justo por encima de las rodillas, sujetas por ligar negras.

A partir de ahí, estaba desnuda hasta la cintura. Su marido la miró y sonrió.

- Muy bonito. –Extendió una mano sobre el blanco vientre-. Realmente precioso. Creo que me quedaré contigo. Si fueras una trucha no te volvería a tirar al agua. No, ciertamente no.

- ¡No puedes hacer esto, Tony! Mi padre te retará en duelo, te cortará las orejas, te... ¡No soy un maldito pez!

- Queridísima esposa, tu padre no soñaría siquiera con decirme a mí, legalmente tu marido, dueño y señor, que no te diera placer. Y eso haré si te limitas a cerrar tu preciosísima boca y acompañas el movimiento de mis dedos.

Melissande abrió la boca para volver a gritar, pero se dio cuenta de que probablemente la oiría el cochero. Se hundió entonces en la vergüenza, tan mortificada que se mantuvo quieta hasta que los dedos de Tony empezaron a acariciarla en esa parte íntima que ya le había tocado la noche anterior. Entonces no había protestado mucho porque aún se sentía malvada, y el dormitorio estaba a oscuras y, a decir verdad, se había sentido muy fuerte, ¡ah, se había fugado a Gretna Green!, así que no había comprendido del todo... sencillamente no sabía qué esperaba su marido de ella... pero ahora, ahora era diferente. No estaba oscuro como la boca de un lobo. Era de día. Se hallaban en un coche. Tony la había mirado, había hablado tranquilamente mientras ella estaba desnuda y él le tocaba el estómago y sus partes íntimas. No iba a soportarlo. De repente, Melissande notó una sensación penetrante que hizo que sus caderas se alzaran hacia los dedos que la tocaban.

Melissande miró a su marido sin comprender y vio que aquel maldito bribón le sonreía con complicidad. Era una sonrisa de amo tan pagado de sí mismo y satisfecho que no lo pudo soportar. Melissande echó la cabeza hacia atrás y gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

El coche se detuvo bruscamente con una sacudida.

Tony no perdió la sonrisa. Ayudó a Melissande a levantarse y alisarse la ropa, y aguardó a que el cochero apareciera en la ventanilla, lo que hizo casi de inmediato. Los ojos del cochero se posaron en primer lugar en Melissande, y ésta comprendió que debía haber adivinado lo que su marido intentaba hacerle.

- ¡Váyase! –gritó al desventurado cochero-. ¡Vamos, váyase!

- Sí –dijo Tony con toda calma, recostándose contra los cojines con los brazos cruzados sobre el pecho-. Perdone a mi esposa por molestarlo. Algunas veces las damas, bueno, se olvidan de sí mismas... ya comprende.

Mucho se temía el cochero que lo comprendía demasiado bien. Ruborizado, volvió a subirse al pescante. El coche se puso en marcha con otra sacudida.

Tony permaneció en silencio.

Melissande se arregló con movimientos rápidos y torpes, tan furiosa, avergonzada y perpleja que hubiera querido gritarle hasta quedar ronca. Pero era difícil con él allí, sentado y mirando por la ventanilla, sin decir nada, con aspecto aburrido. ¡Aburrido!

Melissande se encasquetó el gorro en la cabeza sin preocuparse de que su precioso peinado sufriera algún daño por su exhibición de ira. Se puso luego la pelliza y volvió a abrocharse los botones, sin importarle equivocarse de ojales.

Tony la miró entonces, todavía con la sonrisa en los labios.

- ¿Sabes, Mellie...?

- ¡Mellie! ¡Qué diminutivo tan espantoso ! Lo odio, es absolutamente horrible y yo...

- Cállate, querida.
- Pero yo... –Melissande vio algo en los ojos de Tony que jamás había visto en sus veintiún años de edad. Cerró la boca y volvió la cara, momentáneamente derrotada.
- Como decía, Mellie, por ti he traicionado a mi primo. Sin embargo, no es el tipo de traición que destruye el alma. Tú no conoces en realidad a Douglas, ni él te conoce a ti. Dios mío, de haber presenciado él tus jueguecitos durante estos últimos días, se habría sentido profundamente desilusionado. Probablemente se habría ido con todo sigilo en medio de la noche para escapar de ti. No te habría llevado a Gretna Green. En realidad dudo que hace tres años te pareciera algo más que un hombre apuesto que alababa tu increíble belleza. Te dejó a causa de su honor, porque creía que debía colocar su deber por encima de los asuntos del corazón. Con sinceridad te diré, querida mía, que no te ama. Recordó que te había deseado, que te había admirado, que se había reído y sentido atraído por tu despreocupación y tu aparente candidez. Recordaba tu belleza, nada más.

>>Pero no te ama ahora ni te amó entonces. Su familia ha sido implacable con él en sus esfuerzos por casarlo para que haya un heredero Sherbrooke antes de que acabe el año. Él te consideró un medio para aplacar a la familia y de casarse de paso con una hermosa criatura, ahorrándose así la molestia de tener que viajar a Londres para inspeccionar la nueva cosecha de jóvenes debutantes.

>>Incluso cuando ya sabía que serías mía, pensaba en los pros y los contras de lo que estaba haciendo. Pero de una cosa estoy seguro, Douglas acabará por darse cuenta de que le he hecho un favor apartándote de su camino. Un día me lo agradecerá. Tú le hubieras vuelto loco, completamente loco. –Tony se volvió hacia su mujer con la cara muy seria-. Él es mucho más caballero que yo, ¿sabes? Jamás te hubiera pegado por grande que fuera la provocación. Se habría apartado de ti, todo lo contrario de lo que debe hacerse para mantenerte a raya.

- No te creo –replicó Melissande lentamente-. Douglas Sherbrooke me ama. Me amaba entonces, me ha amado durante tres años y sigue amándome. Lamentará haberme perdido para el resto de su vida. Seré su amor imposible. Sí, he roto su corazón al casarme contigo. Te odiará para siempre por lo que has hecho. Jamás te perdonará.
- Espero que no –repuso Tony tranquilamente-. Creo que sólo su orgullo saldrá algo malparado. Luego se recuperará con alegría cuando vea lo que he de hacer para mantenerte bajo control. Me estrechará la mano agradecido. Me gimoteará y babeará encima dándome las gracias.

Melissande se miró las manos enguantadas.

- Hablas como si no me tuvieras en gran estima, como si yo no fuera una persona a la que se pudiera admirar o amar. Hablas como si te hubieras fugado conmigo sólo para salvar a tu primo. Pensaba que me adorabas, que me deseabas desesperadamente.
- Ah, eso es cierto. Entiéndeme, sólo porque te adore y te desee no significa que sea ciego a tus defectos. Sin embargo, ésa no es la cuestión. Verás, lo que yo he hecho exige una retribución. He de compensar a Douglas de alguna forma para que no tenga que empezar desde el principio a buscar esposa. En realidad en la carta que le dejé a tu padre ya lo insinuaba.
- ¿Qué quieres decir?
- Me parece que no te lo voy a decir, Mellie, todavía no, porque aún tengo que asegurarme de que mi intuición es cierta. –Le obsequió con una sinuosa sonrisa-. Mira, pensaba demasiado en ti, en tenerte desnuda bajo mi cuerpo, para ser capaz de discernir claramente lo que esperaba fuera verdad. Bueno, es de

esperar que tu padre habrá podido determinarlo por sí mismo cuando lleguemos a Claybourn. Bien, querida, llevas el gorro muy mal puesto. Te sugiero que te esfuerces un poco por parecer algo más encantadora, porque nos estamos acercando a Claybourn.

Tony había conseguido de momento detener el alud de preguntas apelando a la vanidad de su esposa. La contempló mientras Melissande sacaba un pequeño espejo de su bolsito de malla. Sus esfuerzos fueron eficaces gracias a una larga práctica. Era tan hermosa que Tony se sentía estremecer. Su cuerpo era innegablemente delicioso, al menos las partes que había conseguido descubrir, ver y tocar. Tony había querido verle el rostro mientras la desfloraba la noche anterior, pero ella estaba tan asustada y avergonzada que no había tenido valor para insistir que la lámpara permaneciera encendida. Pero lo que realmente le había sorprendido era que ninguna mujer le había afectado tanto como ella hasta entonces. También sabía desde un principio que era una mujer completamente imposible, consentida, vana y tan arrogante como él, pero eso no le importaba porque la deseaba. A pesar de Douglas, a pesar de todo lo demás, la deseaba y la había tomado.

Ahora lo difícil sería vivir con ella.

Otra dificultad consistiría en conseguir que sintiera placer. La idea de una esposa frígida le resultaba intolerante. Era repugnante.

Pero lo más difícil sería compensar a Douglas.

Era extraño, pensaba Tony mientras el coche se deslizaba por la larga y estrecha avenida de Claybourn Hall, pero no había recordado a Teresa, su pérfida y antigua prometida, desde que había conocido a Melissande. Tony miró a su esposa, vio que estaba pálida y que se retorcía las manos.

Tony esperaba que el duque le diera una buena reprimenda.

Entonces él intervendría como su protector, su dueño, su marido. Entonces él y el duque concertarían otro acuerdo matrimonial, que Tony deseaba fervientemente.

Bolonia

Douglas ganó la partida del juego de los cientos. Ni siquiera tuvo que hacer trampas. Belesain estaba tan borracho al terminar que Douglas dudaba que le importara mucho perder porque, de haber ganado, habría tenido que mantener una relación sexual, hazaña que probablemente no se hallaba a su alcance. El general le había dado una llave y le había dicho que explicara a la encantadora joven que hallaría en la habitación que iba allí para ser complacido. También había dicho que a la joven le encantaban las amenazas y un poco de dolor. Luego, el maldito y estúpido borracho había decidido acompañarlo.

- Porque –explicó mientras subían las escaleras hasta el tercer piso-, todavía no está totalmente adiestrada. –Douglas miró al general abrir la puerta y entrar en el cuarto a grandes pasos.

Douglas lo siguió sin decir nada. Era una de las habitaciones de invitados, amueblada únicamente con una cama, un tocador y una alfombra circular en el centro. Sólo tenía una ocupante: un mujer de pie en medio de la habitación. ¿Sería Janine Daudet? El general le sonrió con cara de borracho y dijo, con un vaivén de la mano:

- Quítate la ropa.

La mujer vaciló, luego obedeció. Douglas esperaba que fuera más joven, aunque no sabía el motivo. No, en realidad ya no era una muchacha, se dijo, mirándola más detenidamente, sino más bien una mujer de unos veintitantos años. Era evidente que estaba asustada y que era preciosa, a pesar de su palidez, las oscuras sombras que tenía bajo los ojos y su delgadez.

Belesain aguardó en silencio hasta que la mujer se quitó todo menos la camisa. Entonces se abalanzó sobre ella, la cogió con fuerza por el mentón y la besó, acariciando sus pechos con la otra mano a través del fino lino. De repente, agarró la camisa y se la arrancó. El general se echó entonces a reír y dijo a Douglas por encima del hombro:

- Quería ver si la aprobaba. Bonita, ¿eh? Un poco delgada para mi gusto, pero tiene hermosas tetas. –La tiró sobre la cama de un empujón, se inclinó sobre ella y susurró-: ¿Ves a este hombre, niña mía? Haz todo lo que te pida o... ya conoces el castigo, ¿verdad? Me gustaría quedarme a mirar, pero estoy terriblemente cansado. –Se incorporó para volverse hacia Douglas-. No dice nada. ¿No le parece encantadora? No es virgen, pero tampoco está excesivamente usada. Me pertenece y ahora, como no es estúpida, obedece todas mis órdenes. Puede disfrutar de ella, pero sólo por esta noche.

El general salió del cuarto dando tumbos. Douglas se acercó a la puerta y escuchó los pasos que se perdían por el pasillo y luego escaleras abajo. Oyó que se abría y cerraba otra puerta en el segundo piso. Luego se volvió para encararse con la mujer.

La mujer se había levantado y permanecía de pie junto a la cama intentando taparse con las manos. Douglas no podía creerse la buena suerte que había tenido, pero no iba a dudar de ella ni por un momento.

La voz de Douglas era apremiante cuando se acercó a la mujer y le habló.

- ¿Se llama usted Janine Daudet?

Era una mujer menuda; sus cabellos rubios le caían por la espalda casi hasta la cintura. Tenía los ojos de color azul cielo, cejas y pestañas rubias, y era preciosa.

- ¿Lo es?

La mujer asintió y dio un paso hacia atrás.

- No tenga miedo de mí. Vengo de parte de Georges Cadoudal.

Douglas no era capaz de mantener la mirada fija en el rostro de la mujer. Llevaba tiempo sin estar con una mujer y ahora su cuerpo reaccionaba con deplorable entusiasmo.

- ¿Conoce usted a Georges Cadoudal?

La mujer asintió; era evidente que aún le tenía miedo, a pesar del destello de esperanza que Douglas detectó en sus ojos.

- Vístase rápidamente. Estoy aquí para llevarla conmigo. Junto a Georges. Tenemos que darnos prisa.

- No tengo ropa.

Douglas miró a su alrededor.

- Una capa, cualquier cosa. Vamos, tenemos que apresurarnos.

- No le creo. –Así que aún le quedaba algo de coraje después de todo. Estaba a punto de morirse de miedo, pero seguía luchando-. Sé que me ha entregado a usted, me lo ha dicho, y sé por qué lo ha hecho.

- Porque he ganado una apuesta.

- Oh, no. –Janine palideció aún más. Entreabrió los labios pintados y los cerró. Sacudió la cabeza y luego dijo de corrido-: Quiere que yo descubra qué se propone usted decir a Bonaparte cuando regrese a París. También le preocupa que

en realidad sea un espía. Aunque creo que preferiría que fuera un espía a que le hubiera enviado Bonaparte, porque teme que Bonaparte descubra todas las fechorías que ha cometido. Me dijo que debía descubrir la verdad o si no mataría a mi abuela.

- Ah. –Douglas le sonrió y empezó a frotarle los delgados brazos suavemente. Así que el general no estaba en absoluto borracho. El juego de los cientos, la apuesta, que el general perdiera, todo formaba parte del plan de Belesain para atraparlo. No estaba mal-. Tranquila –dijo Douglas, abstraído, intentando apaciguarla, pero sin dejar de pensar frenéticamente-. ¿Dónde está su abuela?

Janine dio un respingo.

- Está en la granja, tres kilómetros al sur de Etaples. El general dice que tiene un hombre allí vigilándola y que la matará si no hago lo que él mande.
- Si conozco bien a Georges, él se habrá ocupado ya de los guardianes que hubiera en la granja de su abuela. Estoy aquí para salvarla. Vamos, vístase con algo. Las llevaré a usted y a su abuela a Inglaterra.
- Inglaterra –dijo ella despacio, con sus ojos sombríos abiertos por la sorpresa-. Pero nosotras sólo hablamos francés.
- Eso no importa. Mucha gente habla francés en Inglaterra y además aprenderán inglés. Georges vive allí gran parte del tiempo, él les enseñará.
- Pero...
- No, no puedo decir más. Georges desea que la lleve a Londres. Allí estará a salvo hasta que él vaya a buscarla. Primero debe atender aquí ciertos asuntos. ¿Confiará en mí?

Janine alzó los ojos hacia Douglas, su rostro irradiaba adoración y confianza, y replicó sencillamente:

- Sí.
- Bien. Ahora, escúcheme. Esto es lo que haremos. –Mirando el rostro tenso y pálido que tanta confianza en él demostraba, Douglas se preguntó por qué la gente en general y las mujeres en particular lo consideraban una especie de san Jorge. Detestaba esa sensación, pero al mismo tiempo le divertía. Pensó en Georges Cadoudal y deseó fervientemente que ella también lo recordara. Después de todo, era muy probable que Douglas fuera ya un hombre casado y no quería regresar a Inglaterra con una mujer embobada colgada del brazo.

6

Northcliffe Hall
Cinco días después

Douglas abrió la puerta de la biblioteca, vio una solitaria vela ardiendo en la mesita junto a su primo, y entró a grandes pasos con una sonrisa cansada iluminando su rostro.

- ¡Tony! Dios, que alegría verte y volver a casa. –Douglas se frotó las manos-. Ah, es maravilloso estar de nuevo en casa y supongo que imaginarás el porqué.

- Douglas –dijo Tony, levantándose. Se acercó a su primo en dos zancadas y le estrechó la mano-. Deduzco que has tenido éxito en tu misión.

Douglas le sonrió débilmente y continuó frotándose las manos.

- Un éxito total, gracias a un Dios benevolente y a un general muy estúpido que se creía más listo que yo. Ah, ese batín que llevas es muy elegante, pero si te descuidas te asoman las piernas peludas. –Se acercó al parador-. ¿Quieres un buen coñac francés? Te prometí todo el que pudieras beberte hasta el siglo que viene.

- No, creo que no.

Douglas se sirvió el coñac, echó un buen trago y notó cómo el calor le recorría por dentro hasta el estómago.

- Hollis dice que tienes que hablar conmigo, que es muy importante, que no puede esperar a mañana. Por un momento pensé que se iba a poner a gritar, pero desde luego eso es absurdo. Hollis no grita nunca, ni chilla, ni se deja llevar por emociones impropias. Pero es casi medianoche, Tony, y no hago más que decir necedades porque estoy a punto de desplomarme a tus pies. Por supuesto, una vez haya visto a mi hermosa novia, supongo que olvidaré toda mi fatiga. Aun así me ha sorprendido ver a Hollis levantado todavía. ¿Qué quieres?

- He intentado convencer a Hollis de que se metiera en la cama, de que yo te esperaría en el vestíbulo, pero ya sabes cómo es y se ha negado.

Douglas echó otro largo trago de coñac, luego se sentó en un bajo sillón orejero junto al de su primo.

- ¿Qué ocurre? –Hubo un sombrío silencio y de repente Douglas supo que estaba a punto de enterarse de algo que no le gustaría en absoluto y que Tony iba a ser el mensajero-. Te casaste con Melissande, ¿no?

Tony lo miró a la cara.

- Sí –contestó-, me casé con ella. –Respiró hondo y, sabiendo que no le quedaba otro remedio, añadió-: También me casé con su hermana menor.

Douglas acababa de tomar otro trago de coñac. Lo escupió y tosió al atragantarse.

- ¿Tú qué?

- He dicho que me casé con dos mujeres. –Anthony Parrish volvió la mirada hacia la chimenea y contempló los rescoldos del fuego. Tanto ensayar explicaciones para eso. Se sintió tan cansado como su primo. Además, llevaba sobre sí el peso de la culpa que lo tenía hundido en la miseria-. Puedes decidir retarme en duelo, Douglas. Estás en tu derecho. Yo no haré fuego, eso te lo juro.

- ¿De qué demonios estás hablando? –Douglas no quería saber de qué hablaba su primo. Quería marcharse en ese mismo instante al amplio aposente principal de la casa, al gran lecho del señor en el que le aguardaba Melissande. No quería oír hablar más de las dos mujeres con que se había casado Tony.

- No te casé con Melissande por poderes. Me fugué con ella y nos casamos en Gretna Green primero, y luego otra vez en la casa de su padre. Y te casé por poderes con Alexandra, su hermana menor.
- Ya veo. –Douglas se levantó, dejó la copa de coñac con cuidado sobre la mesita, inclinó la cabeza en dirección a su primo, cogió una vela y salió de la biblioteca a grandes zancadas.
- ¡Douglas! ¡Espera! No lo entiendes. ¡Por amor de Dios, vuelve aquí!

Pero Douglas no iba a detenerse. Oyó que Tony le seguía y avivó el paso. Un error, era eso, no, quizá fuera una broma cruel, un broma digna de Ryder... no... algo más. Oyó a su primo subir la escalera detrás de él cuando giró hacia el pasillo del ala este. Corrió por el largo pasillo hasta la habitación principal que había al final. Abrió de un tirón la doble puerta, entró precipitadamente, dando un portazo tras de sí y cerró rápidamente con llave.

Douglas miró hacia la cama, sosteniendo la vela en alto. La ropa de cama tenía el mismo pulcro aspecto que ofrecía cuando abandonó Northcliffe Hall dos semanas atrás. La cama estaba vacía.

El conde se acercó a la tarima sobre la que descansaba el lecho y se paró a su lado mirando la maldita cama vacía. Había soñado con esa cama, pero no vacía como estaba ahora. No, había soñado con Melissande tumbada en el centro, los brazos abiertos, invitándole a acostarse con ella.

Douglas se volvió furioso, sin comprender absolutamente nada. Miró la puerta de la habitación contigua y se dio cuenta de que había sido un estúpido. Naturalmente que ella no estaba en su cama, estaría en la cama de la condesa, en la habitación contigua. En cierto sentido el conde era todavía un extraño y no sería correcto que se metiera en su cama, al menos de momento. Al menos hasta que él, en su calidad de marido, la hubiera llevado formalmente al lecho.

Abrió de golpe la puerta del dormitorio contiguo. Se trataba de una habitación más pequeña amueblada de forma delicada y femenina. Era la habitación encantada por el fantasma de la casa, que no existía y que nunca había existido más que en la mente de mujeres aburridas o enfebrecidas. Douglas comprobó que si bien la ropa de la cama estaba arrugada, tampoco había nadie allí. Entonces la vio. Era una joven, de pie en las sombras, vestida con un largo camisón blanco que la cubría desde el mentón hasta los pies. No la veía con claridad, pero supo enseguida que estaba muy pálida y sorprendida. ¿Era miedo también lo que veía? ¿Miedo de él?

Demonios, tenía motivos para estar asustada, se dijo Douglas, y dio dos pasos hacia adelante. La joven no era Melissande. Era una maldita extraña y tenía el descaro de ocupar el dormitorio de su esposa, quedándose allí de pie como si le perteneciera, mirándolo fijamente como si él fuera un intruso o algo peor, quizá incluso un asesino. Se detuvo bruscamente.

- ¿Quién demonios es usted?

Su voz sonó muy tranquila, lo que le sorprendió bastante. Douglas temblaba por fuera y sentía un nudo en el estómago por dentro. Rápidamente depositó la vela sobre el velador que había junto a la cama.

- Le he preguntado quién es. ¿Qué demonios está haciendo aquí? ¿Dónde está Melissande?
- Melissande está al otro lado del pasillo, en el ala oeste. Creo que la habitación se llama el Guamo Verde.

La voz delataba miedo; era aguda, débil y aflautada.

- No la conozco. ¿Quién es usted?

La joven avanzó y Douglas vio que se erguía. A la tenue luz de la vela vio también que era menuda; tenía los cabellos de un intenso color rojo oscuro, que le caían ondulantes por la espalda y sobre los hombros.

- Estaba durmiendo aquí.
- No es Melissande.
- No. Soy Alexandra. En realidad soy su esposa.

Douglas se echó a reír, emitiendo un sonido desagradable en el que se detectaba una total incredulidad.

- Usted no puede ser mi esposa, encanto, porque no la había visto jamás. Creo que debe ser una de las esposas de Tony, o quizá una de sus muchas amantes.
- Me ha visto antes, milord, sólo que no se acuerda. Yo sólo tenía quince años en aquella época y usted no se fijó más que en mi hermana.
- Sí, y me he casado con ella.

Se oyeron fuertes golpes en la puerta del dormitorio de Douglas. Éste advirtió que Tony movía el pomo frenéticamente y levantó la vista cuando oyó que gritaba:

- ¡Douglas, abre esta maldita puerta! Alexandra, ¿estás bien?
- Estoy bien, Tony –respondió ella. Se volvió hacia Douglas y dijo, con un tono tan sosegado como el de una monja-: ¿Puedo dejarle entrar, milord?
- ¿Por qué no? Al parecer está casado con todo el mundo, así que tiene derecho a visitar los lechos de todas las féminas.

La extraña joven pasó junto a Douglas para entrar en el dormitorio de éste, que se apresuró a salir por la puerta que daba al pasillo justo cuando Tony irrumpía en su dormitorio. Tony lo vio salir corriendo por el pasillo en dirección al ala oeste.

- ¡Douglas, maldita sea, deténte! ¿Adónde demonios vas ahora? ¡Oh, no, deténte!

Pero Douglas no se detuvo hasta abrir de golpe la puerta del dormitorio llamado el Guamo Verde. Allí, en el lecho con dosel, yacía su esposa, su novia, Melissande. Ésta se sentó en la cama con expresión aturdida y luego, a la luz de la vela, pudo verse su alarma. Melissande se encontró con la mirada de Douglas y parpadeó, tapándose con la sábana hasta la barbilla.

- ¿Douglas Sherbrooke?
- ¿Por qué estás en esta habitación? ¿Qué haces en su cama?
- ¡Porque está casa conmigo, maldita sea! Douglas, por favor, ven y deja que te explique lo que ocurrió.
- No, quiero llevarme a mi esposa a mi habitación. La quiero en mi cama. No puedes casarte con todas la mujeres, Tony. No es legal excepto en Turquía. En serio, debes convertirte a la religión islámica. Así que me llevaré a ésta.
- ¡No es tu esposa! Me he casado con ella yo, no en tu nombre. ¡Me he acostado con ella, Douglas! Ya no es virgen. Es mi esposa. –Tony, que había empezado bramando, consiguió concluir sus palabras en un tono más bajo y tranquilo.

Un Douglas muy pálido miró a Melissande. Dios, era la criatura más hermosa que había visto en su vida. Tenía los negros cabellos despeinados, enmarcando su blanco rostro; sus ojos de extraordinario azul oscuro eran grandes y profundos, y tan seductores que Douglas notó que se encendía a pesar de lo que estaba sucediendo, a pesar de que parecía estar casada con Tony, a pesar... Douglas sacudió la cabeza. Estaba cansado, exhausto para ser más preciso, pero había cabalgado como alma que lleva el diablo a fin de llegar a casa esa noche, para encontrarse con la novia de Sherbrooke. Recordó brevemente a Janine y se preguntó qué tal

quedaría como tercera esposa. Volvió a sacudir la cabeza y miró de nuevo a la novia.

Pero no había novia.

No, eso no era cierto. Había una novia y su nombre era Alexandra y él no la había visto en toda su vida aunque ella afirmaba que sí.

Douglas se volvió despacio para mirar a su primo.

- Dime que ésta es una de tus bromas estúpidas.
- No lo es. Por favor, Douglas, vuelve conmigo abajo y te lo explicaré todo.
- ¿Puedes explicar esto?
- Sí, si me das op...
- ¡Maldito hijo de puta! –Douglas enseñó los dientes amenazadoramente y arremetió contra su primo. Le dio un puñetazo en la mandíbula y lo derribó. Tony rodó y volvió a levantarse, sacudiendo la cabeza. Douglas volvió a golpearlo. Esta vez, Tony cogió a Douglas por las solapas y lo arrastró al suelo con él. Ambos cayeron produciendo un ruido sordo, luchando y agitando brazos y piernas.

Melissande soltó un chillido.

Alexandra apareció en el umbral de la puerta abierta sosteniendo en alto una vela. Vio a Tony ponerse encima de Douglas y devolverle un puñetazo en la mandíbula. Douglas gruñó de dolor, levantó las rodillas y golpeó la espalda de Tony con ellas, dando bandazos. Tony volvió a pegar a Douglas con más fuerza, haciendo que se golpeara la cabeza contra el suelo.

Alexandra aulló. Rápidamente dejó la vela en una mesita y saltó sobre la espalda de Tony, golpeándole la cabeza con los puños y tirándole de los cabellos.

- ¡Para, bruto! ¡Déjalo en paz!

Alexandra golpeó y golpeó y tiró y tiró. Sorprendido por ese inesperado y violento ataque, Tony se quedó paralizado, lo que Douglas aprovechó para quitárselo de encima y ponerse de pie. Tanto Alexandra como Tony cayeron al suelo. Douglas agarró a Tony por la camisa y lo levantó a la fuerza para darle un puñetazo en el estómago. Tony gruñó y se dobló sobre sí mismo rodeándose el cuerpo con los brazos. De repente Melissande saltó por los aires y cayó sobre la espalda de Douglas. Le rodeó la cintura con las piernas, le golpeó la cabeza con los puños y le gritó al oído:

- ¡Déjalo en paz!

Douglas sintió que su cerebro se estremecía. Los oídos el zumbaban. Melissande le tiraba de los cabellos sin dejar de gritarle al oído. Entonces la otra mujer, la menuda, tiró frenéticamente de Melissande y la arrancó de la espalda de Douglas. Ambas mujeres cayeron en un barullo de camisones blancos y ondulantes masas de cabello.

Tony seguía doblado sobre sí mismo, intentando recuperar el aliento. Douglas se sentía como si acabaran de dejarle calvo. Le escocía el cuero cabelludo por el ataque de Melissande. Se plantó allí en medio, observando el desastre. Vio que la joven menuda se desembarazaba de Melissande, se levantaba y corría hacia él. Tenía el rostro blanco y los ojos dilatados. Temblaba y jadeaba.

Douglas permaneció callado como una tumba mientras ella le palpaba con las manos, primero los hombros y el pecho, luego los brazos. Douglas continuó inmóvil sin decir nada.

- ¿Estás bien? Por favor, dime si te duele algo. –Deslizó suavemente la punta de los dedos por la mandíbula de Douglas, quien dio un ligero respingo-. Oh, perdóname, duele, ¿verdad? Lo siento. No está rota, no, pero te ha golpeado con mucha fuerza.

Douglas meneó la cabeza, pero no hizo ningún otro movimiento. Ya podían matarlo, que no se le ocurría una sola razón por la que debiera moverse o decir algo. Alexandra siguió explorando su cuerpo con las manos, palpando y apretando levemente. Por fin, cuando Alexandra estaba a punto de hincarse de rodillas para palparle las piernas, Douglas la cogió por las muñecas y las sostuvo juntas delante de ella. Luego la sacudió para conseguir que le prestara atención y dijo muy lentamente:

- Estoy bien. Déjeme en paz. Vaya a tocarlo a él, a su otro marido. –Douglas miró a Melissande, que estaba junto a Tony, palpándole; su larga cabellera negra ocultaba su cara como una suave cortina.

Douglas se apartó de la segunda mujer y miró hacia la puerta abierta. Entonces dijo con toda tranquilidad:

- Hollis, entra, por favor.

Hollis entró en la caótica habitación sin perder un ápice de dignidad.

- Milord –dijo con tono sumamente cortés-, si no le importa acompañarme, los otros podrán vestirse con un atuendo más apropiado. Serviré coñac en el salón y podrán reunirse con nosotros cuando lo deseen. Venga conmigo, milord. Eso es. Venga conmigo. Todo irá bien.

Douglas se dejó llevar. Ahora se sentía extrañamente apático, a pesar de que aún le escocía el cuero cabelludo y le zumbaban los oídos. Melissande tenía los dedos fuertes y más fuerte aún los pulmones. Douglas sentía el deseo de ser otra persona; no quería ser Douglas Sherbrooke, porque ese pobre tipo era un absurdo. Era un estúpido, un burro, un asno, al que habían estado a punto de arrancar la cabellera y que había perdido la novia. Se oyó decir con una voz que no se parecía en absoluto a la suya:

- Pero Hollis, esa chica ha saltado sobre Tony. ¿Por qué lo ha hecho? Él dice que se casó con ella. Yo no la había visto jamás. ¿Por qué iba a querer rescatarme esa pequeña boba?

- No se preocupe ahora por eso, mirlord –fue la respuesta apaciguadora de Hollis-. Debería complacerle el que ella intentara protegerlo.

- ¡Protegerme! Dios mío, parecía dispuesta a luchar hasta la muerte.

- Sí, milord. Es lo más normal. Ella es su esposa, milord, y su condesa. En realidad hace dos días que vive aquí y se ha desenvuelto muy bien.

- No, no es mi esposa –replicó Douglas con total firmeza-. Eso es absolutamente imposible. Ya te he dicho que no la había visto jamás en la vida. Melissande es mi esposa. A ella sí la reconozco. Mataré a Tony por lo que ha hecho. –Douglas se detuvo y miró hacia atrás por encima del hombro-. ¿Crees que si dejo que esa chica se quede aquí matará a Tony por mí?

- Probablemente no, milord. Su violento comportamiento se ha debido únicamente a que él le atacó. Ahora que lord Rathmore ha sido sometido, ella ya ha conseguido su objetivo. Venga conmigo. Mañana lo verá todo diferente.

- No puedo dormir en la misma cama que esa extraña, Hollis. Soy un caballero. Puesto que tú la admitiste en mi casa, debo suponer que no es una posible amante, ¿no es cierto? ¿Dices que hace dos días que está aquí? No, no me gusta ni puedo aceptarlo. Aunque intentara matar a Tony no puedo dormir con ella.

- No, milord. Comprendo perfectamente su razonamiento. Sus sentimientos son de lo más loable. Su señoría sabrá valorarlos. Venga conmigo. Necesita descansar y dejar que se le aclaren las ideas.

Con silencio y café, no coñac, la mente de Douglas se aclaró rápidamente, pero esa claridad provocó una ira tan grande en él que se atragantó con el café.

- Tendré que matarlo, Hollis.
- Tal vez no, milord. Primero debería escuchar a lord Rathmore. Usted le tenía (y le tiene) una gran afecto, ¿recuerda?
- ¡Ah! ¡Ahí estás, maldito canalla!

Douglas se levantó a medias de la silla, pero la mano de Hollis se posó con firmeza sobre su hombro y Douglas lo obedeció.

Sin embargo, no era eso lo que quería. Ansiaba acostarse y dormir doce horas, despertar y descubrir que todo seguía siendo como debía. No, quería matar a su primo.

Aún así, Douglas, el hombre cuya mente funcionaba a la perfección normalmente y era un hábil estratega, dijo con mucha calma:

- Dime por qué me has traicionado.

Tony tenía aún los cabellos revueltos a causa del ataque de la otra mujer. Iba todavía en batín, pero ahora, bajo el brazo derecho, estaba rasgado y colgaba más de un lado que de otro. Se mantuvo a distancia.

- ¿Me escucharás sin tratar de matarme otra vez?
- Te escucharé. En cuanto a lo de matarte, diría que eso ocurrirá en un próximo amanecer.
- ¡Por Dios, Douglas, no hables así! Maldita sea, no deseaba que ocurriera, pero ocurrió.

Hollis carraspeó y dijo amablemente;

- Basta de *mea culpas*, milord. Su señoría necesita hechos. Toda esta emoción es fatigosa y no viene al caso.
- Me enamoré de Melissande desde el instante en que la vi y ella se enamoró de mí. Conozco todos sus defectos, Douglas, defectos que tú ni siquiera imaginas, pero no me importó. La comprendí y supe que podría manejarla. Nos fugamos. A nuestro regreso a Claybourn Hall, el duque y yo decidimos que yo te casaría con Alexandra por poderes. Ella estaba dispuesta a hacerlo y el duque más aún. En realidad, acababa de enterarse de que el inútil de su hijo, no sólo había abandonado Inglaterra en plena noche, sino que había dejado a su padre una montaña de deudas. El duque estaba desesperado, así que aceptó, pues tu acuerdo matrimonial y el mío juntos le salvarían a él y a su familia de la deshonra. Aun así yo no estaba seguro, Douglas, tienes que creerme, pero había muchas y buenas razones para hacerlo sobretodo que Alexandra es encantadora, una verdadera dama, no es nada estúpida y tú no tendrás que ir a Londres y empezar otra vez a buscar esposa. Tienes ya una aquí mismo que es perfecta y acabarás conociéndola; todo saldrá bien.

>>Quizá mis palabras te enfurezcan, quizá creas que son sólo para aplacarte, quizá todo lo que te digo te suene a falso, pero te juro que lo medité mucho. Estudié a Alexandra con la mayor atención y te juro que es digna de ti. Es buena y firme y leal...

- Haces que parezca un maldito caballo, Tony. O un podenco jadeante. ¡No es Melissande!
- No, afortunadamente para ti. Vamos, ya has visto como defendía a su marido, ¡casi me mata! En serio, Douglas, Melissande no te agradaría como esposa después de un tiempo.
- ¡Ja! Cabrón escurridizo, lo dices como si me hubieras salvado de un destino peor que la muerte. Quieres que crea que me has librado de la peste para quedártela tú, que eres un mártir por mi causa. ¡Me has robado la esposa, Tony! Maldita sea, es demasiado, ya he oído tus pobres disculpas y...

- Milord –susurró Hollis con la mano una vez más sobre el hombro de Douglas-, por el momento debemos atenernos a los hechos. La emoción es enervante y conduce sin duda a la violencia. No puedo permitir más violencia en Northcliffe.

- ¿Dónde está mi hermana? ¿Dónde están Ryder y Tysen y mi madre?

- El señor Ryder insistió en que debían abandonar Northcliffe hasta que se resolviera todo este asunto. Es un joven inteligente. Una vez hubo comprendido el problema, hizo que la familia saliera de Northcliffe en menos de dos horas. Ellos se hallan actualmente en Londres, en la casa que tienen los Sherbrooke en la ciudad.

Por Dios, Douglas había estado a punto de llevar a Janine a la casa de la ciudad, pero al final lord Avery se había encargado de buscarle alojamiento. Douglas se retorció en su asiento para volverse a mirar a Hollis.

- ¿Así que estoy solo en la casa con este maldito ladrón de esposas? –Douglas se frotó las manos y sonrió-. ¡Excelente! ¡Eso quiere decir que podré matarlo sin que nadie se entere, sin que Tysen me sermonee desde su futuro púlpito, sin que Ryder se ría de mí, sin que mi hermana y mi madre se desmayen! No, no es cierto, ¿verdad, Hollis? No fue todo idea de Ryder, ¿verdad? No, tú tenías miedo de que hubiera problemas, así que convenciste a Ryder para que se los llevara a todos. Ah, no me importa, de verdad que no. Gracias a Dios que los sacaste de aquí. ¡Y ahora voy a matar a este maldito bastardo que tengo por primo! –rugió Douglas, poniéndose en pie.

- Por favor, ya basta, milord.

Douglas se detuvo y miró a la misma joven menuda que había participado en la refriega de arriba. Esa misma mujer que había intentado protegerlo se hallaba ahora en el umbral de la puerta abierta. La misma que supuestamente era su maldita esposa. Douglas se estremeció ante tan absurda idea. No era real. No podía, no lo aceptaría.

- Dígame su nombre al menos –exigió con voz ronca y a punto de estallar de pura ira.

- Me llamo Alexandra Gabrielle Chambers. Soy la hija menor del duque de Beresford, pero no soy una niña, tengo dieciocho años y soy una mujer. –Alexandra hizo una pausa y Douglas vio tensión en su rostro, que, según pudo apreciar, en realidad era bastante bonito, con luminosos ojos grises que no parecían en absoluto estúpidos. Alexandra llevaba los cabellos atados con una cinta en la nuca. Tenía bonitos pómulos, hermosa boca, cejas agradablemente arqueadas y unas orejas preciosas y menudas. Nada de todo aquello consiguió conmover a Douglas. Alexandra jugueteó con el cinturón de su bata azul celeste y luego alzó la vista para encararse con él nuevamente-. ¿No me recuerda, milord?

- No.

- Supongo que he cambiado un poco. Entonces estaba más gorda y era aún más baja. Incluso a veces llevaba gafas para leer y el pelo recogido en trenzas infantiles, así que es probable que no me hiciera el más mínimo caso, pero ahora...

- En realidad no me importa si era calva y obesa. Váyase. Vuelva a la cama. Puede estar segura de que no iré a forzarla esta noche. No tengo por costumbre acostarme con mujeres a las que no conozco.

Alexandra permaneció quieta un momento, irguiéndose un poco más. Echó un rápido vistazo a Tony y luego asintió.

- Como desee, milord. Pasaré la noche en el dormitorio contiguo si le parece bien.

- ¡Duerma en el pasillo! ¡Duerma con Tony! A mí me da igual. Después de todo, parece ser que también está casado con usted.

- Por favor, Douglas...

Alexandra se dio media vuelta sin decir nada más y salió de la habitación. Recogió una vela de una gran mesa de estilo español del vestíbulo de entrada y subió lentamente por la amplia escalinata. ¿Qué esperaba? ¿Que él la miraría y quedaría extasiado con la contemplación del regalo que le había hecho Tony? ¿Que la compararía con Melissande y sin más preámbulos se decidiría por ella? ¿Que se enamoraría locamente y al instante de ella? ¿Y que cantaría alabanzas y donaría sus riquezas para obras de caridad por lo que Tony había hecho? O más bien por lo que su padre le había convencido para que hiciera. Ah, su padre... Alexandra recordaba exactamente lo que había dicho el duque, cómo le había rogado y suplicado, y se había valido de su amor filial, cómo... Alexandra sacudió la cabeza. No, eran todo imaginaciones suyas, todo. Si ella hubiera querido conformarse, si hubiera querido negarse realmente, su padre no la habría obligado a casarse con Douglas por poderes. Pero su padre necesitaba el dinero desesperadamente y creía de todo corazón que la incorporación de Douglas Sherbrooke y Anthony Parrish a la familia obligaría a su necio heredero, Reginald, a enmendar su estilo de vida imprudente y manirroto cuando más adelante regresara a Inglaterra.

¡Ja! Una vez más, Alexandra buscaba razones que la convencieran de que había hecho lo correcto, lo justo y maravilloso. Cuando, de hecho, no tenía la menor excusa. Douglas había sido traicionado por su primo, por Melissande y por el duque. Y también por ella. Aun así, Alexandra había creído, había deseado con desesperación, que la reacción de Douglas al enterarse fuera diferente, pero Douglas había vuelto a casa para hacerle ver la cruda realidad. “Todo saldrá bien. No debes rendirte. Todo saldrá bien.” Una estúpida letanía, se dijo Alexandra, cuando subía las escaleras. Estúpida e inmadura y ...

Melissande aguardaba al final de la escalera, apretando las manos de un modo espasmódico contra su pecho.

- ¿Y bien? –inquirió sin más preámbulos-. ¿Han empezado a pelearse otra vez? ¿Han sacado las pistolas o las espadas? ¿Lucharán por mí?
- ¿Tienes palpitaciones?
- No, no seas boba. ¿Qué significa eso?

Alexandra se limitó a menear la cabeza. Sería indigno que se mostrara desagradable con la manzana de la discordia entre los dos hombres.

- Me ha dicho que me fuera a la cama –respondió, esforzándose por eliminar todo rastro de emoción de su voz.
- Tú ya sabías que ocurriría esto, Alex. Te lo advertí; se lo advertí a nuestro padre, pero él te convenció para que le hicieras caso. Advertí a Tony. Todos sabíais que Douglas me quería con locura a mí, no a ti. ¿Cómo iba a quererte a ti ni a ninguna otra, después de verme a mí? Ni siquiera se acuerda de ti, ¿no es cierto?

Alexandra negó con la cabeza.

- No es que me importe que seas condesa, Alex, aunque desde luego no serás una condesa feliz. Si tu marido te odia, si no puede soportar ni mirarte, si abandona la habitación cuando entres tú, ¿cómo vas a ser feliz? No, yo soy la que debería ser duquesa o condesa, pero aquí estoy, siendo sólo vizcondesa. Pero eso es lo que yo elegí, ¿no? Elegí a Tony y él no tenía otra opción una vez que yo lo hube elegido. ¡Pobre Alex! ¡Pobre Douglas! ¿Estás segura de Douglas no intentará otra vez matar a Tony?
- Hollis los mantendrá bajo control.
- Un mayordomo dando órdenes –se burlo Melissande-. Yo no lo toleraría si fuera la señora de esta casa. Es inaudito.

- Sí –admitió Alexandra, cuando pasaba junto a su hermana. Y añadió en voz muy baja, por encima del hombro-: Te quiere a ti, por supuesto, en eso tienes razón. Probablemente siempre te querrá.

Melissande sonrió.

- Le dije a Tony que el conde no le perdonaría jamás. Se lo dije, pero él no quiso creerme. Sé por experiencia que los hombres no aceptan la verdad, aunque se la presentes de modo sincero e imparcial. Creen que siempre podrán disponer las cosas a su gusto. –Melissande hizo una pausa, luego desfiguró su encantadora frente frunciendo el entrecejo-. Ahora comienzo a pensar que cometí un error. Tony no es el hombre con el que me casé. Quiere mandarme, tratarme como si le perteneciera. Incluso me dijo que él no era un caballero como Douglas. ¡Además, quiso tomarse libertades con mi persona en un coche, Alex, a plena luz del día, y a menos de una hora de Claybourn Hall! ¿No te parece increíble? Yo no podía permitir ese monstruoso comportamiento en un hombre. Quizá Douglas no sea tan poco delicado, tan indiferente a la sensibilidad de una dama. Sí, probablemente cometí un error. Vaya, ¿sabes que amenazó con...? –Melissande cerró la boca antes de terminar con sus explicaciones.

Alex miró a su hermana con angustia. ¿Se arrepentía Melissande de haberse casado con Tony? Pero ¿cómo era posible? Cierto que Tony la provocaba y se reía de ella, pero a Melissande eso parecía gustarle. Oh, Dios. Había ya demasiados ingredientes desconocidos en el guiso.

- ¿Entonces por qué has atacado a Douglas?
- Porque tú has atacado a Tony –contestó Melissande con tono pragmático-. Me pareció lo más correcto. Antes de que Tony bajara para hablar otra vez con Douglas, me ha abrazado y me ha dicho que la próxima vez me enviará un dragón para que lo mate. Le ha gustado que me comportara como una marimacho, que chillara y tirara a Douglas de los pelos. Todo es muy extraño. Tony es totalmente incomprensible. Los hombres son totalmente incomprensibles.

Alexandra se limitó a mirar fijamente a su hermana.

- Tony hará las paces con Douglas. Están muy unidos. Hollis me lo dijo.

Melissande se encogió de hombros.

- Creo que Tony debería sufrir por lo que ha hecho.
- ¡Pero tú lo hiciste con él!
- Tony es un hombre; es responsabilidad suya.
- Eso son tonterías –replicó Alexandra, y dejó a su hermana junto a la escalera, asomada por encima de la barandilla.

Alexandra recorrió rápidamente el largo pasillo del ala este, cuyas paredes estaban cubiertas de retratos de antiguos Sherbrooke, muchos de cuyos rostros y trajes necesitaban una urgente restauración. Entró en el dormitorio contiguo al de Douglas y se paró en el centro de la habitación; un escalofrío le recorrió la espalda. La cama era mucho más pequeña y corta que la del dormitorio principal de la casa. Alexandra pensó que no importaba, ya que ella era pequeña y menuda.

Alexandra recordó el momento en que Hollis le había mostrado la habitación del señor y ella se había quedado mirando la gran cama, comprendiendo por primera vez que algunas veces maridos y mujeres dormían juntos si deseaban tener hijos, que ésa sería la cama en la que se concebiría un heredero. Alexandra no sabía por qué, pero la idea de estar desnuda delante de un hombre le nublaba la mente. Hollis, bendita sea aquella alma astuta, había dicho con perfecta calma: “Creo que a su señoría le será preciso cierto tiempo para que se acostumbre. Habrá de ser reconocida como esposa, milady, antes de ser reconocida como la novia de Sherbrooke.”

Pero ahora, la habitación de Alexandra estaba fría y vacía, en un grado mucho mayor que antes del regreso de Douglas.

Alexandra apagó la vela y se acostó, temblando violentamente bajo las sábanas frías. Se preguntó si permanecería en esa habitación el resto de su vida. Por el momento había perdido ya una buena porción de optimismo con respecto a su matrimonio. ¿Tendría razón Melissande? ¿Decidiría Douglas no hacerle caso o la trataría mal?

Ni siquiera era adecuada para un matrimonio de conveniencia, pues Douglas Sherbrooke había tenido que pagar un precio considerable por ella. En realidad había pagado un precio considerable por Melissande y había recibido a ella en su lugar. Y Alexandra no le había dado nada en absoluto.

Tony se había pasado horas hablándole de Douglas, tranquilizándola, encadenando anécdotas a buen ritmo. Alexandra sabía que todas las preguntas que le hiciera Tony tenía por finalidad juzgar si ella era o no digna de su querido primo. Al menos había conseguido superar las pruebas de Tony. Él sí la quería como prima política, le aseguró, y cuando ella el contestó que ya eran cuñados, apareció aquel brillo característico en su mirada que Melissande parecía adorar, y dijo: “Ah, entonces estarás tan metida en mi familia que no podrás escapar nunca.” Una y otra vez, le había dicho que Douglas no amaba a Melissande, que sencillamente constituía una hermosa conveniencia para él, que no la conocía en absoluto y que se habría horrorizado al descubrirse casado con ella, para apresurarse a añadir luego que él, Tony, la conocía de sobra, pero eso no importaba porque se trataba de él y no de Douglas. En realidad todo muy confuso.

Así que Douglas Sherbrooke no amaba a Melissande. ¡Ja! Y ahora estaba casado con una conveniencia nada hermosa a la que tampoco amaba.

Alexandra se arrebujó aún más entre las sábanas, imaginándose a su marido irrumpiendo en la habitación. Hacía tres largos años que no le veía. En los dos últimos días se había preguntado si Douglas habría cambiado, si tal vez habría engordado o perdido el cabello o los dientes, y luego había aparecido Douglas en persona y ella sólo había sido capaz de quedarse mirando con la boca abierta, completamente embobada frente a un hombre de rasgos duros, cabellos oscuros y ojos más oscuros aún; con esa nariz altiva que le hacía parecer superior, absolutamente arrogante. Como si quisiera arruinar la imagen de siglos de rancio abolengo, la naturaleza había añadido una fisura en el centro del mentón. Ah, pero era muy guapo su marido, con un cuerpo tan esbelto y duro como su severa expresión. Douglas era el hombre más exquisito que ella hubiera imaginado nunca.

Sin embargo, extrañamente, Alexandra no se había dado cuenta de que lo amaba con toda la fuerza de su corazón, hasta que Douglas había echado la cabeza hacia atrás, bramando como un loco, y se había abalanzado sobre su primo.

Douglas era el hombre que ella quería. Alexandra recuperó un poco de su optimismo natural. “Todo saldrá bien”, repitió para sus adentros una vez más. Seguía despierta horas más tarde cuando lo oyó moverse en el dormitorio contiguo al suyo.

¿Qué ocurriría por la mañana?, se preguntó.

7

- ¿Qué demonios está haciendo aquí?

Eran las siete de la mañana, sin duda una hora demasiado temprana para que el conde estuviera allí, en aquel preciso lugar, en las enormes cuadras de Sherbrooke. Era un día de niebla, húmedo y encapotado; en conjunto una mañana deprimente, que concordaba con el estado de ánimo de Alexandra y, evidentemente, también con el del conde. En el interior de la cuadra había poca luz y ninguno de los seis mozos se hallaba cerca. Los olores eran reconfortantes; a paja, linaza, cuero y caballos. Douglas vestía pantalones de antes, una casaca de color marrón oscuro y botas altas que pedían a gritos una buena limpieza. Parecía cansado, iba sin afeitar ni peinar, y estaba muy irritado. A un observador imparcial tal vez le habría parecido un patán sucio y con mal genio. Sin embargo, a los ojos cegados de Alexandra, tenía un aspecto increíblemente atractivo.

- Me disponía a montar, milord.
- ¡Oh! Tal vez haya empeorado mi visión repentinamente, porque no creo haber visto caballos nuevos en mis cuadras. ¿Dónde está ese caballo que iba a montar? Supongo que se tratará de un caballo. Porque, aunque al parecer me ha tocado hacer de asno en esta obra, no podrá montarme.

Alex guardó silencio unos instantes. Después respondió con relativa calma:

- El señor McCallum me ha dado a *Fanny* para que la monte desde que estoy aquí.
- *Fanny* pertenece a mi hermana.
- Lo sé. Es una yegua fogosa de boca blanda y maneras suaves. Sé montar, milord, se lo aseguro. No tiene que preocuparse porque no sepa manejarla bien. ¿O prefiere que monte otro caballo?

En conde frunció el entrecejo, mirándola furioso.

- ¿Así que no trajo caballos propios?
- No. –En realidad su padre había vendido muchos de los caballos ducales unos dos meses antes, dejando limpias las cuadras Chambers, en otro tiempo espléndidas, antes de que apareciera Douglas y su generosa oferta, antes de saber que necesitaría algo más que la generosa oferta de Douglas para salvar Claybourn.
- Lleva usted un traje de montar, aunque no es nuevo, ni siquiera de la temporada pasada. Supongo por tanto que el canalla de su padre la mandó por lo menos con la ropa suficiente para cubrirse hasta que pudiera engatusarme para que yo le comprara más.

Como primer ataque verbal el comentario de Douglas era prometedor.

- No lo sé. No había pensado en ello.

Douglas resopló y Alexandra oyó un resoplido de respuesta que procedía de uno de los compartimentos cerrados.

- Ése es *Garth* –informó Douglas abstraído-. Así que no piensa en volantes, cintas y adornos...
- Por supuesto, cuando es necesario.
- Me cuesta creer que Melissande no quiera bonitos vestidos y volantes y todas esas cosas que se ponen las mujeres para atraer a los hombres y convertirlos en unos estúpidos. ¿Por qué iba a ser usted diferente?
- Melissande es hermosa. Necesita cosas hermosas y las admira y...
- ¡Ja! No necesita nada. Estaría maravillosa aunque no llevara nada y no se le viera más que su blanca piel.

Como ataque verbal, éste había excedido al primero.

- Sí, eso también es cierto. ¿Qué desea que haga, milord?

- Deseo que se vaya y convierta este maldito desastre en una pesadilla de la que despierte.

Fue difícil, pero Alex permaneció erguida, con una agradable expresión en el rostro, obligándose a sí misma a no gritarle, a no hacer pucheros, y a no caer de rodillas y echarse a llorar.

- Me refiero a si prefiere que monte a *Fanny* o a otra yegua o que no monte en absoluto.

Douglas se pasó una mano por los cabellos. Contempló a la mujer menuda que, según afirmaba todo el mundo, era ciertamente su esposa. Parecía pálida en la penumbra, pero su espalda estaba tan tiesa como si tuviera el palo de una escoba fuertemente atado a la columna vertebral. Llevaba los cabellos recogidos bajo un sombrero de montar muy poco elegante. Un largo mechón suelto formaba un rizo sobre su hombro. Sus cabellos eran de un color bonito, en realidad de un tono rojo oscuro poco corriente, pero no le importaba lo más mínimo. A Douglas le hubiera dado igual que lo tuviera azul.

Aquella mujer era una completa extraña para él.

Douglas soltó unas cuantas palabrotas de lo más expresivas.

Alex no se movió ni un centímetro.

- ¡Oh, al diablo! Venga conmigo, montará a *Fanny* y yo juzgaré si lo hace lo bastante bien como para continuar montándola.

El señor McCallum, un hombre de cincuenta años, seco y fuerte como uno de veinte, curtido por varias décadas de sol y casado con una joven viuda de veintidós años, se hallaba en la puerta de las cuadras dando órdenes a un mozo de cuadra, cuando el conde y Alex salieron guiando a sus respectivas monturas.

- Buenos días, milord.

Douglas se limitó a saludarlo con una inclinación de cabeza. En lo que a él se refería, McCallum lo había traicionado al darle a aquella maldita mujer la yegua de Sinjun. Igual que lo habían traicionado aquel primo suyo, el odioso Tony que merecía que le pegara un tiro, y también su propio mayordomo, Hollis.

- Su señoría sabe montar y tratar a los caballos –observó McCallum, mientras acariciaba el suave hocico de la yegua, ignorante de que de ese modo alimentaba los rescoldos de la ira de Douglas-. No ha de temer que *Fanny* sufra por no saber llevarla.

Douglas gruñó. ¿A quién le importaba si sabía manejar a los caballos? A él no, desde luego. En realidad, ¿quién se había molestado en ocuparse de él? Nadie, ni una sola maldita persona.

Douglas ayudó a montar a Alex y luego montó a *Garth*. El gran semental, que había permanecido en su compartimiento sin hacer otra cosa que comer durante dos semanas, resopló, echó hacia atrás la cabeza y caracoleó de costado, ejecutando, en general, una buena actuación.

Douglas se echó a reír complacido. Habló con su semental, le palmeó el cuello y luego, sin una sola mirada atrás, lo lanzó al galope.

Alex contempló al hombre y al caballo durante unos instantes, luego dijo:

- Bueno, *Fanny*, quizá deberíamos demostrarle la pasta de la que estamos hechas y que no permitiremos que nos deje atrás para tragarnos su polvo.

Hizo un desenvuelto ademán a McCallum con la mano y siguió a su marido por la larga avenida flanqueada de gruesos tilos y hayas, llenos ya de ramas y de verdes y frondosas copas.

Douglas la esperaba justo después de la vieja entrada de piedra. El conde contempló a Alex cabalgando hacia él sin que su expresión variara lo más mínimo. McCallum tenía razón, Alex cabalgaba muy bien. Douglas se alegró sólo porque así no se dañaría la blanda boca de *Fanny*. Se limitó a inclinar la cabeza y a espolear a *Garth* para lanzarlo al galope de nuevo. Douglas saltó una valla en los campos del norte de Northcliffe, mirando por el rabillo del ojo cómo Alex daba rienda suelta a *Fanny* y saltaba la valla fácilmente tras él. Por fin, Douglas detuvo al caballo al borde de un riachuelo angosto y sinuoso que constituía uno de sus lugares predilectos cuando era un muchacho.

Alex tiró de las riendas para detenerse junto a *Garth*, miró alrededor y exclamó con placer:

- Qué lugar tan encantador. En las tierras de los Chambers había un riachuelo muy parecido a éste. Cuando era pequeña pasaba muchas horas felices allí, pescando y nadando, aunque solía haber muy poco agua para hacer algo más que mover las piernas y mojarse, pero era maravilloso.

Sus esfuerzos por iniciar una conversación no prosperaron.

Douglas oteó la región arbolada de Smitherstone en la lejanía, y preguntó sin más preámbulos:

- Dígame por qué lo hizo.

Alex notó que los latidos de su corazón se volvían más fuertes y sordos. El buen Dios sabía que había muchas verdades y todas diferentes. Ella le daría una con la esperanza de que se conformara, la que sin duda Tony ya le había dado la noche anterior. Era buena, en realidad la principal, si se consideraba desde el punto de vista de su padre.

- Mi padre necesitaba fondos con la mayor urgencia, porque mi hermano acababa de huir de Inglaterra dejando una montaña de deudas y el acuerdo matrimonial que podía hacer Tony no era suficiente y... ¿No lo comprende, milord? Era esencial que se hiciera algo cuanto antes, de lo contrario hubiéramos perdido nuestro hogar y...

Douglas dio un manotazo en el aire. *Garth* se ofendió por el peculiar comportamiento de su amo, se revolvió y mordió el cuello de *Fanny*. La yegua relinchó y se encabritó sobre sus patas traseras. Cogida por sopresa, Alex gritó, agitó los brazos para no perder el equilibrio, fracasó y se cayó de la silla para aterrizar de culo en el estrecho sendero.

Se quedó sentada, dolorida como si le hubieran molido los huesos. Tenía miedo de moverse. Alzó los ojos hacia Douglas, que intentaba tranquilizar a su caballo; luego la miró con ojos que cada vez parecían más negros, y desmontó rápidamente. *Fanny* –maldita fuera su estampa-, lanzó unas cuantas coces al aire y se dio la vuelta para volver galopando a las cuadras Sherbrooke.

- ¿Se encuentra bien?
- No lo sé.
- Afortunadamente parece que va bien protegida con todas esas enaguas. ¿Puede levantarse?

Alex asintió. Se puso de rodillas, sintió un extraño mareo y sacudió la cabeza para despejarse.

Douglas la cogió por las axilas y la levantó. No pesaba mucho, se dijo, sin dejar de sostenerla. Sin embargo, al tocarla la notó muy femenina. En aquel momento advirtió que aquel maldito palo de escoba se ponía rígido desde la nuca a la cintura.

Douglas la soltó. Alex se tambaleó un poco y luego se enderezó.

- Estoy bien. –Miró hacia la casa que había quedado atrás, tapada por tres kilómetros de árboles y campos-. *Fanny* me ha abandonado.

Y la culpa era de él, se dijo Douglas, deseando aullar porque eso significaba que tendría que sostener a aquella muchacha, sujetarla de verdad, delante de él sobre el caballo. No quería mirarla siquiera y mucho menos estar en su compañía, y menos aún sujetarla.

Incluso tendría que hablar con ella, puesto que era por su culpa que *Fanny* la hubiera tirado.

- Evidentemente no es tan buena amazona como aseguraba, de lo contrario habría estado más al tanto.

Aquél era el más duro de todos sus ataques verbales y asestó un golpe de muerte al orgullo innato de Alexandra. No sólo era una buena amazona, era la mejor. Había aprendido a montar antes que a caminar. Era la mejor de las mejores.

La voz de Alex sonó tan fría como la herida inflingida a su orgullo.

- Ya que su semental tiene tan malos modales que le molesta que usted se mueva encima, sí, sin duda tiene razón. –Alexandra se dio media vuelta e inició el largo camino de vuelta a la casa.

Douglas la contempló mientras se alejaba. Debía disculparse. Debía llevarla con él sobre *Garth*. Bueno, al diablo.

Alex tenía el traje de montar sucio de polvo y Douglas vio un desgarrón bajo su brazo derecho. Se le había descosido una buena parte del dobladillo y lo arrastraba por el polvo. El sombrero de montar se había quedado en medio del camino y el cabello suelto le caía por la espalda. Además, cojeaba un poco.

Douglas soltó una palabrota, montó a *Garth* rápidamente y la siguió.

Alex le oyó llegar. Siguió caminando. En ese momento, deseaba que se pudriera hasta el último centímetro de su atractivo cuerpo. De repente Douglas se agachó, la cogió por la cintura y la alzó para sentarla atravesada en la silla frente a él.

- Lo siento, maldita sea.
- Ha sido un gesto muy romántico. Ni la misma señora Radcliffe lo hubiera descrito con mayor elegancia.
- Sólo porque no quería discutir con usted ni volver a desmontar... ¡Qué condenada estupidez!
- Podría haber vuelto andando –repuso ella con calma-. No está tan lejos.
- Parece una golfa. Parece una mujeruca del servicio que hubiera estado con media docena de hombres, pero no les hubiera complacido lo suficiente para obtener unas monedas por su trabajo.

Alexandra no dijo nada, permaneció sentada con esa tiesa espalda suya, mirando a lo lejos.

- Supongo que ahora tendré que comprarle un nuevo traje de montar.
- Parece ser que no he tenido que engatusarlo en lo más mínimo para conseguirlo.
- Ya que ha sido culpa mía de alguna manera, que se cayera quiero decir, repararé el daño. Aun así, debería haber estado más alerta, más preparada para lo inesperado.

Alex tenía buen carácter. Era paciente y sufrida; sabía aguantar; sabía morderse la lengua para evitar escenas desagradables. No era nunca irreflexiva. Incluso cuando su madre se mostraba más difícil y Melissande más exigente, se limitaba a sonreír y a continuar con lo suyo. Pero con Douglas, con su marido... ¿cómo se atrevía a seguir despreciando su destreza para montar? Sencillamente, Alex no pudo contenerse. Se revolvió contra el brazo de Douglas y le dio un empujón

con todo el peso de su cuerpo. Pillado por sorpresa, Douglas cayó hacia el otro lado. Se habría salvado de no ser por *Garth*, que decidió que el peso extra exigía que su amo comprendiera que no podía tratarlo como si fuera un jamelgo. *Garth* se encabritó y se revolvió en el aire. Alex consiguió mantener el equilibrio cogiéndose firmemente a las crines de *Garth*, pero Douglas lo perdió por completo. Aterrizó de espaldas en el camino dándose un fuerte golpe y rodó hasta quedar boca abajo. Las riendas quedaron sueltas, arrastrándose por el suelo, y *Garth* se apartó inmediatamente de su amo.

Al igual que antes Alex, Douglas se quedó quieto en el suelo hasta comprobar si se había roto algo, si tenía algún hueso roto.

Douglas abrió los ojos, inmóvil aún.

- Le pegaré por esto –amenazó.
- Tony dijo que era usted un caballero. Los caballeros no pegan a las damas, ni hacen semejantes amenazas intimidatorias.
- Es difícil ser un caballero cuando uno se enfrenta con una esposa a la que no conoce, no desea, no deseó nunca, y no sabía siquiera que existiera, una esposa que es violenta, imprudente y no tiene el menor control. –En conde tomó aire para seguir con su precioso monólogo, y en ese momento el suelo tembló y él se quedó mirando, mudo de asombro, el polvo que le entraba por la boca abierta, cuando la mujer se alejaba montando a *Garth*, su semental.

Douglas estuvo a punto de olvidarse de silbar.

Gracias a Dios, *Garth* le oyó, se detuvo en seco, dio media vuelta y trotó de vuelta hacia su amo, que seguía de cara al suelo.

Alex apretó los dientes. Miró a Douglas, que se había sentado en el camino.

- Creo –declaró Alex con voz clara-, milord, que también usted necesitará un traje de montar nuevo.
- En realidad esto no es un traje de montar. Es un traje de mañana. ¿Acaso es una ignorante además de una impostora?
- ¿Impostora? ¡No soy tal cosa!
- ¿Entonces por qué hizo lo que hizo?

Tanto Alex como *Garth* permanecieron inmóviles. Alex abrió la boca, luego la cerró. Era obvio que Tony había fracasado completamente en convencer al conde. Alex podía decir que su padre atravesaba por terribles dificultades financieras, repetir que los Chambers podían haber perdido todas sus propiedades, que el heredero había huido a América, que su padre habría quedado deshonrado, que quizá habría tenido que volarse los sesos por la vergüenza. Alex se estremeció al imaginar cómo habrían sido recibidos esos sufrimientos. También había esa otra verdad, pero ésa no podía ni quería decírsela a Douglas.

- No hay respuesta, ¿eh? Bueno, no me sorprende, sobre todo después de las bobadas que Tony me estuvo contando anoche. Douglas se levantó, escrutó su cuerpo, se sintió satisfecho con la respuesta y caminó hacia el semental. Cogió las riendas, acarició el hocico del caballo y dijo lentamente-: ¿Tengo que creer que estuvo dispuesta a sacrificarse en el altar marital, porque su amado padre iba a perderlo todo si no lo hacía? ¿Que usted y su padre convencieron al querido Tony, ese canalla traidor, de que así me ahorraba la molestia de buscarme yo mismo una mujer adecuada entre la nueva hornada de debutantes de Londres? ¿Que todo esto se hizo en mi propio provecho? ¿Pero que entonces, usted, honorable hasta la punta de sus femeninos pies, le dijo a su padre que no podía hacerlo? ¿A causa de su nobleza de espíritu, quizá? ¿Y entonces él la obligó?

¿Cómo podía Tony haber dicho eso?, se preguntó Alex. ¡Era ridículo! Cierto que ella se había negado, al menos al principio. Antes de que pudiera decir nada, Douglas resopló, exactamente igual que su caballo.

- Lo siento, pero no me lo trago. En la época en la que estamos, los padres no pueden obligar a sus hijos a hacer nada contra su voluntad. –Las palabras sonaron falsas al propio Douglas al mismo tiempo que las pronunciaba. En realidad Tony no había dicho nada parecido, pero Douglas tanteaba el terreno, ya que la muchacha no le daba una justificación razonable.
- No –replicó Alex con calma-, papá no me obligó. Me quiere, pero yo tenía que...
- Sí, ya lo sé. Tenía que salvarlo y sacrificarse. Espero que esté satisfecha por mi compra, pues he pagado un buen precio por tener a una extraña como esposa.

Alex se irguió cuanto pudo en la silla.

- Desearía que me diera una oportunidad, milord, que no me despreciara de antemano. Seré una buena esposa.

Douglas miró a la mujer despeinada que montaba a *Garth*. Estaba pálida. Por un momento se preguntó si no se habría lastimado al caer, pero entonces ella añadió:

- Tony dijo que preferiría sacarse una muela a pasar una temporada en Londres. Dijo que lo último que deseaba era verse obligado a asistir a todas las fiestas y bailes y a tener que husmear a todas las jóvenes damas que se sometieran a su consideración. Dijo que se sentía como una perdiz bien gorda en medio de cazadores armados. Dijo que lo detestaba.
- ¿En serio? ¿Y le creyó? ¿No se le ocurrió, en ese arranque de nobleza, que Tony hubiera dicho cualquier cosa para hallar excusas que lo disculparan, para justificar lo que me hizo?
- Estoy segura de que aún se siente inmensamente culpable. Le tiene un gran aprecio.
- ¡Pero más se lo tiene a su hermana!
- Sí, la ama.
- Es un Judas y debería volarle la tapa de los sesos.
- Él no pretendía que sucediese. No creerá que se casó con Melissande para fastidiarle a usted, para mostrarle su desprecio. No, usted no lo creería ni en los momentos de mayor locura. ¿Mintió Tony sobre lo que piensa de ir a Londres?

Douglas se miró las botas destrozadas. Finkle tendría un ataque cuando las viera.

- No, pero no era asunto suyo decidirlo por mí. Es sólo parte de su justificación, nada más.
- Lo siento.

¡Y un cuerno lo sentía!, se dijo Douglas.

- Sin duda sabrá que podría hacer que anularan esta farsa de matrimonio y exigir que el canalla de su padre me devolviera el dinero del acuerdo matrimonial.
- ¡No se atreva a hablar así de mi padre! –Alex agitó el puño ante Douglas.

Douglas no se movió. Se quedó mirándola con rostro inexpresivo.

- ¿Y qué he de creer?

Alex sintió una horrible sensación de culpa por lo que había hecho.

- Lo siento, milord, de verdad, pero ¿no cree que quizá podría permitirme ser su esposa durante un tiempo? Cuando habla de anulación, ¿quiere decir que me enviaría a casa y que el matrimonio no seguiría siendo tal?
- Exacto. Nuestra unión temporal quedaría disuelta.

- Por favor, tiene que reconsiderarlo. No quiero ser anulada o disuelta. Si me mantengo alejada, quizá dentro de muy poco no le importe ya que esté aquí, en Northcliffe. Intentaré hacerle sentirse cómodo...
- ¡Mujeres! Creen que un hombre sólo está contento si tiene a una colgada del cuello, tendiéndole el coñac y los cigarros.
- Lo que quería decir es que no le molestaría y que me aseguraría de que su casa funcionara a la perfección.
- Ahora ya funciona perfectamente, ¿o acaso ha olvidado que tengo una madre y más criados de los que puedo contar?

Alex había olvidado momentáneamente a la madre. Douglas también tenía dos hermanos y una hermana pequeña. Hollis le había dicho que se hallaban de visita en Londres, pero pronto regresarían a Northcliffe. Oh, cielos. ¿La odiarían también ellos, la despreciarían tanto como Douglas? ¿La imitarían y se burlarían de ella? Respiró hondo y dijo:

- Lo había olvidado. Lo siento. –Se inclinó hacia él sin darse cuenta-. Por favor, milord, quizá no le importe que yo viva en su casa después de un tiempo. Le ruego que no pida la anulación todavía.
- ¿Anulación? Por la forma en que lo dice parece que fuera un acto violento. –Douglas frunció el entrecejo de repente; había desprecio en sus ojos-. Ah, ya veo por dónde van sus pensamientos, o tal vez los de su padre. Espera poder meterse en mi cama, ¿no es verdad? Sabe que así no podría anular el matrimonio, ¡maldita sea!, que no podría separarme si le quitara la virginidad. Eso es lo que quiere, ¿no es cierto? Una vez hubiera perdido su preciosa virginidad, su precioso padre estaría a salvo y se quedaría con todo mi dinero. ¿Le aconsejó su padre que intentara seducirme?

Alex lo miró fijamente. Meneó la cabeza despacio.

- No, no había pensado nada de eso y no, nadie me aconsejó nada.

Douglas la miró en silencio.

- De verdad, milord, no sé nada sobre seducción. No puedo creer que haya seducción entre marido y mujer. Mi madre me explicó que la seducción era propia de jóvenes caballeros disolutos que quería arruinar a inocentes doncellas.
- ¿En serio? ¿Y no le advirtió esa sibila materna de nada más concreto?
- Sí, me explicó que si un hombre me adulaba en alguna ocasión o se acercaba demasiado a mí, o me sostenía la mano demasiado tiempo después de besarla, tenía que alejarme de él inmediatamente, porque no se proponía nada bueno.

Douglas no pudo evitar reírse.

Alex se animó. Había divertido a Douglas, o quizá se estaba riendo de ella. Esperó, luego dijo:

- Haré todo lo posible por complacerle, milord, por ser una esposa agradable. Mi carácter suele ser bastante plácido y...
- ¡Ja! Es usted violenta, una arpía, una verdulera, y la mujer menos agradable que conoceré en la vida. ¡Me ha tirado de mi maldito caballo!

Alex frunció el entrecejo.

- Sí –en su voz y en su mirada se advertía sorpresa-, sí, parece ser que sí, lo cual resulta muy extraño. No es nada normal en mí.

Douglas vio que Alexandra llevaba desabrochados los dos botones superiores del traje de montar. La piel blanca que se entreveía tenía aspecto de ser muy suave. Pensó en su virginidad y en quitársela, en forzarla.

- Tal vez –dijo, sin dejar de mirar el pecho de Alex-, tal vez esté equivocado. Es posible que sea usted quien pida la anulación. Quizá desee abandonar Northcliffe tan rápido como puedan llevarle las ruedas de su coche.

- Oh, no, quiero ser su esposa...

- Veamos, ¿no le parece? Desabróchese el resto de los botones. Sólo veo la curva de sus senos. Me gustaría ver el resto. ¿No se mueve? ¿Es un toque de palidez lo que veo? ¿Le ha escandalizado mi rudeza? ¿He herido su preciosa sensibilidad virginal? Bien, así que hay maneras de cerrarle la boca.

En eso tenía razón, se dijo Alexandra atónita.

- ¿Cuántos años tiene?

- Ya sabe que tengo dieciocho. Se lo dije anoche.

- Lo bastante mayor para ser una mujer y una esposa. También eso lo dijo. Oh, demonios. Limítese a guardar silencio, ¿de acuerdo?

- Pero yo no dije que...

- Maldición, cállese o le exigiré que se quite esa chaqueta de montar y me deje ver esos pechos y los pezones y las costillas. Todas esas partes que tanto dinero me han costado.

Alex se quedó muda como una tumba.

Douglas la observó, expectante, pero ella permaneció en silencio e inmóvil, con el palo de la escoba firmemente asentado en su espalda. El conde se encogió de hombros.

- Llevaré a *Garth* de las riendas. Un buen paseo es un bálsamo para un alma cansada.

Alexandra se preguntó a qué vendría aquella muestra de sentimentalismo, pero tuvo la sensatez de guardarse la curiosidad para sí. Lo contempló caminar delante de ella; tenía un desgarrón en los calzones de ante, por el que se veía un trozo de muslo peludo. Era vello negro. A Alex le pareció muy atractivo. Luego se observó a sí misma, se tapó bien con la camisa cualquier zona de su cuerpo al descubierto, se irguió de nuevo y mantuvo la mirada sobre la espalda de su marido durante todo el trayecto de vuelta a las cuadras.

El asunto de la anulación seguía siendo un misterio para ella. Tendría que preguntar a Tony. Alex sabía muy poco sobre todo lo referente al matrimonio. Todo lo que sabía sobre las vírgenes y la virginidad era que ella misma era una de ellas. Tendría que pasar por la cama de su marido para dejar de serlo.

Alex creía que debía preguntárselo a su marido, pero dudaba mucho que recibiera una pregunta por el estilo con el estado de ánimo adecuado.

Douglas se detuvo súbitamente en medio del camino y se volvió hacia ella.

- Estoy cansado. *Garth* está cansado. Desmonte y venga aquí. Descansaremos un momento debajo de ese roble.

Alex desmontó sin decir una sola palabra.

Douglas no se molestó en atar a Garth, lo dejó suelto.

- Siéntese –ordenó Douglas, señalando un lugar con hierba.

Alex se sentó.

Douglas también lo hizo, a un metro por lo menos. Se recostó contra el grueso tronco del roble y cruzó las piernas. Suspiró, dobló los brazos sobre el estómago y cerró los ojos.

- Siento que esté tan cansado –declaró Alex-. Tony dijo que usted estaba en una especie de misión y que por eso había venido él a nuestra casa en su lugar.

- Sí. Es indudable que me equivoqué, ¿no? Sin duda elegí al hombre equivocado para confiar en él. Dios, mi vida entera arruinada porque...

- ¿Tuvo éxito su misión?

- Sí. –Douglas abrió los ojos y la miró. Una vena perversa se apoderó de él-. En realidad, preferiría que estuviera aquí la encantadora dama a la que rescaté en Francia en lugar de usted. Se llama Janine y es una mujer, no una chiquilla que juega a ser mujer, y se mostró más que interesada en mí como hombre. Se me ofreció sin engaños, sin hacerse la coqueta. No obstante, dado que yo me creía ya un hombre casado y suponía que Melissande me aguardaba aquí, no la acepté. En realidad tuve que rechazarla. –Volvió a cerrar los ojos.
- Es un hombre casado.
- Usted, en cambio, no es Melissande.
- Esa mujer a la que rescató, ¿es francesa?
- Sí, y es la querida de un hombre muy importante.
- Sin duda usted no quiere a una querida por esposa.
- ¿Por qué?
- ¡Eso es una barbaridad! Sólo lo dice para herirme, para hacerme sentir mal. Ningún hombre quiere a una mujer que no sea decente. Es una cuestión de herederos. Oí que mi padre se lo decía un vecino.
- Ahora hablará de la sabiduría de los dieciocho años y de los cotilleos.
- ¿Anulará el matrimonio?

Douglas no respondió.

- ¿No querrá darme al menos una oportunidad?
- Calle. Ahora deseo descansar.

Alex miró a *Garth*, que mordisqueaba plácidamente la gruesa hierba junto al camino. Si le daba un porrazo a Douglas, éste no podría silbar a su caballo y entonces *Garth* la llevaría a las cuadras. Alex suspiró y cerró los ojos. La mañana se estaba aclarando y haciéndose más calurosa. Pronto brillaría el sol con toda su fuerza.

- Tuve un sueño de lo más extraño la primera noche que pasé en su casa, durmiendo en el dormitorio para la condesa –comentó Alex-. Soñé que había una joven dama en la habitación, que estaba de pie junto a la cama y que me miraba. Pensé que quería decirme algo, pero guardó silencio. Parecía muy triste y muy hermosa. Cuando me desperté del todo se había ido, por supuesto. Fue un sueño, pero parecía tan real.

Douglas abrió los ojos. Miró a Alex fijamente.

- ¿Qué diablos me está contando? –preguntó muy despacio.
- Los sueños son extraños, ¿verdad? Parecen tan reales, tan tangibles, pero claro...
- Un sueño y nada más que un sueño. Olvídelo. ¿Comprende?

¿Por qué se comportaba de un modo tan extraño por un sueño tonto? Alex asintió.

- Comprendo.

8

- Sí, Hollis, soy yo, el Sherbrooke que no esperabas ni querías ver. Sí, lo sé, probablemente te gustaría que me hubiera ido a Jericó, pero he vuelto. No podía soportar más el suspense. Le dije a mi madre, a Tysen y a Sinjun que me iba a las carreras de Newmarket. Todos me creyeron menos Sinjun. No es ninguna sorpresa, es una chica muy lista, algunas veces demasiado, maldita sea su estampa. Pero olvidemos eso. Tengo que ver a la nueva esposa de Douglas.

Hollis estaba consternado. Miró al joven despeinado por el viento que había conocido y querido durante toda su vida, un joven demasiado vital y atractivo para su propio bien, un joven que era demasiado joven para ser tan cínico. Ahora, cara a cara con él, Hollis no tuvo más remedio que sonreír.

- No, en absoluto, señorito Ryder, entre, aunque creo que Jericó está precioso en esta época del año. Sí, entre. Deme su abrigo. Ya verá que la nueva condesa es una joven encantadora. Sin embargo, y se lo digo sólo para que esté avisado, tal vez a su señoría le cueste un poco más de tiempo acostumbrarse a su suerte. La nueva condesa, como ya sabe usted, ha sido una sorpresa para él.

- Sí, y tú has decidido que Douglas se quedara solo aquí para resolver sus asuntos sin interferencias familiares. Te diré una cosa, Hollis, mi madre está impaciente por hacer pedazos a la muchacha. Pobre tonta, no envidio su suerte cuando mi madre regrese. ¿Así que Douglas no aprobó excesivamente a la mujer con la que lo casó Tony? Es extraño, Tony siempre ha tenido un gusto exquisito con las mujeres, excepto con aquella tal Carleton que, de alguna manera, le arrancó una proposición de matrimonio, lo que seguirá siendo un misterio en los anales de la masculinidad por los siglos de los siglos. Ah, bueno, Douglas es voluble y demasiado exigente.

- No creo que la volubilidad sea una cualidad particularmente noble, señorito Ryder, así que no encaja con el carácter de su señoría. No, creo que se trata de una cuestión de cambio. Los cambios bruscos son difíciles, incluso para el mejor de los hombres. La nueva condesa, como le decía, tiene todo lo que un caballero podría desear en una esposa.

- ¡Ajá! Empiezo a comprender. La muchacha no es tan sabrosa comparada con la suculenta Melissande, ¿no es eso, Hollis? ¿Es eso lo que intentas decirme con ese maravilloso estilo eufemístico tuyo?

Melissande, que había divisado inmediatamente a aquel gallardo joven, rubio y atractivo, y su voz clara y amable desde la puerta de la habitación del desayuno, meditó unos instantes lo de ser suculenta y no consiguió determinar su significado, pero decidió que la intención era más obvia, así que se aclaró la garganta y dijo con voz cantarina:

- Hola, soy lady Melissande. ¿Quién es usted, señor?

Ryder se volvió hacia la voz desconocida y miró a la mujer que acababa de entrar. Para el más completo asombro de Melissande, aquel caballero no se convirtió en una piedra mesmerizada al verla, como el resto de los especimenes masculinos que ella conocía; tampoco cayó metafóricamente a sus pies y se quedó inerte como un perro muerto. Melissande sabía que su aspecto era suficiente para aplastar al más satisfecho de los caballeros. ¿Qué ocurría, pues? ¿No era perfecto su peinado? ¿No era su figura igualmente perfecta y no contrastaba del modo más espléndido el color lavanda de su vestido de seda matinal con su blanca piel? ¿Sería corto de vista?

Por supuesto que no había nada malo en ella. Nunca lo había. Sin embargo, aquel hombre se limitó a mirarla con la cabeza ladeada. Sin dar crédito a sus ojos,

Melissande no distinguía ningún signo incipiente de embobamiento en él, no había una súbita palidez ni rigidez, ningún indicio de una emocionada reverencia en aquellos encantadores ojos azules. Ah, quizá se había quedado mudo y aquélla era su afligida reacción en presencia de su suculenta persona. Entonces el hombre sonrió y dijo con voz perezosa y dulce como miel caliente:

- Soy Ryder Sherbrooke, el hermano de Douglas. ¿Dónde está la nueva condesa? ¿Y qué hace usted aquí?
- Está conmigo, Ryder.
- Hola, Tony. –Ryder sonrió a su primo, que había salido de la habitación del desayuno tras su esposa. Ryder avanzó hacia él y le estrechó la mano-. Me alegro de que sigas vivo, ¿o todavía está por decidir? ¿Sigue Douglas queriendo lanzarse a tu cuello o le has convencido de que ha salido ganando con la buena obra que has hecho por él?
- Mira, Ryder, yo...
- No, primo, Hollis no me ha contado ningún secreto, lo que pasa es que tenía que venir y verlo por mí mismo. Es fantástico verte de una pieza, Tony.
- Soy Melissande.
- Sí, lo sé. Es un placer.

Inmediatamente Ryder se volvió de nuevo hacia su primo.

- ¿Qué veo, tienes el labio inchado, Tony? Y eso que tienes en la mejilla, ¿es tal vez una magulladura? Así que después de todo te peleaste con Douglas, ¿no? Confío en que dieras además de recibir.
- Soy la esposa de Tony.
- Sí, lo sé. Es un placer.

Ryder siguió hablando con su primo.

- Bueno, ¿lo hiciste o no?
- ¿Si hice qué?
- Golpear a Douglas en su bonita cara.
- Le di unos cuantos buenos golpes, pero no los suficientes. Su mujer me atacó.
- Soy Melissande. Yo ataqué a Douglas.

Ryder sabía que aquella magnífica criatura estaba ofendida y eso le divertía. Era evidente que para ella Tony era un Atlas; y habría de continuar siéndolo si quería controlar a aquel delicioso recipiente de vanidad que era su esposa. Si no la manejaba bien, probablemente acabaría por preferir llevar el mundo sobre sus hombros. Pero gracias a Dios no era problema de Ryder, así que dijo:

- Vamos, Tony, quiero oír todos los detalles. ¿Está por aquí Douglas?
- No, creo que él y Alex han salido a montar.
- ¿Alex?
- Alexandra.
- Yo soy Melissande. Soy la hermana de Alexandra.
- Lo sé. Es un placer, señora. Ven conmigo, Tony.

Melissande se quedó sola en el vestíbulo, contemplando a su marido y al patán poco observador y olvidadizo que era su primo político. Hollir carraspeó ligeramente.

- ¿Desea alguna cosa, milady?
- No –contestó Melissande con voz ausente, pues se hallaba aún bajo los efectos de una pequeña conmoción-. He de subir para comprobar qué anda mal.

Hollis se sonrió; sabía que el espejo de Melissande pronto compartiría la imagen y la perplejidad de su dueña.

Cinco minutos después no sonreía. Su señoría y su esposa entraron en el vestíbulo, ambos con aspecto de haber sido arrastrados por una zanja.

- ¡Milord! ¡Dios mío! Milady, ¿está...?
- No, no te preocupes, Hollis. –Douglas se volvió hacia Alexandra-. Vaya arriba y arréglese.

Como despedida, era clara y precisa. Aunque probablemente Douglas tenía una pinta tan deplorable como la suya, Alex no replicó y subió las escaleras.

- Los dos nos hemos caído del caballo –explicó Douglas a Hollis-, pero sin ocasionarnos ningún daño.
- Su señoría cojea un poco.
- Le está bien empleado... bueno, quizá cojea un poco, pero estará bien, no te preocupes, Hollis.

Cuando Douglas se enteró de que su hermano había llegado para honrar Northcliffe con su presencia, soltó unos cuantos tacos, luego alguno más, dejó atrás a Hollis e irrumpió en la biblioteca. Tres doncellas asomaban por las puertas del salón dorado y dos lacayos se hallaban apostados discretamente bajo las escaleras, mirando. Como era su costumbre, Hollis los envió de vuelta a sus tareas con amables palabras.

- Ah –dijo Ryder cuando entró Douglas-. Déjame verte la cara. Tony afirma que estuviste a punto de convertirlo en una papilla sangrienta y que tú saliste sin una sola marca. También dice, claro está, que se dejó, que sólo intentó defenderse.
- Fue su mujer la que casi me mata –comentó Tony-. Primero fue cuñada mía, pero ahora ya no me guarda la menor lealtad. No está bien. Me siento dolido por su traición.
- ¡Traición! ¡Tú, maldito perro sarnoso! Te...

Douglas se interrumpió. No tenía nada más que añadir. Sólo le quedaba por decidir si anularía o no el matrimonio. Y ahora se presentaba allí Ryder. El conde miró a su hermano con cierto disgusto.

- Muy bien, ¿qué haces aquí, Ryder? ¿Está bien madre? ¿Y Tysen y Sinjun?
- Madre no hace más que criticarte todo el santo día. Sinjun lee vorazmente, como de costumbre, y Tysen no paraba de soltar sus aburridos sermones hasta que Sinjun le lanzó una novela a la cabeza. En resumen, todo el mundo sigue igual, Douglas. Creen que estoy en Newmarket. Sentía curiosidad, eso es todo. ¿Dónde está la muchacha con la que te casó Tony? ¿Es bizca? ¿Es gorda y con papada? ¿Le faltan dientes? ¿Tiene el pecho plano?
- No sea burro, Ryder –advirtió Tony, casi gritando-. Alex es encantadora y dulce y...
- ¡Dulce! ¡Ja! ¡Eso lo dices tú, que me casaste con ella! No es Melissande.
- He visto a Melissande, Douglas –anunció Ryder lentamente, mirando a su hermano-. Tony estaba a su lado. Creo que teme que cualquier hombre que le ponga los ojos encima perderá la cabeza.
- Ya la has visto. Tiene motivos para creerlo.
- Pero no me ha parecido que eso te ocurriera a ti. –Tony miró a Ryder con aire pensativo-. ¿Por qué?

Ryder se encogió de hombros.

- Todas las mujeres son iguales. Mientras sean fogosas y cariñosas en la cama, bueno, ¿qué importa? Lo siento, no pretendo insultar a tu esposa, Tony, es sólo que... intentaré ser un buen primo político para ella, ¿de acuerdo?

Tony sopesó lo que acababa de oír. Le gustaba Ryder, pero no acababa de entenderlo. Aquel cinismo suyo, aquella total indeferencia hacia las mujeres en

general no le había conducido a unos hábitos monacales, sino más bien a desarrollar los apetitos de un sátiro. No, no le gustaban las mujeres excesivamente, sin embargo, mantenía a sus bastardos y a sus madres respectivas. Jamás le echaba en cara a una mujer que se hubiera quedado embarazada. Era desconcertante. Las mujeres era una diversión para Ryder, nada más, y estaba totalmente dispuesto a pagar por ellas y a aceptar las consecuencias. Por otra parte, era un alivio que Melissande estuviera a salvo de sus ávidas miradas. Pero Douglas... Tony se volvió hacia él.

- Me han dicho que Alex y tú habéis salido a montar. Es una excelente amazona.

Douglas gruñó.

- Estás un poco despeinado, Douglas –insistió Tony-. ¿Qué ha ocurrido?
- Me he caído de *Garth*, bueno, más bien esa maldita mujer con la que me casaste me ha tirado de un empujón. Ella se cayó primero y ahora tendré que comprarle un traje de montar nuevo. ¿Has visto el que llevaba? Viejo y sin la menor elegancia. Sin duda el resto de sus ropas son igualmente feas, y apuesto a que todo es un plan de su querido padre para obligarme a que le compre un nuevo vestuario. Parece un espantajo, Tony, maldito seas.

Tony frunció el entrecejo.

- Es extraño. Melissande tiene bonitos vestidos y sus, ejem, cosas femeninas son de seda suavísima.
- Tienes una pequeña contusión bajo el ojo izquierdo y sobre la oreja derecha, Douglas. ¿Alguna otra herida de guerra?

Douglas no contestó nada mientras se servía un coñac. Se lo bebió y luego señaló a Tony con la copa.

- Voy a matar a este miserable canalla. ¿Quieres ayudarme, Ryder?
- Tienes un roto en los pantalones. Y no, sinceramente, no quiero ayudarte. Me gusta Tony. Siempre me ha gustado. Mira, Douglas, me parece a mí que deberías permitir cierto margen de acción a un pariente, sobre todo cuando es un pariente tan cercano como Tony. Gran parte de la infancia la pasamos juntos. No te la había jugado nunca antes, ¿verdad? No, me dirás, y estoy de acuerdo. Así pues, sólo una vez ha olvidado su deber como primo. Sólo una vez. Por lo tanto, el perdón es...

Douglas le arrojó la copa a Ryder, que se agachó rápidamente. La copa se hizo añicos contra la chimenea de ladrillo.

Alguien llamó a la puerta de la biblioteca.

- Entre –gritó Tony.

Entró Hollis con una enorme bandeja de plata adornada con el timbre de Northcliffe: un león de aspecto noble y violento a la vez con las patas delanteras apoyadas en un escudo.

- Traigo unos refrescos, milord.
- ¿A qué lord? –preguntó Douglas.
- A usted, milord.
- ¡Ja! Ha entrado porque temía que intentara matar a Tony otra vez.
- Siempre es bueno mantenerse vigilante, milord. También hay unas sabrosas tortas de cocina de la señora Tanner, sus favoritas, milord. Y señorito Ryder, aquí tiene su mermelada de fresa favorita. Acérquese, milord.
- ¿Y qué hay de mí, Hollis? –inquirió Tony.
- Para usted, milord, he traído unos gruesos trozos de mantecada.
- Ah, eres el príncipe de los mayordomos, Hollis.
- Sí, milord.

Douglas soltó un taco por lo bajo. Tony cogió un pedazo de mantecada y Ryder se apoderó del tarro de la mermelada.

Hollis se apartó con una leve sensación de alivio. Sin embargo, cuando oyó pasos que se acercaban a la biblioteca, notó que palidecía. Oh, cielos, no era el mejor momento para que las dos esposas hicieran su aparición, pero él no podía evitarlo.

Ambas damas entraron en la biblioteca. Lady Melissande se deslizó con paso grácil: los pasos de lady Alexandra se oyeron con fuerza hasta que llegó a la gruesa alfombra Aubusson. La magnífica cabellera de Melissande enmarcaba su rostro con suaves ondas y bucles; la caballera de lady Alexandra era de un precioso color, cierto, pero se le salían los pelos del moño torcido que se había hecho en la nuca; necesitaba pasar más tiempo delante del espejo.

El vestido de lady Melissande era de seda, de un suave color melocotón, que envolvía su figura femenina de manera sutilmente seductora; se había sacado el vestido lavanda. Lady Alexandra llevaba un vestido de color azul celeste sin nada más destacable que un escote alto lamentable.

Al ver a las dos mujeres juntas, Ryder comprendió por qué su hermano se sentía traicionado. En ese momento tenía la boca llena de torta con mermelada de fresa. Intentó tragar demasiado deprisa, se atragantó y empezó a toser. Alex se acercó a él tranquilamente y le golpeó con todas sus fuerzas en la espalda entre los omóplatos.

La fuerza de su golpe estuvo a punto de derribar a Ryder. No obstante, éste dejó de toser. Todavía con la cara roja, Ryder miró a la joven y se puso de pie inmediatamente. La estudió en silencio durante unos instantes y luego asintió lentamente.

Ryder tomó la mano de Alexandra y le besó la muñeca.

- Soy Ryder, tu cuñado. Tú eres Alexandra.
- Sí. ¿Te encuentras bien ?
- Casi me sacas la espalda por el pecho, pero sí, ahora estoy bien. El trozo de torta se ha ido por su sitio. Bienvenida a la familia Sherbrooke. ¿Es verdad que has tirado a Douglas del caballo?
- No era ésa mi intención –respondió Alex, sacudiendo la cabeza.
- ¡Ja! –exclamó Douglas-. ¡Recuerdo haber hecho un comentario absolutamente inofensivo y va y me tira del caballo de un golpe!
- Es grande y fuerte, ¿verdad? –se burló Ryder. Cerró los dedos ligeramente alrededor del brazo de Alexandra-. Ah, fuerte como una amazona y musculosa como el toro del señor Maynard. Es terrorífica, Douglas, sin duda.
- No fue tan inofensivo –Alexandra miró a Douglas.
- Tampoco lo soy yo –terció Melissande.
- Nadie que esté en su sano juicio te llamaría inofensiva, cariño –Tony se rió.
- ¿Me llamarías suculenta?

La expresión de Tony se endureció muy levemente.

- Yo sí, pero nadie más se atrevería.
- Ah. –Melissande lanzó a su marido una mirada tan provocativa que cualquier hombre hubiera sacado chispas por los pies.

Douglas la miró.

- ¿Por qué no te sientas y te unes a nosotros? –preguntó Ryder a Alexandra, con tono tranquilo y extrañamente afable.
- Yo también me sentaré –anunció Melissande. Miró a su hermana con grave perplejidad. Todo aquello era de lo más extraño, pensó estudiando a Ryder

que, a su vez, examinaba a Alex. Los espejos no mentían. Tal vez el pobre Ryder era extremadamente miope, como ella había supuesto en un principio. Melissande se volvió hacia su marido, vio el característico brillo burlón en sus ojos, frunció el entrecejo y se volvió hacia Douglas. Su alma halló entonces un alivio instantáneo. Los ojos de Douglas delataban su corazón, ambos deliciosamente heridos.

Melissande le dedicó una dulce sonrisa y asintió.

- Por favor, perdóneme si le causé algún daño anoche.

Douglas negó con la cabeza.

- Ven y sírveme un té, Mellie –ordenó Tony.
- ¡Te he dicho que no me llames por ese horrible nombre!

El ojo derecho de Douglas se contrajo.

- Vamos, Mellie –repitió Tony.
- Es un diminutivo encantador –comentó Ryder, mirando a Melissande, que parecía a punto de escupir al que era su marido desde hacía dos semanas-. Me gusta mucho cómo suena “Mellie”, suena a usado, a cómodo, como un par de viejas zapatillas caseras de las que se pone un hombre para calentarse los pies junto al fuego.
- Es mejor que Alex. –Alexandra se rió-. Preferiría que sonara a cómodo en lugar de parecer un nombre masculino.
- Nadie cometería jamás ese error –declaró Ryder.

Douglas y Melissande fruncieron el entrecejo al unísino.

- Su vestido es deplorable –comentó Douglas a su esposa-. Está tan pasado de moda que dudo que alguna vez lo haya estado.

Alexandra alzó el mentón y el palo de escoba se irguió de una manera alarmante en su espalda.

- Es azul, y el azul es un color muy bonito.
- Parece una colegiala.
- Entonces quizá le gustaría comprarme uno nuevo. O quizá una docena. ¿Es mi tono lo bastante zalamero, milord?

Douglas comprendió que no era el momento de demostrar su malhumor. Intentó contenerse y recuperar el control, una cualidad de la que había estado abundantemente dotado hasta el día anterior. La muchacha se la había arrebatado y ahora Douglas se sentía desnudo y al descubierto.

Douglas cogió una torta y le dio un mordisco.

- ¿Has montado a *Fanny*? –preguntó Ryder.
- Sí, es una yegua maravillosa. Sin embargo, no estoy segura de que su señoría se haya convencido de que soy buena amazona.
- Ya que, aun así, te has caído –intervino Melissande-. Eso no ha estado bien, Alex.
- Ha sido desafortunado, pero seré más cuidadosa en el futuro –replicó Alexandra, con tono de disculpa y ante la sorpresa de su marido.

Douglas se preguntó si habría un futuro. Tenía que salir de allí para reflexionar seriamente. La anulación parecía la mejor respuesta y la única solución lógica. Miró a Alexandra y se encontró con sus ojos fijos en él. La cautela que vio en ellos le hizo pestañear. Y también vio miedo. ¿Miedo de él? Sin duda por lo que le había hecho. Maldición, desde luego que la muy tonta había de tenerle miedo.

Douglas se puso en pie de repente e inclinó la cabeza al grupo congregado a su alrededor.

- Tengo trabajo pendiente con Danvers. Sin duda el correo ya habrá llegado. –Salió. Cuando cerraba la puerta, oyó la risa de Ryder.

Sin embargo, el correo no consiguió animarle.

A primera hora de la tarde cayó una llovizna leve y fina que pronto se disipó, dejando tras de sí un cielo de un azul intenso y un aire muy fresco. Alexandra halló a Ryder Sherbrooke en los jardines que se extendían al oeste de la casa, apoyado contra un roble, sin mirar a ningún sitio en particular, contento al parecer con sólo dejarse acariciar por el cálido sol que se filtraba a través de las ramas.

- ¿Ryder?
- Ah, mi pequeña hermana. ¿Soy un accidente o me buscabas?

Alexandra no había conocido nunca a nadie como su cuñado, pero, extrañamente, confiaba en él.

- Le he preguntado a Hollis dónde estabas. Él siempre sabe el paradero de todo el mundo.
- Cierto. Ven y siéntate junto a esa ninfa gorda. ¿Qué opinas de todas estas estatuas? Las trajo mi abuelo de Florencia durante su época báquica, así lo escribió uno de sus amigos, lord Whitehaven, un viejo libertino que me columpiaba en sus rodillas.
- No las había visto. –Alex miró las curvas de las féminas desnudas, todas ellas en insólitas posturas-. Ésta es mi primera visita a los jardines.
- En lo más profundo de los jardines están las estatuas masculinas y de diversas parejas. Evidentemente el abuelo sentía ciertos escrúpulos por los ojos y la curiosidad infantiles. Las estatuas están debidamente escondidas. ¿Te gusta Northcliffe?
- No lo sé.
- ¿Por qué te vendas los pechos?

Alex estuvo a punto de tragarse la lengua. Se quedó mirando fijamente a Ryder, muda de asombro.

- Lo siento. No pretendía ofenderte. Tengo fama de decir lo que pienso, por poco que sea.
- ¿Cómo la has sabido?
- Conozco a las mujeres. Ningún truco de mujer puede engañarme. En realidad el sexo débil es bastante evidente. Tomemos a tu encantadora hermana, por ejemplo. Melissande aprenderá que en la vida hay que pasar por todo, por las duras y las maduras. Intentará sus trucos con Tony y él se lo consentirá, y sin duda se divertirá con ellos, dentro de un límite razonable, por supuesto. Ahora ya sabe controlarla, a pesar de estar tan loco por ella.
- ¿No te gustan las damas?

Ryder la miró sorprendido.

- Dios mío, no podría vivir sin ellas. Dudo que haya algo en la vida que pueda compararse al placer que un hombre obtiene del cuerpo de una mujer.

Alex se quedó boquiabierta, no pudo evitarlo.

- Lo siento, he vuelto a hacerlo, ¿no? Eres joven, Alexandra, pero no débil. Tienes una voluntad de hierro y me atrevería a decir que pronto tendrás que hacer uso de ella, muy pronto. Bueno, ¿y qué deseabas de mí?
- He venido a preguntarte si crees que Douglas anulará nuestro matrimonio y qué puedo hacer para que espere y me dé una oportunidad antes de anularlo.
- Ah, imaginaba que ésa era la dirección de sus pensamientos. –Ryder la miró detenidamente-. Te diré lo que pienso, puesto que me lo preguntas. Con toda probabilidad Douglas está considerando muy seriamente pedir la anulación. Ha recibido un buen golpe en el mentón, por así decirlo. Está furioso, se siente

traicionado y quiere borrarlo todo. Además es tozudo, duro e intratable. Después de ver a tu hermana hoy, y de ver a Douglas mirándola creo que te queda poco tiempo. Si quieres conservarlo como marido, te sugiero que te metas en su cama y lo seduzcas. Sigue hasta que te quedes embarazada. Entonces ya no hablará de anulación.

Alex se levantó muy lentamente, mirando fijamente a su cuñado, con muda fascinación.

- Dudo que Douglas haya estado con una mujer desde hace tiempo. Es probable que se muestre sensible a tu aproximación. Hazlo, Alex. La paciencia no es una virtud en este caso. No seas una Penélope.

Las manos de Alexandra temblaban. Alex las hundió entre los pliegues de su vestido.

- No sé nada de seducción.

Ryder se echó a reír.

- Todas las mujeres nacen sabiendo seducir, querida. Sólo tienes que quitarte la ropa delante de él. Es un excelente comienzo. Sabes lo que es el sexo, ¿no? ¿Y la concepción?

Hasta ellos llegó un grito. Era Douglas.

- ¡Ryder! ¡Ven aquí ahora mismo!

- Ah, el dueño y señor desea que acuda a su presencia. Probablemente quiere enviarme de vuelta a Londres. –Se detuvo y miró a su nueva cuñada-. Creo que eres buena persona, Alex. Ahora no es momento de ser paciente con Douglas; tienes que actuar con rapidez. Además, si sabes lo que te conviene, insistirás en que Tony y Melissande se queden aquí una temporada. A veces las comparaciones son increíblemente instructivas y mi hermano no es estúpido. Sedúcelo esta noche, no lo pienses, limítate a hacerlo. A un hombre se le puede hacer perder la cabeza. –Ryder no estaba muy seguro de que fuera cierto en el caso de Douglas, pero no quiso desanimar a Alex.

Ryder se fue y dejó a Alex mirándolo perpleja y lamentándose del penoso estado en que, tanto el jardín como su matrimonio se encontraban. Alex ansiaba hundir los dedos en la fértil tierra negra. ¿Por qué estaban tan descuidados los jardines? Los rosales pedían a gritos que los podaran. Alex se dio cuenta con una débil sonrisa que también Douglas necesitaba una buena poda.

Esa noche, durante la cena, Douglas anunció:

- He recibido una carta del administrador de nuestra plantación en Jamaica. Hay problemas en Kimberly Hall. Ryder se marchará mañana para hacerse cargo.

- ¿Qué tipo de problemas? –quiso saber Alexandra.

- Grayson me ha escrito sobre cosas extrañas, sobre magia negra y visiones del infierno, asesinatos y otras cosas por el estilo, sobre sublevaciones de los esclavos. Supongo que capta la idea.

- Grayson es un maestro de la exageración –señaló Ryder. Si una mosca pasara volando junto a su cabeza diría que es una avispa gigante y que le estaba atacando. Todas esas historias perversas suenan interesantes, pero conociendo a Grayson no se tratará más que de un par de gatos ruidosos.

- Ah, pero es un buen hombre y un administrador excelente –puntualizó Douglas.

Ryder pensó en sus hijos y frunció el entrecejo. Se había ocupado de todo lo que necesitarían en su ausencia, pero aun así echaría de menos a sus pequeños diablillos.

- Partiré en dirección a Southampton mañana temprano –anunció en voz alta, advirtiendo que había estado callado demasiado tiempo-. Así que esta noche es mi última oportunidad de congraciarme con mi cuñada. Me gusta ese vestido rosa, Alexandra. Siempre he dicho que al cabello de color rojo oscuro le van bien los tonos rosa.
- Si, es cierto –convino Tony, arrugando la frente al mirar a Alex, como si en realidad no la hubiera visto bien antes.
- Es un vestido viejo y parece un hábito de monja –declaró Douglas-. Es tan poco elegante como el vestido azul que llevaba esta tarde.

El palo de escoba se puso tieso. Douglas alzó una mano.

- No, no he dicho que fuera a renovar su vestuario, así que no necesito más comentarios sobre engatusarme con zalamerías. Me limitaba a señalar que su aspecto deja mucho que desear.
- Es cierto que una dama debe procurar tener un aspecto inmejorable –apuntó Melissande.

Douglas la miró. Tenía un aspecto tan femenino e indescripti-blemente delicioso que se quedó mudo unos instantes.

- Tu aspecto, Mellie –dijo Tony, acariciando el brazo desnudo de su mujer-, haría que nuestro pícaro príncipe Jorge resbalara en un charco de su propia saliva.

Alex se echó a reír.

- Me gustaría verlo. ¿Llevarás a Melissande a Londres para que el príncipe pueda verla y resbalar, Tony?
- A su debido tiempo –contestó Tony-. A su debido tiempo.
- Me gustaría ir ahora –replicó Melissande-. Tienes una casa en la ciudad que no he visto nunca. Me gustaría dar un baile e invitar a toda la gente importante.
- A su debido tiempo –repitió Tony-. Primero tienes que ver Strawberry Hill, la propiedad familiar en los Costwolds.
- Un lugar maravillo para criar a los hijos –dijo Ryder-. ¿Recuerdas, Douglas, que solíamos saltar desde la rama de aquel viejo arce al manantial, gritando a voz en cuello?
- Sí, y la vez que Tony rompió la rama y estuvo a punto de ahogarse porque le dio en la cabeza cuando cayó al agua.
- Yo preferiría Londres –insistió Melissande.
- Tú preferirás lo que yo te diga que prefieras, Mellie –replicó Tony con tono pragmático.
- Estoy de acuerdo en que Melissande disfrutaría mucho en Londres –terció Ryder rápidamente, con una voz tan límpida como las aguas de aquel manantial en verano-, pero sólo si Tony lo disfrutara con ella. Y puesto que él prefiere Strawberry Hill, bueno, entonces también ella lo preferirá. Melissande comprende que el deber y el placer de una esposa consiste en obedecer a su marido, en honrarlo con cada palabra, acto y caricia. ¿No estás de acuerdo, Alexandra?
- Me gustaría ver la rama que golpeó a Tony en la cabeza y estuvo a punto de hacer que se ahogara. –Alex sonrió.
- A mí también –dijo Melissande, con cautela en sus hermosos ojos-, pero después de haber disfrutado de Londres, con mi marido, naturalmente.

Douglas bebió un sorbo del generoso clarete, mirando a Ryder por encima de la copa de cristal.

- Como decía –continuó Ryder-, Strawberry Hill es un lugar maravilloso para criar a los hijos. He oído a Tony decir que le gustaría tener como mínimo media docena de niños pegados a sus faldones.

Tony, que jamás había expresado semejante deseo en toda su vida, sonrió ya como un padre chocho. Miró a Ryder por el rabillo del ojo y luego abiertamente a su esposa. Melissande se había ruborizado visiblemente y parecía francamente horrorizada. Tony carraspeó y susurró con una voz que se oyó hasta en el último rincón del comedor:

- ¿Seguimos intentando iniciar nuestra progenie después de la cena, Mellie?
- ¡No me llames así!
- Pero los otros apelativos que utilizo no son apropiados en el comedor. Aunque si tú lo prefieres, si te sientes tan a gusto con los que te rodean en la mesa, bueno, ¿quién soy yo para ponerme quisquilloso? ¿Qué te parece chochi...

Melissande tapó la boca de su marido con la palma de la mano. Tony cogió la delgada muñeca con sus largos dedo y la apartó.

- ¿Por dónde iba?
- Por favor, Tony.

Tony la miró de cerca.

- ¿De verdad he oído un “por favor”?

Melissande asintió.

Tony la miró durante otro largo rato, luego dijo con calma:

- Me has complacido. Cómete las judías verdes guisadas, Mellie. Están deliciosas.

Alexandra, que había sido una fascinada espectadora, miró ahora a su marido. Douglas contemplaba a Melissande y a Tony con un profundo surco en la frente. En cuanto a Ryder, sonreía a su sopa de tortuga.

Dos horas más tarde, sola en su dormitorio, Alexandra se hallaba de pie mirando la puerta de la habitación contigua sin decidirse. Ryder le había dicho que sedujera a Douglas. Ryder había dicho que todas las mujeres nacen sabiendo cómo hacerlo. Alexandra se preguntaba si Douglas se reiría de ella. Ryder había asegurado que no podía perder más tiempo, que debía actuar con rapidez, que no debía esperar pacientemente, como la fiel Penélope esperó a Ulises. Muy bien entonces. Lo haría y lo haría ya. Antes de que se arrepintiera.

Alex apagó la vela y se dirigió a la puerta del dormitorio contiguo. Lentamente, la abrió.

9

Alex entro despacio en el gran dormitorio señorial. Inmediatamente dirigió la vista hacia la cama y se detuvo. Estaba vacía, no mostraba ninguna arruga. Entonces lo vio y caminó silenciosamente hacia él. Las velas de un candelabro ardían sobre una mesa junto al sillón orejero, frente al fuego. Sólo quedaban rescoldos de los que aún salían llamas de un naranja pálido, proyectando una luz tenue y cálida.

Douglas estaba sentado en la butaca, con sus largar piernas extendidas frente a ella, cruzadas a la altura de los tobillos. Llevaba un batín de brocado azul oscuro, que se le había abierto sobre las piernas. Alexandra las miró fijamente: peludas, gruesas, fuertes. Estaba descalzo. Sus pies eran largos y estrechos, y a ella le parecieron muy agradables. Tenía la barbilla apoyada en un puño.

Alexandra sintió un súbito temor, pero estaba decidida, no tenía más remedio. Era muy posible que su futuro con aquel hombre dependiera de lo que hiciera y cómo lo hiciera en los siguientes minutos.

- ¿Milord?
- Sí. –Douglas no se movió ni la miró-. La he oído entrar. Nunca pensé que hubiera de cerrar mi puerta a una mujer. ¿Qué quiere?
- Quería... está pensando en qué hacer conmigo, ¿no?
- Sí, eso y otras cosas. También estoy preocupado pensando en Ryder y en su viaje a las Indias Occidentales. Navegar nunca resulta muy seguro. Pero insistió en que tenía que ir él. –Douglas se volvió para observarla-. Ryder dijo que yo debía quedarme aquí para enfrentarme conmigo mismo y con mi matrimonio. Él cree que es usted una buena persona.

Alexandra no dijo nada.

Entonces Douglas la miró. Sumido en sus pensamientos, se acarició el mentón con los dedos.

- Lleva un camisón de niña, todo blanco y largo, con cuello alto.
- No tengo otro.
- El dinero que me tendré que gastar en vestirla empieza a darme escalofríos.
- A mi camisón lo le pasa nada. Me protege del frío y tiene un tacto suave.
- Es el camisón de una virgen.
- Bien –replicó ella razonablemente-, eso es lo que soy.
- Ninguna mujer que se precie debería llevar semejante prenda.

Alex suspiró.

- ¿Qué quiere? Ah, ya veo. Quiere pedirme algo más. Quiere darme más detalles de por qué acabará siéndome indispensable. Quiere seguir explayándose sobre sus dotes de ama de casa. Se lo ruego, no me diga que también me cantará por las noches, quizá acompañándose al pianoforte. ¿Por qué demonios tiene que llevar una trenza? Es ridícula. No me gusta.

Alex no dejaba de mirarle. No había pensado en la trenza; debería haberlo pensado, ya que una trenza no se podía considerar ni remotamente seductora. Melissande nunca se hacía trenzas. Alex tendría que aprender. Colocó la vela sobre la mesa, junto a la butaca de Douglas. Alzó los brazos y lentamente empezó a deshacer la trenza. A medida que la deshacía, deslizaba sus dedos a través de las grandes ondas, alisándolas. Él permaneció allí sentado, mirándola sin decir nada.

Cuando acabó, el cabello le caía hasta la mitad de la espalda.

- Échese unos mechones sobre los hombros.

Ella lo hizo.

- Bien. Tiene el pelo abundante y de un bonito color. Al menos tapa un poco ese horrible camisón. Y bien, ¿qué se le ofrece?

Realmente no tenía más alternativas. O abría la boca y se lo decía o se marchaba. Él parecía impacientarse, como si sólo fuera una intrusa a la que no esperaba. Era desalentador.

- ¿Y bien? Adelante. Puedo aguantar cualquier cosa excepto los gimoteos y las zalamerías.
- He venido para seducirle –contestó sin preámbulos, alzado el mentón, con la espalda recta.
- Ah, el arma femenina definitiva –se burló Douglas-. Realmente no tendría que sorprenderme, ¿no? De hecho, he sido yo quien se lo ha sugerido esta mañana. Debí suponerlo. Cuando todo lo demás falla, la mujer desnuda su cuerpo y se pasea ante las narices del hombre lascivo.
- Mi único problema es que no estoy segura de cómo hacerlo.
- Eso son tonterías.
- Tal vez si me ayudara un poco, lo adivinaría.
- Déjeme aclararle algo, pues es obvio que no lo ha considerado en su plan. Podría hacer anular esta farsa de matrimonio, aunque le arrebatara la virginidad. ¿Me entiende? ¿Quién iba a enterarse, después de todo? ¿Acaso haría público usted, o alguien de su familia, que es un plato de segunda mano?
- Hace que suene como si yo fuera una mercancía echada a perder. Eso es absurdo.
- Oh, no, una doncella que ha perdido su virginidad es mucho peor que una mercancía echada a perder. Imagine la reacción de su padre. Se horrorizaría pero tendría que callar, porque sabría que si abriera la boca y contara lo que yo había hecho, sería la perdición de su hija y él se convertiría en el hazmerreír de todos. Y por lo que a mí respecta, bueno, yo no perdería ni un ápice de la consideración de todos.
- Pero ¿por qué? Me parece absurdo. Me parece injusto.
- Rara es la vez en que la justicia desempeña un papel significativo en las cosas. El hecho es que los hombres de nuestra clase no están ansiosos por apechugar con mujeres que no llegan al tálamo puras y sin mácula. Por tanto, si una mujer tiene un desliz, se guarda el secreto para que el pobre imbécil que se case con ella se vea bien atrapado. Por tanto, como ve, a nadie le importaría saber lo que le hiciera o lo que no le hiciera. Creo que puedo tomarla impunemente si me apetece y mientras lo desee.
- No puedo creer que los caballeros sean tan insensibles y tan poco considerados con las mujeres a las que aman.
- Ah, sí, está la cuestión del amor, claro. Pero eso no tiene nada que ver con este matrimonio, ¿o sí? Usted es una desconocida, nada más, una desconocida y ...
- Además de seducirle, debo insistir hasta que me quede encinta. Entonces no podrá anular el matrimonio. Pero, como ve, ése es mi problema.

Alexandra había logrado captar por completo la atención de Douglas quien había agotado ya sus argumentos, hablándole sinceramente pero sin efecto visible. Aun así, no podía creer que aquella jovencita estuviera a su lado, vestida únicamente con su camisón virginal, descalza, con los dedos rígidos por el frío, ofreciendo la imagen de un patético sacrificio. Pero allí estaba ella y parecía bastante decidida. No era cobarde, tenía que reconocerlo. ¿Qué era entonces?, se preguntaba Douglas. ¿Haría ella cualquier cosa por su padre?

- ¿Quién le dijo que lo hiciera?
- Ryder
- Ah, mi querido y afectuoso hermano. Maldito sea, siempre ha de entrometerse, es su naturaleza.
- Pero no tuvo tiempo de explicarme cómo hacerlo, este asunto de la seducción, quiero decir. Quiero ser su esposa, milord, y dormir en esa cama. Quiero dormir en esa cama hasta que me quede encinta. ¿No desea un heredero? ¿No era esa la razón principal por la que quiso casarse?
- Lo era, pero usted es la esposa equivocada, como bien sabe, y ya estoy cansado de decirlo porque lo he repetido hasta la saciedad.
- Le daré un heredero. Soy joven y saludable, le daré media docena de herederos.
- En toda mi vida de adulto, no había oído jamás a una mujer que se ofreciera como yegua de cría de un hombre. ¿Por qué, Alexandra? ¿Otro acuerdo con el canalla de su padre? Maldición, váyase a la cama. Es una chiquilla, una virgen, y no tengo intención de enseñarle nada, ni de arrebatarle la virginidad ni de oír sus lloriqueos. Estoy cansado. Márchese.

Alex se agachó, se cogió el camisón por el dobladillo y se lo sacó por la cabeza. Lanzó el camisón al suelo. Permaneció allí, con los brazos a los lados, desnuda. Alzó la cabeza y miró directamente a su marido.

Douglas se quedó helado. Abrió la boca. La cerró. Miró fijamente a su esposa. No había pensado que estuviera tan bien hecha. Sus pechos... Dios mío, no se lo había imaginado, no se había dado cuenta de que...

- Se venda los pechos. ¿Por qué?
- Mi niñera me dijo que eran demasiado grandes. Dijo que los chicos me mirarían y me dirían cosas desagradables. Como tengo los pechos grandes, supondrían que no sería una señorita decente. Mi niñera me enseñó a vendármelos.
- Su niñera era una estúpida y vieja mojigata. Sus pechos son un don, y bien bonitos por cierto. No se los vende nunca más. Ahora que sé que lo tiene, quiero verlos.
- Bien.
- Esta mañana, cuando cabalgábamos, no imaginaba que estuviera tan bien dotada.
- No.

Douglas calló, sin dejar de mirarle los pechos. Eran altos y muy abundantes, tan blancos como su vientre. Llenarían sus manos hasta desbordarse. Notaba hormigueos en los dedos, tenía las palmas calientes.

Alexandra no sabía cómo reaccionaría Douglas, pero esta conversación sobre sus pechos, tan directa como una discusión sobre el tiempo, era desconcertante. Observó que Douglas extendía una mano, y luego la bajaba. Y seguía mirándola, oh, sí, la miraba atentamente y sus ojos parecían aún más negros. Alexandra se esforzó en permanecer absolutamente impasible.

- El rosa combina perfectamente con el rojo. Puedo ver un pezón rosado asomando a través de su pelo rojizo.

Alex habría deseado convertirse en una pelota muy pequeña y alejarse rodando. Pero no se movió. Todo su futuro estaba en aquella habitación, contenido en aquel instante. Aquel hombre era su marido; le pertenecía más de lo que había pertenecido a nadie en toda su vida.

Douglas intentó parecer de vuelta de todo. Era un hombre experimentado, un hombre que había gozado con muchas mujeres, un hombre selectivo, un pez frío le había llamado Ryder, porque sabía controlar su pasión. Pero, a decir verdad, estaba

aturdido. Aparte de los más hermosos pechos que había visto en su vida –pechos que resultaban casi demasiado grandes para el esbelto torso-, la cintura era estrecha, el vientre liso y los rizos que cubrían el Monte de Venus, de un suave rojo oscuro. Sus piernas eran largas y bien torneadas. Tenía un lunar en el vientre, justo debajo del ombligo. Era muy bonita. No parecía en absoluto una chiquilla. Permanecía muy erguida, aunque era baja de estatura. Aquel maldito palo de escoba de su espalda estaba tieso. Douglas tenía ganas de decirle que se volviera para poder verle la espalda y las nalgas.

Dios. ¿Qué debía hacer?

- Venga aquí –dijo, antes de que su cerebro pudiera anular la orden, y separó las piernas.

Alexandra se acercó y se situó entre sus piernas, inmóvil y silenciosa, con los brazos a los lados. Todavía no la tocaba, simplemente miraba y miraba, ahora también el vientre, y ella lo notaba. Resultaba insoportable que aquel hombre estudiara su cuerpo con tanta meticulosidad. Ni siquiera ella misma se lo había mirado nunca de esa forma.

Finalmente, después de una eternidad que sólo duró unos minutos, Douglas alzó la cabeza y la miró a la cara.

- No me desagrada. Sus atributos femeninos son los adecuados. ¿Querría separar las piernas para que pueda ver el resto? ¿No? ¿Eso no forma parte de su plan de seducción? ¿Hasta dónde piensa llegar si no hago nada? –Douglas apartó entonces la vista hacia el fuego-. No dice nada. Yo le he permitido que se coloque entre mis piernas. ¿No se le ocurre nada?

Alex se tapó los pechos con una mano y el pubis con la otra. Fue un gesto absurdo, pero sencillamente no podía soportar seguir allí desnuda, ofreciéndose. Su desinterés era evidente y tan doloroso que Alexandra no pudo sufrirlo más.

- ¿Sabe, Alex? –dijo él, volviendo a mirarla-, no sólo puedo tomarle una y otra vez, sino que puedo impedirle concebir un hijo. Yo puedo retirar mi miembro fácilmente antes de derramar mi semilla dentro de su cuerpo. No soy un muchacho; soy un hombre y poseo el control de un hombre. ¡No ponga esa cara tan endomoniadamente incrédula! No podrá concebir un hijo si mi semilla no llega a su seno. Así que puedo tomar libremente lo que se me ofrece y aun así anular esta farsa de matrimonio. –Hizo un ademán de despedida con la mano-. Sin embargo, esta noche, en este mismo momento en que la tengo frente a mí completamente desnuda, resulta que no me interesa. No es Melissande. No es la esposa que yo quería. Váyase.

Alexandra se sintió más allá de la humillación. A duras penas podía pensar en el dolor que crecía dentro de ella, en el sufrimiento, el fracaso y la vaciedad que sus palabras habían grabado a fuego en su alma. Permaneció allí frente a él, a menos de treinta centímetros, ya que era incapaz de moverse. Estaba más atónita que avergonzada. Douglas la había rechazado. No se había mostrado especialmente cruel, sólo práctico, prosaico. Le había dejado bien claro sus sentimientos. Aun cuando parecía encontrarla aceptable, no la había deseado lo suficiente como para tomarla y despedirla luego. No la quería para nada. Ryder no había juzgado los sentimientos de su hermano correctamente. Ryder se había equivocado. No le restaba nada más por hacer.

Alexandra se apartó de Douglas; notaba la sangre martilleando violentamente en su interior; entonces salió corriendo del dormitorio.

Douglas vio el destello de la piel blanca. Oyó la puerta contigua cerrándose muy silenciosamente. No se movió durante mucho tiempo. Luego se levantó y

recogió el camisón del suelo. Miró hacia la habitación de Alexandra y muy despacio echó el camisón sobre la butaca.

Sabía lo que había hecho. Sabía que le había dado una patada y que luego le había vuelto a dar otra. Pero, maldita sea, había impedido que lo acorralaran, lo sobornaran y lo chantajearan con el sexo. Jamás permitiría que una mujer le dictara lo que tenía que hacer, que tratara de hacerle perder la lógica y el cerebro con una exhibición de su cuerpo. Pero ¡qué expresión la de Alexandra al oír sus palabras! Douglas soltó un juramento al quitarse el batín, que aterrizó en la butaca junto al camisón. Y otro cuando se metió en la enorme cama vacía y se acurrucó bajo la manta. Se sentía disgustado consigo mismo, pero no podía echarse atrás. Debía hacer su santa voluntad, y no quería sentirse coaccionado, sobre todo por una jovencita de dieciocho años con los pechos más maravillosos que había visto en su vida.

Douglas se despertó en medio de la noche, con un sudor espeso y pegajoso en la frente. Se quedó inmóvil. Había oído un ruido. Esperó, completamente despierto y alerta. Oyó el extraño sonido de nuevo. Parecía una mujer. Estaba llorando, silenciosa y suavemente, pero él la oía con toda claridad. No, no estaba llorando, más bien eran gemidos profundos, lastimeros y descarnados. Sabía que estaba sollozando a causa de un gran sufrimiento. No sabía como lo sabía, pero lo sabía. Frunció el entrecejo en la oscuridad, mirando la puerta de la habitación contigua. Era absurdo.

Se trataba de Alexandra, llorando porque él la había puesto convenientemente en su sitio. Estaba mohína; había fallado en su intento e intentaba arreglarlo provocando su compasión. Lágrimas de cocodrilo, nada más. Eso era. Él era un hombre y no iba a cambiar por las lágrimas de una chiquilla, lágrimas fingidas porque no había conseguido hacerle perder la cabeza. Pero no eran sollozos... eran gemidos de una angustia profundísima. Lanzando una imprecación, Douglas apartó la ropa de la cama.

Caminó desnudo hacia la puerta contigua y la abrió silenciosamente. Una estrecha franja de luz entraba por la ventana y caía sobre el centro de la cama. Estaba vacía. No, un momento, allí estaba ella, de pie al otro lado de la cama, mirándola y gimiendo suavemente, sólo que él hubiese jurado que su boca no se movía, que ella no emitía sonido alguno. Pero él oía el sollozo, el gemido, lo oía claramente en su cabeza. Era tan bajo que no entendió cómo había podido oírlo desde su dormitorio. Ella se rodeaba el cuerpo con los brazos, entonces alzó la vista y lo miró.

Se había quedado en silencio. Douglas abrió la boca, pero no emitió sonido alguno. En el instante siguiente, ella se había ido, desapareciendo lentamente como una suave sombra blanca en el fino rayo de luna.

- No. –La voz de Douglas sonó firme-. No, ¡maldita sea! ¡Esto no lo acepto!

Corrió hacia el otro lado de la cama. Alexandra no estaba allí. Maldita sea, lo había soñado todo. Se sentía culpable y sufría extrañas visiones a causa de su culpabilidad.

¿Dónde estaba Alexandra? Era rápida escondiéndose, tenía que reconocerlo, la maldita majadera. No había demasiados lugares donde buscar. Miró en el armario. Incluso se arrodilló y miró bajo la cama.

No estaba allí. No estaba en ninguna parte. Era noche cerrada.

¿Dónde demonios estaría?

Entonces vio claramente el rostro de Alexandra en su mente. Vio su palidez, la humillación en sus ojos mientras sus palabras la golpeaban, duramente y sin

compasión, palabras que la habían herido profundamente. E incluso había mencionado a su hermana mientras ella permanecía quieta y solitaria entre sus piernas separadas, desnuda y vulnerable, y terriblemente sola. Y luego había huido, despojada de todo ápice de dignidad, herida en lo más hondo, y él, impasible, la había dejado partir.

Bueno, al diablo.

No era, gracias a Dios, tan tarde como él había creído en un principio. Era justo pasada la medianoche, apenas unos minutos después de haberse quedado dormido y de despertarse abruptamente. Se vistió con rapidez y bajó las escaleras en silencio. No encendió ninguna luz, no la necesitaba. Conocía cada rincón de Northcliffe. Ella no. Había un millón de lugares para esconderse pero ella no los conocía. No, no creía que Alexandra deseara permanecer allí.

No se preguntó cómo podía saberlo. Abrió las imponentes puertas de entrada a la mansión y salió a la noche fría y oscura. La media luna había desaparecido, cubierta por densas nubes grises. Pronto caería una densa lluvia fría. El aire era húmedo y pesado.

No había pensado en el frío, y ese descuido le hizo estremecerse. Llevaba sólo una camisa, unos apretados pantalones de ante, y botas. El viento arreciaba, la tormenta llegaría pronto.

- ¡Alexandra!

El viento silbaba entre las hojas. Una contraventana golpeó una ventana alta. Douglas sintió una súbita premura. Corrió hacia las cuadras. Parecían desiertas, naturalmente, todos los mozos se habían acostado ya. Entonces se detuvo. En silencio y con gran eficiencia, encendió una lámpara cerca de la puerta del establo. La levantó y miró.

Alex tenía en las manos una silla de montar y se dio media vuelta cuando la luz la iluminó. Ella no podía ver nada, ya que la luz le daba en los ojos y la cegaba.

- ¿Quién está ahí?

Había temblor en su voz. Bien, se lo merecía. Douglas estaba furioso; Alexandra le había sacado de un profundo sueño, bien, obviamente una especie de pesadilla, pero aun así, la culpa era suya. Le había obligado a buscarla. Le había hecho preocuparse; le había producido sufrimiento innecesario; le había creado culpabilidades.

- Por favor, ¿quién está ahí?

Douglas bajó la lámpara.

- Muévase un centímetro y la golpearé. –El hombre se dirigió hacia ella. *Garth* relinchó, reconociendo a su amo. *Fanny* echó la cabeza hacia atrás y relinchó como respuesta.

- Deje la silla.

Era el momento de mantenerse firme.

- No –dijo Alex. Le hubiera gustado dejar la silla de montar, pues era muy pesada, pero se aferró a ella, sujetándola contra su pecho.

- Deje la maldita silla antes de que se le caiga de los brazos.

En lugar de obedecerle, Alex levantó la silla sobre le lomo de *Fanny*. La yegua sacudió la cola y se inclinó para morderle el hombro. Estaba cerca, pero Alex consiguió zafarse a tiempo.

- ¿Puedo preguntarle adónde pensaba ir?

- A casa. ¿Quiere dejarme en paz? Me voy; anule el matrimonio, ¡no me importa! ¡Me oye, no me importa! ¡Simplemente me voy!

Douglas se apoyó en la puerta del compartimento de *Garth* y cruzó los brazos sobre el pecho.

- Le creía muchas cosas, pero no estúpida. Sin embargo, ante esta prueba de, su estupidez, debo aceptarlo. Es increíblemente estúpida. Es imbécil. ¿Pensaba recorrer el largo camino hasta Harrogate cabalgando?

- Sí, pero muy lentamente y sólo de noche. También he cogido algo de dinero de la caja fuerte de su escritorio.

- Deshonesto y estúpido.

- Tengo que comer. Lo habría devuelto.

- Ah, sí, su padre, que tiene todas las guineas del mundo, me habría pagado. Creo que acabaré pegándole.

Alex reconocía la cólera de un hombre cuando la veía. No tenía bastante con humillarla. Ahora quería golpearla. ¿Hasta dejarla ensangrentada e inconsciente? Se preguntó si utilizaría la fusta.

- ¿Por qué se ha despertado? He sido muy silenciosa.

Douglas frunció el entrecejo.

- Me he despertado y basta. He estado en el ejército. Tengo el sueño muy ligero. –Era mentira pero serviría. Douglas siempre dormía como un tronco y había estado a punto de morir por esta causa dos veces en Italia. Debía dar gracias a Dios por su ayuda de cámara y ordenanza, Finkle-. Tengo un sueño muy ligero y he oído cada uno de sus movimientos.

Alexandra no acababa de creérselo, pues había sido tan silenciosa que prácticamente ni se había oído ella misma. Pero, evidentemente, él sí la había oído y la había seguido. El porqué ni siquiera conseguía imaginarlo.

- ¿Qué le importa si me voy? No me quiere aquí. Soy una extraña y le traicioné, igual que Tony. Así que voy y no volveré a molestarle nunca más. ¿No es eso lo que desea?

- Le diré lo que deseo cuando quiera decírselo. No hará nada hasta que yo se lo diga.

- ¡Eso es absurdo! ¿Quiere que permanezca a su alrededor como una especie de esclava hasta que decida cómo deshacerse de mí? Maldito sea, milord, ¡es usted quien merece ser azotado!

Todo ocurrió muy deprisa. A Douglas le divirtió, más que preocuparle, que Alexandra cogiera un rastrillo que estaba apoyado junto al compartimento de *Fanny* y corriera hacia él, sosteniéndolo por encima de la cabeza. Entonces, en el último momento, lo bajó, como un caballero blandiendo una lanza en un torneo, y se lo clavó en el vientre con tal fuerza que Douglas se tambaleó hacia un lado y luego cayó de espaldas. Entonces ella dio un golpe a la lámpara y salió precipitadamente, dejando el establo a oscuras.

Douglas se puso en pie de un salto, sintiéndose como si le hubieran hecho un agujero en el estómago; en ese momento *Fanny* le resopló en la cara y estuvo a punto de cocearle. Se apartó del camino de la yegua de un salto. Entonces se dio la vuelta y vio a la maldita muchacha cabalgando a pelo con la caballera al aire, abrazada al cuello de *Fanny*. La silla descansaba al lado de la paja. Alexandra galopaba como si la persiguieran mil demonios.

Muy pronto tendría al mismo diablo detrás de ella. Douglas estaba tan furioso, le costaba tanto creer lo que acababa de ocurrir que por un instante se sintió abrumado por la ira. Respiró hondo, sacó a *Garth* del establo, le puso una brida y saltó sobre su lomo a pelo.

Sencillamente, pensaba matarla cuando la alcanzase.

Alex continuaba galopando como alma que lleva el diablo. Era una excelente amazona y el contacto del caballo con los muslos y las nalgas le producía una sensación de gran control, mucho más que las decorosas sillas de montar que la sociedad había impuesto a las mujeres.

Apretó la cara contra el cuello de *Fanny*, presionando las piernas contra los costados de la yegua y le susurró unas palabras para azuzarla. La yegua aceleró la marcha. Alexandra notaba el cuello caliente contra la mejilla. La yegua estaba esforzándose al máximo. Su ritmo era fácil y veloz como el viento y Alexandra se limitó a darle rienda suelta.

Pasaron cinco minutos largos antes de que se le ocurriera preguntarse lo que iba a hacer. La ira, la humillación y la profunda resignación de la derrota, agotados todos los recursos, habían caído sobre ella como un chorro de agua fría, obligándola a actuar sin pensárselo dos veces. Sólo tardó otro minuto en oír el ruido de los cascos de *Garth* persiguiéndola.

El semental era rápido, no cabía duda, fuerte y rápido, pero no brutal, como sería su amo si la alcanzaba. Pero ¿por qué la perseguía? ¿Era orgullo masculino? ¿La arrogancia de que nadie debía actuar sin su precioso permiso señorial?

Alex sacudió la cabeza contra el cuello de *Fanny*. No quería pensar en él, en sus motivos. Cierto, no deseaba hacer lo que estaba haciendo; no quería huir de esa forma, una mujer sola y por lo tanto vulnerable a cualquier salteador de los caminos ingleses. Pero no era estúpida. Intentaría cabalgar sólo de noche y ocultarse durante los tres días y medio que tardaría en llegar a casa. Tenía las diez libras que le había cogido a Douglas, seguramente serían suficientes para alimentarse. No, ella no era una estúpida. Tendría que ser muy cuidadosa. Quizá eso explicaba por qué Douglas cabalgaba tras ella. Los hombres no otorgaban a las mujeres la capacidad de realizar algo por sí solas. Probablemente se la imaginaba cabalgando directamente hacia los ladrones, despreocupada, imprudente, temeraria e irreflexiva. Probablemente pensaría que su reputación se vería dañada si le pasaba algo a su esposa, porque ella todavía era su esposa. Ah, sí, si algo le ocurría a su esposa fugitiva, tal eventualidad dañaría su orgullo, harían que sus amigos caballeros enarcaran las cejas.

De repente empezó a llover y la densa cortina de agua empapó su cuerpo cálido y sus pensamientos en un instante. Dejó escapar un fuerte gemido. No había contado con la lluvia. Ni siquiera había pensado en la posibilidad de que lloviera. Quizá Douglas tenía razón; quizá era una estúpida.

Alexandra sacudió la cabeza. ¿Qué era una pequeña lluvia de nada? Ella no era una pieza de seda que pudiera desteñirse y deshacerse. No, no le pasaría nada. En sus dieciocho años no había conocido un solo día de enfermedad. Sí, no le pasaría nada, siempre y cuando consiguiera eludir a Douglas.

Douglas estaba cada vez más cerca. Alexandra oía los cascos de *Garth*. Se volvió y lo vio aparecer tras una curva del camino, justo cuando ella tomaba una curva sin visibilidad. Era su oportunidad, quizá su única oportunidad. Rápidamente condujo a *Fanny* fuera de la carretera hacia un bosquecillo de arces. Se deslizó hasta el suelo y rápidamente le apretó el hocico a la yegua con los dedos para evitar que relichanse a *Garth*. Ella también contuvo la respiración. Douglas pasó de largo. Galopaba a gran velocidad. Tenía un aspecto magnífico sobre el amplio lomo de *Garth*, fuerte y decidido incluso bajo la intensa lluvia; un hombre en el que confiar y admirar. Y ella le habría admirado si no deseara matarlo con todas sus fuerzas.

Bien, le había engañado. La lluvia ya no era tan densa, porque las frondosas copas de los arces la amortiguaban. Alex palmeó a *Fanny* en el cuello.

- Todo irá bien, amiga mía. No soy estúpida y no abusaré de ti. Confío en mí misma y aunque no he visto demasiado mundo, sé muy bien lo que debo hacer. Estaremos seguras. Te gustarán las cuadras de Claybourn, pues están casi vacías y no habrá estúpidos sementales que te molesten.

Alex volvió a montar, encaramándose fácilmente con ayuda de la espesa crin de *Fanny*. Dirigió a la yegua hacia la carretera. Debía mantenerse vigilante. Douglas podía retroceder y tropezarse con ella. Mantuvo a la yegua junto a la margen del camino, preparada para huir hacia los árboles en un instante.

La lluvia continuó, implacable, más fría cada minuto que pasaba.

Fanny estaba cansada y Alex dejó que marchara al paso.

Si no hubiera permanecido vigilante no le habría visto.

10

Douglas surgió de entre los árboles como una sombra negra, gritando como un poseso, haciendo que *Garth* se levantara sobre sus cuartos traseros; resultaba magnífico y aterrador a la vez. Douglas controló al caballo en unos instantes y tiró de una brida para que se colocara de lado y bloqueara el paso completamente.

Luego dedicó a su esposa una sonrisa malévola.

- La tengo –declaró con una mezcla de rabia y satisfacción en la voz.

Alexandra detuvo a *Fanny* y se quedó mirándolo.

- Lo he intentado –admitió tranquilamente-. De verdad, ¿sabe?, pero no podía soportar permanecer entre los árboles, escondida y enfriándome por momentos. Esperaba oírle, por eso iba tan despacio, esperaba oírle porque temía que volviera hacia atrás y se tropezara conmigo. Pero es muy inteligente, ¿no es así, milord?, muy cauteloso. Sencillamente me esperaba.

Douglas permaneció en silencio, mirándola. Alexandra alzó el mentón.

- No volveré, Douglas.
- Hará exactamente lo que yo le diga que haga, señora.
- No diga tonterías. Usted no me quiere. ¿Es que tiene intención de humillarme más todavía? ¿Quiere acompañarme de vuelta a Claybourn Hall, con una cuerda alrededor del cuello, quizá, y devolverme a mi padre? ¿Para anunciarle que no valgo la pena, que no soy digna de su consideración? No imaginaba que fuera tan cruel.

Douglas frunció el entrecejo. Su ira estaba justificada, ciertamente. Pero Alexandra le obligaba a ponerse a la defensiva, haciéndole parecer un auténtico monstruo. Él era un hombre educado, elocuente y de mente clara, y aun así, se sentía derrotado. Ninguna mujer le había dado órdenes jamás, pero ella lo estaba consiguiendo fácilmente. No podía tolerarlo. Tenía que acabar con eso.

- Venga, volvemos a Northcliffe Hall.
- No.
- ¿Cómo piensa impedirme que la lleve a rastras? ¿Tal vez se está preparando para golpearme de nuevo en el estómago con un rastrillo? Bien, no importa lo que piense utilizar como arma, esta vez no lo consentiré. No toleraré más agresiones. Me obedecerá y se mantendrá callada, basta de desobediencias. Ahora vámonos.
- No.

Alexandra fustigó a *Fanny* y le clavó los tacones en los costados. A continuación, se oyó un impresionante trueno que hizo temblar la tierra, y los árboles junto a la carretera se estremecieron. Luego hubo un gran destello de luz, que traspasó la lluvia y la oscuridad, blanco y relampagueante, y fue a caer sobre un arce.

Alex pegó un brinco y a punto estuvo de perder el equilibrio. Se dio media vuelta sobre el lomo de *Fanny* y observó, tan sorprendida y aterrorizada que no podía creer lo que estaba viendo. El rayo golpeó una espesa rama desde su base, la rama se quebró, vomitando penachos de humo, y aterrizó violentamente en el camino, a menos de medio metro de los cascos delanteros de *Garth*. El semental, enloquecido de terror, relinchó, se retorció y sus miembros se enredaron en las densas hojas y ramas menores de la rama de arce.

Douglas no tuvo oportunidad de reaccionar. Fue derribado y cayó a un lado de la carretera, donde permaneció inmóvil.

Alex lanzó un fuerte grito, estridente, terrorífico. Acudió al instante al lado de Douglas y se arrodilló junto a él, intentando protegerle de la densa y penetrante lluvia.

Douglas seguía inmóvil. Finalmente Alexandra le encontró el pulso en el cuello. Era constante, lento. Se sentó sobre los tobillos un momento, contemplando a su marido.

- ¡Despiértate, maldito seas, Douglas!

Lo sacudió y después lo abofeteó sonoramente.

- ¡Despiértate! ¡No pienso tolerar esto! No juegas limpio en absoluto. No está bien por tu parte. No, no puedo dejarte así. ¡Despiértate!

Douglas no se movió. Sus ojos permanecían cerrados. Entonces Alexandra vio la sangre que se escurría por detrás de su oreja izquierda. Al caer se había golpeado con una roca.

Al principio Alexandra no se dio cuenta de que se mecía de un lado a otro junto a Douglas, mirándole el cuello fijamente, tan asustada que creyó que iba a ahogarse.

- ¡Repónte, Douglas! No te quedes ahí tirado. –Ésa era su voz y era fuerte, y ella tenía que hacer algo. Douglas la necesitaba. Alzó la vista. Ambos caballos habían desaparecido, probablemente se había dirigido a las cuadras de Sherbrooke. Estaban solos. Llovía a mares. Douglas estaba inconsciente, tal vez moribundo.

¿Qué hacer?

Se inclinó sobre él de nuevo para impedir que la lluvia le mojara la cara. Si al menos recuperara el sentido... ¿Y que ocurriría si no lo hacía? ¿Qué pasaría si continuaba en silencio, como muerto, hasta que se muriera de verdad?

Ella no podía, no debía aceptarlo. Tenía que hacer algo. Pero no había nada que hacer. No podía levantarlo ni llevarlo en brazos. Posiblemente podría arrastrarlo por el suelo, pero ¿hacia adónde?

Alexandra acunó la cabeza de su marido en su regazo, protegiéndole del mejor modo que supo. Tenía calambres y el frío le ponía la carne de gallina. Luego, gracias a Dios, se fue quedando insensible de puro entumecimiento.

- Por Dios, ¿es que quieres ahogarme, mujer?

Alex se quedó helada e incrédula al oír una voz llena de irritación y fastidio, una voz apagada que surgía de su pecho. Lentamente alzó la cara y lo miró. Douglas tenía los ojos abiertos.

Su caballera se desparramó sobre la cara de Douglas como una espesa cortina de mechones chorreantes.

- Douglas, ¿estás bien?

- Naturalmente que estoy bien. ¿Te has creído que soy un enclenque? Tengo un dolor de cabeza de mil demonios, pero estoy bien. –Se interrumpió un instante con la nariz pegada a la de Alexandra-. Aunque preferiría seguir con la cara enterrada entre tus pechos.

Alexandra se lo quedó mirando. No iba a morir. Era demasiado mezquino, demasiado irracional, demasiado infame para morir. Sonrió.

- Los dos caballos nos han abandonado. Estamos desamparados. No sé que distancia nos separa de casa. Llueve mucho. Tienes sangre detrás de la oreja izquierda. Te has golpeado la cabeza contra una roca que aunque pequeña, es roca al fin y al cabo, de ahí la sangre. Has estado inconsciente durante uno o dos minutos. Si te ayudo a levantarte, te calarás enseguida hasta los huesos. –Se detuvo, sin saber qué añadir y sin dejar de mirarlo.

Douglas interrogó a su propio cuerpo en silencio. Sólo le respondió la cabeza, pero no era demasiado grave, únicamente una palpitación sorda e intensa. “Muévete”, se dijo.

Se sentó, bajó la cabeza un momento, luego se incorporó y miró alrededor.

- ¿Ves ese estrecho sendero de allí? Estamos cerca de la casa de mi guardabosques. Su nombre es Tom O’Malley y, de toda mi gente, él es el único que no se desmayará de consternación cuando llamemos a su puerta pasada la medianoche, empapados y en este estado espantoso. Ven, Alexandra, ayúdame a levantarme e iremos allá. Está demasiado lejos para volver andando a la mansión. – En ese momento se dio cuenta de que Alexandra la había llamado casa. Una idea estúpida. No debía haberlo dicho. No era su casa y probablemente no lo sería nunca.

Douglas permaneció en silencio hasta ponerse en pie; entonces se dio cuenta de que estaba un poco mareado. Tal vez bastante más que un poco. Su irritación era evidente cuando dijo:

- Tendré que apoyarme en ti. ¿Tienes la fuerza suficiente para aguantar parte de mi peso?
- Sí, por supuesto –contestó ella, y se agachó para rodearle la cintura con el brazo. Luego lo miró con dificultad a través de la lluvia-. Estoy lista, Douglas. No te dejaré caer.

A Douglas le dolía la cabeza. Estaba helado y mareado. Contempló a la mujer chorreante que se aferraba a su costado. Le doblaba en envergadura, pero ella intentaba mantenerlo en pie. No pudo contenerse; se echó a reír.

- Un verdadero Hércules. Lo veo y no lo creo. Por aquí, Alexandra.

Perdió pie una vez, arrastrando a Alexandra, que cayó de rodillas.

- Espero que no sean ortigas urticantes –comentó ella, respirando en jadeos cortos y sacándose de encima las sospechosas hojas-. ¿Estás bien, Douglas? Siento haberte dejado caer, pero he tropezado con esta raíz.

Douglas tenía ganas de vomitar, pero no lo hizo, aunque sentía fuertes náuseas. Permaneció de rodillas un instante, sabiendo que tenía que levantarse y que no debía hacer el ridículo, y por tanto se irguió, con la cara blanca, la boca cerrada y tragándose la bilis.

- No, no ha sido culpa tuya. Me había caído ya cuando has tropezado con la raíz. ¿Te he lastimado?
- No, no. –Alex se levantó con dificultad. Estaba temblando de frío y se palmeaba los brazos con las manos.
- – No son ortigas urticantes, gracias a Dios, o ya nos estaríamos rascando. Apresurémonos. No está demasiado lejos.

La casa de Tom O’Malley se hallaba al final del estrecho sendero en medio de un pequeño claro. Se notaba que era la casa de alguien que valoraba su intimidad, una cabaña de roble robusto, con el tejado inclinado, recién pintada y de una sola planta, y desprovista de maleza a su alrededor. Rosas y madreselvas bien cuidadas trepaban por ambos costados de la cabaña. A Alexandra le pareció una mansión, tan oscura como una tumba.

- No quiero que nos dispare –susurró Douglas y se puso a dar suaves golpes en la puerta maciza. Llamó-: Tom, Tom O’Malley. –Golpeó con más fuerza-. ¡Soy lord Northcliffe! Vamos, hombre, déjanos entrar.

Alexandra no sabía qué esperaba encontrar, pero desde luego no era el hombre alto y flaco, de mediana edad y completamente vestido que recibió a su amo en la puerta de su casa en mitad de la noche con una tranquilidad pasmosa. Tenía una nariz muy larga y estrecha que se estremeció cuando dijo con voz recia y ronca:

- Milord, sí, es usted. ¿Y ésta debe ser la nueva condesa? Sí, ciertamente es tal como me había contado Willie en los establos, gentil y un poco delgada, y suave como los caballos. Bienvenida, milady. Atizaré el fuego para que se calienten ustedes. No, no importa que estén mojados. El suelo se secará, y al fin y al cabo es de madera. Entren, entren. No se queden ahí, bajo esa horrible lluvia.
- Éste es Tom O'Malley –le presentó Douglas a Alexandra-. Él y su madre llegaron a Northcliffe de County Cork hace unos veinticinco años, gracias al cielo.
- Sí, eso es cierto, milord, y fueron veintiséis los años. Ah, tiene sangre en la cara, milord, ha tenido un accidente, ¿eh?, y se ha golpeado en la cabeza. –O'Malley ocupó rápidamente el lugar de Alexandra y ayudó a Douglas a llegar a una sencilla silla de respaldo alto que había frente a la chimenea-, descanse aquí sus huesos, milord. Milady –añadió, volviéndose hacia Alexandra, que estaba goteando muy cerca de una hermosa alfombra multicolor tejida a mano en algodón. Rápidamente Alexandra se apartó y exclamó:
- Oh, es preciosa, señor O'Malley.
- Sí, milady, mi santa madre la hizo con sus propias manos, la hizo, sí, qué maravillosa mujer que fue. Venga aquí ahora, y caliéntese usted. Necesitarán ropas secas. Nada lujoso, ya se lo imaginan, pero por lo menos seco.
- Eso será maravilloso, señor O'Malley. Su señoría y yo se lo agradecemos.

Alexandra se acercó con presteza a su marido, que estaba sentado en la silla, contemplando el fuego.

- Todavía te duele la cabeza, ¿no?

Él la miró.

- Atiza el fuego, por favor.

Alexandra hizo lo que le pedía y luego se limpió las manos en la camisa empapada. Douglas la observó y dijo:

- En realidad estaba intentando asimilar el hecho de que estoy contigo en plena noche, en la cabaña de mi guardabosques. No es lo que uno podía esperar. Ni siquiera estaba en la lista de mis peores pesadillas.

Alexandra alzó el mentón y el palo de escoba de su espalda se puso rígido.

- No estarías aquí si no hubieses sido tan terco. No estarías aquí si hubieras sido capaz de dominar a tu caballo.

Como ataque verbal no estaba mal. Douglas quiso responder con la misma moneda, pero se sentía demasiado maltrecho. Así que dijo:

- No juegues más conmigo. Cállate y acércate al fuego. No, no me mires como si estuviese exhalando mi último suspiro. Sólo me duele un poco la cabeza. Ah, Tom, trae ropa seca.

Alexandra no se movió hasta que Douglas entró en el pequeño dormitorio para cambiarse las ropas mojadas. Cuando salió, Alexandra sonrió. Le pareció maravilloso con los pantalones y la camisa de lino blanco hechos a mano. Los pantalones le quedaban muy estrechos y ella se dio cuenta de que no podía apartar la vista con la rapidez que indudablemente debía hacerlo una dama. La camisa se abrochaba por delante, pero Douglas no se había preocupado de atar la hilera de cordones de algodón que llegaba hasta el cuello. Por unos instantes, Alexandra olvidó que estaba mojada, despeinada y sucia de barro.

- Tu turno, Alexandra. Tienes un aspecto bastante desastroso. Tom no tiene vestidos, ni que decir tiene. Serás una especie de hermano gemelo mío.

Y así fue como al cabo de diez minutos el señor y la señora de Northcliffe Hall se hallaban sentados en un tosco banco de madera en la cabaña del guardabosques, sorbiendo el más delicioso té que habían bebido jamás y vistiendo las ropas de Tom O'Malley.

Sus ropas mojadas se habían esparcido un poco por todas partes para que se secaran. Después de un momento el conde dijo:

- Te damos las gracias, Tom, por tu hospitalidad. Si tienes alguna manta que te sobre, su señoría y yo dormiremos aquí, junto a la chimenea.

Tom O'Malley le miró fijamente, palideció y exclamó con voz sofocada:

- ¡No y no, milord! ¡Nunca! No le pida una cosa tan repugnante a O'Malley. Mi dulce madre volvería de su mansión celestial y me apalearía hasta arrancarme la nariz de la cara.

El conde protestó. Alexandra observaba y escuchaba a los dos. Era divertido y sabía que Douglas perdería. Tom suplicaba ahora, repitiendo una y otra vez:

- No, milord, por favor, no me obligue, por favor. Mi querida madre muerta, sí, ella nos está mirando en este momento y me está gritando en la oreja, milord.

Douglas se rindió. Le dolía la cabeza de una forma infame y Alexandra parecía a punto de caer al suelo de pura extenuación. Pasaron al dormitorio de Tom O'Malley.

- Esa camisa te llega hasta las rodillas –comentó Douglas a Alexandra desde el otro lado de la estrecha cama-. Puedes usarla como camisón.

- ¡Naturalmente que lo haré! ¿Acaso teme que me lo quite y que me muestre desnuda ante usted otra vez? ¿O quizá que me pasee a su alrededor para provocar su interés?

Douglas sacudió la cabeza.

- No creo que estés para muchos paseos. –Se encogió de hombros, sin mirarla-. Además, haces las cosas más inesperadas.

- No tiene por qué preocuparse, milord, que no haré nada imprevisto ahora. Se librará de mí tan pronto como pueda arreglármelas. No volveré a repugnarle de ese modo.

- No me repugnabas.

Alex soltó un bufido, que sonó alto y extraño en la pequeña habitación. Douglas se rió.

- He decidido llevar la camisa de Tom hasta que se me pudra encima, si es necesario.

- Creo que tal sacrificio no será necesario.

- Yo también lo espero –Alexandra asintió, mientras contemplaba la habitación. Estaba más limpia de lo que había estado jamás su dormitorio en Claybourn Hall, el mobiliario era escaso pero de buena calidad y bien cuidado. La colcha de la cama era suave, de color azul celeste y bien tejida.

Alexandra se desató el cinturón y empezó a quitarse los pantalones. Le quedaban enormes y, a pesar de todo lo ocurrido, se reía mientras se los bajaba. De repente se dio cuenta de lo que estaba haciendo y de dónde lo estaba haciendo, y se detuvo.

- Tom es muy alto, pero tan delgado que prácticamente me los podría poner en cualquier parte del cuerpo. –Miraba a Douglas mientras hablaba. Éste se había sacado la camisa por la cabeza. Sus manos se hallaban en los botones de los pantalones. La miró al oír un pequeño jadeo. Parecía irritado.

- Por el amor de Dios. –Douglas apagó con los dedos la única vela que había-. No tengo la intención de escandalizarte como tú me has escandalizado a mí. ¿Es que las mujeres creen que los hombres no pueden violentarse cuando juegan a seducirnos? No importa, no te pido una respuesta. A diferencia de ti, me desnudaré en la oscuridad. No te pongas a chillar.

Cuando los dos se hallaban acostados en la cama, tocándose casi, Alexandra dijo:

- Tom no pareció sorprendido al vernos.
- Tom desciende de una larga línea de flemáticos O'Malley. Es un buen hombre, pero no me gusta quitarle la cama. Tan largo como es y esta condenada cama es demasiado corta. Tendré que procurarle una nueva. Es lo menos que puedo hacer.

Douglas se movió, y maldijo cuando su codo topó con la cabeza de Alexandra.

- Maldita sea, todavía tienes el pelo mojado. ¿Es que quieres morirte de un resfriado? Extiéndelo sobre la almohada para que se seque. –Douglas siguió refunfuñando por lo bajo sobre las mujeres inconscientes y estúpidas, mientras Alex se arreglaba el pelo.
- No es necesario que utilices tu sucio lenguaje conmigo.
- Vamos, túmbate y te apartaré el pelo. No lo haces bien.

Alexandra sintió su aliento cálido sobre las mejillas, y sus largos dedos deslizándose entre sus cabellos, deshaciendo los rizos mojados y desparramándolos.

- Ya está –dijo él con tono aburrido-, ahora, a dormir. Estoy cansado. Me has dejado completamente exhausto con tus imprudencias.

Qué hacer, se preguntaba Alex una y otra vez; de hecho, la duda siguió atormentándola hasta que se quedó dormida junto a su marido en la cama del guardabosques.

Douglas se despertó sintiéndose muy caliente y excitado. Tenía el miembro duro, demasiado, y por un momento se sintió desorientado. Su deseo no había sido nunca tan violento, tan acuciante; era un deseo que le hostigaba, empujándole, haciéndole olvidar quién era, dónde estaba. Se dio cuenta de que la mejilla de Alexandra se apretaba contra su hombro desnudo, y la desnuda pierna derecha de su mujer descansaba sobre su vientre desnudo. A Alexandra se le había enrrollado la camisa de lino alrededor de la cintura y Douglas notaba el contacto de cada exquisito y femenino contacto de su piel. Ansiaba tocar sus pechos, sentir su textura, su suavidad. La vio de pie en su dormitorio, junto a su butaca, desnuda, con los brazos a los lados y los puños apretados en un alarde de resolución, y él, bueno, él humillándola hasta lo indecible.

No había estado bien por su parte. ¿Pero qué tendría que haber hecho? Tomar lo que ella le ofrecía habría significado admitir que cedía y que la aceptaba, que ella había ganado, que su maldito padre había ganado, ¿y todo porque ella se había desnudado mostrando su blanca piel y le había permitido mirarla? Ella se le había ofrecido.

Volvió a soltar una palabrota pero eso no le ayudó.

Le dolía el miembro; le dolía de verdad, de puro deseo. Bien, ¿por qué no? Prácticamente la tenía desnuda, apretada contra él. ¿Por qué no podía sentir lujuria? Era un hombre normal, ¿no? Se rindió. Nada de eso parecía importante ahora. Estaba oscuro, estaban solos, la lluvia azotaba con fuerza el único cristal y golpeaba sordamente el tejado. Felizmente, todo lo que era real, todo lo que era consciente, todo lo que importaba, todo lo que contaba a la hora de tomar decisiones y aceptar sus consecuencias, estaba muy lejos. Podía olvidarlo por un buen rato.

Se volvió suavemente hacia ella y le acarició los pechos. Ella gimió. El suave sonido le dejó paralizado, y luego hizo que el corazón le latiese frenéticamente. Quería penetrarla en ese mismo instante. Maldita sea, le dolía. Maldijo de nuevo, mientras la acariciaba con una mano, pero sólo un momento. Rápidamente le desabrochó la parte superior de la camisa. Se la quitó, empujando la camisa hasta la cintura. ¿Por qué no se despertaba? Apenas podía verla, pero sabía que sus pechos

eran magníficos. Quería tocarla, besarla, saborearla. No pensó, no tuvo en cuenta las consecuencias de cualquiera de sus acciones, simplemente bajó la cabeza y rodeó un pezón con los labios. Alex estaba muy caliente, tan increíblemente caliente y dulce que no podía resistirse. Douglas se hallaba en un estado lamentable, y lo sabía.

Levantó la cabeza un momento, y ella gimió una y otra vez, y su cabeza cayó a un lado. Douglas le besó la garganta, mientras sus dedos le acariciaban el pecho. Deseaba probar su boca. Quería que gimiese dentro de la suya, para llenarle de la pasión que despertaba en ella. Cuando su boca se cerró sobre la de Alexandra, de nuevo fue consciente del inmenso calor que despedía. Estaba muy caliente, caliente de pasión, caliente para él. Alexandra gimió de nuevo.

Douglas enloqueció, el cuerpo enfebrecido y el miembro erecto contra el muslo de Alexandra. ¿Por qué demonios no se despertaba?

- Déjame quitarte esta ridícula camisa. –Alex volvió a gemir y Douglas se detuvo, frunciendo el entrecejo. No podía ser, sólo gemiría si lo que él le hacía provocaba su deseo, ¿no?
- Alexandra –susurró, y suavemente le palmeó la mejilla. Calor.

Por un instante simplemente se negó a creerlo, pero Alexandra volvió a gemir, y se apartó de él. Dios mío, no gemía de deseo, no gemía para seducirle; gemía porque estaba abrasada en fiebre.

Se sintió como un animal; se sintió endemoniadamente culpable, y luego le entraron ganas de reírse de sí mismo por su engreimiento. Sacudió la cabeza, y al fin comprendió lo que ocurría. Alexandra estaba muy enferma. Douglas se recobró. Su lujuria se extinguió rápidamente. Recordó entonces a una multitud de hombres atacados por la fiebre después de una batalla. Habían muerto tantos. Demasiados. Pero al menos sabía qué hacer. Todavía llovía sin parar. No había forma de buscar un médico. Tendría que ocuparse él. Douglas se levantó al punto y entró en la estancia principal.

- Tom –susurró.
- Milord, ¿hay algún problema?
- Sí, su señoría está enferma. Te necesito para que le prepares alguna infusión de hierbas, y yo la bañaré con agua fría para hacerle bajar la fiebre. ¿Tienes por ahí alguna pócima especial que pueda servir?

Tom no tenía pócimas, pero tenía la excelente infusión de hierbas de su querida madre.

Cuando Douglas regresó al lado de Alexandra con una vela encendida en la mano, se dio cuenta de que mientras hablaba con Tom había estado completamente desnudo. Sacudió la cabeza, colocó la vela sobre la mesita de noche, y rápidamente se puso los pantalones de Tom. Con la palma de la mano le tocó las mejillas, después los hombros. Estaba empapada de sudor. Le quitó la húmeda camisa de lino. Unos instantes después Tom apareció con un balde de agua fría y un paño suave.

Douglas le estiró los brazos y las piernas. Empezó a lavarla metódicamente, con toques largos y uniformes desde la cara hasta los dedos de los pies. Cuando el frío y húmedo paño volvía a la cara, Alexandra intentaba apartarla, pero él la sujetaba y le decía:

- No, Alexandra, quieta. Estás enferma. Quieta.

Douglas sabía que no le oía. Le limpió la cara y mantuvo el paño frío durante unos instantes. Alexandra volvió la cara hacia su mano, intentando esconderla en el paño.

- Sí, estás caliente, ¿no? No, no pararé de hacerlo, lo prometo. Sé que te sentirás mejor. Sé que te estás abrasando. Créeme en esto, por lo menos. –El paño bajaba por la garganta hacia sus hombros. Levantó el paño y advirtió que estaba caliente. La fiebre era muy alta.

Suavemente lo llevó hacia su estómago. Una y otra vez le pasó el paño por el cuerpo. Intentó no mirarla, intentó no pensar en cómo se sentía mientras la miraba, intentó negar que tenía el miembro erecto, a pesar de que ella estaba enferma y no era excitación lo que sentía, a pesar de que ella no le desearía jamás aunque no estuviera enferma.

- Alexandra, escúchame. Estás enferma, pero yo haré que te pongas bien y pronto. ¿Me oyes? Basta ya de tonterías. Abre los ojos y mírame. ¡Maldita seas, abre los ojos!

Lo hizo, y clavó la vista en él, con la mirada clara.

- Hola –saludó- ¿Te duele la cabeza, Douglas?
- ¿A quién demonios le importa mi cabeza? ¿Cómo te sientes?
- Me duele.
- Lo sé. ¿Te sientes mejor así? –Le pasó el paño sobre los pechos y hacia el estómago.
- Oh, sí. –Alexandra cerró los ojos.

Douglas continuó hasta que Tom llamó a la puerta con el té especial de su madre.

Douglas la cubrió y la incorporó sobre las almohadas. Se sentó a su lado y la sostuvo con un brazo.

- Despierta, Alexandra. Quiero que te bebas este té. Es importante que tome líquidos o te deshidratarás y volverás a recaer. Vamos, abre la boca.

Alexandra obedeció. Se atragantó con el té y él lo tuvo que apartar para que respirase. Era paciente. Alexandra se bebió la taza entera. Entonces volvió a gemir. La dejó caer de espaldas y de nuevo volvió a pasarle el paño por el cuerpo.

Una hora más tarde, la fiebre había remitido. Alexandra empezó a temblar y a estremecerse de frío.

Douglas no vaciló. Se metió en la cama con ella y la atrajo hacia él. Entonces Alexandra se pegó a él, intentando acurrucarse en Douglas, apretando las piernas contra las suyas y hundiendo la cara bajo su brazo derecho. Douglas sonrió e intentó estirarle brazos y piernas. Pronto se puso a sudar, pero no se apartó de ella; la atrajo hacia sí, intentando cubrirle todo el cuerpo. Lo extraño era que, aunque ella estaba muy caliente, Douglas notaba el frío en su interior. “Es muy raro”, pensó Douglas, apoyando la mejilla en la coronilla de Alexandra. Por lo menos, el pelo ya estaba seco. Douglas era plenamente consciente de que Alexandra era responsabilidad suya, plenamente consciente de que le estaba acariciando la espalda.

Maldita sea.

Alexandra gimió débilmente, con la nariz apretada contra las costillas de Douglas, muy cerca del corazón. Éste sintió algo a la vez extraño e inesperado cuando su cálida respiración le acarició la piel como una pluma.

Douglas se levantó con la luz de un amanecer apagado y gris; aún llovía, pero cada vez menos. Ningún carruaje podría llegar hasta la puerta de la casa de Tom y él no podía arriesgarse a cargar con ella de nuevo hasta la carretera. Estaba demasiado enferma.

La obligó a tomar más té, con zalamerías y amenazas, hasta que vació la taza. Tom partió en dirección a la casa solariega a fin de pedir medicinas y ropas para ambos a la señora Peacham.

Douglas continuó sosteniéndola y pasándole un paño frío. La fiebre aumentaba y caía alternativamente en ciclos interminables que le daban sustos de muerte. Estaba tan aterrorizado que rezaba.

Esperaba que la señora Peacham volviera con Tom, pues ella se había ocupado de todos los Sherbrooke a lo largo de su vida, pero no fue así. Sólo Finkle, el que fuera su ordenanza y ayuda de cámara, llegó en compañía de Tom. Finkle, un hombre recio y atlético, apenas cumplidos los cuarenta y casi tan menudo como Alexandra, dijo sin preámbulos:

- El idota del doctor está en cama con una pierna rota. Yo le ayudaré, milord. He traído todo tipo de medicinas. Su señoría se pondrá bien en un santiamén.

Douglas cuidaba de ella, obligándola a beber té o a comer las espesas gachas de Tom, y bañándola. Hacia el final de uno de los días más largos de la vida de Douglas, supo que ella iba a vivir. Se había olvidado de su dolor de cabeza y se sorprendió al notar el bulto que le había salido sobre la oreja izquierda a causa del golpe sobre la roca.

Permaneció junto a la cama, contemplándola, sabiendo que la fiebre había desaparecido, sabiendo que, por poco que lo intentara ella, se pondría bien.

- No te atrevas a rendirte ahora –le advirtió-. Te daré una buena tunda si te atreves a rendirte.

Alexandra gimió suavemente y trató de volverse de lado. Douglas la ayudó, luego la arropó con las mantas para abrigarla.

- Se pondrá bien –aseguró Finkle con tono pragmático desde la puerta-. Tiene un coraje digno de un Sherbrooke.

Douglas fue hasta la puerta y la cerró silenciosamente tras él. Se volvió hacia su ayuda de cámara.

- No vuelvas a soltar otra de tus malditas impertinencias. Sólo es una Sherbrooke temporalmente, gracias a la astucia y al engaño, y el hecho de que esté enferma no la convierte en mi esposa.

Finkle, que llevaba al servicio de su señor once años, replicó:

- No piensa con claridad, milord. Ella vivirá gracias al buen Dios que mora en las alturas, y es usted quien la ha salvado. Una vez se ha salvado la vida de una persona, no se puede uno deshacer de la persona salvada como si fuera una bota vieja.

- Puedo hacer lo que quiera con esa maldita muchacha tramposa. ¿Tan rápidamente olvidas lo que hicieron ella, su padre y mi querido primo Tony?

- Su hermana, lady Melissande, dice que su señoría, la provisional que está ahí tumbada, nunca ha estado enferma. Dice que probablemente es una treta para ganarse su simpatía, de ahí que cree su deber venir a comprobarlo.

- Oh, Dios –exclamó Douglas, saltando rápidamente hacia la puerta, como si esperara que Melissande apareciera en cualquier instante.

- No ha venido, milord.

- ¿Cómo se lo has impedido?

- Le he dicho que si su señoría no estaba fingiendo la enfermedad, sería muy posible que le contagiara la fiebre, y que una fiebre estropea las facciones de una dama para el resto de su vida. Le he dicho que una fiebre siempre deja secuelas en la cara de una dama.

Douglas se quedó mirando pasmado a su ayuda de cámara.

- Dios mío, bien hecho.
- Lord Rathmore también se ha mostrado de acuerdo, hasta el punto de afirmar que él mismo había visto las marcas que producía la fiebre muchas veces. Pero luego ha dicho que eso no debía disuadirla. Ha alabado su generosidad. Y le ha preguntado con toda amabilidad si quería que él la trajera en el coche hasta aquí para ver a su hermana, para cuidarla ella misma si Alex estaba realmente enferma y no fingía. Lady Melissande ha pegado un chillido. Muy fuerte. Lord Rathmore se ha reído.
- Has hecho bien, Finkle, y también mi primo, el muy sinvergüenza. Bien, y ahora, puesto que soy el único que puede hacerlo, me vuelvo a cuidar a la muchacha. ¿Por qué no ha venido la señora Peacham contigo?
- Ella y Hollis decidieron que no era lo más correcto.
- ¡Ja! Lo ha decidido Hollis, él sólito, y tú lo sabes, por qué quiere que esa muchacha siga siendo condesa de Northcliffe. Creía que por lo menos él recordaría a quién debe su lealtad.

Finkle miró a su amo.

- Me decepciona, milord –declaró, y dejó a Douglas a solas.
- Bien, al diablo –dijo Douglas.

Unos minutos más tarde se hallaba bajo las mantas junto a Alexandra, sabiendo incluso antes de comprobarlo que volvía a estar fría; era un frío que surgía de su interior.

Supuso que ya era tarde en el momento en que ella se apretaba contra él, ambos desnudos y cálidos, y consideró la posibilidad de aceptarla. A ella le haría increíblemente feliz, no le cabía la menor duda. Después de todo, había intentado seducirle. Ella era una dama, una joven dama de impecable cuna y educación que, sin embargo, se había desnudado ante él. Bien, tal vez pudiera quedársela. Tal vez acabaría por adaptarse a ella tan bien como a cualquier otra joven dama. El buen Dios sabía que el padre de Alexandra se hincaría de rodillas y rezaría dando gracias al cielo. Todo el mundo estaría encantado, excepto él, tal vez. Ah, pero probablemente acabaría adaptándose a ella como a cualquier otra mujer.

Era una lástima que no fuera tan hermosa como Melissande.

Pero no había ninguna joven sobre la superficie de la tierra tan hermosa como Melissande.

No tenía sentido que intentara encontrar otra mujer que la igualara en belleza. Por otra parte, no tendría que vigilar a todo hombre que mirase a Alexandra buscando signos de fatal atracción. Ni tendría que preocuparse por si ella coqueteaba con los hombres que cayeran rendidos a sus pies. Frunció el ceño ante este pensamiento, ya que Melissande no se limitaba a coquetear; coqueteaba escandalosamente. Se deleitaba en el torrente de piropos que los hombres derramaban sobre su maravillosa cabeza. Se preguntó, por primera vez, si Tony odiaría el efecto que ella tenía sobre cualquier hombre viviente entre los diez y los ochenta años de edad que le ponía el ojo encima. Pensó si algún día se lo preguntaría a su primo.

Lo dudaba. Todavía quería matar a Tony.

Alexandra emitió un sollozo ahogado junto a él. Inconscientemente, Douglas le besó la frente y la atrajo hacia sí.

¿Qué hacer?

Tenía que meditarlo. Se imaginó el alivio, la alegría en el rostro de Alexandra cuando él le dijera que había decidido quedarse con ella.

¿Por qué no hacerla increíblemente feliz?

11

Se encontraba mucho mejor. Estaba viva de verdad, realmente viva.

Alexandra respiró hondo y al no sentir demasiado dolor se tranquilizó. Se sentía absurdamente débil, tan débil que, de hecho, cuando vio el vaso de agua sobre la mesita de noche, no tuvo fuerzas para cogerlo, pese a lo mucho que anhelaba beber.

Consiguió ponerse de lado y levantar el brazo hacia el vaso. Estaba a punto de echarse a llorar de frustración cuando la puerta del dormitorio se abrió y entró Douglas.

- Ya estás despierta. ¿Cómo te sientes?

Alexandra clavó la vista en el vaso, diciendo con voz ronca:

- Sedienta. Por favor, estoy sedienta.

Douglas acudió de inmediato. Se sentó a su lado, apoyó la cabeza de Alexandra contra su hombro, tomó el vaso, y se lo llevó a los labios con eficacia.

- ¿Por qué no me llamabas? No estaba tan lejos, apenas a unos metros.

Alexandra cerró los ojos de felicidad. El agua sabía maravillosamente bien. Douglas sólo le permitió un sorbo, pero a ella le bastó. Le costó tragarlo. Cuando hubo bebido casi la mitad del vaso, Douglas lo dejó en la mesita, pero siguió sosteniéndola.

- ¿Por qué no me has llamado? –repitió-. La casa de Tom no es tan grande, ¿sabes? Te habría oído.
- No se me ocurrió.
- ¿Por qué no? No te has curado sola. Te he estado cuidando yo y no lo he hecho nada mal. Lo recuerdas, ¿no?
- ¿Qué día es hoy?

Douglas frunció el entrecejo.

- Es miércoles, a primera hora de la tarde. Has estado muy enferma durante un día y medio. Gracias a mis cuidados te pondrás bien.
- ¿Y tu cabeza?
- Mi cabeza vuelve a estar llena de ínfulas una vez más.
- ¿Todavía estamos en casa de Tom O'Malley?
- Sí, y como te decía, deberías haberme llamado si necesitabas algo. Finkle ha vuelto a Northcliffe Hall para traer un coche. Pronto dormirás en tu propia cama.
- No llevo ropa.
- Lo sé.
- No me gusta. Tú estás vestido y yo no.
- ¿Quieres que te bañe y te ayude a vestirte? Es el viejo vestido que llevabas, pero al menos esta seco.
- Puedo hacerlo yo misma.
- Poniéndote antipática no te recuperarás antes. –Levantó la mano-. De acuerdo, cabezota. Debería darme cuenta de que no es antipatía. No, no me regañes. Tampoco es terquedad sino la sensibilidad de una doncella la que dirige cada una de tus palabras. Creo que simplemente debería envolverte en unas mantas y llevarte a la mansión de ese modo.

Una hora más tarde, el carruaje con el blasón del conde se detenía frente a Northcliffe Hall; la pareja de rucios resoplaba y piafaba a la cálida luz del sol de la tarde. El conde bajó del carruaje llevando a la condesa en brazos.

Douglas se detuvo en seco cuando oyó las sonoras exclamaciones del personal a su servicio. Miró fijamente a Hollis, que sonreía como un viejo zorro

astuto. Era el responsable de aquellas efusiones, a Douglas no le cabía duda. Se preguntó si Hollis habría pagado a los sirvientes para que le ofrecieran esta magnífica y entusiasta bienvenida al hogar. Le diría un par de cosas tan pronto como metiera a Alexandra en la cama.

Ella no dijo nada. Douglas se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados y de que estaba inerte, como un pañuelo sudado en sus brazos.

Bajó la cabeza y susurró:

- Todo va bien. Es natural que te sientas débil. Sólo unos minutos más y te habré acostado.
- ¿Por qué están tan efusivos los sirvientes?

"Porque Hollis les sobornó y les obligó a hacerlo."

- Están contentos porque estamos vivos y de vuelta en casa.

Alexandra volvió a guardar silencio. Douglas vio a Melissande al final de las escaleras, con un aspecto tan absolutamente delicioso que tuvo que tragar saliva convulsivamente. Sus encantadoras facciones habían palidecido y se retorcía las manos. En sus ojos extraordinarios brillaban lágrimas de preocupación, pero sin embargo no se acercó a su hermana.

- ¿Alex? ¿Estás bien? ¿De verdad?

Alexandra se despertó y levantó la cabeza del hombro de Douglas.

- Sí, Melissande, ahora me pondré bien del todo.
- Bien. –Tony apareció al lado de su esposa-. Finkle nos ha explicado que Douglas te ha estado cuidando mucho. No te dejó ni un solo instante.
- Tendría que haber sido yo quien te cuidara, Alex –declaró Melissande en alta voz- pero Tony no me lo permitió. No quería que me pusiera en peligro, pero, oh, yo quería. He rezado por ti.
- Es cierto –corroboró Tony-. De rodillas cada noche.
- Gracias. –Alexandra se volvió hacia el hombro de Douglas.
- No es nada contagioso, ¿verdad?
- No, Mellie, no es contagiosa. No te saldrá ninguna marca.
- ¡No me llames por ese horrible nombre!

Tony agarró a Melissande por sus magníficos cabellos negros y la obligó a echarse hacia atrás, en un gesto que recordaba a los mejores héroes de la señora Bradsley. A continuación la besó y siguió besándola hasta que ella se quedó inmóvil. Alzó la cabeza y sonrió a su mujer, después a Douglas, que parecía a punto de matarle.

Controlando las palpitaciones que los besos le habían producido, Tony dijo tranquilamente:

- Te he ahorrado un montón de disgustos, Douglas. Un año de éstos te darás cuenta. Melissande no tiene el carácter de enfermera devota. He descubierto que necesita una atención constante para sus diversas necesidades, que son múltiples y variadas. Créeme, Douglas.

Melissande emitió un grito sofocado y golpeó a su marido en el pecho con los puños.

Tony se rió y volvió a besarla con mayor fuerza.

- Era un cumplido, amor mío.
- A mí no me lo ha parecido. –La voz de Melissande estaba cargada de sospecha-. ¿Estás seguro?
- Tan cierto como que tengo el color de las crines de mi caballo.
- En ese caso, te perdono.
- Eso está muy bien, Mellie. Muy bien.

Douglas se encaminó con rabia contenida hacia el dormitorio de la condesa.

- Maldito sinvergüenza –masculló.
- Tony sabe cómo tratarla –comentó Alexandra sorprendida-. Es asombroso.

Douglas soltó unos cuantos juramentos muy expresivos.

- No entiendo por qué mi padre creía que ejercerías una buena influencia sobre Reginald. Será que no ha oído ese amplio y sucio vocabulario que utilizas.
- Veo que te sientes mucho mejor. Me alegro, ya que por cuidarte me he retrasado con los asuntos de mis propiedades. Confío en que guardarás cama un tiempo y me dejarás en paz.

Douglas notó el palo de escoba poniéndose rígido en la espalda de Alexandra y se arrepintió de sus precipitadas palabras, pero ya estaban dichas. Se las tenía bien merecidas. Era rígida e inflexible y le había herido en su amor propio al ponerle a la defensiva, cosa que le sorprendía e irritaba.

Alexandra no dijo nada. Una joven doncella llamada Tess atendería a las necesidades de su señoría.

- Además –continuó Douglas-, la señora Peacham sin duda te llenará de consejos y de pócimas, y toda clase de alimentos para enfermos. Trátala como mejor te parezca, pero no olvides que todo lo hace con buena intención.

Douglas la dejó sola. Alex durmió el resto de la mañana. La señora Peacham le llevó una magnífica bandeja de plata llena de media docena de platos diferentes con objeto de tentar a la enferma convaleciente.

- Su señoría ha ordenado que me quede con usted hasta que coma lo necesario –declaró la señora Peacham, sentándose en un sillón orejero que había cerca de la cama. Alexandra tuvo la sensación de que la mujer contaba cada uno de los mordiscos.
- ¿Dónde está su señoría?

La señora Peacham pareció azorada, pero sólo por un momento, luego asintió.

- Verá, milady, en realidad los caballeros estorban en el cuarto de un enfermo. Son un manojo de nervios, confusión y contradicciones.
- Él no se ha mostrado confundido en absoluto en casa de Tom. Se ha portado como un tirano, pero sabía lo que estaba haciendo.
- Bueno, vaya, aquello era muy diferente ¿no?
- Sí, supongo que lo era –convino Alexandra, y atacó un plato de patatas cocidas con guisantes que la señora Peacham destapó para ella. Se pasó la tarde sola. Ni su marido ni su hermana fueron a verla.

Se sintió muy desgraciada.

Cuando se durmió su sueño fue irregular. Tuvo un sueño muy parecido al que había tenido la otra vez. Una joven dama muy hermosa aparecía junto a ella; no se movía, sólo la miraba. Parecía flotar, una imagen etérea muy bella pero también aterrorizada. Era extraño. Quería hablar pero no podía; de algún modo Alexandra lo sabía. Quería advertirle sobre algo y Alex también lo sabía, aunque no sabía cómo podía saberlo. La dama se acercó a ella, se inclinó hasta tocarle la cara, luego retrocedió súbitamente casi hasta la puerta y extendió las manos en señal de súplica. Era muy raro. El sueño se repitió una y otra vez hasta que Alexandra se despertó al alba. Entonces escudriñó con la vista todos los rincones de su dormitorio, tan metida estaba aún en el sueño y tan real le había parecido. La habitación estaba vacía, naturalmente. Se dio cuenta de que necesitaba hacer sus necesidades. Extendió el brazo hacia la campanilla, consciente de que no podría esperar.

El orinal estaba detrás de un biombo a menos de cuatro metros de la cama. Sólo cuatro metros. No era una distancia excesiva.

Alex sacó las piernas por un lado de la cama. Al menos Tess le había ayudado a ponerse un camisón, así que no era necesario preocuparse por la bata que yacía sobre la silla, en dirección opuesta a la del orinal. Cerró los ojos un instante para borrar la imagen de Douglas limpiándole sus necesidades con ella completamente desnuda. Douglas había tenido tiempo de sobra para mirarla, desde luego, puesto que no había nadie para imperdírselo, nadie más que se ocupara de ella. Alexandra había oído murmurar sobre los hombres, que muchas veces eran víctimas de sus más bajos instintos, y que por eso las jóvenes damas debían tener mucho cuidado. Si ella no tomaba suficientes precauciones, sería culpa suya si el caballero se convertía en una bestia feroz. Ella había sido incapaz de precaución alguna y, evidentemente, Douglas se había aburrido de verla; ¿acaso no la había rechazado ya una vez?

Bien, entonces estaba enferma e indefensa, ahora no.

Se levantó y tuvo que agarrarse al cuello de un querubín de la columna de la cama. ¿Cómo podía sentirse tan débil todavía?

Dio un paso, tuvo éxito, entonces dio otro. Tres pasos más arrastrando los pies y tendría que soltar el querubín. El biombo que ocultaba el orinal parecía dos aldeas y una carretera de distancia.

Suspiró y soltó el querubín. Se quedó parada un momento, balanceándose, hasta que recuperó el equilibrio.

- Voy a conseguirlo –se dijo una y otra vez, con los ojos fijos en el biombo-. No voy a hacer el ridículo cayéndome al suelo.

Se tambaleó, se aferró al respaldo de una silla para no caer, pero el maldito mueble resbaló en el suelo encerado hasta dar contra el escritorio, donde el tintero salió volando y acabó derramando su negro contenido sobre la exquisita alfombra Aubusson. Dos libros golpearon el suelo sonoramente. Alexandra se sintió frustrada y furiosa, con ganas de chillar, pero se quedó inmóvil, mareada y débil, deseando matar a alguien. La persona que entró con aire atento por la puerta contigua constituía la víctima perfecta. Era Douglas, que se acercó a Alexandra atándose precipitadamente el cinturón del batín.

- ¿Qué es todo este jaleo? ¿Qué demonios estás haciendo fuera de la cama?

Alexandra deseó tener a mano un cañón. O un cuchillo. Incluso un arco y flechas.

- ¿Qué te parece que estoy haciendo? Estoy dando mi paseo matinal. ¿No es lo que hace todo el mundo al levantarse?
- Maldita sea, ¡me estás destrozando la casa!

Alexandra siguió con la vista la mirada de Douglas hasta el horrible riachuelo de tinta que rápidamente empapaba la alfombra, levantó la barbilla, y declaró:

- Sí, eso mismo. Odio Northcliffe Hall y estoy intentando destruirlo todo antes de irme. Y esto no es más que el principio.

Douglas, dándose cuenta de que Alexandra estaba a punto de caer de bruces, se aproximó rápidamente a ella y la cogió por los brazos para sujetarla.

- ¿Qué estás haciendo fuera de la cama?

A Alexandra le costaba creer que fuera tan obtuso.

- Bajaba a la cocina a buscar algo de leche caliente.
- ¡Absurdo! Si ni siquiera puedes moverte por tu habitación.
- Claro que puedo. Tengo una cita con la señora Peacham para cambiar las ropas de cama. Huelen a rancio.

- Alexandra, quiero que dejes esas tonterías y...
- ¡Maldita sea, por qué eres tan estúpido! ¡Tenía que hacer mis necesidades!
- Oh, bueno, eso es diferente.
- Vete. Te odio. Vete y déjame sola.

Douglas frunció el entrecejo. Todavía estaba decidido a seguir con su plan de aceptarla como esposa y ofrecerle así una felicidad indescriptible, pero ella no parecía estar de humor para ser la receptora de la dicha que se le ofrecía. Douglas la había dejado sola esa noche para que descansara, para que recupera sus fuerzas antes de convertirla en la mujer más feliz de la tierra. Y ahora ella se comportaba igual que una fiera, como si él fuera el mismísimo diablo, como si ella no sintiera nada por él. Él, que era su marido y la había cuidado con toda clase de mimos.

Era una majadera incomprensible.

Douglas la alzó en brazos y, cuando ella intentó zafarse, ordenó:

- Cállate y estate quieta. Voy a llevarte al orinal. No, mantén la maldita boca cerrada.
- Tendrá que salir.
- No hasta que no estés en la cama.

Alexandra obedeció porque dudaba que pudiera volver a la cama sin su ayuda. Tendría que haber avisado a Tess. Douglas la dejó tras el biombo. Alexandra hizo sus necesidades, aunque no fue fácil, con él al otro lado del biombo. Estaba tan cerca que podía oírlo todo. Esta idea la dejó casi paralizada.

Cuando por fin salió Alex de detrás del biombo, Douglas no hizo ningún comentario. Volvió a cogerla en brazos y no dijo nada, a Dios gracias, hasta que la depositó bajo las mantas de la cama.

- Ya está, no ha sido tan terrible, ¿no? Has tardado un buen rato, pero... ¿Crees que podrás volverte a dormir o querrás algo de láudano?
- Vete. –Alexandra lo miró con cara pensativa, consciente de no haberse portado bien, y dijo, con un tono de voz tan rígido como su espalda-: Gracias por ayudarme. Siento haberte despertado. Lamento haber tirado la silla y que haya chocado contra el escritorio y que el tintero cayera y que la tinta echara a perder esa bonita alfombra. Compraré otra. Tengo algo de dinero propio.
- ¿En serio? Me cuesta creerlo. Tu precioso padre no tiene ni un puñetero penique. Tanto Melissande como tú dejasteis vuestra casa sin dote alguna. Tú no tienes ni idea del acuerdo que hizo tu padre con Tony, ¿verdad? En realidad ni siquiera sabes si te voy a conceder algún tipo de asignación. Demonios, si te doy una asignación y tú tienes la amabilidad de comprar otra alfombra, la maldita alfombra la pagaré yo de todas formas.
- No, no lo harás. Tengo treinta libras. He estado ahorrando durante los últimos cuatro años.
- ¡Treinta libras! ¡Ja! Con eso sustituirías un orinal o dos, no una alfombra valiosa.
- Quizá podría limpiarse.

Douglas miró la alfombra manchada, con su exquisito dibujo negro como el hollín.

- Sí, y quizá uno de los ministros de Napoleón le lance un pastel a la cara.
- Todo es posible.
- Eres demasiado joven para darte cuenta de que sigue habiendo idiotas en este mundo. Vuelve a dormir. Eres absurdamente confiada y resulta sumamente irritante.

Así que iba a convertirla en una mujer feliz, pensó Douglas, de vuelta hacia su dormitorio. ¿Cómo podía ser tan rencorosa? ¿Qué demonios le pasaba? Él se había portado como un perfecto caballero, demonios, probablemente le había salvado la vida gracias a sus cuidados, ¿y era ésa la recompensa? Alexandra le odiaba. Le había dicho que la dejara sola. Había echado a perder una de las alfombras favoritas de su abuela.

Douglas se durmió con el amargo sabor de la rabia en la lengua.

El viernes por la mañana, Alexandra ordenó a Tess que la vistiera después de bañarse. Todavía se sentía algo débil, pero nada podría disuadirla. Era el momento de marcharse. La animaba una decisión plenamente justificada y esperaba mantenerla hasta que hubiera abandonado Northcliffe Hall.

Douglas la había rechazado. La había tratado como si no fuera más que un fastidioso mosquito, un estorbo asexuado.

Ella había echado a perder la preciosa alfombra de su abuela.

Él se había reído de sus treinta libras. No tenía ni idea de lo difícil que había sido acumular esas treinta libras, penique a penique, ir atesorándolos.

No sólo la rechazó cuando ella fue lo bastante estúpida como para intentar una desastrosa seducción, sino que la cuidó porque no tenía otra opción.

Estos pensamientos constituían una letanía. No podía olvidar nada. Estaba henchida de odio y resentimiento; era mejor sentir eso que el dolor destructivo que él le producía con su desinterés, con la repugnancia que ella parecía despertar en él.

Alex había fracasado por completo en su intento de ganárselo, de demostrarle que podía convenirle como esposa, que ella podía y quería amarle hasta la muerte. ¿Qué había querido decir con aquello de darle una asignación? Desechó la idea; no lo había dicho en serio.

Douglas seguía amando a Melissande. Todo el mundo sabía que aún quería a la esposa de su primo. Incluso hablaba de hacer picadillo a Tony en el campo del honor, aunque la cosa no hubiera pasado a mayores por el momento. Alexandra había oído a los sirvientes murmurando sobre el asunto. Ah, cómo debían de especular.

Douglas no volvió a acercarse a ella después de su escaramuza de la madrugada. Se alegraba. Su hermana la había visitado dos veces, y en ambas ocasiones había permanecido a unos tres metros y con cara delicadamente pálida y preocupada. En la segunda visita, Alexandra recordó a Tony besando a su hermana y dijo:

- Parece que te gusta que Tony te bese.

Ante su asombro, Melissande bajó la cabeza y musitó:

- A veces es de lo más abominable. No siempre lo puedo controlar. Es difícil saber qué va a hacer a continuación.

Control, ¡ja! Melissande había encontrado la horma de su zapato.

- ¡No le conoces, Alex! ¡No puedes imaginar lo que me hace!
- Explícamelo entonces.
- Así pues, el conde no se ha acostado contigo. Tony esperaba que lo hubiese hecho. Así todo sería muy legal y nosotros podríamos marcharnos a Londres.

- No, no sería legal en absoluto. Douglas dijo que era libre de hacerme cuanto quisiera y que, aun así, nuestro matrimonio podría ser anulado.
- Pero si te quedas embarazada...
- Douglas dijo que él podía evitarlo fácilmente.
- Oh. –Melissande frunció el entrecejo con fiereza-. Pero Tony insistió en que... –Se detuvo, y sus maravillosos ojos se convirtieron en dos rendijas menguando su belleza pero al mismo tiempo aumentando su atractivo.
- Pero ¿qué te hace Tony?

Melissande agitó una mano en señal de impaciencia.

- No es correcto que te lo explique. Tony es un loco e insiste en darme órdenes sobre cómo y cuándo hacer las cosas que realmente no debería hacer, pero el modo en que las hace, bueno... Sin embargo... –Una vez más se interrumpió.

Alexandra se preguntó si lo que había entre un marido y una mujer no sería tan deseable. No haría más preguntas. Melissande se marchó algo azorada, y Alexandra llegó a la conclusión de que sin duda Tony era el perfecto compañero para su hermana. Se preguntó cómo habría tratado Douglas a Melissande si se hubiera casado con él. Dudaba mucho que hubiese sido antipático con ella alguna vez.

No importaba. No tenía nada más que hacer allí. Se encontraba bien; no tenía intención de esperar a que Douglas se diera cuenta de que se había recuperado y darle la ocasión de que la devolviera personalmente a su padre. No se prestaría para esa última afrenta.

No se la merecía. Se merecía muchas cosas, pues también ella le había traicionado, pero no esa clase de humillaciones. Se iría por sus propios medios, sin ayuda de Douglas. Imaginó la cara de su padre cuando llegara a Claybourn Hall, sola, repudiada, casi anulada. Era una imagen espantosa, pero era mejor que la de Douglas cebándose con Alex, diciéndole a su padre delante de ella que no era adecuada, que no la quería, que nunca la querría. No quería pensar en lo que la pérdida del dinero del acuerdo matrimonial significaría para su padre. En cualquier caso, no había nada que hacer. Al menos ella lo había intentado.

Aguardó hasta que supo que Douglas había salido a cabalgar con su administrador, un tal Tuffs, y bajó las escaleras confiadamente. Se paró al oír a Tony hablando con Hollis.

- Ojalá Ryder no se hubiera marchado antes de que descubriéramos que Douglas y Alex habían desaparecido. Él intentaba ayudar a Douglas a recuperar el juicio.
- Estoy de acuerdo –respondió el mayestático Hollis-. Pero el señorito Ryder se ha ido y no queda nadie que pueda ayudar a su señoría, excepto usted, milord. ¿Ha dejado, ejem, de pedir sus tripas en una fuente?
- No. Diablos, estoy cansado de estar aquí, tratando de que Douglas comprenda que Melissande no es en absoluto el tipo de esposa que le conviene. ¡Maldito cabrón testarudo! ¿Por qué no se da cuenta de que tras esa hermosa fachada hay también una naturaleza caprichosa? Hollis, creo que ya es hora de que me lleve a mi esposa a Strawberry Hill.
- Según he observado, lady Melissande preferiría Londres, milord.
- En efecto, pero cambiará sus preferencias cuando llegue a comprender lo que yo deseo que ella quiera.

Si Alexandra consideraba antes extraño que un par del reino hablara a un mayordomo con semejante familiaridad, su breve estancia en Northcliffe Hall le había hecho cambiar de opinión.

- Quizá sería mejor que partiera, milord. Ah, pero el humor de su señoría es tan imprevisible. Estoy preocupado por milady.
- Yo también, Hollis. Pero su enfermedad en casa de O'Malley... No puedo evitarlo, pero creo que fue algo bueno. Douglas parecía afectado, y la cuidó personalmente. Fue una excelente idea la tuya de que nadie regresara con O'Malley a la cabaña.

Alexandra retrocedió un escalón. No quería oír nada más sobre las familiaridades y manipulaciones del servicio doméstico de Douglas. Temía que Tony intentara detenerla. O Hollis, si fuera el caso. O la señora Peacham. Se mordió el labio superior, tratando de decidirse.

Entonces se le ocurrió que nadie se atrevería a tocarla. Podían desvariar cuanto quisieran, pero ni siquiera Tony, un indolente y un gran sinvergüenza absolutamente leal a su primo –pese a haberse cobrado una pieza ajena furtivamente en las nupcias de Douglas- osaría encerrarla en una habitación, cosa que deberían hacer para que Alexandra permaneciera allí de buen grado.

En aquel momento todavía era la condesa de Northcliffe. Podía hacer lo que le placiera. Sólo Douglas podía detenerla y él no querría. Aun así, como no era completamente tonta, esperó a que Tony saliera con Melissande. Había oído como Melissande le decía a la señora Peacham, con excitación en su hermosa voz, que su marido la llevaba a Rye, una ciudad de increíble importancia histórica.

- Sí, Mellie –había dicho Tony afectuosamente, besándola en la sien-. Rye fue fundada en 1285 por Eduardo I, ¿sabes? Es preciosa y te besaré de nuevo en el paseo del acantilado.

A la una de la tarde del viernes, lady Alexandra, a punto de ser la condesa de Northcliffe repudiada, armada de una maleta y de sus treinta libras, traspasó con firmeza la puerta principal de la mansión.

Hollis se quedó inmóvil con la boca abierta, una vez vio cómo sus argumentos más convincentes caían en saco roto y no obtenían ningún efecto sobre su señoría.

La señora Peacham se retorcía la negra falda de bombasí.

El conde se hallaba cabalgando por el límite oriental de la propiedad Sherbrooke, inspeccionando las cabañas de dos arrendatarios que había sufrido grandes daños con la última tormenta. ¿Qué hacer?

Hollis lo intentó de nuevo.

- Por favor, milady, debe esperar. Todavía no está en condiciones de viajar. Por favor, espere hasta el regreso del conde.
- Si no me va a buscar un coche ahora mismo, me iré andando, Hollis.

Hollis sintió una gran tentación de dejarla partir a pie. No llegaría muy lejos antes de que el conde la capturara. ¡Maldito muchacho! Hollis no estaba seguro de que Douglas fuera tras ella. Lo hizo la primera vez, pero ¿lo haría ahora? ¿Por qué no se avenía a razones? Había estado malhumorado con todo el mundo desde su vuelta de la cabaña de O'Malley. Hollis no culpaba a la condesa.

Echó la culpa sobre las robustas espaldas del conde. Merecía ser azotado.

- De acuerdo, milady –concedió Hollis al fin, casi atragantándose con el amargo sabor de la derrota. Dio instrucciones a un lacayo para que fuera a buscar un coche de los establos y también le dio instrucciones de que mandara a uno de los mozos a buscar al conde-. ¡Haz que el mozo lo encuentre rápidamente, o me comeré sus orejas en mi estofado de cordero!

Diez minutos más tarde Alexandra estaba instalada en uno de los coches del conde; John Coachman tenía instrucciones de llevarla a su casa. Su única maleta descansaba en el asiento de enfrente. Se marchaba con lo que había traído.

La vida no era demasiado agradable.

Cuando al oír un grito surgido de otro carruaje, John Coachman detuvo súbitamente el tiro de caballos, Alexandra asomó la cabeza por la ventanilla para ver qué ocurría.

Se encontró cara a cara con una mujer mayor que tenía el aire de los Sherbrooke, una mujer que se limitó a observarla y se quedó tan boquiabierta como antes Hollis.

A su lado apareció una cara joven, una muchacha encantadora que dijo alegremente:

- ¿Vaya, eres la nueva esposa de Douglas? ¡Qué maravilla, claro que lo eres! Soy Sinjun, su hermana. ¡Esto es maravilloso! Tú eres Melis... ¡no, no, tú eres la otra hermana! Bienvenida a la familia Sherbrooke.

Alexandra elevó los ojos al cielo. Su suerte, que hasta hacía un momento parecía aumentar, volvía a caer en picado y pronto rodaría por el polvo.

La otra mujer, sin duda la que estaba a punto de ser la ex suegra de Alexandra, inspiró con alarmante sonoridad y comentó:

- No entiendo qué haces aquí. No deberías visitar a los arrendatarios porque no es tu responsabilidad. No vales nada comparada con tu hermana, por lo que me han dicho. No eres nada del otro mundo. Mi hijo nunca te hubiera elegido.

Alexandra acusó el golpe, pero explicó con calma:

- Ciertamente, tiene razón en eso. Su hijo no me quiere. No voy a visitar a los arrendatarios. Me voy de aquí. No, no diga nada. Estoy encantada de concederle el placer de mi partida.

Estaba a punto de decirle a John Coachman que continuara, cuando la puerta del otro coche se abrió y la jovencita saltó al suelo:

- ¡Déjame viajar contigo!

Alexandra cerró los ojos, apretó los dientes hasta que le dolió la mandíbula, y lanzó una de las maldiciones más fantásticas y expresivas de Douglas.

- ¡Joan, vuelve aquí inmediatamente! –exclamó la otra mujer-. ¡La muchacha se va, déjala ir!

La chica no le hizo caso, abrió de golpe la puerta del coche y se metió dentro, eufórica. Alexandra se encontró cara a cara con la que pronto dejaría de ser su cuñada.

- ¿Adonde vamos? –preguntó Sinjun con una sonrisa radiante en el rostro.

12

Alexandra miró fijamente a su cuñada.

- Sal, por favor. Ya has oído lo que he dicho... No voy a visitar a los arrendatarios ni nada que se le parezca. Abandono Northcliffe y no tengo la intención de volver nunca más.

Sinjun la miró con la plácida expresión de una monja.

- Iré contigo, naturalmente. A mí me da igual. Por favor, no me hagas salir. Ahora soy tu hermana política y no soy una mala persona, de verdad, y...

- No creo que seas una mala persona, pero voy a dejar a tu hermano, tal como es evidente que desea tu madre, tal como desea tu hermano, tal como, sin duda, desean las criadas. No quiero ser responsable de ti. Cielos, ¡ni siquiera te conozco, ni tú a mí! Ocúpate de tus asuntos. ¿Tendrás la amabilidad de bajarte del coche?

Sinjun halló esta coyuntura muy interesante. Así que éste era el matrimonio en vías de formación. Era mucho más absorbente que cualquiera de las tragedias griegas que había leído a la luz de una vela y a medianoche en la biblioteca de Douglas. Se parecía más a las obras del teatro de la Restauración de Dryden y de Wycherley. Aunque ella no comprendía todos los parlamentos de esas obras, entendía lo suficiente para reírse como una tonta para no decirle a Douglas que las había leído. Tenía el presentimiento de que a Douglas no le iba a gustar del todo.

- ¿Por qué dejas a Douglas?

- Por favor, sal.

En lugar de obedecer, Sinjun hizo un gesto al otro cochero y el coche siguió adelante. La suegra de Alexandra siguió mirando por la ventanilla, con una mezcla de confusión y esperanza pintada en el rostro. No intentó detener el coche.

- Ahora no hay otra opción, a menos que quiera que vuelva caminando. No, no creo que quieras. Debes hablar conmigo.

Simplemente era demasiado. Alexandra sacudió la cabeza y, cogiendo su maleta, saltó al suelo. Miró a la aterrada y sencilla cara de John Coachman.

- Llévela a casa, por favor.

- No puedo –se lamentó el cochero-, su señoría alimentaría a los cerdos con mis tripas. ¡No puedo! Por favor, milady, no me pida que haga eso. No puedo abandonarla. ¡Eso significaría que me cortaría la garganta y me arrancaría la piel a tiras!

- No creía que el conde fuera tan cruel e injusto. No me importa. Ya no es mi problema. En verdad, me trae sin cuidado lo que le haga. Quédese o vuelva a Northcliffe. Seré la única que se marche. –Se dio media vuelta y echó a andar. La maleta era más pesada de lo que creía. Se las apañaría. No quería parar, pero tampoco permitiría que se encorvase la espalda por el peso.

Sinjun apareció enseguida a su lado, canturreando por lo bajo como si no tuviese una sola preocupación en el mundo, como si hubieran salido a dar un paseo por la tarde sin otro propósito que la contemplación de distintas variedades de mariposas. El coche las seguía a unos metros de distancia.

- Esto es absurdo. –Alexandra sentía tal frustración que estaba a punto de ponerse a chillar. Se volvió hacia Sinjun-. ¿Por qué me haces esto? No te he hecho nada que yo sepa. Como te he dicho antes, ni siquiera te conozco.

Sinjun ladeó la cabeza y replicó:

- Eres mi hermana. Nunca he tenido una hermana, sólo tres hermanos, y puedo decirte que no es lo mismo. Douglas, obviamente, te ha trastornado. A veces

es algo autoritario, quizá incluso intransigente y severo. Pero se porta bien. No hubiera azotado a John Coachman, créeme.

- Se porta bien contigo, pero yo no soy absolutamente nada para él. Vete ya.

- Oh, no. No te dejaré. Douglas también echaría mis tripas a los cerdos. Tiene ideas muy claras sobre cómo proteger a las damas. Es un poco anticuado, sin embargo, él es el cabeza de la familia Sherbrooke y se toma sus responsabilidades muy en serio. Somos un montón, ¿sabes?

- No se toma en serio este matrimonio. Vete.

- Oí que no te esperaba, pero no presté demasiada atención. Tony nunca le hubiera dado gato por liebre, no sé si sabes lo que quiero decir. No he visto nunca a Melissande, pero todo el mundo dice que es la criatura más hermosa del sur de Inglaterra, quizá también del oeste. Pero me imagino que Douglas se habría convertido rápidamente en un cascarrabias si Tony le hubiera casado con ella en lugar de casarse él mismo. No prentendo con esto insultar a tu hermana, pero Douglas no aguantaría a una mujer que se sabe que es maravillosa y que espera que todo el mundo reconozca su belleza a cada momento. Tony hizo lo correcto, aunque espero que sepa lo que está haciendo. Pero lo que yo no entiendo es por qué...

Alexandra la detuvo. Habló claro y tranquilamente:

- Ahora escúchame a mí. Tu hermano no me quiere. Quiere a mi hermana. La ama. Su malhumor no tiene que ver con nada de todo esto. No le importa que ella sepa que es bella. Está dispuesto a alabar sus cejas durante los próximos cincuenta años. Quire matar a Tony. Es amargamente desgraciado. Me voy para que no sea él quien me devuelva a mi padre y me deje en el umbral de Claybourn Hall como un paquete no deseado. ¿No harías tú lo mismo, Sinjun? ¿No querrías escapar de tal humillación?

Su cuñada le había llamado Sinjun, y sin ninguna vacilación. Sinjun sonrió.

- Sólo tengo quince años y no entiendo muy bien lo que está pasando. Pero estoy de acuerdo contigo. La humillación no es nada buena. ¿Estás segura de que Douglas te humillaría así? No me lo imagino haciendo eso. No es un hombre cruel.

- No lo sería contigo.

Sinjun sólo sacudió la cabeza.

- Douglas me azotó en el trasero con una vara de abedul el año pasado. Él creyó que me lo merecía pero, naturalmente, yo discrepé de corazón. Ni siquiera recuerdo lo que hice. ¿No es extraño? Escúchame ahora, no puedo dejarte sola. Estoy a decidida a ir contigo. ¿Puedo llamarte Alexandra? ¿Tal vez incluso Alex? Es un apodo de hombre, como el mío. ¿Tienes algo de dinero?

Necesitaremos dinero, ¿sabes?

Alexandra examinó a la muchacha con frustrado asombro. Los Sherbrooke eran una familia que escapaba a su comprensión y experiencia. Acabó asintiendo sin darse cuenta. Había oído hablar de los maremotos, pero hasta entonces nunca había imaginado que podría experimentar los efectos de uno sin estar cerca del mar.

- Bien, madre nunca me da dinero, excepto por Navidad, e incluso entonces tengo que justificar cada chelín, cada penique, incluso lo que me gasto en su regalo. Y ella siempre critica mis elecciones. Fíjate, la Navidad pasada cosí a mano media docena de pañuelos para Douglas y ella dijo que el lino había costado demasiado y que mis puntadas estaban torcidas y que había que tirarlos. Naturalmente, Douglas no los tiró. Dijo que le gustaban. Él los usa. Ahora que lo pienso fue humillante. Quizá sólo pueda entenderlo un poco. Me gustaría ser tratada como una persona sensata, y no que me palmearan la cabeza como a un perrillo faldero tonto.

- Sí –respondió Alexandra.

Sinjun se frotó las manos.

- Soy más alta que tú y más grande, así que no creo que pueda ponerme ninguna de las prendas de tu maleta, pero quizá podamos comprar algo más para el camino de vuelta a tu casa. ¿Hasta dónde iremos? A varios días de distancia, espero. Estoy impaciente por tener alguna aventura. Sí, será divertido, ya verás. Quizá tropecemos incluso con salteadores de caminos. ¡Qué romántico será! ¿No estás de acuerdo?

Fue entonces cuando Alexandra empezó a darse cuenta de que una candorosa niña de quince años la tenía atrapada y bien atrapada.

- Me gustaría tanto pasear y disfrutar de la naturaleza –continuó Sinjun, cambiando de tema-, también sé muchas historias interesantes y así pasará el tiempo. Si te aburro, me lo dices y me callo.

Alexandra, desconcertada y derrotada, sólo pudo asentir.

- Douglas siempre me manda callar, igual que Ryder. A Tysen, que quiere ser vicario, le gustaría decir las mismas cosas, pero teme los fuegos del infierno si expresa lo que realmente piensa. El camino de la rectitud tal como él lo entiende a veces resulta extremadamente enojoso, pero Douglas dice que debemos ser pacientes, porque Tysen es joven y todavía no tiene las ideas claras. Según él todavía tiene el campanario lleno de sandeces. Tysen también se cree enamorado de una chica que me da grima de tan horriblemente buena como es y de tanto como presume de decente. Ryder se ríe de Tysen y dice que ella tiene dos nombres, ¡Melinda Beatrice!, lo que es nauseabundo, y que es tonta y tiene el pecho plano.

Alexandra se rindió. Miró a la entusiasta muchacha de rostro dulce que tenía al lado. Se giró e hizo una señal a John Coachman con la mano.

- ¿Qué estás haciendo, Alexandra?
- Irme a casa –dijo ella-. Nos vamos a casa.
- Oh, cielos. ¿No hay aventura entonces? Qué decepción. Quizá algún día en el futuro tú y yo podamos ir a recoger conchas marinas. Es un buen deporte. Vamos, entonces déjame ayudarte a subir al coche.

Tuvieron que pasar otros cinco minutos más para que Alexandra advirtiera una mueca de autocomplacencia en el rostro de Sinjun. La miró pestañeando, y sintió escalofríos al comprenderlo todo por fin. Aquella jovencita la había engañado deliberadamente. Candorosa, ¡ja! Alexandra se sintió una perfecta idiota. Dios mío, ¿qué maligna fuerza la había arrojado en medio de aquella abominable familia?

Engatusada por una chiquilla de quince años que parecía tan inocente como una monja. Era humillante, más que caer de un caballo y aterrizar sobre el trasero.

Douglas aguardaba en el último escalón de Northcliffe Hall, con los brazos en jarras. Vio el carruaje acercarse dibujando un amplio arco y se detuvo a menos de dos metros de él. John Coachman tenía un aire triunfal. El alivio se reflejaba en su sonrisa. Douglas estaba contento de haber envíado a su madre al interior de la mansión con órdenes de permanecer allí. La impresión inicial que había tenido ella de Alexandra no había sido prometedora. Douglas suspiró, rumiando su rabia. Tenía a Tysen al lado, contándole lo que había hecho Sinjun, lo insolente que había sido, y pidiendo que la castigara, pero Douglas había sonreído, sabiendo que más bien tendría que darle las gracias a su hermana.

Conocía a Sinjun. Había estado en lo cierto. Sinjun había devuelto a su esposa errante de vuelta a casa, y con muy poca pérdida de tiempo. Tendría que haber nacido varón; habría sido un excelente general.

Cuando la puerta del coche se abrió y Sinjun saltó fuera, Douglas no se movió. Miró más allá. Finalmente, salió Alexandra con la cabeza baja y los hombros encorvados. Parecía derrotada y eso lo enfureció aún más.

- Veo que has vuelto –observó él, frío como un pez en el hielo.
- Sí –replicó Alexandra sin mirarle-. No quería, pero parece ser que ni siquiera puedo con la más joven de los Sherbrooke.

Alexandra trataba de sostener la maleta y eso le enfureció más todavía. Aún estaba convaleciente de su enfermedad, encima había intentado abandonarle otra vez, ¡y además cargaba con esa maldita maleta!

- Los Sherbrooke son competentes en su mayoría.
- ¿Puedo irme ahora, milord? –Mientras hablaba, levantó la cabeza y lo miró directamente a la cara-. Quiero irme. ¿Tengo el augusto permiso de su señoría?
- No. –Douglas dio unas zancadas hacia ella y le arrancó la maleta de las manos-. Ven conmigo.

Alex no se movió. Douglas era consciente de que todos los sirvientes de los Sherbrooke eran ávidos espectadores del vergonzoso melodrama que les estaban ofreciendo y de que estaban proporcionándoles sustanciosos chismorreos para muchas noches de invierno futuras.

Se acercó a ella y susurró.

- Estoy harto de tus imprudencias. Actúas sin pensar, eres temeraria, y no lo toleraré más. Ahora vendrás conmigo y por Dios, ¡deja de comportarte como si fuera a golpearte!

Alexandra cuadró los hombros y caminó junto a él hacia la casa.

Su suegra se hallaba en el vestíbulo, dispuesta a lanzarle sus invectivas. Alexandra se detuvo. Ella no quería todo aquello. Miró al otro hombre, y supuso que debía ser Tysen, el hermano más joven, el que estaba enamorado de la chica con dos nombres y con el pecho plano. Sinjun no estaba a la vista, pero Alex sabía que estaba observando. Ningún Sherbrooke se perdería un espectáculo tan prometedor.

Douglas se giró cuando ella se detuvo.

- ¿Qué pasa ahora?
- ¿Cuándo me vas a devolver a mi padre?
- ¿Qué diablos significa eso?
- Sabes muy bien que no quieres que permanezca aquí. Me fui sencillamente para no malgastar tu valioso tiempo y para ahorrarme una nueva humillación. Si me permitieras marchar, no tendrías que verme nunca más. –Se detuvo y la amargura se apoderó de su voz-. Supongo que prefieres devolverme tú mismo, ¿no? ¿Te dará placer humillarme aún más? ¿Explicarle a mi padre que soy gravemente deficiente y que quieres que se te devuelva todo el dinero?
- ¡Baja la voz, maldita sea!
- ¿Por qué? ¡Tu madre me quiere aquí tanto como a la peste! Mis palabras deben producirle regocijo.
- ¡Cállate!
- ¡No me quedaré callada! Ya no te reconozco como marido. No te obedeceré.
- ¡Estás en mi casa! Soy el amo aquí, nadie más. ¡Harás exactamente lo que yo diga y basta! Basta ya de disparates, señora.

Y Alexandra, de maneras afables y carácter tranquilo y reflexivo, arremetió contra su marido y le golpeó el pecho con los puños.

Douglas le permitió golpearle simplemente porque se quedó paralizado por la sorpresa. Alexandra estaba ruborizada y tenía los ojos dilatados. Muy suavemente Douglas le cogió las manos y se las apartó.

- Basta ya, Alexandra, basta. Ahora tú y yo tenemos que hablar.
- No –dijo ella.
- Douglas creía firmemente en el valor de la razón y la calma. Se ejercitaba en su autocontrol. También estaba acostumbrado a ser el amo de su casa, no fanfarroneaba al decirlo, porque era la pura verdad. No era ni un déspota ni un salvaje. Pero su palabra era ley y sus opiniones las únicas que contaban. Sin embargo, aquella maldita mujer osaba oponerse a él. Era exasperante e intolerable. No sabía qué hacer. En el ejército, cualquier soldado recalcitrante que se hubiese encarado con él habría sido azotado o confinado al cuartel. Pero ¿qué hacía un hombre cuando su esposa le desobedecía delante de todos los criados, su madre, su hermano y su hermana? ¿Y si ella le golpeaba?
- No –repitió Alexandra.
- Déjala marchar –intervino la condesa viuda de Northcliffe-. Ella quiere irse, Douglas, déjala.

Douglas le lanzó una mirada que a la condesa le resultó nueva por completo.

- Madre, preferiría que te estuvieras callada.

Su madre emitió un grito ahogado.

Douglas hizo caso omiso y volvió a girarse hacia su esposa.

- Si no vienes conmigo ahora, te cargaré al hombro y te llevaré a cuestas.

Como amenaza, era específica y precisa. Sin embargo, Alexandra pensó que Douglas no querría montar más escenas para deleite de los criados. No, era demasiado orgulloso para hacer algo tan indecoroso. Se volvió sobre sus talones y caminó hacia la puerta principal, la cabeza alta, el palo de escoba firmemente asentado en su lugar.

En ese momento Sinjun pegó un chillido, un grito sobrenatural que atrajo la atención de todo el mundo hacia ella, incluyendo la de Alexandra.

Sinjun daba saltos de un lado a otro, enronqueciendo de tanto gritar.

- Maldición, Sinjun –exclamó Douglas-. ¡Cállate!
- Una rata, Douglas, ¡una rata enorme, terrible y peluda! ¡Mira, hacia allí! ¡Va directa a Alexandra! Oh, Dios mío, no puedo creerlo ¡va a treparle por la falda!

Alexandra se recogió las faldas y corrió hacia la habitación más próxima, el Salón Dorado. Cerró la puerta de golpe, se detuvo en medio de la habitación, y rápidamente se dio cuenta de que no había ningún roedor; sinjun se la había vuelto a jugar. Ella le había impedido abandonar a Douglas, quizá había impedido que Douglas la humillase más aún... pero era bastante posible que Douglas la hubiera dejado marchar. Cuando la puerta se abrió, Alexandra no se giró. Cuando la puerta se cerró y ella oyó el sonido de la llave dando vueltas en la cerradura, tampoco se giró.

- Tu hermana es un peligro –dijo ella.
- Si te portas bien, te salvarás de una buena paliza. Si lo haces, entonces podrás agradecer a Sinjun que te haya salvado.

Alexandra caminó lentamente hacia un sofá y se sentó. Cruzó las manos sobre le regazo y permaneció inmóvil.

- ¿Quieres un vaso de vino? ¿Coñac? ¿Ratafía?

Alexandra negó con la cabeza. Douglas estaba de pie frente a ella, con los brazos cruzados sobre el pecho.

- ¿Cómo te sientes?

Eso le sorprendió y Alex levantó la vista.

- Estoy bien, gracias. Lo bastante bien como para viajar de vuelta a Claybourn Hall. Yo sola, sin su noble presencia.
- Lo dudo.

- Bien, aunque me cayera muerta en una zanja, el resultado sería el mismo, ¿no?
- No, en absoluto. No deseo anular mi acuerdo con su padre.

Alexandra se levantó y extendió la mano.

- Dame la llave de la puerta. He sido una loca al permanecer aquí durante tanto tiempo, soportando hacer el ridículo y tus insultos. Me equivoqué al creer que al final acabarías aceptándome, que te darías cuenta de que iba a ser una buena esposa para ti. Me equivoqué en lo que creía sentir... no importa. He acabado por despreciarte, casi tanto como tú me desprecias a mí. No quiero permanecer aquí ni un minuto más. Dame la maldita llave.

Douglas se pasó los dedos por los cabellos y soltó un juramento.

- No quería que las cosas ocurrieran así. Lo que quería hacer era hablarte, no luchar contigo, ni insultarte o hacer que me insultases. Tú no me desprecias, seguro que no lo dices en serio. Yo tampoco te desprecio. Nunca tuve la más mínima intención de devolverte a tu padre deshonrada.
- No te creo.
- Por favor, siéntate.
- Dame la llave y me iré.

Douglas cerró las manos alrededor de su cintura y la levantó. La acercó a una silla y la sentó. Permaneció de pie frente a ella, bloqueándole toda escapatoria.

- Ahora me escucharás. No sé cómo hemos llegado a esta situación. Creía que eras más razonable, más...
- ¿Sumisa?, ¿maleable?, ¿estúpida?
- ¡Maldición, estáte callada! Ninguna de esas cosas. Eres absurda, quieres sacarme de quicio. –Douglas empezó a pasearse de un lado a otro frente a la silla. Alex le observaba sin comprender y dudando de si quería comprender o no.

Douglas se detuvo al fin, se inclinó sobre ella y se cogió a los brazos de la silla con el rostro a escasos centímetros de ella.

- De acuerdo, simplemente te explicaré lo que había decidido hacer, lo que de hecho decidí mientras estábamos en la casa de Tom O'Malley.

Alexandra miró alrededor como si hablara con la pared.

Douglas se incorporó y la miró desde su impresionante estatura.

- He decidido conservarte como esposa. No haré que se anule este matrimonio. Tu padre puede quedarse con el maldito dinero del acuerdo. Supongo que me sirves tan bien como cualquier otra mujer. Tenías razón; serás una buena esposa. Eres de noble cuna y has tenido una excelente educación, o al menos deberías haberla tenido. Si me quedo contigo, no tendré que viajar a Londres para encontrar una candidata adecuada y cortejarla hasta que acabe enfermo de aburrimiento. Tony tenía razón en eso, maldita sea su estampa traidora. Por supuesto, no eres exactamente lo que yo deseaba. Debes aprender a modelar tu maldita lengua. Se me antoja que puedo ayudarte a perfeccionar tus modales y tu conducta respecto a mí. No hay ninguna razón para que actúes irracionalmente. Ahora eres mi esposa, te reconozco como tal, ahora eres la condesa de Northcliffe.

Le sonrió.

Alexandra se levantó muy lentamente. Douglas retrocedió, sonriéndole todavía, evidentemente impaciente por que ella se lanzase sobre su pecho viril, llorando de alivio y bendiciéndole por su maravillosa nobleza, y por que le besara las manos y le jurara devoción eterna y sumisión.

Alexandra se volvió, muy lentamente cogió una mesita de marquetería de una sola pata que había junto a la silla, la levantó sobre su cabeza y le atacó con ella.

Douglas la miró con incredulidad y se apartó; la mesa se estrelló sobre sus hombros, no sobre su cabeza. Se le escapó la llave de la mano, que cayó al suelo.

Ella la recogió y corrió hacia la puerta. Douglas sacudió la cabeza, furioso, perplejo, algo desorientado. Fue rápido, pero no lo suficiente. Alexandra alcanzó el otro lado de la puerta en un santiamén, se la cerró en los morros en ese mismo instante, y cuando Douglas echó la mano al pomo, oyó el sonido de la llave en la cerradura. Lo había encerrado.

Douglas se quedó mirando la puerta.

Aquella maldita mujer le había encerrado en el salón dorado. La puerta era antigua y hermosa, sólida y gruesa. Se habrían necesitado cinco hombres al menos para abrirla a golpes.

Douglas había sido soldado. Era fuerte, astuto, había perdido muy pocas peleas. Maldita sea, incluso hablaba francés y español con fluidez. Y aun así aquella mujer le había pillado desprevenido. Era demasiado.

Se rindió y exclamó:

- ¡Abre esta maldita puerta! ¡Alexandra, abre la puerta!

Oyó ruido de golpes al otro lado de la puerta y un rumor de voces, pero ningún sonido de llave en la cerradura.

- ¡Abre la puerta!

Finalmente oyó la voz de Hollis elevándose sobre el estrépito y diciendo con firmeza:

- Un momento, milord. Su, ejem, su señoría ha arrojado la llave a algún lugar bajo las escaleras, creemos, y en estos momentos estamos buscándola.
- ¡Detenla, Hollis! ¡No la dejes marchar!
- No debe inquietarse, milord. Lady Sinjun la ha..., en fin, detenido mientras hablamos.

Simplemente era demasiado. Douglas permaneció allí como un imbécil, sin añadir palabra, inmóvil, indefenso, incapaz de hacer nada en absoluto. La puerta se abrió. Douglas se abrió paso entre la multitud apretujada de sirvientes y familiares. El tío Albert y la tía Mildred habían aparecido de repente. Todo el mundo gritaba y parloteaba en una algarabía confusa que le zumbó en los oídos.

Miró en dirección a su hermana, que estaba sentada a horcajadas sobre Alexandra, manteniéndola tumbada y con los brazos extendidos sobre la cabeza en el suelo de mármol italiano blanco y negro.

Douglas sacudió la cabeza. Northcliffe Hall había tardado menos en sumirse en el caos que un ejército en perder una batalla. Echó la cabeza hacia atrás y se rió.

- Dios mío –dijo una voz familiar, lenta y cansina, desde la puerta principal-. Oye, Douglas, ¿qué diablos está ocurriendo aquí? ¿Qué está haciendo Sinjun sentada encima de Alex? ¿De dónde ha salido toda esta gente? Creo que están casi todos los Sherbrooke desde Londres a Cornualles.

Tony y Melissande entraron en el vestíbulo y rápidamente se unieron al alboroto.

13

Teniendo en cuenta el alboroto de la mañana, el grupo de personas que se había congregado en torno a la mesa del comedor para almorzar estaba asombrosamente relajado. Hollis ocupaba su puesto, tan imperturbable como un obispo, dirigiendo discretamente a los dos lacayos que servían. Ni Harry ni Barnaby decían una palabra. Parecía que andaban pisando huevos. Douglas estaba sentado en la cabecera de la larga mesa de caoba, y Alexandra, inmóvil como una estatua, estaba a su derecha, colocada allí por la amable insistencia de Hollis. La condesa viuda de Northcliffe se sentaba al otro extremo de la mesa.

"Ah –pensó Douglas-, qué condenado lío."

Se metió un trozo de fino jamón en la boca y lo masticó con aire pensativo. Su madre se había instalado rápidamente antes de que llegara Alexandra, que se había retrasado. En cuanto a Douglas, no se había dado cuenta hasta que era demasiado tarde. No dijo nada. No más molestias, no más escenas, al menos por el momento. No quería imaginar siquiera lo que diría su madre cuando se le informara de que ya no sería la señora de Northcliffe y de que la silla que ocupaba al otro lado de la mesa ya no era suya. En aquel momento, su madre parecía absolutamente satisfecha de sí misma, y eso le preocupaba. ¿Acaso disfrutaba con la penosa situación provocada por su esposa? ¿Creía su madre que él echaría a Alexandra de Northcliffe? ¿Creía que podría seguir siendo la señora aunque Alexandra se quedara?

Naturalmente, Alexandra parecía haber olvidado por completo sus deberes como señora de la casa, la muy majadera, así como el hecho de que la viuda estaba sentada en su lugar, que le correspondía por derecho. ¿Qué hacer?

Douglas dirigió una mirada de profundo disgusto a la cabizbaja Alexandra. Le había ofrecido la tierra y la luna, y a él mismo como marido, y ella le había rehuido como un maldito murciélago, después de golpearlo con una mesa de marquetería y encerrarlo en el salón dorado. Debería haberse mostrado agradecida, más alegre que unas pascuas, debería haberle dado las gracias por su generoso espíritu, por su misericordia, pues la traición de Alexandra había sido tan grave como la de su padre y la de Tony. Realmente no tenía sentido, sobre todo después del modo en que se había comportado. ¿Acaso no se había desnudado y se le había ofrecido para hacerle olvidar la anulación? Por otra parte, tal vez él no la hubiera tratado demasiado bien. La había rechazado, con firmeza y con bastante frialdad. Pero no, eso ya no tenía la más mínima importancia. Él la había salvado, cuidándola con esmero mientras estaba enferma. Sacudió la cabeza. Todo aquello pertenecía al pasado, tanto lo bueno como lo malo. Lo que importaba ahora era que finalmente él había decidido aceptarla.

La diversión de ver a su hermana sentada sobre Alexandra, sosteniéndole ambos brazos sobre la cabeza en el vestíbulo, se había extinguido rápidamente. Alexandra estaba furiosa, con la cara sofocada, pero Sinjun era más fuerte y no le dejaba moverse. Douglas la miraba mientras soltaba una súbita carcajada, sí, la miraba. Ahora ya no creía que le quedara ni una sola fibra de buen humor en el cuerpo.

Todos estaban muy serios. Su esposa todavía se estaba recuperando de su enfermedad y, sin embargo, lo que comía no bastaba ni para mantener viva su pierna izquierda. Douglas deseaba decirle que comiera más, que tenía que recuperar fuerzas, cuando la imaginó de nuevo aplastándole la maldita mesa sobre la cabeza. Ciertamente había tenido la fuerza suficiente para ganarle la partida. Suspiró mientras miraba a Melissande y la veía tan hermosa que hacía que la

habitación y todos los que en ella se hallaban se volvieran insignificantes. Douglas masticó sumido en sus pensamientos, deprimiéndose cada vez más.

Por fin, Sinjun rompió el silencio al decir alegremente:

- ¡Bien! ¿No es agradable? Todos aquí, juntos, y somos un montón. Estoy muy contenta de conocerte, Melissande. Ya que somos parientes, espero que no me consideres demasiado informal.

Melissande levantó su hermoso rostro, echó un vistazo con escaso interés a la vehemente jovencita que se sentaba frente a ella, y le dedicó un delicado saludo de cabeza diciendo:

- No, en absoluto.
- Llámale Mellie, Sinjun –sugirió Tony-. Querida, Sinjun es mi prima favorita.
- ¡Soy tu única prima, Tony!
- Oh, no, tengo tres primas solteronas, todas ellas con dientes prominentes, que viven con veinte gatos y me tejen unas zapatillas todas las Navidades.
- Bien, gracias –dijo Sinjun-. Mellie. Me gusta el nombre.

Para sorpresa de Alexandra, su hermana sonrió y dijo:

- Por lo que sé, a Alex no la habían tirado nunca por los suelos ni se le habían sentado encima. Todavía me cuesta creerlo. Eres muy decidida.

La sorpresa de Alexandra aumentó cuando Sinjun, por vez primera desde que Alexandra la conocía, ¿cuánto hacía de eso, dos horas?, mantuvo la boca cerrada y bajó la cabeza después de lanzar a Alexandra una mirada de culpabilidad.

En aquel momento tía Mildred, una vieja dama de metálicos cabellos grises, delgada como un palo y con unos ojos muy penetrantes, dijo con voz engolada:

- No estoy acostumbrada a todo esto, Douglas. –Y él supo que la tranquilidad en el comedo había llegado a su fin. Mentalmente se preparó para la ofensiva de la tía Mildred y ésta no le defraudó.
- Tu tío y yo traemos un mensaje del marqués de Dacre informándote de la inminente visita de su querida hija, Juliette, quien, como sabes, es hermosa y de un temperamento dulce y tiene una dote fabulosa, y nos encontramos con esta persona en el suelo y a todo el mundo gritando y farfullando. Por cierto, Juliette llegará mañana. Estoy segura de que jamás en la vida ha estado ni un solo instante tendida en el suelo, sobre todo con alguien sentado sobre ella. Has provocado el caos, Douglas. Descubrimos que ya te has casado por poderes con ella. Se nos dice que Tony se casó con la otra, con la chica con que originalmente querías casarte, no la que está sentada junto a ti. Esto es más que extraño, Douglas. Y todo esto sin decirnos una palabra. Quizá sea el desagradable presagio de que corres peligro de llegar a ser como tu abuelo.

El tío Albert se aclaró la garganta.

- Ejem, Mildred se refiere al padre de tu padre, Douglas, no al querido padre de tu madre. El otro padre murió estando de caza, si puedes recordarlo, en el setenta y nueve.
- Todos nosotros hemos oído hablar de Charles, el de los pájaros en la cabeza –intervino Tony-. ¿Pero no se volvió el zorro contra su caballo de caza y lo asustó tanto que el viejo conde cayó derrivado y se rompió el cuello?
- Por supuesto que no, Tony –protestó tío Albert-. El caballo no estaba atemorizado en absoluto. Sólo fue mala suerte, eso es todo. Sin duda Charles estaba pensando en sus químicas y realmente no prestaba atención. Y no seas tan irrespetuoso, muchacho, que no va contigo.

La tía Mildred se volvió entonces hacia su cónyuge con implacable presteza.

- Tal vez un accidente de caza fue lo que le mató finalmente, Albert, pero había perdido el juicio mucho antes. Sus ideas del decoro realmente eran de lo más

inaceptable; ¡me refiero a eso de que siempre andara acompañado de tres loros que hablaban!, y sus experimentos en el ala este hacían que por toda la casa flotaran los más nauseabundos olores y que a todo el mundo le lloraran los ojos.

- Douglas estaba fascinado. Todos ellos habían crecido con las historias sobre su excéntrico abuelo. Entonces recordó la terrible noticia que había dejado caer su tía. Gimió para sus adentros y preguntó con una calma ominosa:

- ¿Dices, tía Mildred, que la hija del marqués de Dacre va a venir aquí?

- Ciertamente. Tu tío y yo la hemos invitado. Ya era hora de que alguien tomara la iniciativa de arreglar esta deplorable situación. No te has comportado como debías, Douglas. Sin embargo, tu última hazaña va más allá de lo que incluso yo puedo solucionar. Te has casado con ella y no con esta adorable muchacha que está casada con Tony, y ahora la querida Juliette también va a venir. Es un enredo completamente absurdo. Yo no tengo la culpa de todo esto. Tendrás que ser tú quien se ocupe de arreglar las cosas.

¿Y cómo, se dijo Douglas, iba a conseguirlo?

La tía Mildred se recostó en la silla de nuevo y contempló su estofado de ternera con una terrible pesadumbre.

La condesa viuda de Northcliffe intervino entonces con voz clara y potente.

- Estoy de acuerdo contigo, Mildred. Todo esto es angustioso. Sin embargo, Douglas no tiene la culpa. La tienen Tony y esa chica. Tony se quedó con Melissande y a Douglas le dejó ésta, ésta...

- Madre –dijo Douglas, inclinándose hacia delante, en un susurro y con calma absoluta-, modera tus palabras. Yo soy el amo aquí y yo seré quien decida lo que ha de hacerse.

- Ah. –Sinjun sonrió a su hermano-. Ésa es la cuestión, ¿no?

Douglas se rindió. No tenía control sobre nadie, ni siquiera sobre su hermana de quince años.

- Lady Melissande –prosiguió la viuda más moderada tras unos instantes-, ¿le apetece un poco más de tarta de manzana? Es deliciosa, una de las especialidades de la cocinera.

Melissande negó con la cabeza y preguntó a su marido en voz baja:

- ¿Quién es esa Juliette?

- Ah, amor mío, su belleza sólo palidece ante la tuya. Pero sólo es la segunda, te lo juro.

Oh, Dios, pensó Douglas, justo lo que necesitaba, dos exquisitos diamantes brillando en su casa, poniendo cachondos a todos los hombres que se les acercaban y haciéndoles perder a la vez el seso y el don de la palabra.

- Bien –terció la tía Mildred-, no hay forma de impedir su llegada, a menos que la rapte un salteador de caminos.

- Ah, ésa es una idea. –Tony sonrió a Douglas, que miraba a Alexandra-. ¿Qué dices, Tysen? Has estado muy callado. ¿Te gustaría cortejar a esta Juliette?

- Oh, no –terció Sinjun-. Tysen está enamorado de Melinda Beatrice, pero lo superará muy pronto. –Entonces Sinjun hizo el ademán de rezar porque así fuera.

Tysen parecía dispuesto a abofetear a su hermana. Se contuvo, diciendo con toda la seriedad de un juez a punto de dictar una sentencia de muerte:

- Pronto volverá a Oxford para completar mis estudios de teología. Esa Juliette, en efecto, parece encantadora, pero no puedo quedarme. Lo siento, Tony.

Con estas palabras se interrumpió la conversación.

Douglas miró a Alexandra.

Comprendió que su esposa a todos los efectos estaba lejos de allí. Se había encerrado en sí misma. Oh, seguía sentada en la silla, pero su chispa se había extinguido. Parecía pálida, fría y abatida.

Douglas no pudo soportarlo. Arrojó la servilleta sobre el plato y empujó su silla hacia atrás.

- Alexandra, hazme el favor de acompañarme a la biblioteca.

Douglas había aprendido la lección. En lugar de salir simplemente del comedor, dando por sentado que ella le seguiría al instante, permaneció junto a su silla, esperando. Ella lo miró y suspiró. No más escenas, pensó, consciente de que todos los comensales, así como Hollis y los dos lacayos, contenían la respiración, esperando ver qué nuevo ultraje cometería.

- De acuerdo, milord –concedió ella, y permitió a Harry que le retirase la silla. Incluso colocó la mano en el brazo que le ofrecía Douglas.
- Excusadnos –dijo Douglas-. Por favor, continuad. Tony, esfuérzate en mantener la conversación. Y no me pongas más verde lo que me has puesto ya.
- Explicaré una anécdota de nuestra juventud disipada. –Tony clavó la mirada en Alexandra.
- Oh, sí, hazlo –rogó Sinjun-. Recuerdo que la de Douglas y Ryder ha sido muy disipada.
- Pobre Douglas –dijo la condesa viuda con voz penetrante, en el momento en que Douglas y Alexandra estaban a punto de salir del comedor-. ¿Qué hará con ésa? Has sido un chico travieso, Tony, para cargarle una pieza semejante y guardarte esta maravillosa joya para ti.

Para sorpresa de Douglas, fue Melissande la que replicó.

- Alexandra es mi hermana, señora. Le ruego que no hable de ella de esa forma tan desagradable.
- Humm –resopló la condesa viuda.
- Bien hecho, cariño –la felicitó Tony muy cerca de la pequeña oreja de su mujer, que era hermosa y perfecta.
- Sí –dijo Melissande-, suponía que lo aprobarías.
- Vas aprendiendo –comentó él-. Quizá algún día llegará a ser un hábito en ti. No tendrás que pensar en mi reacción antes de actuar.

Alexandra no dijo nada. Cruzó el vestíbulo del brazo de Douglas, mirando por el rabillo del ojo el lugar en que había sido ignominiosamente zancadilleada por Sinjun y montada a horcajadas sobre el suelo de mármol.

Se sintió desnuda, expuesta y completamente sola. Se sintió derrotada. Fue un alivio alejarse de toda aquella gente espantosa, pero ahora estaba con Douglas, la única persona en el mundo que realmente podía acabar de aplastarla.

Douglas la llevó a la biblioteca, cerró la puerta y echó la llave, pero esta vez se la ofreció a ella.

- Para ahorrarme un nuevo ataque físico –dijo-, aunque no veo muebles por aquí que pudieras utilizar para otro ataque. Ni siquiera tú podrías levantar ese orejero. En cuanto a ese cojín, no te dejes engañar por su falta de volumen. Pesa más que tú.

Alexandra sacudió la cabeza, se apartó rápidamente de él, y permaneció detrás del sofá, que era de piel marrón oscuro y uno de los favoritos de Douglas.

Douglas deseó que ella dijera algo, pero no lo hizo. Arrojó la llave sobre el escritorio. Respiró hondo y le lanzó una de sus miradas militares.

- Está bien, Alexandra, ha llegado la hora de que dejemos claras unas cuantas cosas.

Ella le miró; su expresión no delataba pensamiento o sentimiento algunos.

Douglas frunció el ceño.

- Me has convertido en el hazmerreír de todos. No me complace especialmente. Sin embargo, a lo hecho, pecho. Incluso estoy dispuesto a admitir que yo he tenido parte de culpa en lo ocurrido. ¿Tienes algo que decir en cuanto a ti?

- Tu familia me ha convertido en el hazmerreír de todos. No me complace especialmente. Lo ocurrido no debería haber sucedido pero hecho está. Además, diría que tú tienes la mayor parte de culpa. Eso es todo lo que tengo que decir.

- Tienes razón, hasta cierto punto. No han obrado correctamente. No permitiré que vuelva a ocurrir nada parecido en el futuro. Ahora volvamos a ti y a tu conducta.

Alexandra se lo quedó mirando, muda de asombro.

- Yo de ti, tampoco diría nada. Una disculpa sonaría sospechosa, por cuanto tu conducta ha sido la de una loca, la de una marimacho irreflexica e irresponsable, indigna del título de condesa. –Douglas se detuvo. Se merecía la diatriba, sin lugar a dudas, pero no ganaría nada con ella, sobre todo después de las andanadas que le habían lanzado en el comedor. Sí, dada la probable tendencia de su carácter en aquel momento, era muy posible que a Alexandra le diera por intentar tirarle el sofá a la cabeza. Moderó su tono-. Bueno, como decía, a lo hecho, pecho. –Le dedicó una radiante sonrisa-. Ahora debemos mirar hacia el futuro.

- ¿Qué futuro?

- Eso es lo que quiero discutir.

- No puedo tener mucha esperanza en el futuro. Tu madre está angustiada porque te has casado conmigo. También es obvio que ella idolatraría a Melissande como nuera. Pero como Melissande ya no entra en la subasta, todavía le queda esa tal Juliette quien, a pesar de no ser más que la segunda en belleza después de Melissande, sigue manteniendo una alta consideración en cuanto a sus encantos. En lo que a mí se refiere, parece ser que me he salido por el otro lado de la escala. Tu madre nunca me aceptará. No me apetece tener que soportar tus humillaciones y después sus groserías.

- Imagino que mi madre mira a Melissande y no ve ningún desafío a su autoridad –declaró Douglas sin pensar-. Tú, sin embargo, estás hecha de un material más duro y no podría contar con que te pasaras la vida comprando vestidos, planeando fiestas y bailes. No, tú probablemente querrás llevar la casa por ti misma. –Se interrumpió, sorprendido y horrorizado por lo que había salido de su boca.

Alexandra se dio cuenta de que Douglas estaba contrariado y dijo:

- Tenga cuidado, milord, o podría tomármelo como un cumplido, sea cual fuere su intención.

- No he querido decir eso. Sin duda Melissande sabría cumplir con sus deberes.

Alexandra podría haberle dicho que si a Melissande le enseñaran un roto en una sábana, no sabría que hacer con él, pero se lo calló.

- A Melissande también le gusta pintar a la acuarela. En realidad tiene mucho talento. Mientras que yo soy perfectamente capaz de supervisar el zurcido de las sábanas, ella deja esos trabajos tan prosaicos a quienes no tienen su talento.

Douglas no supo qué contestar.

- No obstante, sé cantar. No soy Madame Belle Orzinski, pero me han dicho que tengo una bonita voz. Además, se me dan bien las flores y plantas de cualquier clase. Los jardines de Northcliffe se hallan en un estado lamentable.

- ¿Intentas convencerme de que serías una buena esposa, Alexandra? –preguntó Douglas con absoluta calma, con los ojos negros y brillantes-. ¿Pretendes alardear de todas tus buenas cualidades? –A Douglas le satisfizo ver que ella palidecía, inconsciente sin duda de lo que había dicho hasta que él se lo señaló.
- No –replicó Alexandra-. Ya no quiero ser su esposa. Quiero irme a mi casa. No puede obligarme a permancer aquí, milord.
- Te aseguro que puedo obligarte a hacer lo que me dé la gana. Te convendría no olvidarlo.

En lugar de lanzarle maldiciones, Alexandra respiró profunda y tranquilamente. Ella era una persona de conducta e ideas moderadas, una persona que sabía dominarse, tenía un carácter afable y se lo iba a demonstrar, a él y a sí misma. No le atacaría.

- Has dicho que querías hablarme. ¿Sobre qué?

Bien hecho, pensó Douglas complacido.

- Tienes un roto en la manga derecha. Será de haberme lanzado la mesa de marquetería, o de tener a Sinjun sentada encima y con los brazos sujetos sobre la cabeza.
- Si consigo engatusarte, ¿me comprarás un vestido nuevo?
- Probablemente.
- ¡No quiero nada de ti! Me lo echarías en cara sin cesar siempre que tuviera la mala suerte de disgustarte, lo que ocurriría a cada momento.
- Una lástima, porque me tienes a mí y a todos mis malos hábitos. También tienes a todos mis malditos parientes, que poseen la sensibilidad de una cabra, y más de dos docenas de sirvientes entrometidos que van con el lote. No, no me lances incentivas. Tu calma es reconfortante, aunque inusual. Bien, te he dicho que no pienso anular el matrimonio. Te he dicho que te acepto como esposa. No he cambiado de opinión. Bien, ¿tienes algo que decir?
- Eres obstinado.
- No más que tú.

Ahí Douglas se había apuntado un tanto. Alexandra se sentó, se estiró y levantó los brazos para descansar sobre el sofá. Cruzó las piernas y balanceó un pie. Parecía divertida.

- Ahora te entiendo. Haces esto para evitar un escándalo.
- No, pero ése es un buen motivo. Habría un escándalo, sumamente enojoso, con toda probabilidad. Pero ésa no es la razón. Creo que, una vez hayas recuperado tu afable carácter, podremos llevarnos razonablemente bien.

Él le daba lo que ella había deseado durante los últimos tres años, lo que ella había querido tan desesperadamente que incluso había intentado seducirle. Se había desnudado para ofrecerse a él. Y Douglas la había rechazado y la había insultado.

Ahora ella levaba un vestido que tenía un desgarrón en la manga derecha y él le decía que no pensaba anular el matrimonio. No acababa de comprenderlo. Por otra parte, ¿qué otras alternativas reales le quedaban? ¿No era eso precisamente lo que deseaba más que nada en el mundo?

Alexandra alzó la vista.

- De acuerdo –dijo.

Douglas sonrió. Sintió un gran alivio interior. No había advertido que estuviera tan tenso, no se había dado cuenta de que tuviera tanta aprensión a lo que Alexandra le fuera a contestar.

- Eres muy diferente cuando sonríes.
- Supongo que no has tenido muchas ocasiones de verme de buen humor.

- No. Supongo que tú tampoco has tenido ocasión de observar la placidez de mi conducta.
- No.
- ¿Qué piensas hacer ahora? –preguntó ella.

Douglas ladeó la cabeza.

- ¿Qué quieres decir? ¿Quieres ir a montar a caballo? Ahora que Sinjun está aquí, tendrás que pedirle permiso para montar a *Fanny*. Te compraré otra montura. Tal vez puedas ir conmigo. Hay una caballeriza en Branderleigh Farm que vende yeguas de muy buena raza.
- No, sobre esa Juliette...
- Ah, el diamante de repuesto.
- ¡Sí! Que te traeran aquí para que lo examines. ¡No puedo soportarlo, Douglas! –Alexandra se puso en pie y empezó a pasear de un lado a otro-. No puedo soportar más comparaciones, de verdad. Esa Juliette, ¡por Dios, tiene el nombre de una obra de Shakespeare!, llegará y todos tus parientes la mirarán a ella y a Melissande, y después a mí, y mostrarán su disgusto por lo que ha pasado. No se privarán de airearlo. No puedo soportarlo, Douglas.
- No, no será agradable para ninguno de nosotros. Déjame pensar en ello. Ahora que sé que no harás la maleta y te irás, podré concentrarme en resolver este problema en particular. ¿De acuerdo?

Ella asintión en silencio.

- No intentarás escapar otra vez, ¿verdad?
- No. Dudo mucho que pudiera burlar a tu hermana.
- ¿Me lo demostrarás dándome las treinta libras?
- No, nunca.
- Así que no confías en mí. Está bien, parece ser que primero tendré que confiar yo en ti. ¿No tienes hambre? No has comido nada. ¿Preferirás tumbarte un rato y descansar? Puedo asegurarte que no te molestarán.
- Sí –contestó Alexandra con evidente desesperación en la voz-. Sí, me gustaría.

Douglas le echó una larga mirada, pero no dijo nada.

14

Eran las once de la noche. Alexandra estaba sentada en su cama, recostada sobre tres gruesas almohadas y mirando las ascuas que se consumían en la chimenea. La habitación estaba en sombras, había una sóla luz que procedía de un candelabro de cinco bujías a su derecha.

¿La visitaría esta noche?

La obra de Moliere, *El misántropo*, descansaba boca abajo sobre su regazo. Acababa de leer la línea que decía: “Las mujeres como yo no son para alguien como tú.” Y no se la podía quitar de la cabeza. La leía una y otra vez. Pobre Douglas, no sólo había perdido el primer diamante, sino también el segundo. Alexandra se preguntó qué gema podía aspirar a ser. Tal vez un topacio, pensó, sí, un topacio, que era sólo una piedra semipreciosa y no valía mucho, pero que aun así era agradable de contemplar. Desde luego era un tipo de piedra sólida y firme con la que se podía contar. Cogió el libro de nuevo y pasó una página, obligándose a reiniciar la lectura.

¿La visitaría esta noche?

Una sombra cayó sobre la blanca página del libro y Alexandra se sobresaltó. Douglas se hallaba de pie junto a la cama, vestido con un batín de grueso brocado, de un intenso tono azul con hilos de oro entrelazados. Estaba descalzo. Alexandra alzó la vista y se encontró con sus ojos negros como la noche.

- ¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó.

Douglas le sonrió y le cogió el libro de las manos.

- Ah, *El misántropo*. Y en inglés, desgraciadamente. ¿No lees en francés? Es mucho más divertida en francés, créeme.
- Tal vez –dijo ella-, pero conozco bien la obra y me gusta mucho, incluso en inglés.

Douglas hojeó unas cuantas páginas, luego leyó:

- “Sólo el engaño prospera hoy en día...” ¿Qué opinas de eso, Alexandra?

Ah, sí, su engaño, el engaño de Tony. Douglas no lo olvidaría nunca, jamás.

- Creo que es poco amable por tu parte seleccionar ese pasaja en particular cuando hay tantos otro para elegir –respondió Alexandra con voz apagada.
- Estaba pensando en mi hermana, en realidad, y en todas sus maquinaciones. Recordaba esos chillidos que ha dado sobre una rata grande y peluda que te trepaba por la falda, y riendo mientras te tenía sujeta contra el suelo. Te he echado de menos durante la cena.
- No puedo imaginarme por qué.
- Ha sido bastante aburrido, si te digo la verdad. Como tú, el objetivo, no estabas allí con ellos, todos mis parientes han comido más de lo que les conviene y han hablado del tiempo. Aun así, he tenido que jugar al *whist* como pareja de tía Mildred. ¿Sabes jugar?
- Sí.
- Entonces serás mi pareja la próxima vez. No puedes continuar escondiéndote aquí. ¿Juegas tan bien cómo tu hermana?
- Sí.

Douglas reflexionó unos instantes.

- Pensándolo bien, me parece que su juego no es tan sutil. ¿Será que es tan hermosa que uno olvida las cartas que tiene y las estrategias que ha tramado?
- Tus estrategias permanecerían intactas conmigo.
- Posiblemente. Realmente debo insistir, Alexandra. Como señora de Northcliffe Hall, es tu responsabilidad atender a mi familia y a mis invitados.

Ella le miró inexpresivamente y citó:

- “Soy inteligente, hermosa, amablemente cortés; tengo la cintura estrecha, y los dientes fuertes y blancos.”

Douglas se echó a reír.

- Sí, es una frase de la obra, la recuerdo bien. Pero tú no necesitas sacar a relucir esas cualidades en particular, querida mía, ya que están a la vista de todos. ¿Podemos devolver a Moliere a su estantería? Bien. –Douglas se volvió para contemplar la chimenea-. ¿No esperabas que viniera esta noche?
- No estaba segura.
- ¿Querías que viniera?

En aquel instante, Alexandra se sentía tan feliz como una persona que tuviera que abrir la puerta de su casa a la peste.

- No lo sé. Estoy muy preocupada por todo esto.
- ¿Por qué? ¿Por lo que te voy a enseñar?
- Sí.
- Qué extraño. No esperaría ni un ápice de preocupación de la mujer que entró en mi dormitorio no hace mucho y se quitó el camisón y se colocó entre mis piernas. De hecho, esta vez me he apresurado a venir yo porque he pensado que podrías repetir tu actuación. Se supone que es el marido el que tiene que acudir a su mujer en la noche de bodas y no al revés. Y ésta es nuestra noche de bodas. ¿Habrías venido corriendo a mi habitación, dispuesta a hacer conmigo lo que se te antojara? En serio, Alexandra, no creía que tuvieras un solo ápice de modestia en un cuerpo tan adorable. ¿Preocupación? ¿Temes que te golpee?
- No, temía que me mirases de nuevo y no me desearas.

La boca de Douglas se cerró de golpe. Por Dios, ojalá en el futuro fuera un poco más discreta. Su sinceridad resultaba horrible; esperaba que aprendiera a guardársela para ella sola.

- Bien, soy tu marido. Ésta la última vez que te digo que he aceptado este matrimonio. Y ahora este matrimonio, si ha de ser un auténtico matrimonio, debe ser consumado.

Alexandra sintió un escalofrío de deseo y miedo a la vez. Douglas no parecía especialmente contento de hallarse en su dormitorio. Daba la impresión de que estaba cumpliendo con una penosa tarea.

- Nunca estoy segura de lo que harás. Eres imprevisible. Pero no creo que realmente quieras estar aquí, conmigo.

Douglas agitó una mano.

- Soy perfectamente capaz de gozar contigo. Desde esta noche no seré impredecible cuando se trate de acostarme contigo. Te das cuenta de que debo estar aquí, ¿no? ¿Sabes algo sobre la consumación? ¿Sabes qué vamos a hacer? –Douglas seguía de pie junto a ella, alto y fuerte, mirándola desde su imponente altura-. ¿Lo sabes?
- Sé que admiras mis senos. Me lo dijiste. Supongo que no mentías.
- “Senos” es una palabra de mujer. Lo que tú tienes, Alexandra, son pechos. Unos grandes pechos, lo bastante grandes para desbordar las manos de un hombre. Sí, me gustan tus pechos. Son maravillosos. Sin duda tendrán leche más que suficiente para dar de mamar a mi hijo. Y hasta que llegue mi hijo, bueno, me amamantarán a mí.
- ¿Amamantarte a ti? Tú no eres ningún bebé.

Douglas apretó un poco los dientes.

- Tendré que enseñarte. Bien, ¿sabes lo que va a pasar? Te lo pregunto, Alexandra, porque eres virgen, y no tengo ningún deseo de escandalizarte o repugnarte.
- ¿Por qué ibas a hacerlo? Me haces enfadar, Douglas, pero nunca me has parecido repulsivo, salvo cuando no moderas tu lenguaje.
- Tal vez te repugne mi cuerpo. Soy moreno, velludo y grande. He oído que en ocasiones las jóvenes damas de alcurnia sienten repulsión por el cuerpo masculino.
- Oh, no.
- Vaya, ésta es una extraña conversación. –Douglas frunció el entrecejo con los ojos puestos en la chimenea-. Acabémosla. ¿Consumación, Alexandra?
- Sé un poco. Le pregunté a Melissande, pero ella... –Alexandra se detuvo cuando oyó la súbita pero fuerte inspiración de Douglas. Sintió una punzada de dolor, profunda e intensa. Douglas había imaginado a Melissande haciendo el amor con Tony y eso le había perturbado. Pero ¿qué otra cosa podía esperar?
- ¿Qué te dijo?

Douglas intentaba minimizar la importancia de su reacción, eso debía reconocerlo.

- No me explicó gran cosa. Dijo que no era apropiado, se ruborizó y balbuceó, y yo me quedé sin saber qué pensar.

Douglas se arrancó un hilo dorado suelto que colgaba de una de sus mangas.

- Es bien sabido que Tony es un amante excelente.
- ¿Bien sabido entre quiénes?
- Primero entre las señoras, pero luego ellas se lo cuentan a otros amantes y a sus maridos, y los caballeros se enteran así de quién entre ellos goza de éxito.
- Por tanto, ¿cuánto mejor es el amante, más mujeres desea? ¿No importa si está casado o no? ¿O si ella lo está?

Douglas frunció el entrecejo. Así funcionaban las cosas, pero no podía explicarle eso a ella.

- Lo supongo –se limitó a decir.
- ¿Qué es un amante excelente? ¿Un hombre amable? ¿Un hombre muy educado? ¿Un hombre que besa muy bien?
- Todas esas cosas y muchas más.
- Yo diría que todas esas cosas y muchas más requieren cierta práctica y un buen caudal de experiencia.
- Las requieren. Tony tiene años de ambas.
- ¿Y tú?
- Yo tambíen.
- ¿Y Ryder?

Douglas se echó a reír.

- Probablemente mi hermano es un amante excelente de nacimiento. No tiene más que aparecer, para que las damas y las mujeres que no son damas se desmayen, coqueteen y sonrían afectadamente. Sin embargo, suele perder el control en el momento de mayor placer.
- ¿Qué quieres decir?
- No importa. Más tarde. Quizá cuando sepas un poco más sobre las cosas que vas a hacer.
- ¿También tú eres considerado un excelente amante?
- Eso creo. Nunca he sido un cerdo egoísta y siempre procuro dar placer a la mujer.

- Tal como lo cuenta, no parece que te resulte muy agradable si tienes que estar pendiente de tantas cosas.

- El sexo es siempre muy placentero para el hombre, independientemente de las circunstancias. Es una ley de la naturaleza cuyo objetivo es la supervivencia de la especie. La mujer no necesita el placer, ya que ella únicamente es la receptora de la semilla del hombre, y por ello no tiene que desempeñar un papel activo. La naturaleza le privó de ello. Es una lástima, pero un hombre, si es un amante excelente, puede vencer el descuido de la naturaleza. Yo disfruto venciéndolo.

- ¿Aunque no sientas nada especial por la mujer en concreto?

- No suelo tener relaciones sexuales con mujeres por las que no sienta nada especial. Excepto en raras ocasiones.

Bien, ella había preguntado y él le había dicho la verdad, con cierta brutalidad quizá, pero era la pura verdad.

- Sí –continuó Douglas-, la mujer requiere más atenciones, si es que ha de... –Se interrumpió, luego añadió-: Me gusta mirar a una mujer cuando alcanza su climax. –Se detuvo ante la mirada de intenso sufrimiento y dolor de Alex. ¿Qué demonios había dicho? Quizá sólo fuera un temor virginal. Ella aún no sabía de qué le hablaba, pero se enteraría antes de que acabara la noche.

Entonces ella cerró los ojos.

- Así pues, siempre vas a estar comparándome con todas las mujeres maravillosas que has conocido, has mirado y has disfrutado. Y como soy una ignorante y no soy un diamante, probablemente nunca sabré que es eso del climax y tú te disgustarás conmigo. Siempre perderé y siempre sentirás haberte casado conmigo.

- Pero si acabas de decirme que tienes la cintura estrecha y los dientes blancos. Ah, y que eres hermosa. –Se detuvo un momento y luego dijo lentamente-: En cuanto al climax, te daré tal placer que chillarás de puro gozo. Y en cuanto a todo lo demás que has dicho, son tonterías.

- No lo sé, Douglas. Tal vez cuando empieces con este asunto, lamentarás que sea yo la receptora de tu excelente técnica. Te sentirás como si estuvieras malgastando tu pericia conmigo.

- Lo dudo, puesto que te he visto, te he tocado, y te he cuidado, y tu cuerpo me gusta, Alexandra. Mucho. Soy un hombre, no un muchacho. Puedes confiar en que te trataré bien y haré lo que sea correcto, y en el momento adecuado, para darte placer.

- Da la impresión de que se necesita mucha sangre fría.

Douglas se encogió de hombros. Ocurría en ocasiones, pero no tenía la intención de decírselo.

- ¿Sabes que ésta es una conversación muy extraña para una noche de bodas? Y eso es lo que es ésta, Alexandra. Bien, ¿empezamos?

- No –contestó ella-. Creo que no. Douglas, espera. ¿Realmente querías venir aquí esta noche?

- Maldita sea, Alexandra, ¡basta con que esté aquí! Forma parte del hecho de que te haya aceptado como esposa. No, no me mires como si fuera a matarte. –La agarró por los brazos y la sacó de la cama-. Ahora, siéntate –le ordenó, y luego la echó sobre la colcha. Los pies de Alexandra no tocaban el suelo. Estaban desnudos y eran estrechos, con bonitos dedos. Su camisón era virginal; parecía tener dieciséis años. Sin embargo no se había trenzado los cabellos, que realmente eran preciosos, con aquel color caoba y los gruesos rizos que le caían por la espalda. Se los había cepillado; eso debía significar que esperaba que él acudiera. Era algo, por lo menos. Douglas retrocedió un paso y empezó a desabrocharse el cinturón del batín.

- Oh, cielos, ¿qué estás haciendo?
- Voy a enseñarte cómo es un hombre –dijo él, y lanzó el cinturón al suelo. Muy lentamente, encogió un hombro y luego el otro para sacarse el batín, que cayó al suelo. Douglas lo apartó con el pie. Entonces, mirándola todavía a los ojos, se irguió, con los brazos a los lados, y permaneció allí desnudo.
- Oh, cielos –exclamó Alexandra, y sus ojos se desviaron inmediatamente hacia la entrepierna.
- No soy en absoluto como tú –declaró Douglas mientras observaba atentamente y veía cómo sus ojos se dilataban y se ponían vidriosos-. Contigo mirándome con tanto interés, la cosa empieza a entusiasmarme. Mi cerebro no tiene nada que ver con ello.
- Oh, cielos –repitió Alexandra.

Douglas siguió inmóvil, permitiéndole que lo mirase de arriba abajo. Finalmente, para su alivio, Alexandra asintió, como tomando una decisión. No tenía la más remota idea de cuál habría sido su siguiente paso si ella hubiese continuado mirándole como si fuera a matarla.

- Tu camisón estorba. Deshagámonos de él.

No esperó más y la levantó de la cama. Se agachó, cogió el camisón por el borde y se lo sacó por encima de la cabeza.

- Ahora –dijo él-, estamos en el mismo bote, por así decirlo.
- Eres muy moreno y grande y velludo.
- Sí, y tú tienes la piel muy blanca sin vello en ningún sitio, excepto entre los preciosos muslos. Precioso, además.
- Oh, cielos.
- Tócame, Alexandra. Me gustaría mucho.
- ¿Dónde?
- Donde quieras, en el pecho y entre los muslos.
- Alexandra colocó las palmas abiertas sobre su pecho. El vello negro se aplastó bajo la presión. Notó los rítmicos latidos de su corazón. Lentamente, muy lentamente, sus manos empezaron a bajar.

Douglas tomó aire. Su miembro empezaba a ponerse erecto. Apretó los puños a los lados, esforzándose a permanecer quieto para dejarle a ella la iniciativa. Ya la asustaría bastante luego. Cuando las manos de Alexandra llegaron a su vientre, Douglas tenía el miembro completamente erecto y palpitante, y rezó por que no se lo tocara.

- Eres muy grande, Douglas.

Douglas consiguió esbozar una sonrisa.

- Es verdad, pero aprenderás que el hombre está hecho para dar placer a la mujer. Ésa es su misión, además de derramar su semilla dentro de la mujer.
- No puedo creer que esto funcione.

Entonces, antes de que él pudiera pensar en qué iba a decir, Alexandra le tocó ligeramente con las puntas de los dedos. Douglas gimió y dio un respingo.

- ¿Te he hecho daño?
- Sí, y ha sido maravilloso. No me toques el miembro otra vez, Alexandra, o acabaré poniéndome en evidencia. –Douglas no sabía qué pensar. Él era el hombre al que Ryder había acusado de ser frío como un pez, el hombre que habría mantenido el control hasta con un ángel, y era verdad. Nunca había tenido que esforzarse para controlarse en toda su vida. Sin embargo, Alexandra el tocaba y él enloquecía. Hacía demasiado tiempo que no estaba con una mujer, eso era lo que pasaba. Pero no, en realidad no era cierto.
- Pero eres tan...

- ¿Tan qué? –preguntó Douglas entre dientes. Las manos de Alexandra permanecían inmóviles sobre él; tenía la cara vuelta hacia el suelo y lo miraba atentamente.

De repente Douglas se la imaginó de rodillas ante él, a punto de llevarse el pene a la boca. Prácticamente podía sentir el calor de su aliento sobre su sezo. Hacer que Alexandra se llevara el pene a la boca... la idea le hizo temblar y estremecerse y, en ese momento, simplemente no pudo resistirlo más. No le quedaba una pizca más de sangre fría. Había perdido el seso. Douglas atrajo a Alexandra violentamente hacia sí.

- Te deseo –le dijo, pegado a su boca-. Separa los labios, así, así, sí, eso es. –Y su cálido aliento entró en la boca de Alexandra y sus grandes manos se movieron frenéticas sobre su espalda para acabar oprimiéndole las nalgas. Douglas gimió en la boca de Alexandra, sus lenguas se tocaban y Douglas la apretaba contra él. Tenía el miembro duro y caliente, sus manos recorrieron las piernas y siguieron febrilmente hacia arriba, hasta que las puntas de sus dedos llegaron a las nalgas y le tocaron el sexo. Alexandra dio un respingo y, en ese instante, Douglas se dio cuenta de que Alexandra tenía miedo. Estaba tiesa como una tabla.

Douglas se contuvo. Demasiado rápido, iba demasiado rápido. No era propio de él. Él era cuidadoso, lento, muy calculador. Sin embargo, allí estaba, actuando como un salvaje. Él, el amante excelso, la estaba asustando. Ah, pero Douglas quería separarle las piernas y penetrarla en ese preciso instante, profundamente, con fuerza, pero había afirmado que no era un cerdo. Maldición, incluso se había jactado de lo bueno que era con una mujer. Tenía que recuperar el control. Ella era virgen y él no. Él era un hombre experimentado, sabía lo que debía hacerse. Aquel frenesí en tocarla y aferrarla, y aquellos jadeos, no demostraban en absoluto su pericia. Respiró profundamente. La separó de él y retrocedió un paso. Recogió el batín y se lo puso. No iba a permitir que su semilla se derramara demasiado pronto y la dejara preguntándose cómo había llegado a creerse un incomparable compañero de cama.

- Lo siento –susurró Douglas con voz enronquecida-. Te he asustado. Lo siento. –Entonces se rió de sí mismo-. No lo vas a creer, Alexandra –añadió, cogiéndola por los brazos y acariciándoselos de arriba abajo una y otra vez, porque necesitaba tocarla, sencillamente tocarla-. Nunca, créeme por favor, nunca había sentido este frenesí antes, esta condenada prisa. Es cierto y me sorprende que haya llegado a perder el control de esa manera. No me gusta nada. No es propio de mí. Sólo eres una mujer, la verdad sea dicha, igual que cualquier otra, aunque seas mi esposa. No te estoy mintiendo, Alexandra. No, no me mires como si fuera un monstruo. No te estoy rechazando, eso nunca. La otra vez fui un estúpido y esta noche quiero compensarte. No quiero hacerte daño, ni asustarte. Dios, tus pechos son maravillosos.

Douglas respiraba ansiosamente, como si hubiera corrido hasta los campos del norte de Northcliffe y hubiese vuelto. Su miembro seguía enhiesto. Alexandra apretó la palma de la mano contra su corazón. Latía deprisa. Douglas la deseaba.

Y ella se había comportado como una estúpida boba, asustándose de él.

- Por favor, Douglas, siento tener miedo. No volveré a comportarme como una virgen.

- Eres virgen. –Douglas se rió pero le asombró la entrega incondicional de Alexandra. Aún parecía recelosa, pero también estaba impaciente, y él estaba más impaciente todavía por educarla.

- Ven aquí.

Alexandra avanzó tres pasos hacia él.

- Como puedes ver, aún te deseo con todas mis fuerzas. Como te decía, no soy capaz de controlar mis reacciones. ¿Quieres quedarte aquí o venir conmigo a mi dormitorio?

- Quiero ir contigo.

Sin más palabras, Douglas la tomó en brazos y la sostuvo pegada contra él. Notó su cálido aliento en la mejilla y luego lo besó; fue un beso leve, con los labios cerrados, el beso de una virgen, un beso inocente que una niña daría a su tío, pero que agradó a Douglas y le hizo enloquecer de lujuria. La depositó en el suelo y la cogió de la mano, arrastrándola hasta su dormitorio. Una vez allí, se volvió hacia ella y la atrajo hacia sí. Ella volvió a besarle, esta vez en la oreja, y luego le mordisqueó el lóbulo.

Douglas se abalanzó sobre la cama. Jadeaba; iba a ser cuestión de llegar y besar el santo.

- Ahora, escúchame. –Hacía grandes esfuerzos para no tocarla y sólo mirarla allí, tendida sobre su cama-. No quiero que me toques ni que me beses otra vez. No sé qué pasa conmigo, pero no puedo controlarme, Alexandra. ¿Lo entiendes?

Al tiempo que pronunciaba estas palabras, Douglas volvió a recordar a Ryder diciéndole que era frío como un pez. Frío, ¡ja!

Alexandra abría los ojos asombrada, mirándolo fijamente.

- Sé que no lo entiendes, maldita sea, simplemente dime que sí, ¿de acuerdo?

- Lo entiendo, Douglas. –Alex le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia ella. Douglas cayó sobre Alexandra; la besó una y otra vez, susurrándole que separara los labios y, cuando lo hizo, Douglas gimió dentro de su boca sin cesar. “Alexandra.” Dijo su nombre una y otra vez, y no quería dejar de besarla hasta que se quedara sin aliento, hasta que cayera muerto, entonces tal vez se detendría. Douglas consiguió deshacerse del batín, pero el contacto de la piel de ella contra la suya le hizo perder el poco seso que le quedaba. Estaba encima de Alexandra, con el miembro duro apretado contra su vientre, pero quería meterse entre sus piernas. Se apartó y le abrió bien las piernas. Luego volvió a caer sobre ella con el miembro fuertemente apretado contra su cuerpo y creyó morir si no la penetraba en ese mismo instante. Se contuvo, pero movió la lengua frenéticamente en la boca de Alexandra, penetrando cada vez más, tocándole la suya, y el calor de su cuerpo hizo que le latiera el corazón más deprisa, cada vez más deprisa. Levantó la cabeza y la miró fijamente.

- No puedo creerlo –dijo, y la besó de nuevo. Alexandra le rodeaba con los brazos, clavándole los dedos en los hombros y su cuerpo se retorcía. Douglas se echó hacia atrás para mirarlo, entregado a él, preparado para la penetración, y vio que Alexandra estaba pálida, que su rostro estaba tan blanco como su suave vientre. Luego le miró las piernas separadas y notó que se ponía tenso y tembloroso, no se lo podía creer. Se sentó sobre sus talones entre las piernas de ella y se quedó mirándola-. Eres increíble.

Sus manos palparon sus pechos, oprimiéndolos. Se inclinó entonces y el chupó un pezón. Alexandra, sorprendida y aterrorizada, gritó.

Arqueó la espalda y, ante esta reacción, Douglas se volvió loco. Sus manos estaban en todas partes, acariciándola, y se alegraba de que fuera menuda, de que sus manos se extendieran sobre su vientre y al mismo tiempo sus dedos se hundieran en el vello rojo oscuro que le cubría el pubis. Estaba húmeda y Douglas se sintió aliviado, enloquecido de deseo e impaciencia por excitarla, por prepararla. La levantó por las caderas y hundió la boca en sus partes íntimas.

Alexandra no tuvo tiempo para sorprenderse por este acto.

La lengua de Douglas estaba caliente y húmeda y todo lo que pudo pensar fue; “¡Oh, Dios mío, algo va a pasarme!” Y entonces pasó, rápidamente. Alexandra se puso a gritar al notar el latido abrasador entre los muslos y Douglas hundió aún más el rostro y le metió un dedo suavemente. Alexandra se arqueó cogiéndose del pelo de Douglas, estremecida, gritando ; las palabras que le susurraba Doublas la quemaban por dentro.

- Sí, córrete, Alexandra, córrete, córrete... sí. Ahora eres mía y esto es el climax de una mujer... córrete.

El ardor y la tensión disminuyeron, pero Douglas empezó a acariciarla con los dedos, separando la carne, preparándola, y entonces la penetró. Alexandra quería decirle que se detuviera, que le dolía, que sabía que no iba a funcionar porque él era demasiado grande y la desgarraría, pero los dedos de Douglas volvieron a acariciarle la piel húmeda. Alexandra sollozó al notar la fuerza con que Douglas la penetraba.

- ¡Alexandra, mírame!

Alexandra obedeció. Douglas tenía la cara tensa, sudor en la frente y expresión de dolor, y gemía, arqueando la espalda fornida, empujando hacia delante. Alexandra gritó al notar el fuerte dolor en sus entrañas, desgarrando, sometiéndola. El dolor era intenso y no cesaba. Douglas se echó sobre ella, apoyado en los codos, pero no pudo contenerse. Jadeaba con fuerza y parecía incrédulo y enloquecido a la vez; siguió empujando y empujando, con fuerza y rapidez, cada vez más deprisa. Olvidado el placer, Alexandra lloraba.

Entonces Douglas se detuvo. A Alexandra le sorprendió que permaneciera totalmente inmóvil. Alzó la vista y vio una expresión de asombro e intenso placer en su rostro. Douglas emitió un largo y profundo gemido; se extravió la mirada de sus negros ojos, y ella sintió la humedad que derramaba en su seno. Y así continuó sin parar, hasta empaparla y disminuir el dolor.

De manera igualmente inesperada, Douglas se desplomó sobre ella, respirando entrecortadamente y con dificultad, aplastándola contra el colchón. Se había terminado y Alexandra se preguntaba qué había pasado y qué más pasaría. Después de unos minutos, Douglas se levantó, apoyándose en los codos. La miró a la cara. La miró durante un buen rato. Frunció el entrecejo.

- ¡Dios mío! –dijo finalmente, con voz ronca y furiosa-, no me lo puedo creer. No debería haber ocurrido. Nunca me había ocurrido. No era lo que quería, lo que esperaba. ¡Maldita sea!

Se separó de ella, notando que Alexandra se estremecía. Salió de la cama y se quedó unos instantes mirándola.

- Duérmete. –Se dio media vuelta y se fue al dormitorio de la condesa, dando un portazo tran él y dejando atónita a Alexandra.

15

El grito hizo que Alexandra se despertara sobresaltada. Era estridente, sonoro, y procedía del dormitorio de la condesa, el dormitorio en que ella no estaba. Saltó fuera de la cama de Douglas y advirtió que estaba completamente desnuda; cogió la colcha y se envolvió en ella, mientras se precipitaba hacia la puerta contigua y la abría de golpe.

En su dormitorio había una doncella, una tal Dora, de quince años de edad, flaca y un poco tonta, que chillaba cubriéndose la cara con las manos y mirando la cama a través de los dedos.

Douglas estaba sentado en la cama, mirándose con cierta perplejidad el pecho desnudo, pero cubierto de chocolate caliente. La sábana blanca sólo le tapaba hasta el vientre.

Alexandra se detuvo en seco y contempló la escena. Douglas levantó la cabeza y gritó a la criada:

- ¡Por el amor de Dios, estúpida, cállate!

Dorra cerró la boca y empezó a retorcerse las manos. Alexandra entró rápidamente en la habitación, y Dora, viendo a la señora que había esperado encontrar en lugar de su señoría, que estaba sorprendentemente desnudo, exclamó:

- ¡Oh, milady! ¡Oh, cielos! Es su señoría y yo pensé que era usted y le he sacudido el hombro suavemente y él se ha despertado y no lleva nada puesto y yo me he asustado y por eso le he echado todo el chocolate encima y se ha quemado. ¡Oh, milady!

Alexandra miró a Douglas. En el pecho tenía chocolate del color de su espeso vello, que también había manchado las sábanas blancas. Estaba despeinado, tenía una sombra de barba en la cara, y Alexandra lo encontraba tan guapo que no podía entender por qué chillaba Dora. Si ella le hubiera descubierto así, habría saltado a la cama con él y le habría besado hasta quedarse sin aliento.

- Está bien, Dora –dijo Alex-. Puedes irte. Ve a por agua caliente, unos paños y toallas. Apresúrate, su señoría no debe estar muy cómodo con el chocolate sobre el pecho.

Alexandra se volvió hacia su marido.

- ¿Estás bien? ¿Te has quemado con el chocolate?

Douglas parecía de lo más irritado.

- Maldita sea, no, pero me ha dado un susto de muerte esa pequeña histérica...

- Probablemente tú la has asustado más a ella, estando en mi cama.

Alexandra consiguió mantener la calma hasta que Dora abandonó el cuarto, pero en cuanto salió, rompió en estruendosas carcajadas. Tanto rió que se le saltaron las lágrimas y se dobló sobre sí misma, rodeándose la cintura con los brazos.

- ¡Maldición, cállate!

- Sí, milord –dijo ella y rió aún más. Finalmente, Alexandra se secó los ojos con el borde de la colcha y miró a su marido.

Despertado bruscamente de un profundo sueño, bañado en chocolate y ensordecido a chillidos, Douglas apartó la ropa de la cama y se levantó. Estaba completamente desnudo y Alexandra se quedó paralizada al verlo.

No parecía en absoluto el mismo de la noche anterior.

- ¡Por Dios santo, mujer, deja de mirarme de ese modo!

Entonces Douglas bajó la vista y tuvo un sobresalto. Tenía sangre en el miembro.

Miró a la mujer envuelta en una colcha, con los largos cabellos rojos despeinados que seguía allí inmóvil, mirándolo como una tonta, la mujer a la que había poseído la noche anterior, la antigua virgen que también era su esposa, y dijo, con voz profunda y ronca:

- ¿Te hice daño?

Alexandra lo miró fijamente, apretándose más la colcha en un gesto inconsciente.

- Sí.

- ¿Todavía te duele? –Alexandra encontraba la situación terriblemente embarazosa, con él allí, totalmente desnudo y haciéndole preguntas que teñían de un rojo más intenso las raíces de su pelo.

- Un poco. No, en realidad no. Algo, es extraño.

Douglas pasó junto a ella camino de su propio dormitorio, donde cogió su batín y se lo puso. Se volvió para mirarla y dijo:

- Ven aquí.

Alexandra, ladeada la cabeza en señal de interrogación, caminó lentamente hacia él. Sin previo aviso, Douglas la levantó y la echó sobre la cama, luego se dispuso a quitarle la colcha.

- ¡Para! Oh, cielos, ¿qué estás haciendo? ¡Douglas! –Alexandra se debatió, pero no le sirvió de nada. Douglas la desnudó en un santiamén y la miró.

- Separa las piernas.

Alexandra intentó escabullirse, pero Douglas la cogió por los tobillos y la arrastró hacia él.

- ¡Maldita sea, estáte quieta mujer!

- ¡No, esto es horrible! ¡Para, Douglas! Puede que ya no sea virgen, pero sigue siendo muy embarazoso.

Douglas se montó encima de ella.

- Estáte quieta. Tengo sangre en el miembro, tu sangre, tu sangre de virgen, y necesito ver si estás bien. ¿Has sangrado mucho? Olvidé advertirte. ¿Te has asustado? Por todos los diablos, lo siento.

Ella se quedó mirándolo.

- No lo sé.

- ¿Qué quiere decir que no lo sabes?

- Me sentía pegajosa, pero no me he mirado. Estaba oscuro y tú me habías dejado.

- Ahora no es de noche. Quieta, Alexandra –Douglas se echó a un lado y le separó las piernas-. Maldita sea, eres tú la que necesita el agua que traiga Dora. Estás hecha un asco.

Alexandra se sintió tan humillada, tan completanmente mortificada que no pudo ni moverse y se quedó inmóvil, los ojos cerrados con fuerza. Sintió las grandes y cálidas manos de Douglas sobre sus muslos, tocándola, y supo que estaba mirándola y que era una mañana resplandeciente y que el sol entraba por las ventanas. Habría deseado abrir los ojos y descubrir que volvía a tener diez años y que estaba esperando a que su niñera fuera a buscarla para el desayuno, y que nada de todo aquello estuviera ocurriendo.

Alexandra notó que el colchón se movía y comprendió que Douglas se había levantado y se hallaba junto a la cama, mirándola atentamente.

- No te muevas. Traeré agua y te lavaré.

Alexandra oyó el ruido de la puerta del dormitorio al abrirse y se movió, veloz como el rayo, para enterrarse entre las sábanas.

- ¿Milord?

Era Finkle, el ayuda de cámara de Douglas.

- ¡Váyase!
- ¿Milady? ¿Es usted la que está ahí tapada? Oh, cielos. Perdóneme, oh, cielos.
- Finkle, ¿eres tú?
- Oh, milord, perdóneme, pero pensé que era usted, pero no lo era, era ella...
- No importa, lo comprendo. Vete y trae agua. La próxima vez, llama. Su señoría todavía no está segura de cuál es su cama. Tiene problemas de orientación, ¿sabes?

Cuando se cerró la puerta, Douglas miró el bulto de la cama.

Le tocaba a él reírse, y no se privó de ello. Alexandra se arrebujó aún más en la ropa de la cama. Finalmente, Douglas dijo, con voz divertida:

- Ya puedes salir. Finkle se ha ido. ¿Te imaginas ahora cómo me sentía yo?
- Esto es peor. A los hombres no parece importarles quién vea qué. No tienen pudor.
- Me imagino que esta conclusión se deriva de tus amplias experiencias. No importa. Acostúmbrate a que yo te vea, siempre que quiera y cuando me apetezca. En cuanto al pobre Finkle, con todos esos “oh,cielos”, tú y mi ayuda de cámara podríais cantar a dúo. Vamos, hay agua caliente en tu habitación.

Alexandra le siguió, arrastrando la colcha como un largo velo nupcial.

Se detuvo en seco en el umbral de la puerta.

- Me bañaré yo sola, Douglas.
- Tonterías, necesito comprobar que estás bien. Soy el único responsable de haberte lastimado, aunque no sea esa la palabra justa para decir que te he desflorado, pero no importa. Yo lo he hecho y yo te atenderé.
- Tú te irás. No puedo permitirlo. Es demasiado embarazoso.
- Douglas frunció el entrecejo.
- ¿Tan pronto olvida lo que le hice la pasada noche, señora? ¿Tan pronto olvidas cómo gritabas de placer? Créeme, te estaba mirando. Ahora es diferente, pero sólo un poco. No protestes más.
- No –respondió ella, nerviosa-. Anoche estábamos a oscuras. ¿Has dicho que la sangre es natural?

Douglas percibió una nota de temor en su voz y respondió con suavidad.

- Sí, debería haberte advertido, pero no lo hice. –Frunció el entrecejo, recordando la sensación de haber sido despojado de toda tranquilidad, de todo lo conocido y aceptado, a causa de la intensidad de su orgasmo. Era un sentimiento completamente desconocido para él, un sentimiento extraño que detestaba, y que había provocado su huída inmediata de Alexandra y de la escena de su caída.
- Vete, Douglas.

Douglas cogió el balde de agua caliente y lo colocó sobre la mesilla de noche. Puso los paños cerca del agua. Entonces se volvió hacia ella. Alexandra intentó salir corriendo, pero tropezó con la colcha y cayó en brazos de Douglas. Éste la cogió, la echó sobre la cama y deslió la colcha.

- Estoy cansado de hacer de César y que tú hagas de Cleopatra, aunque te desenvuelves muy bien. Estoy cansado de decirte que te calles y que te estés quieta. No quiero tener que volvértelo a decir.

Alexandra cedió finalmente, con la cabeza girada y los ojos fuertemente cerrados, mientras él le separaba las piernas y le lavaba la sangre y el semen.

Douglas se sentía tranquilo y dueño de sí mismo, a pesar de que Alexandra se estremecía a su contacto. Recordó que se había sentido igualmente tranquilo y

dueño de sí mientras la atendía durante su enfermedad. Entonces no había lujuria salvaje y ahora tampoco. Se había acabado, gracias a Dios. Volvía a la normalidad. Cuando decidiera poseerla de nuevo, lo haría con la razón y la lógica en la mano, y el mínimo compromiso. No más abandono ni frenesí. Alexandra no conseguiría trastornarlo otra vez hasta el punto en que perdiera completamente el juicio. Dio una última pasada con el paño y lo arrojó a un lado. Se volvió para decirle que podía levantarse, pero la miró y descubrió que no podía dejar de mirarla. La calma le abandonó en un suspiro. Completada la tarea, desaparecía el dominio de sí mismo. El control del que alardeaba no era más que un recuerdo sin valor. No podía dejar de mirarla, y le hormigueaban los dedos ante la proximidad de su cuerpo. La piel de Alexandra era suave y cálida, y Douglas empezó a temblar. No, no habría de temblar ante la visión de una mujer desnuda. Nunca lo había hecho. Sus dedos se tendían hacia la parte interior de los muslos de Alexandra. Quería acariciarla con la punta de los dedos y con la boca. Y sus pechos, quería abarcar sus pechos con las manos, llenarse las manos con ellos, chuparlos, frotar la mejilla contra la suave piel y notar el latido de su corazón en la cara.

Douglas emitió un gemido ahogado. Era peor que la noche anterior, aquella abrumadora lujuria, aquella extraña premura le había convertido en un loco, un hombre al que no reconocía, un hombre al que su mente lógica no podía aprobar. Sintió la sangre agolpándose en sus sienes, sintió que los músculos, el miembro, se tensaban y palpitaban. Tenía el miembro erecto y sentía un deseo tan intenso por ella que temblaba. Intentó recuperar una parte de razón, pero no halló nada, ni el menor rastro.

- Maldita sea –exclamó, y cayó sobre ella, separándole aún más las piernas al colocarse entre ellas.
- Levanta las caderas –pidió, y se las levantó el mismo con sus grandes manos. Jadeaba, a punto de estallar y soltar su semilla, sin comprenderlo, sin conseguir explicarse el porqué. Súbitamente, la penetró.

Alexandra soltó un grito de sorpresa.

Douglas se quedó quieto, pero sólo un instante. Alexandra estaba caliente y era menuda, y Douglas notaba que su carne se adapataba a él, que ella lo aceptaba suavemente, así que también debía sentir cierto deseo por él. No había resistencia, tan sólo la suave aceptación de Alexandra. Douglas percibía cada uno de sus movimientos con exquisito deleite. Notó que todo lo que era familiar para él se le escapaba, y arqueó la espalda y empujó para penetrarla más y más profundamente. Alexandra lloraba y fueron sus sollozos entrecortados los que le devolvieron una semblanza de razón. Douglas estaba dentro de ella, en su más profundo interior, sin embargo, no le bastaba, quería que sus pechos se movieran con los jadeos de Alexandra y se oprimieran contra él.

- Alexandra.

Ella abrió los ojos.

- Por favor, quédate muy quieta. ¿Te estoy haciendo daño?
- No, no es dolor, es que no sé qué va a pasar y eso me asusta.
- Te prometo que la próxima vez lo haré más despacio. Te lo juro, pero esta vez no. Por favor, no te muevas. Si te mueves, me volveré loco. ¿Lo entiendes?

Alexandra lo miró, perpleja.

- Simplemente di que lo entiendes.
- Lo entiendo.
- Bien. No te muevas. No sé qué me ocurre. No me había sucedido jamás. Esto es inaceptable para mí... –Sintió que los músculos de Alexandra se cerraban alrededor de su miembro y gimió y se puso rígido y jadeó. Soltó una maldición y

cerró los ojos. Empujó y luego se retiró, sólo para empujar con más fuerza, con las manos clavadas en sus caderas para levantarlas aún más.

Gritó cuando alcanzó el orgasmo, aulló como un loco, gritó como no había gritado en toda su vida. Luego se desplomó sobre Alexandra y la besó con ansia, saboreando sus lágrimas, saboreando el calor de su boca, sin salir de su interior; simplemente no podía creerlo, no podía comprenderlo y tampoco podía parar.

Cuando se calmó finalmente, se quedó inmóvil sobre Alexandra. Lo había vuelto a hacer. Había perdido el control otra vez, olvidando quién era y lo que era. Y era aquella mujer quien lo había colocado en tan ridícula situación y él no podía aceptarlo. Frunció el entrecejo. Alexandra sollozaba, con la cara pálida y el cabello revuelto sobre la cara.

- Lo siento –dijo él, y se apartó de ella-. La próxima vez, te juro que iré despacio y no tendrás miedo. Lo siento.

Douglas se quedó quieto, rígido, jadeando aún, mirando las piernas separadas de Alexandra.

- Lo siento –repitió-, pero no puedo...

Giró en redondo con un revuelo del batín abierto, pero una voz airada lo detuvo.

- Si vuelve a huír de mí, Douglas Sherbrooke, te juro que abandonaré Northcliffe Hall y me iré a Londres para explicarle a todo el mundo que eres un cerdo y no un amante excelente. Les contaré a las damas que no tienes el menor control sobre ti mismo, que eres un poseso, que no puedes pensar en nada aparte de ti mismo. Oh, sí, ¡y que eres peludo y sudas mucho!
- ¡Maldita sea, es culpa tuya! Si no fueras tan...
- ¿Tan qué? ¿Tan extravagantemente hermosa? ¿Tan absolutamente perfecta?
- Bueno, no, no lo eres, en realidad no, es sólo que... tiene que ser culpa tuya. Ninguna mujer me había convertido en un idiota, en un imbécil sin control, y Dios sabe que tú no eres tu hermana, así que...
- ¡No, no soy mi puñetera hermana! ¡Sólo soy yo y tú apenas puedes soportar mirarme!
- Eso ha quedado totalmente refutado. Todo lo que tengo que hacer es mirarte y me vuelvo loco. Bueno, tal vez no sea la cara, pero sí el resto de tu cuerpo, y eso también eres tú. Debes de ser una bruja. Has conseguido que me rinda ante ti. Deben de ser esos pechos tuyos. Pero también están tus muslos y tu vientre y... ¿Qué me has hecho?
- ¡No he hecho nada todavía, pero te aseguro que estoy considerando la posibilidad de clavarte un cuchillo afilado en tu maldito cuello!
- ¡No te atrevas a amenazarme! Bueno, ¡por todos los diablos! ¡Dios sabe que estaba mucho mejor antes de que te metieras en mi vida! Al menos sabía quién era y por qué hacía lo que hacía.

Al menos esta vez, se dijo Alexandra, mirando la puerta contigua que Douglas había cerrado de un portazo, se había marchado a su propia habitación y no a la de ella.

Juntó las piernas. Estaba muy dolorida, en su más profundo interior, y le dolían los músculos de los muslos. Ya no era virgen. Si ella no hubiera recordado el increíble placer de la noche anterior, seguramente le habría maldecido ahora por ser un animal. Alexandra suspiró y se levantó de la arrugada colcha. Estaba hecha un asco, en eso tenía razón Douglas. Dio un tirón al cordón de la campanilla.

Una hora después Alexandra emergió de su dormitorio y se encontró con Douglas, apoyado en la pared de enfrente entre dos retratos de los Sherbrooke, con los brazos cruzados sobre el pecho.

- Has tardado un buen rato –dijo y se incorporó- espero que estés preparada para el desayuno.
- ¿Y por qué no? Quizá tu madre me habrá puesto veneno para ratas en los huevos revueltos.
- Comeré de tu plato, ya que he dormido en tu cama. Seré tu catador oficial. A propósito, ese vestido no es apropiado para la condesa de Northcliffe.
- Concédeme unos minutos y hallaré el modo de engatusarte.
- No, no tienes que hacerlo. Dado que te he aceptado, bueno, debo vestirte adecuadamente. Sobre todo no me gusta nada el modo en que tus vestidos te aplastan los pechos. Además, eso no debe de ser muy saludable. No es que quiera exhibirlos cuando escojamos los vestidos nuevos, pero un poco más de insinuación en el escote sería agradable. No tendría que depender enteramente de mi imaginación para...
- ¿Qué estás haciendo aquí?

Douglas le sonrió, ofreciéndole su brazo.

- Pensaba que a lo mejor decidías salir corriendo. Poco te ha faltado para lanzarme fuego cuando estabas ahí tumbada, con las piernas abiertas. No puedo permitirte que vayas a Londres y que les expliques a todas las damas cómo me he comportado. –Su sonrisa se agrandó-. Desde luego, no te creerían. Pensarían que eres una mujer celosa y que mentías.

Alexandra no quiso mirar a su marido.

- Me iré a Londres tan pronto como me asegure de que tu hermana no está por aquí. Les convenceré.
- No te irás.
- Deja de enseñar los dientes, no te servirá de nada. Haré lo que me plazca.
- Podrías estar embarazada –dijo Douglas con voz muy queda.

Con esta frase consiguió que Alexandra lo mirara boquiabierta.

- Oh, no, no puede ser. No es posible que seas tan eficiente. No, no es razonable y te lo inventas para que no me pase de la raya. ¿Es posible eso?
- Ciertamente, muy posible. –Douglas colocó la mano sobre el estómago de Alexandra con los dedos extendidos-. He derramado mi semen dentro de ti dos veces. No me digas que ambas experiencias han merecido que las olvides tan pronto.
- ¿Cómo podría? La primera vez me hiciste daño y la segunda te has portado como un auténtico salvaje.
- Sí, bien, no era mi intención. Pero mientes sobre la primera vez. Pegabas gritos como una...
- ¡Silencio! Si eso pretende ser una disculpa, déjeme decirle, milord, que es penosamente deficiente. Al menos no me eches la culpa otra vez.

Douglas la miró con aire pensativo.

- Sería el mismo hombre si tú no estuvieras aquí, así que, ¿qué puedo hacer?
- Creo que por lo que a mi respecta iré a afilar el cuchillo.

Douglas sonreía cuando alzó la vista y vio a su primo acercarse por el otro lado del pasillo.

- Ah, pero si es Tony, el canalla traidor. Preferiría que te mantuvieras apartado de mi vista. ¿Dónde está tu esposa?

Tony le dedicó una sonrisa soñolienta y ahíta.

- Está durmiendo todavía, sin duda soñando conmigo.

La sonrisa de Douglas se convirtió en un gruñido y Alexandra, sin poder contener su furia, le golpeó fuertemente en el estómago con el puño.

Douglas ahogó un gemido, pero sonrió a pesar del dolor.

- Es a Tony a quien se supone que debes atacar, no a mí, tu marido, el que te hacía gritar de placer precisamente anoche.

- Ah –dijo Tony, viendo la cara, roja de pura rabia de Alexandra-. Ya era hora, Douglas.

Alexandra no podía soportar al ser infame que tenía al lado. ¿No tenía pudor, ni discrección?

- Y supongo que también es culpa mía que sea tan desvergonzado, ¿no, milord? Cállate, y tú también Tony.

- Una esposa no es una mala cosa –declaró Tony, poniéndose a la altura de Alexandra-. Siempre ahí, a tu lado, lista para ser besada y acariciada.

- Una mujer no es una mascota.

- Oh, no, es mucho más que una mascota. ¿Qué dices tú, Douglas?

A Alexandra le pareció que Douglas estaba concentrado en las escaleras y que no escuchaba a Tony. Probablemente estaba pensando en Melissande, el muy bestia. Fruncía el entrecejo.

- ¿Todavía están aquí el tío Albert y la tía Mildred? –preguntó Douglas de repente.

Tony bostezó y se rascó el codo.

- Supongo que sí. Es tu casa. Tú eres el puñetero anfitrión. Deberías saber a quién tienes bajo tu techo.

- El caso es que tú estás aquí y Dios sabe que en contra de mi voluntad.

Como queja, carecía de entusiasmo y eso agradó a Tony, que replicó alegremente:

- Bueno, bueno, primo, pensaba que esta mañana todo quedaría olvidado. Después de todo, por fin has tomado a Alexandra como un hombre ha de tomar a su esposa, y por el aspecto que tiene ella y el que tienes tú, yo diría...

- ¡No lo digas, Tony!

- Lo siento, Alex, tienes razón. Bueno, Douglas, creo que me llevaré a Melissande a Strawberry Hill el viernes. ¿Te parece bien?

- ¡Eso significa tres días más de tu insufrible compañía!

- Y de la de mi hermana –añadió Alexandra-. Debería parecerte bien la mitad del trato. Podrás sentarte cerca de ella y rumiar y suspirar con aire melancólico.

- Me parecería mejor si lograse contener su lengua, señora.

- Nunca he visto a Douglas obsesionado por ninguna mujer, Alex. Él tiene más orgullo que todo eso.

- ¡Hola! ¡Buenos días, Alexandra! Por Dios, qué pálida estás. ¿No has dormido bien? ¿Te ha estado chinchando Douglas otra vez? Buenos días, caballeros.

Alexandra miró a su entusiástica y joven cuñada, que parecía llena de energía y repugnantemente saludable, y suspiró.

- Hola, Sinjun.

- Buenos días, mocosa –dijo Tony.

Douglas gruñó a su hermana.

- ¿Está tu madre en la salita del desayuno? –preguntó Alexandra.
- Oh, no, es demasiado pronto para madre. Ella no se levantará hasta casi el mediodía. Alexandra, no hay razón para que te demores. Sólo estará la tía Mildred. Come mucho, ¿sabes?, así que no te dirá gran cosa. Es extraño, ¿no? Está tan delgada.

Alexandra volvió a suspirar.

- Madre tiene el carácter agrio de un limón por la mañana. La tía Mildred se parece más a una ciruela pasa. –Sinjun frunció el ceño, luego comentó a su hermano-: Es difícil imaginar a una ciruela pasa comiendo tanto.
- Eres abominable, ¿lo sabías, Sinjun?
- No estás precisamente de buen humor esta mañana, Douglas. ¿Te ha tomado el pelo otra vez Tony? No le hagas caso. Estoy tan contenta de que estés en casa y casado con Alex. ¿Vamos a montar después del desayuno?
- ¿Por qué no? –inquirió Alexandra-. Me gustaría encontrar la carretera más cercana hacia Londres.

La tía Mildred estaba efectivamente ocupada con dos tortas que goteaban miel y mantequilla. Miró a Alexandra con el entrecejo fruncido, pero no dijo nada.

Alexandra notó la mano de Douglas en el codo, tirando de ella. Se detuvo y lo miró.

- Es hora de que te sientes donde te corresponde.

Alexandra miró la silla de la condesa y se estremeció.

- Pero no es necesario y...
- Y nada. Cállate y obedéceme. Será una nueva experiencia para ti. Siéntate aquí.
- Quedas muy bien en esa silla –comentó Sinjun-. A madre le rechinarán los dientes, pero lo correcto, sabes, es que la mujer de Douglas tenga la preferencia. Ahora tú eres la señora de esta casa. Y, según dice Douglas, una Sherbrooke ha de cumplir siempre con sus deberes y ser responsable.
- Es una lástima que mi primo no preste atención a ninguna de las famosas máximas de los Sherbrooke, el pérfido canalla.
- Es demasiado pequeña para esa silla –dijo la tía Mildred a todos en general.

Douglas sonrió hacia el otro lado de la mesa, donde estaba su esposa.

- ¿Quieres un cojín para sentarte?
- En realidad, tía, la silla es exactamente del tamaño adecuado para Alex. Debo decir que a madre le queda un poco pequeña. Es la silla del comedor la que necesita unos cojines para Alex.
- Tienes razón, Sinjun –convino Tony.
- Nadie te ha pedido tu opinión, Anthony –replicó tía Mildred-. Te has comportado de una forma abominable. ¡Verdaderamente! Casándote con dos chicas y entregando la equivocada a Douglas.
- Las tortas están deliciosas –dijo Sinjun, y le ofreció una a su tía.
- Te lo ruego, no le digas eso a mi esposa, tía –pidió Tony-. Porque ella vive para respirar el aire que yo respiro, languidece si me alejo de ella aunque sea un solo instante, ella...
- Creo que hoy deberíamos comprarle una yegua a Alex, Douglas –dijo Sinjun, agitando otra torta en dirección a Tony-. No, no puedes pegar a Tony mientras desayunamos. Oh, Douglas, he hablado con Tom O'Malley y me ha contado lo de vuestra visita y lo bien que cuidaste a Alex y que le mandaste una cama nueva al día siguiente. Dice que es como estar en el cielo, y seguramente lo

es, pues es la primera cama que tiene más larga que él. Ah, aquí tenemos a Hollis. Su señoría necesita café, Hollis.

- Ya veo que lo necesita –convino Hollis, y le sirvió café de una delicada cafetera de plata-. ¿Deseará su señoría algo de café?

Alex dio un bote. ¡Ella, su señoría! Miró el rostro amable de Hollis.

- Té, por favor, Hollis. No me apetece el café.
- ¡Creo, jovencita, que estás sentada en mi silla!
- Oh, cielos –dijo Sinjun-, ya estamos todos y ni siquiera es mediodía.

La condesa viuda de Northcliffe constituía una impresionante estampa del agravio.

- Silencio ahora mismo, Joan, o te pasarás el resto del año en tu dormitorio. Ya veo cómo la animas. En cuanto a ti, sal de ahí ahora mismo.

16

Un repentino y denso silencio se apoderó de la salita del desayuno.

Alex miró a Douglas. Estaba sentado completanmente inmóvil, con el tenedor en la mano derecha, sumido en el silecio como una roca. Douglas hizo un leve asentimiento de cabeza. Así que le dejaba la responsabilidad a ella. No iba a intervenir. Alexandra tragó saliva, luego se volvió, hacia su suegra.

- ¿Sabe? –empezó a decir apaciblemente-, mi nombre no es jovencita, sino Alexandra. Para ser más precisos, es lady Alexandra. Soy la hija de un duque. Es extraño, ¿verdad?, pero si estuviéramos en Carlton House, yo tendría precedencia sobre usted. Aunque haya retrocedido un peldaño con mi matrimonio, seguiría teniéndola. Sin embargo, ahora es usted pariente mía, es mucho mayor que yo y por eso le debo respeto. Nunca he comprendido por qué la edad exige más respeto, pero al parecer así son las cosas. Bien, ¿prefiere llamarme Alexandra o lady Northcliffe?

La condesa viuda de Northcliffe no era una ramita que se quebrase con un fuerte viento, pero advirtió que la muchacha que estaba sentada en su silla, *su* silla, poseía una voluntad de hierro, y se vio obligada a sopesar su posición. Su hijo no decía ni una sola palabra. No la defendía a ella, a su propia madre. La viuda respiró profundamente, pero Hollis le quitó la palabra y declaró con absoluta calma:

- Milady, la cocinera ha preparado un bollo de nueces especial para usted esta mañana, con almendras escarchadas y canela. Es delicioso de verdad, y está impaciente por saber qué le parece. Vea, milady, siéntese aquí; desde esta maravillosa silla tendrá una vista magnífica de los jardines. Siempre he pensado que era la silla mejor situada de toda la mesa.

La viuda no sabía qué hacer. Fue su falsa nuera quién la decidió. Juntando las manos por la excitación Alexandra dijo rápidamente.

- Oh, me gustaría mucho ver los pavos reales, Hollis. ¿Tienen las colas completamente desplegadas? ¡Qué maravilloso! Señora, ¿le importaría si me sentar allí esta mañana para verlos? Ya había advertido antes que el emplazamiento de esa silla era el mejor.

La viuda elevó bien la papada y repuso:

- No, esta mañana deseo verlos yo. Son entretenidos. Bien, Hollis, estoy esperando a que me sirvas mi bollo de nueces.

Douglas estaba impresionado, muy impresionado. Miró a Alexandra, pero ésta tenía la cabeza gacha. Eso también le impresionó: no se pavoneaba, no se regodeaba con su pequeña pero significativa victoria. Con la ayuda de Hollis, había conseguido evitar que la mesa del desayuno se convirtiera en un campo de batalla.

- Después de desayuno, Alexandra y yo iremos a Branderleigh Farm para comprarle una yegua –anunció Douglas-. Sinjun, ¿te gustaría acompañarnos?

Sinjun tenía la boca llena de arenques ahumados y sólo pudo asentir con la cabeza. Fue Melissande la que dijo alegremente desde el umbral de la puerta:

- ¡Oh, qué maravilla! Tony, ¿no querrías comprarme una yegua a mí? Me gustaría poseer una yegua blanca, completamente blanca, con una larga y espesa crin blanca.

Esa mañana su belleza resplandecía de un modo tan exquisito que el tenedor de Douglas se quedó unos instantes suspendido a unos centímetros de su boca. El vestido matinal de Melissande era azul celeste, y aunque sencillo, la verdad es que no requería ningún adorno. Una cinta azul sujetaba sus gruesos rizos negros. Tenía un aspecto frágil, delicado, intensamente provocativo.

- ¿Y un nuevo traje de montar, Melissande? –sugirió Sinjun-. ¿Completamente blanco, con una pluma azul brillante en el sombreo, quizá? Oh, que encantadora estarías. Sentada en una maravillosa silla de montar sobre una yegua blanca, ah, parecerías una princesa de cuento de hadas.

- El blanco hace que su piel parezca cetrina –comentó Tony con tono pragmático mientras removía los huevos en su plato-. Sentí un gran alivio al comprobar que no era necesario que volviera a vestir de blanco en cuanto se casó conmigo.

- ¡Cetrina! ¡Nunca he tenido la piel cetrina! ¿No significa eso que tendría un repugnante color amarillo? No, es absurdo. Nunca, nunca he sido cetrina.

- ¿No, Mellie? En ese caso, tu espejo no te dice la verdad. Tienes que aprender a confiar en tu marido. Tengo un gusto exquisito, ¿sabes? Incluso estaba pensando en tirar todos tus camisones de niña. Se acabó el blanco. Azules y verdes, todos de seda y raso, naturalmente, y zapatillas a juego, serían más apropiados. ¿Qué te parece, amor mío?

Melissande estaba hecha un lío.

- Nunca he estado amarilla –dijo-, pero me gustaría mucho tener ropa nueva.

- Eso pensaba yo. Después de que hayamos visitado Strawberry Hill el tiempo que a mí me parezca, iremos a Londres y allí trastornarás los jóvenes corazones masculinos con tu incomparable belleza y tus sedas y vestidos de raso.

- ¡Pero yo quiero ir a Londres ahora, Tony!

- ¿Te apetece una torta, querida? –preguntó la condesa viuda de Northcliffe.

Douglas miraba a Melissande. También fruncía el entrecejo. Sinjun se dio cuenta y sonrió a su taza de té.

- Deberías enseñar a todo el mundo tus encantadoras acuarelas, Mellie. –Tony contemplaba a su esposa, que troceaba una torta delicadamente con sus maravillosos y finos dedos-. Ha pintado varias de Northcliffe, Douglas. Creo que te impresionarán.

Melissande dejó la torta y sonrió a su marido de oreja a oreja, inclinándose hacia él, con los ojos chispeantes.

- ¿Realmente te gustan, Tony? ¿De verdad? Es difícil, sabes, con la luz siempre cambiante, particularmente cerca del bosquecillo de arces. ¿Qué te parece si intento pintar los pavos reales que todo el mundo quiere ver?

- No sé –respondió el pensativo-. Quizá podrías empezar pintando la yegua que te compraré. Un yegua blanca no, por favor, Mellie, quizá una yegua baya calzada de blanco. No me gusta que seas tan vulgar.

- ¡Vulgar! Yo nunca soy... ¿Qué quieres decir exactamente?

- Quiero decir que no serías original. Serías aburrida, como todos los demás.

Melissande frunció el entrecejo al oír estas palabras y luego le dirigió una maravillosa sonrisa.

- De acuerdo entonces, milord. Escogerás una yegua para mí que sea original.

- Sí, lo haré. En el futuro recuerda que debes confiar que yo haré siempre lo mejor para ti.

Melissande asintió lentamente. Sinjun lanzó a Alexandra una mirada maliciosa.

- Después del desayuno –empezó la condesa viuda de Northcliffe a la tía Mildred, con un tonillo insinuante-, me gustaría hablarte sobre la llegada de lady Juliette. Tendríamos que preparar una pequeña velada para recibirla oficialmente,

¿no crees? Su posición requiere el debido reconocimiento y ahora que Douglas ya no puede casarse con ella, bien...

Oh, cielos, pensó Alexandra, y miró a Douglas, quien parecía a punto de escupir a su querida madre. Se anticipó a él y dijo de repente:

- A mí también me gustaría conocer a nuestros vecinos. Creo que una fiesta en honor a Juliette sería lo más apropiado para que nos conozcamos todos.
- La fiesta será para presentar a mi esposa –declaró Douglas, con la voz severa y fría de un pez-. Lady Juliette, como nuestra invitada durante unos días, que serán todo lo breves que nos permita la cortesía, naturalmente estará invitada. Bajo ninguna circunstancia, madre, darás a entender que es una velada en su honor. ¿Me has comprendido?
- Los pavos reales han cerrado la cola –dijo la condesa viuda de Northcliffe, y se levantó de la mesa. Abandonó la salita del desayuno con paso majestuoso.

Tony estuvo a punto de atragantarse con el café.

Lady Juliette llegó apenas una hora después, justo diez minutos antes de que todos salieran hacia Branderleigh Farm.

Sinjun soltó un gemido detrás de Alexandra. Alexandra también gimió, pero era mayor y también una mujer casada, así que se irguió y respiró hondo.

- Veo que vuelve el palo de escoba. Douglas se colocó junto a ella en lo alto de las escaleras que conducían al camino de grava de la puerta principal de Northcliffe Hall.
- ¿De qué habláis?

Douglas agitó una mano a modo de respuesta y echó una mirada a la joven a quien un lacayo con librea blanca y amarilla ayudaba amablemente a descender del carruaje ducal. Otro lacayo disponía la escalerita para sus elegantes pies. Una doncella de expresión avinagrada bajó después, apretando un gran joyero contra su pecho plano.

- Lady Juliette, hija del marqués de Dacre –anunció el lacayo.
- ¿Tenemos que hacer una reverencia? –masculló Sinjun entre dientes-. ¿Quizá solicitar su bendición?
- Silencio –ordenó Douglas.

La condesa viuda fue efusiva en su bienvenida. Pronto se vio que lady Juliette no sólo era intensamente bella, sino también increíblemente engreída. Parecía complacida de estar en Northcliffe Hall, hasta que vio a Melissande. Mientras la condesa viuda hablaba, ella no quitaba el ojo de la inesperada e inoportuna visión.

- Y, mi querida Juliette, nuestro Douglas se ha casado. Ha sido una gran sorpresa, pero usted comprenderá...

Lady Juliette miró a la viuda con expresión perpleja.

- ¿Se ha casado? ¿Sin verme?
- Sí –respondió la viuda.

Lady Juliette quiso marcharse inmediatamente. Se sentía humillada. El miserable conde se había casado, sin tan siquiera verla a ella, Juliette, la más maravillosa joven en tres condados a la redonda. Ahora que estaba más cerca de Melissande, su visión era aún más penetrante. Se quedó totalmente inmóvil. En un arranque de honestidad, Juliette tuvo que admitir que la tal Melissande, la nueva esposa del conde, posiblemente era la joven más hermosa de casi toda Inglaterra.

Su silenciosa honestidad dio paso inmediatamente a la hostilidad y el odio más profundos. Douglas había encontrado una dama más hermosa que ella y se había casado. Era intolerable. Era un canalla. Merecía que su padre el marqués lo ensartara con su espada.

- ¿Dónde la conoció Douglas? –preguntó mirando a Melissande directamente a los ojos.

- Bueno, nos conocimos hace unos tres años cuando volvió a Inglaterra porque le habían herido en no se qué batalla. No recuerdo cuál fue.

- Oh, ¿entonces se casaron a causa de un acuerdo familiar? ¿Había un compromiso anterior?

Melissande ladeó su encantadora cabeza interrogativamente.

- No, nos casamos porque estábamos hechos el uno para el otro.

- ¡Pero eso es imposible!

Douglas y Tony se acercaron al mismo tiempo.

- Me temo, mi querida lady Juliette –comentó Tony tranquilamente-, que ha llegado a una conclusión precipitada. Melissande es mi esposa. Alexandra, su hermana, es la nueva condesa.

Se hizo otro pesaso silencio y enseguido se oyó un rumor de voces.

- ¡Silencio todo el mundo! –exclamó Douglas- Bien, lady Juliette, permítame que le presente a mi esposa, Alexandra.

Juliette miró a Alexandra y se sintió mucho mejor.

- Oh, querido, qué encantadora es, milord. –Acompañó sus palabras con una risa cantarina-. Parece que ha encontrado esposa en muy poco tiempo. Debe de ser el resultado de algún antiguo acuerdo familiar. A veces es más prudente tomarse su tiempo. Aun así, es un placer visitar Northcliffe.

- Sí –convino Sinjun en voz baja, pero perfectamente audible para Juliette-, es verdad lo que dijo Tony, ¿no? Juliette es bonita, pero está muy lejos de ser Melissande.

Douglas sintió deseos de abofetear a su hermana. Alexandra tuvo la escalofriante certeza de que la invitada no iba a añadir un aire festivo a la casa. La joven sonrió cuando oyó a su hermana decirle a Tony:

- Qué extraño, ¿verdad? Ni siquiera me conoce y ya no le gusto. Tony, sé que soy hermosa pero, ¿sabes?, quizá la belleza no sea lo más importante... bueno, aunque lo fuera, hay otras cosas, como el carácter de una persona, que deben ser consideradas, ¿no es verdad?

Tony besó a su esposa a la vista de todo el que estuviera mirando.

- Eres maravillosa y tu carácter, en un futuro no muy lejano, llegará a rivalizar con tu belleza.

- Dios –susurró Sinjun a Alexandra-. Douglas no ha oído eso. Tony pone mucho cuidado en el modo que reparte los elogios e invectivas. Lo está haciendo a las mil maravillas.

- ¿No se te escapa nada?

Sinjun pareció sobresaltarse.

- Desde luego que sí, pero esto es importante, Alex, muy importante. A Douglas hay que ayudarle para que sepa ver claramente a todo el mundo. –Soltó una risita sofocada, igual que una chiquilla-. Está claro que esa Juliette es una boba. Me pregunto si es tan estúpida como presumida. Creo que Douglas preferiría abofetearla más a ella que a mí.

- No cuentes con ello –señaló Alexandra-. Le gustan demasiado las mujeres hermosas.

Sinjun le lanzó una mirada severa.

- Ahora eres tú la que se comporta como una tonta. No digas bobadas. ¿Crees que conseguiremos dejar a Juliette con mi madre y tía Mildred y escaparnos a Branderleigh Farm?

- Eso espero.

No lo consiguieron. Durante dos horas interminables, Alexandra escuchó el recuento de cada una de las conquistas de Juliette en Londres durante la temporada. Finalmente, se volvió hacia Melissande, que estaba ocupada en examinar uno de los dedos de Tony.

- Comprendo que ahora a usted ya no le interesan las temporadas de Londres, lady Rathmore. Tuvo suerte de encontrar un marido después de tantas tentativas desafortunadas.

- Si, es verdad –convino Tony con tono lúgubre-. Sólo tiene que mirarla. Tan fea, tan envejecida, con unos dientes tan largos. Me resultó difícil sacarla del estante, la habían colocado tan al fondo y tan arriba. Necesité de toda mi fuerza de voluntad en el momento crítico. Todavía intento convencerla de que se ponga una funda de almohada sobre la cabeza, para no herir la sensibilidad de nadie, ¿me comprende? Sí, me casé con ella porque me daba lástima. Supongo que el resto de los hombres de este mundo también deben sentir lástima por ella ya que, en cuanto la ven a menos de diez metros se vuelven locos y se quedan atontados.

Alexandra observó con sorpresa cómo Melissande mordía a Tony en el dedo y luego restregaba suavemente la mejilla contra la palma de la mano masculina. A continuación miró a Douglas, la viva imagen de un cortés aristócrata; los hombros apoyados contra la repisa de la chimenea, los brazos cruzados sobre el pecho. Douglas miraba a Juliette, a Melissande y a Alexandra alternativamente. Su cara no transmitía nada especial, al menos para ella. Si su marido se ponía a comparar entre las tres mujeres, acabaría deprimiéndose. Era el momento de hacer algo, de no quedarse sentada como una estúpida.

Se levantó, sonrió y tendió la mano a Juliette.

- Discúlpeme, pero tengo que ocuparme de la cena. Si necesita algo, no vacile en pedirlo. Bienvenida a Northcliffe.

Alexandra abandonó la habitación, consciente de que su suegra había palidecido de ira. Había mentido; ni siquiera buscó a la señora Peacham. Sabía de sobra que la cocinera le ofrecería unos platos tan exquisitos que harían que el más esquelético asceta comiera hasta hartarse.

Se dirigió a los jardines. El estado en que se encontraban las estatuas griegas era deplorable. Tendría que hablar con Douglas al respecto. Necesitaba su permiso para dar órdenes a los jardineros de Northcliffe, unos patanes perezosos. Advirtió un rosal particularmente hermoso que estaba asfixiado por las malas hierbas. Alexandra no lo dudó un instante, su vestido era viejo y carente de atractivo, como le había dicho Douglas. Se puso de rodillas y empezó a quitar la maleza. Al poco se puso a canturrear. Y poco después se sentía tranquila y relajada. Se olvidó de Juliette; incluso consiguió olvidarse de su suegra.

Empezó a lloviznar. A medida que la tierra se ablandaba, Alexandra escarbaba y arrancaba, y alisaba la tierra con amoroso cuidado. No se daba cuenta del hilillo de agua que le corría por la nariz.

Finalmente, el rosal quedó despejado. Parecía brillar ante sus ojos. Las flores eran más rojas, más grandes, las hojas más verdes y más exuberantes.

Se sentó sobre los talones y sonrió.

- Dios mío.

Se volvió, todavía sonriente, y vio a Douglas de pie junto a ella, con los ojos entrecerrados y los brazos en jarras.

- Hola. ¿No es hermoso? Y ahora se ve mucho más alegre y sano.

Douglas miró el dichoso rosal y comprobó que Alex tenía razón. A continuación miró a su sucia mujer, que tenía el pelo mojado por la lluvía y pegado a la frente, y se olvidó del rosal.

- Vamos, es hora de que te vistas para la cena.
- ¿Cómo me has encontrado? –preguntó ella, levantándose y limpiándose las manos sucias de tierra en el vestido echado a perder.
- Melissande dijo que mientras ella pintaba, tú hacías crecer las cosas. Tengo media veintena de jardineros. No tienes necesidad de ensuciarte tanto.

Alex le dirigió una severa mirada que hizo que él sonriera.

- Esos jardineros te están tomando el pelo, milord. Hace mucho tiempo que nadie se ocupa de estos maravillosos jardines. Están espantosos.
- Hablaré con Danvers sobre eso.
- ¿Es el jefe de los jardineros?
- No, es mi administrador. No está aquí en este momento. Su padre está enfermo y él se ha ido a Couthmouth a visitarlo.
- El jardinero en jefe es el único responsable, milord.
- Bien, puede hablar con Strathe cuando te plazca. Dile que tienes mi permiso. Ahora vamos, debes arreglarte.
- No se puede hacer gran cosa.

Douglas frunció el entrecejo.

- Cada vez que veo a tu hermana me pregunto por qué ella va siempre tan magníficamente vestida y tú no.
- Me habrían comprado vestidos nuevos si hubiera disfrutado de una temporada en Londres. Pero en lugar de eso, Tony me casó contigo, así que no hubo vestidos. No creas que Melissande es una niña consentida y mimada. La mayoría de sus vestidos son de la temporada pasada.
- Ya veo –dijo él, y Alexandra se preguntó qué sería lo que vería.

La cena de esa noche, con dos diamantes en la misma habitación, fue un suplicio. Juliette habló de lord Melberry, que se había encaprichado con ella, y dedicó a Melissande una sonrisa altanera. Melissande se encogió de hombros y recordó que a ella le había aburrido con su interminable charla sobre sus diversas propiedades. Después de todo, hablar de las excelencias de las cepas acababa por cansar a cualquiera.

Juliette contó que había rechazado la propuesta de lord Downley y que éste se había sentido muy herido. Melissande rió y dijo que lord Downley le habría propuesto matrimonio a cualquier mujer que afirmara tener más de mil libras de dote. Y así continuaron sin parar.

Al final Alexandra pudo levantarse e indicar a las damas que abandonaran el comedor. No advirtió la mirada de enojo de su suegra. Se dirigió al pianoforte y se sentó. Tocó unas cuantas baladas francesas, intentando prescindir de la fútil conversación entablada a su alrededor.

- Mis padres me tienen mucho cariño –anunció Juliette-. Me dieron un nombre maravilloso. Lord Blaystock me dijo que ellos debían saber desde el principio que sería muy hermosa. –Volvió sus grises ojos hacia Alexandra, que redobló sus energías en el piano. Juliette alzó la voz-. Sus padres no debían estar muy contentos con usted. Le pusieron un nombre masculino, ¿no está de acuerdo, milady?
- ¿Qué milady? –inquirió Sinjun-. Hay tantas aquí.

- Es usted demasiado joven para que le permitan sentarse con los adultos, ¿no? Me refería a Alex, naturalmente. Porque sin duda ése es un diminutivo de hombre.
- El caballo de un amigo mío se llama Juliette.
- ¡Joan! ¡Cállate y pídele disculpas a lady Juliette!
- Sí, madre. Excúseme, lady Juliette. Pero es un caballo muy bonito, en realidad es una yegua y tiene un hocico muy suave y el vientre muy redondo y su cola es grande y gruesa, y la sacude siempre que se le acercan moscas o sementales.

Douglas acertó a oír lo último y rió sin poder contenerse. Su hermana era la mejor arma de su arsenal y no se había dado cuenta hasta entonces de sus auténticas posibilidades. Se alegró de haberle permitido quedarse después de la cena.

- ¡Joan! Douglas, dile algo a tu hermana.
- Hola, Sinjun. Sírveme una taza de té, por favor. Alexandra, sigue tocando. Lo haces muy bien. Me gusta.

Tony fue a sentarse junto a su esposa.

La condesa, al ver que la velada estaba a punto de echarse a perder, propuso jugar al *whist*. Douglas sonrió y pidió a Alexandra que fuera su pareja. Sus oponentes fueron Tony y Juliette.

Douglas se preguntaba si su esposa jugaba tan bien como había insinuado. No tardó en despejar sus dudas. No contaba demasiado bien, pero jugaba con entusiasmo e imaginación, con una estrategia extraordinariamente similar a la suya, lo que le fastidió tanto como le satisfizo y por un momento se preguntó cómo jugaría Melissande si llevara una bolsa en la cabeza. Alexandra y él ganaron la mayoría de las manos. Tony gruñía de buen humor cuando Juliette anunciaba triunfalmente una buena salida o se quejaba se las malas cartas.

Douglas tuvo que taparse la boca con las cartas para que nadie viera la perversa sonrisa que no pudo contener cuando Alexandra superó a Juliette. “Oh, no”, exclamó la muy tonta fuera de control, lanzó sus últimas cartas, se levantó y pateó el suelo.

- ¿Cómo sabía que yo llevaba el rey de picos? Es imposible. ¿Por qué ha salido con el as?, no creo que sea una buena salida. Es suerte, nada más que suerte. O quizá se ha servido del espejo.

Ahora sí que se había pasado de la raya. Douglas se levantó.

- Creo que está fatigada, lady Juliette –dijo con tono glacial-. Sin duda tal despropósito no habría salido de una boca bien descansada.

Juliette ahogó una exclamación y contuvo la lengua, un esfuerzo que le resultaba difícil en cualquier circunstancia, y permitió a un tío Albert muy solícito que la condujera fuera del salón.

- Es hermosa –comentó Sinjun con tono imparcial-, pero es muy estúpida. Una lástima.
- ¿Por qué es una lástima, mocosa? –preguntó Tony, dedicándole una sonrisa.
- Algún pobre caballero extasiado por su belleza, se enamorará de ella y un día descubrirá que está casado con una mujer estúpida y mezquina.

Melissande se acercó a su marido. Puso la mano sobre su hombro y Tony se la palmeó inconscientemente.

- Te compadezco por haber tenido que jugar contra Alex. Es mortal. Papá le enseñó. Reginald intentó enseñarle a hacer trampas, pero a ella no se le daban bien. Siempre enrojecía cuando lo intentaba.

- Le falta aprender a contar mejor –señaló Douglas.
- Me atrevería a decir que tú te encargarás de enseñarle muchas cosas nuevas, primo –declaró Tony, y se levantó. Se inclinó ante Alexandra y deseó las buenas noches al resto.

Alexandra suspiró cuando ella y Douglas subían las escaleras en dirección a los dormitorios.

- Ha sido una noche larga, debo reconocerlo.
- Sí –convino ella, con un súbito temor en la voz. Oh, cielos, ¿insistiría Douglas en ir a verla otra vez? Alexandra se regazó.

Douglas se detuvo en medio del largo pasillo, la cogió por los hombros y declaró:

- Déjame que te lo aclare para que no tengas que suspirar de nuevo. Sólo tienes dos alternativas: ¿quieres venir a mi cama o quieres que yo vaya a la tuya?

Ni siquiera en eso la dejó elegir. Suavemente Douglas la empujó hacia su dormitorio y cerró la puerta con llave. Se quedó mirándola pensativamente a la escasa luz del fuego.

- Esta noche no voy a asustarte. Seré tranquilo y sutil. Controlaré tu placer tal como controlo el mío. Soy un hombre experimentado, un hombre de mundo. Mis movimientos serán tan serenos y plácidos como ese fuego. ¿Lo entiendes?

Alexandra volvió la vista hacia la chimenea y luego miró a Douglas.

- Di que lo entiendes, maldita sea.
- Lo entiendo. –Entonces extendió los brazos hacia él en un gesto que no era planeado, y, en el instante siguiente, Douglas la tenía en los brazos y la llevaba a la cama. Se tumbó sobre ella, y se ocupó de quitarle el vestido con manos frenéticas, tirando y desgarrando.
- ¡No importa, maldita sea! –Ahí se acabaron las palabras, porque Douglas no podía dejar de besarla. Cuando le desnudó los pechos, sus ojos brillaron y gimió, chupando y mordisqueando los pezones. Temblaba y se retorcía sobre ella, tratando de cubrirla por completo con las manos y la boca, mientras intentaba desembarazarse de la ropa de ambos.

Y cuando por fin la tuvo desnuda, se levantó para quitarse los pantalones. Lo hizo con tanto torpeza y frenesí que acabó por romperlos. Entonces se quedó desnudo, espléndidamente desnudo. Su cuerpo brillaba a la luz del fuego.

- Eres tan hermoso, Douglas –exclamó Alexandra.
- Oh, no, no –dijo él, pero esta vez no se echó sobre ella. Le separó las piernas y la levantó por las caderas para acercársela a la boca-. Esta vez no permitiré que te reprimas. No, no lo permitiré. ¿Te gusta, Alexandra? Señor mío, estás caliente. Sí, estás temblando. Por favor, dime qué sientes.

Alexandra gimió y hundió los dedos en los cabellos de Douglas, oprimiendo más y más su cabeza. Notaba el cálido aliento en su piel y fue demasiado. Alexandra chilló con la cabeza echada hacia atrás sobre la cama.

Douglas sintió las uñas de Alexandra clavadas en la espalda, sintió el frenético apretar de sus músculos, y se sumergió en su placer, cada vez más profundamente. No esperó a que ella se calmara y la penetró.

- Rodéame la cintura con las piernas. –Alexandra no le oía, tan grandes eran su placer y su sorpresa, así que tuvo que repetírselo.

Alexandra le rodeó el cuello y buscó su boca, y Douglas empujó, penetrándola cada vez más hondo, acariciándole las nalgas con sus manos grandes y cálidas. Alexandra no dejaba de besarle, gimiendo suavemente y arrebatándole el poco control que pudiera quedarle.

Douglas la llevó en brazos hasta la gran alfombra que había frente a la chimenea. Sabía que iba a enloquecer, que no podría soportarlo más. La tumbó de espaldas y la penetró hasta las mismas entrañas. Cuando Douglas alcanzó el orgasmo, Alexandra estaba experimentando sensaciones desconocidas para ella. Douglas se desplomó sobre ella y Alexandra lo acarició, sintiéndose fuerte y segura.

- Te amo, Douglas –soltó sin pensar-. Te he amado siempre.

Él gimió y se echó a un lado, atrayéndola hacia sí. Alexandra sintió el calor del fuego mortecino en la espalda y las piernas. Sintió la fuerza de los brazos masculinos alrededor de su cintura. Sintió el calor de su aliento contra su sien.

Pero súbitamente, al darse cuenta de lo que había dicho, se quedó helada. Advirtió también que él no había dicho nada. Comprendió que acababa de otorgarle poder sobre ella. Al notar la humedad de su semen en los muslos, intentó moverse.

- No –dijo él, en voz baja y enronquecida-. No. –La alzó en brazos y la llevó a la cama-. No –repitió mientras la metía entre las sábanas-. Quiero que mi semen siga dentro de ti. –Se introdujo junto a ella en la cama, cubrió a ambos y la estrechó junto a él. Al poco se había dormido y su respiración era profunda y rítmica.

Era una chiquilla estúpida, se dijo Alexandra, y se rindió. Apoyó la cabeza sobre el pecho de Douglas, notando el picor de su vello en la nariz. Al menos esta vez no había salido corriendo de la habitación. Le besó la clavícula, dejando que su lengua se deslizara y lamiera las tetillas. Douglas suspiró, profundamente dormido, y estrechó su abrazo. Alexandra vio sus pechos apretados contra el pecho de Douglas y supo que ya no había camino de retorno. Se durmió.

17

- ¿Qué estas haciendo?

Douglas se volvió y vio a Alexandra en el umbral de la puerta.

- Intento averiguar exactamente hasta qué punto es mala la situación.
- ¡Pero estás repasando mi ropa!
- ¿Cómo voy a saber lo que necesitas si no? Maldita sea esa majadera entrometida que tengo por hermana. Viene y me dice que, si tiene que asistir a esa condenada velada, necesita un vestido nuevo. Luego menea la cabeza y dice que no, que no puede. En realidad, habla con la voz más compasiva y piadosa que puedas imaginar. Sí, le ha quedado estupendo cuando ha dicho que no estaría bien, puesto que tú no tienes nada nuevo que ponerte. Entonces ha tenido el descaro de mirarme como si te estuviera denigrando. ¡Yo, que te aseguré que podías engatusarme!
- ¡Ya basta, Douglas! No necesito ni quiero vestidos nuevos, es ridículo, y a Sinjun habría que darle una bofetada.
- La muchacha tenía razón en este caso. Vamos, Alexandra, sé razonable, por favor.
- Muy bien, tal vez necesite un nuevo vestido de baile, pero tengo dinero propio, Douglas, no quiero que tú...
- ¿Qué? ¿Otra vez estamos con esas ridículas treinta libras? Mi querida niña, con eso no comprarías ni el corpiño de una mujer con el pecho plano. Dios bendito, sólo para cubrirte la parte superior del torso me vaciaría los bolsillos. No, no grites. Cállate. Ya lo he decidido. He dispuesto que a última hora de la mañana vendrá una costurera de Rye. Te tomará medidas y luego yo seleccionaré un vestido adecuado para la pequeña velada del próximo miércoles. Después te llevaré a madame Jordan en Londres. –Douglas cerro de un golpe la puerta del armario. Luego volvió a abrirla y empezó a revolver el calzado de Alexandra-. Ah, lo que pensaba. Necesitas renovar tu vestuario de pies a cabeza.
- Douglas. –La voz de Alexandra tenía un nota de desesperación-. No necesito que me compres cosas, de verdad. Eso de engatusarte no era más que una broma estúpida. Sinjun sólo ha hecho que entrometerse, como tú bien has dicho. Tienes razón sobre el vestido de baile y te lo agradezco, pero nada más, por favor. No creo...
- Cállate.
- ¡No, no pienso callarme! No soy uno de tus criados y no puedes darme órdenes. Escúchame, no deseo deberte nada, no...
- Ah, así que prefieres avergonzarme llevando tus malditos harapos. ¡Por todos los diablos, mujer! No consentiré que me llamen tacaño; no permitiré que la gente crea que te tengo abandonada. Imagino que los cotilleos sobre nosotros son ya bastante confusos como para añadir el hecho de que mi mujer parece una palurda.
- Pero a ti no te importa demasiado lo que piense la gente –comentó Alex despacio, observándole-. No soy una palurda. Sólo lo parezco cuando tengo la desgracia de estar al lado de Melissande. En realidad, lo que ocurre es que mis vestidos no están a la última moda.
- Bueno, lo más probable es que vayas a estar al lado de tu hermana, así que debemos hacer algo. En cuanto a tus pechos no quiero que te los aplastes o que te los vendes, ni nada parecido, sólo que los camufles un poco; que des un indicio de tus atributos. Quizá un indicio sea demasiado incluso. Tendré que pensarlo más. Todos los caballeros te mirarán ahí y te sentirás incómoda. Además,

no voy a aceptar ninguna de tus sugerencias. ¿No te das cuenta de que si llevas los vestidos escotados, los caballeros podrán verte hasta los pies?

- ¡Eso es absurdo!
- No. Al no ser alta, la mayoría de los caballeros tendrían la ventaja de mirarte desde arriba. No toleraré que tus pechos queden al alcance de todos esos groseros para que se les caiga la baba, así que no me discutas.
- ¡Pero si no estoy discutiendo!
- Ah, ¿y entonces qué estás haciendo? Gritas como una posesa, como una maldita verdulera.
- ¡Muy bien! ¡Llévame a Londres, llévame a ver a esa madame Jordan, gástate todos tus peniques en mi trasero!
- ¡Ja! ¿No querrás decir tu delantera?
- Oh, cielos. Douglas, por favor.

Douglas sonrió.

- ¡Por todos los diablos! –exclamó Alex-. Eres tan perverso como Sinjun, maldito seas.
- No del todo. Veo que te has apropiado de una de las expresiones preferidas de los Sherbrooke. He intentado frenar mi lengua contigo, pero aun así la has aprendido. De quién, no voy a preguntarlo. Nos iremos a Londres después de la velada, ¿de acuerdo? No, no discutas conmigo. Ya has aceptado antes y me atengo a tu palabra. Además, para entonces, ese canalla traidor se habrá ido ya con Melissande.
- Y no hay razón para que tú te quedes aquí, no quedándose ella.
- Tu sintaxis es espectacular y no sabes de qué estás hablando. Pero si sigues ahí de pie, apuntándome con tus pechos, te arrancaré ese vestido y entonces llegarás tarde a tu cita con la costurera.

El conde la dejó en medio del dormitorio, sin mirar nada en particular y diciéndole al armario:

- Es un hombre extraño.

Si Alexandra se imaginaba que Douglas se ablandaría y la dejaría a solas con la señora Plack, la costurera de Rye, pronto se daría cuenta de que andaba errada. Sinjun se repantingó en una *chaise longue* y Douglas se sentó muy tranquilamente en un sillón de orejas, cruzando los tobillos y los brazos y diciendo:

- Por favor, empiece, señora Plack.

Alexandra quería echarlos a los dos de su dormitorio, pero sabía por su corta pero intensa experiencia que, cuando Douglas había tomado una decisión, era inamovible. Se quedó tan tiesa como un palo mientras la señora Plack le tomaba medidas. Alzó los brazos, se erguió en toda su estatura; luego intentó encorvarse un poquito, lo justo para que los pechos no le sobresalieran tanto, lo que provocó una rápida orden de Douglas:

- ¡No, endereza la espalda!

Alexandra obedeció. Después obtuvo permiso para quedarse mientras Douglas examinaba las láminas de moda hasta encontrar un vestido de su gusto.

- Pero –dijo, acariciándose la barbilla-, quite ese volante bajo. Es demasiado. Ah, sí, las líneas suaves y la cintura alta le harán parecer más esbelta. Oh, y suba el escote al menos dos centímetros.
- ¡Pero, milord, así su señoría parecerá una provinciana!
- Dos centímetros –repitió el conde-. Súbalo dos centímetros.
- ¿Puedo verlo? –preguntó Alexandra dulcemente.
- Por supuesto. –Douglas la cogió por el brazo para atraerla a su lado-. ¿Estás de acuerdo en que te sentará a las mil maravillas?

Alexandra miró el vestido y tragó saliva. Era exquisito.

- ¿Qué color has pensado?
- Un suave verde pastel con sobrefalda en verde oscuro.
- No quiero parecer una provinciana.

La señora Plack emitió un suspiro de alivio.

- Bien. Entonces dejaré el escote tal como está.
- No –dijo Douglas-. Quiero que la admiren no la que miren. Alexandra le sonrió, sin decir nada. Miró la boca de su marido y sus ojos se nublaron. Amaba su boca, el contacto de su boca con la de ella. Alexandra vio que el conde apretaba los puños. Amaba la fuerza de sus manos, el frenesí de su boca y sus manos cuando la tocaban, cuando él se volvía loco y salvaje e incivilizado cuando ella se convertía en la cosa más importante del mundo para él.
- Para –susurró Douglas.
- Oye. –Sinjun bostezó-. Creo que has elegido bien, hermano. Ahora, ¿no crees que podriamos ir a comprarle esa yegua a Alexandra?
- Tú te quedarás y te tomarán medidas para tu vestido, Sinjun. Lo he elegido yo y madre ha dado su aprobación. No, no me des las gracias.
- ¡Iba a reprenderte por ser tan despótico! Me gustaría escoger mi vestido, yo misma.
- No, eres demasiado joven, demasiado inmadura. No discutas conmigo. Alexandra y yo te veremos más tarde. Gracias, señora Plack. No lo olvide, dos centímetros.

- Has actuado de forma despótica, ¿sabes? –comentó Alexandra a su marido cuando caminaban hacia las cuadras.

Douglas espantó una mosca.

- Te conviene, igual que a mi imprudente hermana. –Siguió andando sin mirarla-. Cuando volvamos te llevaré otra vez a ese encantador riachuelo –susurró-. He decidido que son los dormitorios, con esas grandes camas, lo que me hace perder la razón y la perspectiva. Sí, es el lugar y no tú el que tiene la culpa de que me vuelva un hombre sin delicadeza ni *savoir faire*.

>>Iremos al arroyo y seguiré siendo yo mismo. Te desnudaré, te tumbaré y te tocaré y te besaré los pechos y entre las piernas, y sonreiré y hablaré contigo mientra te acaricio. Quizá charlaremos de la situación en Nápoles, tanto desde el punto de vista de Napoleón como de los realistas. Y seré de lo más elocuente, pues me concentraré en mis palabras y no en tu cuerpo. Mi control aumentará y dominaré mi experiencia con la mente. Luego, cuando decida que quiero continuar ocupándome de ti, lo haré, y actuaré lentamente y te haré todas las cosas que no he tenido tiempo de hacer hasta ahora. Bueno, por lo menos me tomaré más tiempo, y tú gritarás y aullarás hasta quedarte ronca. Y te complacerá mucho que sea lo bastante caballero como para haber ideado todo esto.

Douglas se volvió para mirarla. Alexandra parecía asombrada e incrédula a la vez y tenía el rostro congestionado. El conde se echó a reír.

- Podrás gritar cuanto quieras. No habrá nadie por allí salvo unos cuantos patos y pájaros. Sí, me gustará oírte gritar en pleno día con el sol en la cara mientras yo te aprieto contra el calor de la tierra.

Alexandra le dio un codazo en el estómago y él soltó otra risotada. Alex deseaba decirle que podía ser tan salvaja como quisiera, pero vaciló, y él se le adelantó.

- Disfrutarás más cuando vuelva a ser un amante excelente.

Alexandra se preguntó cómo iba a ser eso posible.

En la granja Brandeleigh hallaron una yegua de tres años de ascendencia árabe, cuyo padre había sido un semental de Foxhall. Era una yegua con genio, de boca blanda, largo lomo, negra como la noche y una estrella blanca en el morro. Intentó morder a Alexandra en el hombro, ésta se apartó a tiempo y entonces la yegua le empujó el mentón con el morro. Fue un amor a primera vista.

- Ya sé cómo la llamaré –dijo Alexandra, dando botes de alegría cuando Douglas concluyó la venta con un tal señor Crimpton. La yegua recién comprada iaba atada a la parte de atrás de la calesa.
- ¿Medianoche? ¿Negrita?
- ¡Oh, no, estos nombres serían muy vulgares, y ya sabes que debemos evitar que nos acusen de eso a toda costa!

El conde la ayudó a subir a la calesa, luego rodeó el vehículo para subir por su lado y chasqueó la lengua para azuzar al caballo.

- ¿Y bien? –volvió a preguntar tras un rato.
- Se llama *Colleen*.
- No tiene sangre irlandesa.
- Lo sé. Pero es original.

Douglas sonrió. Se dio cuenta de que se sentía maravillosamente bien. Chasqueó la lengua para que el caballo fuera más rápido. Quería llegar al arroyo y demostrar que era el más controlado de los amantes. Douglas colocó en orden de batalla argumentos absolutamente lógicos sobre la invasión de Nápoles por las tropas de Napoleón. Apenas si era consciente de que Alexandra iba sentada a su lado. Era espléndido. Volvía a ser él mismo.

Douglas ayudó a su mujer a bajar de la calesa y, con ese gesto, al rodear su cintura para bajarla hasta el suelo, sus manos se fueron hacia los pechos y su boca hacia la boca, la besó y la tocó, y perdió todo el autocontrol. Le arrancó la camisa a trozos. Fue rápido e intenso, y cuando por fin consiguió levantarse, con el corazón latiéndole tan fuerte todavía que podía oír los latidos, dijo, anonadado:

- De verdad que no puedo soportar esto, de verdad que no. Por todos los diablos, es demasiado para un hombre. Fíjate, incluso me has arrancado el juramento de los Sherbrooke y eso que he intentado no blasfemas delante de ti. He fracasado. Jesús, no soy más que un animal en celo, un bobalicón sin sentido común y menos cerebro aún.

En cuanto a Alexandra, dudaba que fuera capaz de moverse. Su marido la había tomado rápidamente, como de costumbre, y la había penetrado profundamente dándole un placer que hizo que gritara y se arqueara hacia arriba, mientras la luz del sol que se filtraba entre las ramas del roble bañaba su rostro. Su nueva yegua relinchó como respuesta. Douglas jadeó y le dijo cosas que ella suponía que eran muy sexuales, pero no las comprendió del todo. Era extraño en ella, pero diría que deseaba pedirle que se las explicara para poder decírselas a él y entenderlas.

- Sí –dijo Douglas-, es demasiado lo que tengo que soportar. –Entonces se inclinó y la besó. Alexandra le abrió los labios y todo volvió a empezar-. ¡Maldita sea! –aulló el conde al aire puro y fresco de la mañana.

Volvió a besarla, la penetró con fuerza y empujó más y más hondo. Se retiró para buscarla con los dedos y con la boca, y así siguió y siguió, mientras ella perdía la cabeza, fuera de control, pero se volvía hacia adentro, hacia él, para envolverse en su pasión. Alexandra no quería que fuera civilizado; no quería que hiciera nada diferente. Quería que fuera un cerdo.

Alexandra volvió a decirle que lo amaba mientras lo besaba en la mandíbula, en el hombro y en la garganta, mientras le acariciaba el pecho febrilmente y bajaba las manos hacia su estómago. Tocó el sexo de Douglas con la punta de los dedos y él se estremeció.

- No, otra vez no. –Suavemente, Douglas empujo a Alexandra hasta el suelo. La miró con firmeza-. No, no me amas –afirmó-. Atiéndeme, Alexandra. Una mujer dice que ama a un hombre porque tiene que justificar su pasión ante sí misma. Si se abandona, si disfruta de un gran placer, bueno, entonces tiene que ser amor, no lujuria. Tú, en particular, eres joven y romántica; para ti es importante que tu placer corporal tenga un envoltorio más sentimental. Así es como funciona tu cerebro femenino, reforzado por todas esas ínfimas novelas que sin duda te han hecho desmayar, pero lo superarás si te esfuerzas por ser razonable.

- ¡No seas ridículo! –Alexandra lanzó su puño con fuerza contra la mandíbula de Douglas. Éste se apoyaba únicamente en un codo y la sorpresa del golpe hizo que se cayera hacia atrás-. ¡Estúpido palurdo! ¡Animal sin cerebro y en celo!

- Bueno, al menos lo último es cierto, yo ya lo había asumido.

- ¡Vete al diablo!

Alexandra se levantó y empezó a vestirse con movimientos bruscos, jadeando con fuerza, tan furiosa con Douglas que temblaba.

- Alexandra, sé razonable. Ya basta.

No le hizo caso. En un momento dado se movió con tal energía que un botón salió disparado.

Douglas se apoyó en los codos, estirado, desnudo, sudando y sintiéndose muy relajado. Incluso sonreía.

- Alexandra, ¿por qué te pones así si es la verdad? El amor es un juguete absurdo en manos de un poeta, y si puede hacer que una palabra estúpida rime con otra, pues mucho mejor. Es tan infundado como un sueño, tan absurdo como la lluvia que se escurre entre tus dedos. No lo emplees como excusa para disfrutar conmigo, no lo necesitas. Tú y yo armonizamos bien en la cama. Me respondes a la perfección, a pesar de que al parecer tengo esa enfermedad de animal en celo contigo. No necesitas ocultar eso con tonterías románticas.

Alexandra ya se había vestido, aunque sus medias y botas estaban aún en el suelo. Puso los brazos en jarras y dijo muy lentamente, con una calma absoluta:

- Sé que no debería habértelo dicho. Sabía que tú no sientes en absoluto lo mismo y temía que eso te diera poder sobre mí. Estaba totalmente equivocada. Te importo tan poco que ni siquiera te aprovechas de ese poder. No comprendí que te burlarías de mis palabras y de mis sentimientos, que te divertirías con lo que yo siento. Tu cinismo es patético, Douglas. Si te hace sentir mejor, si te hace pensar que tus ideas están justificadas, bien, entonces no te amo en este momento. Me gustaría darte una patada en el trasero, pero creo que te castigaré de otra forma. –Alexandra cogió las botas y los pantalones de su marido y corrió con ellos hacia el arroyo. Se detuvo en la orilla y arrojó los objetos con toda la fuerza de que fue capaz.

Douglas se puso en pie de un salto para coger sus ropas, pero llegó demasiado tarde.

- ¡Por todos los diablos! –Douglas saltó a la corriente para coger botas y pantalones. Mientras tanto, Alexandra desató al caballo, subió a la calesa y salió disparada. La camisa y la casaca de su marido yacían junto a ella en el pescante.

Alexandra oyó a su marido gritar y azuzó el caballo. Él no podría alcanzarla con los pies descalzos. Además, podía silbar al caballo cuanto quisiera, que éste no

iba a prestarle la menor atención. Alexandra sonrió. Era un cínico y un grosero. La venganza tenía un sabor muy dulce.

Treinta minutos después, Douglas pasaba junto al tejo en el que ondeaba su camisa como una bandera blanca de rendición. Precisamente cuando se preguntaba dónde habría ido a parar. Se la había llevado ella, malditos fueran sus ojos. Douglas tenía calor, sudaba y deseaba tener el cuello de Alexandra entre las manos, sólo por unos instantes, lo justo para apretar y hacer que el rostro se le pusiera azul.

Condenada majadera. Entre ellos dos había lujuria, una lujuria desatada, enraizada en los huesos, y como todas las mujeres desde que el mundo es mundo tenía que convertirlo en algo más grandioso y elevado de lo que realmente era. Sin duda, si él la dejaba se pondría a parlotear sobre la unión espiritual, una comunión de las almas. No iba a tolerarlo.

La camisa se le pegó a la espalda sudada. El sol de la tarde era abrasador. Medio kilómetro más y vio su casaca flotando de la rama más baja de un arce.

Cuando por fin subió con furia la amplia escalinata de entrada a Northcliffe Hall, iba dispuesto a matar. Lo recibió Hollis, que puso cara de borrego inofensivo.

- Ah, su señoría ha vuelto de su paseo por el campo. Lady Alexandra, nos ha contado que ha estado usted alabando los hermosos tulipanes que se inclinan tan grácilmente sobre el arroyo; ha dicho que ha estirado usted el cuello para ver las copas de los álamos a lo largo del sendero, también que tarareaba usted con el precioso canto de los zorzales y que olía el aroma de las lilas. Ha añadido que de pronto usted ha deseado entrar en comunión con los peces y se ha puesto a nadar en el arroyo. Nos ha explicado lo bondadoso que ha sido al permitirle a ella regresar, puesto que tenía tanto dolor de cabeza. Parece usted un poco acalorado, milord. ¿Le apetece una limonada, quizá?

Douglas sabía que Hollis estaba mintiendo y sabía que Hollis sabía que lo sabía. ¿Por qué insistía todo el mundo en protegerla? ¿Y él qué? Él que había tenido que meterse en el arroyo y desenterrar las botas del cieno del fondo. Él que había tenido que darse una caminata de cinco kilómetros. ¿Limonada?

- ¿Dónde está su señoría?
- Bueno, está entrando en comunión con la naturaleza de Northcliffe, milord. En los jardines.
- Pensaba que habías dicho que tenía un maldito dolor de cabeza.
- Supongo que se habrá repuesto.
- Vaya.

La imagen de Alexandra confortablemente sentada en una hamaca, fresca y libre de sudores, estuvo a punto de enfurecerle. Douglas se contuvo. Meneó la cabeza para sí. Todo aquello era ridículo.

Un mes atrás era un hombre libre.

Dos semanas atrás se creía casado con la mujer más hermosa de Inglaterra.

Y ahora estaba atado a una majadera a la que no había visto nunca y que lo torturaba constantemente, y que lo había convertido en un salvaje.

En los jardines del este, Tony se apoyaba despreocupadamente en el delgado tronco de un alarce y miraba a su cuñada. Alexandra estaba sucia, el sudor oscurecía sus cabellos y tenía las manos negras de tierra. Arrancaba una mala hierba con movimientos espasmódicos y murmurando para sí.

- Creo que todo va bien –dijo Tony.

Alexandra hizo una pausa y alzó el rostro.

- Nada va a ninguna parte, Tony. No le gusto, en serio.

- Estás malinterpretando la cuestión, querida mía. Te ha aceptado como esposa. Además, he visto cómo te mira. Le he visto mirarte con un deseo salvaje y lleno de placer.
- Detesta eso. Hasta hoy me echaba la culpa a mí porque perdía el control cada vez que me tocaba. Hace dos horas decidió culpar a los dormitorios y las camas. Había planeado charlar sobre filosofía, o sobre la guerra, o sobre cualquier otra cosa mientras me hacía el amor. –Suspiró-. Cuando eso también ha fracasado... bueno, probablemente ahora me busca dispuesto a retorcerme el pescuezo.
- Lo que le has hecho ha sido fantástico, Alex. Desearía haberle visto lanzarse desnudo al arroyo para salvar las botas y los pantalones. Si no recuerdo mal, hay rocas que hacen daño a los pies descalzos.
- Sé que no es correcto hablar así, Tony, pero no tengo a nadie más. He sido una estúpida. Le he dicho que lo amaba. No he podido evitarlo, me ha salido de repente. Me ha dicho entonces que todo lo que siento yo y todo lo que siente él no es otra cosa que lujuria. Ha dicho que el amor es una tontería y que la idea de una unión espiritual le pone enfermo.
- ¿Ha dicho eso de verdad?
- No exactamente. Sólo te lo cuento de modo que las palabras se adapten mejor a sus sentimientos. En realidad, lo que ha dicho ha sido peor, más insultante, más cínico.
- Pero ahora es tu marido y te lo juro, Alex, donde un hombre encuentra placer suelen surgir otros placeres, si el hombre y la mujer son mínimamente razonables. Tú amas a Douglas. La mitad de la batalla ya está ganada. Más de la mitad, porque cuando te toca se vuelve loco. Ya verás. Mañana por la noche celebraremos la fiesta. Melissande y yo nos marcharemos al día siguiente. No tendrás que preocuparte más por mi encantadora hechicera. Además, creo que Douglas está empezando a preguntarse cómo habría podido manejarla.
- No puedo creer que permita que la llames Mellie.
- Me disgusta ese nombre profundamente. Mellie, ¡bah! Suena como si fuera una chica gorda con espinillas. Sin embargo, es importante que se me someta por completo. Si deseo llamarla así, tendrá que aceptarlo, ya que viene de mí, su marido, su dueño y señor.

Alexandra se lo quedó mirando.

- Eres terrible, Tony.
- No, en realidad no lo soy –replicó él con una sonrisa-. Por mucho que quiera a tu hermana, no permitiré que ella lleve la voz cantante. Ah, creo que tu errabundo marido está acercándose en esta dirección. Por lo general, un hombre se detendría un momento para admirar las estatuas griegas, pero no es el caso de Douglas. Parece ir a matar. Esto puede ser interesante. ¿Quieres que te lo quite de encima?
- No, te retaría en duelo o te atacaría aquí mismo. –Alexandra meneó la cabeza-. Entonces tendría que volver a atacarte yo, Tony.
- Muy cierto. Ah, estamos salvados. Ahí está Melissande con sus acuarelas. Ahora se detiene para mirar las estatuas y no tiene aire de querer pintarlas, te lo aseguro. Ella y Douglas se han encontrado y hablan. Douglas tiene que dominar su bilis. Ha de ser encantador por mucho que quiera matarte. Sí, parece que ha dejado de hacer rechinar los dientes. ¿Sabes, Alex? Tengo una idea, una idea totalmente censurable.
- Alexandra lo miró, comprendió y protestó rápidamente.
- Oh, no, Tony. No funcionaría, no...

Douglas y Melissande aparecieron a la vuelta de un tejo y descubrieron a Tony arrodillado frente a Alexandra, con los brazos a su alrededor y besándole los cabellos.

Douglas se quedó helado.

Melissande dio un respingo como si la hubieran golpeado. Arrojó las acuarelas al suelo y, gritando como una endemoniada, corrió hacia la pareja, agarró a Tony por los pelos y tiró con todas sus fuerzas. Tony cayó hacia atrás con una sonrisa en la boca, pero Melissande no miraba a su marido, sino a su hermana.

- ¡Eres una miserable ladrona de maridos! –gritó y se lanzó sobre Alexandra, tumbándola de espaldas-. ¡Cómo te atreves, Alex! ¡Con un marido y tienes el descaro de intentar quitarme el mío! –Melissande empezó a tirarle de los pelos.

- ¡Para! Por el amor de Dios...

Douglas cogió a Melissande, la levantó en volandas y la empujó hacia Tony, que la cogió y le sujetó los brazos a los costados.

- ¡La dejaré calva! ¡La haré cinco centímetros más baja!

- Calla, Mellie, calla.

Melissande se volvió hacia su marido y le gritó a menos de un centímetro de la cara:

- ¡No me llames por ese horrible nombre! ¿Qué hacías besándole el pelo? ¡Yo tengo un pelo precioso, si quieres besar pelo, besa el mío! ¡Eres un bruto infiel, le voy a arrancar todos los pelos a ella y luego tú... No te atrevas a intentar besarme ahora, miserable patán!

Douglas oyó los gritos a su espalda, pero no se movió. Se acuclilló delante de su esposa. Alexandra sacudía la cabeza, como si quisiera comprobar si seguía sobre sus hombros. Estaba sucia, tenía el rostro lleno de churretones y los ojos llorosos.

- ¿Estás bien?

- No, me escuece el cuero cabelludo. No sabía que Melissande fuera tan fuerte.

- Te está bien empleado.

- Sí, seguramente.

- Supongo que a Tony no se le ha ocurrido que ella te fuera a atacar. Es evidente que no ha meditado bien su plan.

Alexandra lo miró y comprendió que Douglas sabía exactamente qué había ocurrido.

- No, supongo que le ha cogido por sorpresa. Pero al mismo tiempo le habrá complacido.

- Sí. Vamos. Estás hecha un asco, más que yo. No me bañaré contigo o no arreglaremos nada.

Se levantaron y se dieron la vuelta; Tony besaba a su mujer apasionadamente.

- Sí, Tony ha demostrado una cosa, ¿verdad? –murmuró Douglas mansamente-. Algo con lo que no contaba. Ahora está muy satisfecho de sí mismo.

Tony le hizo el amor a su mujer allí mismo, junto a una estatua griega, y fue tan violente y apremiante como su primo. Melissande se olvidó por completo de su bonito vestido, y no se preocupó por las manchas de hierba ni por los posibles intrusos. Perdió la razón y fue absolutamente delicioso. Cuando Melissande comunicó a su marido que lo amaba y que mataría a cualquier mujer que quisiera quitárselo, él sonrió como un bendito y dijo con enorme satisfacción.

- Creo que yo también te amo. Tu fiereza me gusta, igual que tus celos. Sí, me gustas, y mucho.

En cuanto a Douglas, se sentó en su bañera de cobre, con la cabeza dándole vueltas y su ayuda de cámara de pie junto a él, retorciéndose las manos y lamentándose de las botas y los pantalones echados a perder.

18

Tysen Sherbrooke se irguió orgulloso como un gallo y lanzó una mirada reverente cuando dijo a Alexandra:

- Me gustaría presentarle a Melinda Beatrice Hardesty. Mi cuñada, lady Alexandra.

Así que aquélla era la jovencita de pecho plano, risa tonta y mentalidad beata que Sinjun destestaba. Alex le sonrió.

- Encantada, señorita Hardesty. Tysen nos ha hablado mucho de usted. Espero que disfrute de esta velada.

Pese a su autoestima, Melinda Beatrice se sentía un poco cohibida delante de una condesa, aunque no pareciera ni un mes mayor que ella. Hizo una graciosa reverencia y dijo con su voz remilgada:

- Gracias, señora.
- Confío en que usted y Tysen se unirán al baile.
- El señor Sherbrooke ha preguntado a mamá si podía bailar con él. Ella se ha negado, naturalmente, pues aún no he sido presentada en sociedad.
- Es una pena –se lamentó Alex-. Tal vez puedan jugar a las cartas.
- Oh, no, señora. Vaya, eso no sería correcto y mamá se enfadaría muchísimo. Mamá dice que sólo los inútiles juegan a cartas.
- Bueno –Alexandra lanzó una mirada atormentada al enamorado Tysen-, quizá usted y el señor Sherbrooke podrían dar un paseo por los jardines. La noche es muy agradable, así que sin duda su querida mamá no pondrá objeción alguna, puesto que hay muchos adultos a unos pasos para proteger su reputación.
- Sí, eso me gustaría –convino la señorita Hardesty-. Si mamá no pone objeciones.
- Qué majadera –comentó Douglas, contemplando cómo se la llevaba su hermano de la mano-. Espero de todo corazón que a Tysen se le pase. Pronto volverá a Oxford, gracias a Dios. –Miró a su mujer cuyo escote sólo había sido subido un centímetro, y frunció el entrecejo. Había oído a Sinjun riéndose por este asunto. No dijo nada, empero, porque cuando Alexandra entró en el salón mirándolo como un cachorrito esperanzado, estaba demasiado ocupado pensando en lo encantadora que le parecía para decir nada. El verde del vestido hacía que la piel de Alexandra pareciera tan cremosa y blanca como su vientre, y llevaba los cabellos, espesos y más rojos que la lujuria, artísticamente recogidos sobre la cabeza, con varios rizos cayéndole sobre el hombro. Douglas bajó la vista hacia el pronunciado escote y notó que se estremecía ante la espléndida piel blanca-. Bailemos, de lo contrario podría sentirme tentado a meterte la mano por el escote.
- De acuerdo.
- ¿De acuerdo qué?

Alexandra le dedicó una sonrisa de mujer fatal.

- Lo que prefieras, Douglas.

Douglas se esforzó por mantener la calma. En cuanto a Alexandra, intentó contener la risa. Sin dejar de intentarlo, contempló el salón de baile con no poco orgullo y alivio. El salón estaba alegremente adornado con colgaduras de crespón azules, blancas y doradas. Había macetas y gruesos ramos de flores en todos los rincones y mesitas, y su fragancia llenaba el cálido aire nocturno. Había al menos quince parejas bailando y otras treinta de pie o sentadas alrededor de las que bailaban. Todos habían aceptado la invitación excepto sir James Evertson, que había tenido el mal gusto de morirse esa misma mañana. En general todo era perfecto y ella había participado en la organización. Había comida de sobra y tía

Mildred había declarado que el ponche de champán era apto para las más quisquillosas matronas. Por primera vez Alexandra se sentía realmente la señora de Northcliffe Hall. Era una sensación embriagadora que le encantaba. Su suegra había refunfuñado un poco con algunas de sus órdenes, pero no se había opuesto a ellas, al menos en la cara. Sí, Alexandra había demostrado que sabía manejar a su suegra.

Alexandra buscó con la vista a su hermana, que parecía una princesa, y estaba bailando con un joven que parecía presto a caer a sus pies jadeante.

Tras debatirse interiormente, Douglas dijo por fin, con cierto tono escandalizado:

- ¿Intentas provocarme, Alexandra?

Alexandra sonrió a su marido.

- ¿De qué estábamos hablando? Has tardado tanto en contestar. Ah, sí, tú eliges, Douglas. Tú insistes en que lo que yo siento por ti es lujuria. Bien, entonces, puesto que eres mayor que yo y mucho más experimentado, supongo que tienes razón. Ahora lo acepto. Me miras el pecho y es sólo lujuria lo que sientes. Yo te estoy mirando la boca y tú ya sabes que deseo besarte, tocarte con las manos, todo tú, especialmente sobre el estómago y por debajo, donde estás tan caliente, suave y vivo. Todo eso es lujuria. Después de todo me dijiste que fuera razonable y que tú eres un hombre con una gran experiencia en todas las cosas, así que sólo se trata de lujuria. –Le sonrió perversamente y le tendió la mano-. ¿Bailamos, milord?

Douglas tenía ganas de abofetearla; respiraba con dificultad. Imaginaba las blancas manos de Alexandra recorriéndole el pecho y sus dedos sobre el estómago, curvándose en torno a su piel, acariciándolo. Douglas sintió espasmos en los músculos.

- Me voy a la sala de juego –anunció, y la dejó con una brusca inclinación de cabeza.

Alexandra sonrió. Que probara su propia medicina, pensó. Que creyera que no sentía nada por él salvo su preciosa lujuria.

Lady Juliette parecía pasárselo bien, por lo que Alexandra podía apreciar. Se había instalado con su propia corte lejos de Melissande. Se reía mucho y muy alto, pero a Alexanda no le importaba. Juliette se iría al día siguiente.

Cuando Hollis susurró al oído de Alexandra que el bufé de la cena estaba listo para servir, a la condesa le sorprendió lo rápido que había pasado el tiempo. Fue Tony quien la escoltó hacia el comedor, mientras que Douglas hacía lo propio con Melissande. Juliette fue del brazo de un caballero de los contornos, absolutamente embobado por ella y que hasta que advirtió a Juliette no había hecho más que quejarse de su gota.

- Douglas sigue enfadado –comentó Alexandra a Tony, ensartando un trozo de deliciosa empanada de salmón con el tenedor-. Y todo porque finalmente he coincidido con él en mis sentimientos, o más bien en mi falta de ellos.

- Sólo lujuria, ¿eh?

- Sí. Se ha hinchado como un altivo cardenal y se ha ido a la sala de juego. Su madre no está contenta con él. Me culpa de su defección, por supuesto. Me han dado ganas de contarle exactamente por qué se había ido. Te prometo que entonces miraría a Douglas bajo otra luz.

- Y a ti también, descarada.

- Cierto –se echó a reír-, pero casi valdría la pena por ver la cara que pondría.

- ¿Estás embarazada?

- Cielos. No tengo ni idea. Oh, Dios mío, Tony, no había pensado en eso. Embarazada. ¿Por qué me lo preguntas?
- He oído a la viuda hablando de ello con tía Mildred. La madre de Doulgas espera que cumplirás con tu deber antes de que acabe el año, puesto que ésa fue la única razón por la que Douglas decidió casarse en un principio. Por el precioso heredero, ya sabes.

Alex lo miró con aire desolado.

- Y supongo que si no aporto el precioso heredero esta año, Douglas me echará fuera de aquí de las orejas e intentará engendrar con otra mujer.
- Parece que estés hablando del ganado de una granja. Pero no, Douglas seguirá intentándolo como un hombre, no me cabe duda. –Tony jugueteó con una rebanada de pan y dijo por fin-: Sé que te resulta difícil creerlo, pero es así. Jamás en mi vida adulta he visto a Douglas perder el control. En la batalla era un hijo de puta de sangre fría que nunca vacilaba, jamás perdía de vista sus objetivos, nunca olvidaba un detalle que pudiera influir en el resultado. Era bueno, Alex, muy bueno; nunca perdió la cabeza. Sus hombres lo adoraban porque sabían que podían confiar en él. Nunca les defraudó.

Últimamente lo he visto tan furioso que otro hombre hubiera explotado por la presión, pero Douglas no. Evidentemente no lo he visto actuar en la cama, pero los hombres hablamos de estas cosas y siempre, en el pasado, me ha parecido como si constituyera una especie de juego para él. Disfrutaba haciendo que una mujer perdiera la cabeza por lo que él le hacía; disfrutaba controlando, imponiendo el ritmo, diciendo cúando y qué se iba a hacer. Tú has socavado sus raíces Sherbrooke. Está perplejo. Yo lo encuentro muy divertido. Además, Alex, creo que tu manera de llevar el asunto esta noche ha sido un golpe maestro. Ah, ojalá pudiera quedarme para ser testigo de su caída.

- Caída. No me gusta cómo suena eso.
- Su ascenso, entonces, cuando acepte que quiere mucho a su mujer, tanto dentro como fuera de la cama, y que no es nada malo estar absolutamente loco por la mujer de uno.
- ¿Sabes? Si nos oyeran hablar nos enviarían a esa horrible Botany Bay. Antes ni siquiera había pensado en las cosas de las que ahora hablamos abiertamente. –Sonrió-. En cuanto a Douglas, no muestra la más mínima reticencia ni vergüenza.

Tony le cogió la mano, se la besó y se rió. Miró en dirección a Douglas y vio que su primo fruncía el entrecejo y tenía el asesinato reflejado en sus negros ojos. En cuanto a Melissande, no sólo había asesinato en sus bellos ojos, sino también descuartizamiento, si no se equivocaba, lo cual le satisfizo enormemente. Jamás olvidaría cómo habían hecho el amor en el jardín. Esperaba que Melissande estuviera preñada. Sin duda se lo merecía.

- Ah, es una pena perderse el final de la obra.

Alexandra se echó a reír.

- Sigue así y no vivirás para verlo.

La velada concluyó a las dos de la madrugada. Alexandra estaba demasiado excitada aún para sentirse cansada, pero la pluma lavanda del turbante de su suegra apuntaba claramente hacia puerto, la tía Mildred ya no seguía el ritmo de la música con las puntas de los pies y el tío Albert roncaba suavemente apoyado en una palmera de una maceta. Douglas salió de la sala de juego quinientas libras más rico para ocupar su lugar junto a su mujer mientras los invitados se despedían.

- Has tenido mucho éxito –declaró-, pero sigue sin gustarme que se te marquen tanto los pechos.

- Creo que tú también has tenido mucho éxito, Douglas, sobre todo con esos pantalones negros que llevas, marcándote los muslos y todo lo demás. Imagino que todas las damas se habrán dado cuenta de tus atributos viriles.

Alexandra se volvió inmediatamente hacia sir Thomas Hardesty y su esposa con objeto de alabar a su encantadora hija, Melinda Beatrice, y guiñarle el ojo a Tysen, que rondaba por allí cerca, al mismo tiempo. Para sorpresa de Alexandra, sir Thomas le sostuvo la mano más de lo normal y con la boca abierta. Douglas permaneció tan rígido como un palo hasta que se marcharon.

- Maldito viejo verde. ¡Cómo se atreve a mirarte así!
- No la miraba en realidad –le excusó Tysen-. Es corto de vista, eso es todo.
- Cada día eres más idiota y resultas más irritante. Debería haberte enviado con Ryder. Te hubiera quitado la tontería a mamporros.
- Bueno –dijo Alexandra, después de que Tysen lanzara a su hermano una mirada insegura y saliera-, creo que también lady Hardesty te miraba un poco.
- Te haré pagar por esas observaciones tan absolutamente impropias, Alexandra.

La condesa dedicó a su marido una radiante sonrisa.

- ¿Por qué no me llamas Alex?

Melissande y Tony se acercaron y Douglas comparó a las dos hermanas. Una era tan dolorosamente hermosa que a un hombre se le pegaba la lengua al paladar con sólo mirarla, y la otra... Dios, cuando la oía reír a Douglas le entraban los sudores, ardía de deseo y sólo pensaba en tenerla desnuda bajo su cuerpo. Alexandra no desmerecía al lado de Melissande. Douglas tuvo ganas de besarle la punta de la reluciente nariz.

El conde estaba impaciente por meter las manos en el corpiño de su esposa y arrancárselo de los pechos. La siguió a su dormitorio, despidió a la doncella e hizo lo que pensaba. Cuando tuvo sus senos en las manos suspiró de placer y cerró los ojos. Luego, de repente, notó las manos de su esposa moviéndose hacia su entrepierna. Douglas se quedó inmóvil. Las manos de Alexandra acariciaron su cuerpo invitándole a gritar de placer.

- Ah –exclamó Alexandra cuando Douglas la besó-, adoro la lujuria, ¿tú no, Douglas?
- Por todos los diablos. –Douglas la desnudó en unos segundos. Alexandra no pensó en ningún momento en el hermoso vestido de baile que había costado algo más de cien libras a su marido. Estaba demasiado ocupada en desvestirlo, acariciarlo y mirarlo mientras lo acariciaba.

Una vez más no hubo tiempo ni preámbulos. Al poco Douglas estaba encima de ella jadeante y su fornido cuerpo se estremecía. Alexandra arqueó el cuerpo hacia él cuando Douglas la penetró. Como siempre, estaba dispuesta y el poder de su marido la hizo gritar y empujar a su vez. Le cogió la cabeza, atrajo la boca de Douglas hacia la suya y lo besó. Le mordió el labio inferior, clavándole las uñas en los hombros y en la espalda al tiempo que se apretaba contra él, aumentando la penetración.

Douglas consiguió recuperar el sentido por un breve instante, momento en que Alexandra alcazó su climax. Douglas vio que la mirada de Alexandra se volvía borrosa y la besó, ahogando los gritos jadeantes de su esposa en sus labios. Pero sólo fue un instante fugaz; enseguida Douglas volvió a empujar furiosamente sobre ella, perdida la razón, hundiéndose en su cuerpo sin cesar. Douglas notó las manos de su mujer en las nalgas y eso provocó la descarga. “Alexandra” suspiró, y se desplomó sobre ella.

Se quedaron tumbados en la cama con medio cuerpo fuera. Douglas era muy pesado, pero a Alexandra no le importaba. Se preguntó si siempre sería igual, aquella manera salvaje y desbocada de hacer el amor, siempre tan rápida, tan fuerte y profunda. Alexandra sabía que no le importaría lo más mínimo; ella andaba siempre a la par, con igual frenesí, con el mismo apremio. Douglas no aceptaría otra cosa.

- ¿Crees que estoy preñada? –preguntó, cuando consiguió respirar normalmente.
- Sí –constestó él sin dudarlo-. Te dejé preñada la primera vez que te tomé.
- Bueno, entonces, si tienes razón, habré demostrado mi valía. Eso era lo que quería todo el mundo, ¿no?, un heredero Sherbrooke.
- Sí. Y si no recuerdo mal, tú te ofreciste a proporcionarlo.
- Sí –reconció ella-. Te daré media docena de herederos si quieres. A mí me gustaría tener un niño que fuera igual que tú, Douglas.

A Douglas no le gustaba el modo en que le hacían sentir las palabras de Alexandra.

- Estoy cansado –dijo con un bufido-. Me has dejado exhausto. Duérmete.
- Si controlaras tu lujuria, quizá tendrías más energía para hablar conmigo.
- Duérmete, maldita seas.

Alexandra se durmió con una sonrisa en los labios.

Cuando se despertó al día siguiente, se encontraba en su propia cama, pero Douglas no estaba. Se sentó, y lo echó de menos inmediatamente, pues Douglas acostumbraba a despertarla con besos y con las manos entre sus muslos, acariciándola, preparándola para él antes incluso de que se hubiera despertado del todo. Estaba sola. No le gustó lo más mínimo.

“Te dejé preñada la primera vez que te tomé.”

No, él no podía saberlo, ¿o sí? Alexandra no había tenido la menstruación desde que Douglas la tomara, eso era cierto, pero siempre había sido muy poco regular, así que, sencillamente, no sabía a qué atenerse.

Alexandra se levantó y se bañó y vistió rápidamente. Tony y Melissande se marchaban ese día, al igual que el tío Albert y la tía Mildred. Y lady Juliette, a Dios gracias.

Eran casi las dos de la tarde cuando partió el primero de sus huéspedes, lady Juliette, riñendo a su doncella al tiempo que se despedía de sus anfitriones. La condesa viuda la vio partir con el entrecejo fruncido.

- Esa chica ha sido una grave decepción, Mildred. No me hubiera gustado que Douglas se casara con ella.
- Es una arpía –corroboró la tía Mildred.
- Aun así es divina –declaró el tío Albert-. Es joven y vital, eso es todo.
- Es una bruja malcriada y con la edad aún será peor –afirmó su amante esposa.

En cuanto a Tony, abrazó a Alexandra y le susurró al oído:

- Estoy orgulloso de ti. No cambies. Sigue como hasta ahora. Todo saldrá bien.

Melissande miró largamente a su hermana y dijo:

- No me importa que tú seas condesa y yo vizcondesa. Me importa que quieras quitarme a Tony. Jamás lo tendrás, Alex, así que ya puedes ir olvidándolo.

Alexandra miró a su hermana, de una hermosura tan exquisita, y le entraron ganas de reír ante la absurda situación.

- Te prometo que no volveré a intentar robártelo.

- ¡Procura que así sea! Querías a Douglas Sherbrooke y lo conseguiste. Si ahora has decidido que no lo quieres, lo siento por ti. Tendrás que conformarte con él porque Tony es mío.
- Lo intentaré –prometió Alexandra con humildad.

Douglas, que había oído gran parte de la conversación, tuvo dificultades para mantener su aplomo. Finalmente consiguió hablar con Tony en un tono de voz aceptablemente normal:

- ¿Os veremos en Londres?
- Quizá. Si no te importa, Douglas, intenta preparar a todo el mundo para recibir a mi mujer. Así podrían evitarse duelos y yo te lo agradecería mucho.
- Ya ha estado en Londres una temporada. Todos están preparados.
- No, esta vez es distinto. Ahora es más... comprensiva, más sensible, y por tanto más vulnerable. Prepáralos, Douglas. Ahora es una diosa humana. Ya le has visto fruncir el entrecejo.
- De acuerdo, le diré a todo el mundo que la has domado.
- No olvides la disciplina, mi querido muchacho.

Douglas se echó a reír y le dio un puñetazo amistoso en el brazo. Entre su primo y él, volvía a haber sentido del humor en lugar de la furiosa amargura de la semana anterior. Alexandra sintió que crecía su esperanza. También le alivió que Melissande no les hubiera oído; de lo contrario le habría roto el brazo a Tony.

Los habitantes de Northcliffe Hall permanecieron en la amplia escalinata de entrada hasta que el último de los coches enfiló la avenida.

- Bueno –dijo la condesa viuda de Northcliffe-, volvemos a ser un pequeño y, sin duda, pronto aburrido grupo.
- No lo dirás por mí. –Douglas miró a su mujer.
- Oh, cielos –exclamó Sinjun-, deja de mirarla así, Douglas. Esperaba que vendrías a montar conmigo.
- No lo dirás por mí –repitió Douglas-. Al menos durante un rato.
- ¡Pero bueno! –dijo la madre amantísima de Douglas, viendo a su hijo coger a su nuera de la mano y entrar corriendo en el vestíbulo.

Douglas oyó a la tía Mildred a su espalda.

- Bueno, Lydia, todos queremos un heredero. Douglas no hace más que cumplir con su deber. Es un buen chico.

Douglas arrastró a su mujer escaleras arriba hasta su dormitorio. Allí le hizo el amor dos veces, rápida e intensamente, sin pensar en un heredero ni por un momento. Cuando terminó, se quedó mirando a Alexandra, respirando entrecortadamente, aún con el corazón desbocado, pero no dijo nada. Sacudió la cabeza, se vistió y la dejó inmediatamente para irse a montar.

Alexandra clavó los ojos en el techo sin moverse durante quince minutos, hasta que por fin se levantó para arreglarse. Mientras se bañaba y se vestía pensó en la mirada asombrada de Douglas al oírla decir –ambas bocas fundidas en un beso- en el momento en que éste alcanzaba el clímax: “Ah, Douglas, siento tanta lujuria por ti.”

Douglas había emitido un gruñido.

Alexandra no recibió la visita de Douglas esa noche. Sospechó que su marido meditaba sobre la lujuria y temas similares en la biblioteca, al menos eso esperaba ella. Se durmió en su dormitorio. A mitad de la noche, cuando la oscuridad era

completa, Alexandra se despertó súbitamente. No se movió, ni dijo nada; sencillamente, sabía que no estaba sola.

Entonces la vio. La joven que ya había visto en otra ocasión, blanca por completo, flotando, con sus brillantes cabellos cayéndole por la espalda, casi blancos de puro rubios y un rostro de belleza exquisita. Parecía muy triste y tenía las manos extendidas hacia Alexandra.

- ¿Quién eres?

¡Dios mío! ¿Aquélla era su voz, tan débil y fina a causa del miedo? La figura no se movió; permaneció apenas a un metro de la cama, y su cuerpo titilaba como si sus pies no descansaran en el suelo; parecía flotar con los brazos extendidos hacia Alexandra.

- ¿Qué quieres? ¿Por qué estás aquí? –De nuevo la figura permaneció inmóvil-. Sé que te llaman la novia virgen porque asesinaron a tu esposo antes de que se consumara vuestro matrimonio. Pero yo no soy virgen. Mi esposo no ha muerto. ¿Por qué estás aquí?

Entonces la figura emitió un sonido profundo y bajo, y Alexandra estuvo a punto de pegar un salto del susto. De repente, lo vio todo tan claro como si la figura hubiera hablado.

Alexandra supo por qué estaba allí.

- Quieres avisarme, ¿verdad? –La figura se movió levemente, haciendo que luces y sombras se intensificaran-. ¿Temes que me ocurra algo?

La figura destelló suavemente y de pronto Alexandra no supo con certeza si era o no ella, no, ella no... ¿o era ello? Estaba perdiendo la razón, estaba intentando adivinar las intenciones de un fantasma. Era una locura.

- ¿Qué demonios está ocurriendo aquí? Alexandra, ¿con quién hablas?

Douglas entró por la puerta que comunicaba ambos dormitorios. Estaba completamente desnudo.

- No pasa nada. Estaba divirtiéndome con mi amante, pero ahora lo has espantado.

Alexandra no se dio cuenta de que le temblaba la voz, de que sonaba como si estuviera a punto de ser empujada por un precipicio, pero Douglas sí. Atravesó la estancia y la miró unos segundos antes de meterse en la cama con ella. La apretó contra sí con fuerza, notó sus escalofríos y la abrazó.

- No pasa nada, sólo ha sido una pesadilla, nada más, sólo una pesadilla.
- Oh, cielos –dijo Alex por fin, con la cara enterrada en el hombro de su marido-. No ha sido un sueño ni una pesadilla, te lo juro. Dios mío, Douglas, no sólo la he visto, sino que he hablado con ella. Empezaba a creer que la entendía.
- Era un sueño –insistió él con firmeza-. Ese condenado fantasma es una sugestión colectiva. Has soñado con ella porque yo no estaba aquí para hacerte el amor hasta que cayeras exhausta.
- Tú también la has visto, ¿no es cierto?
- Naturalmente que no. No soy una estúpida majadera con la cabeza hueca.
- ¡La has visto, no me mientas, Douglas! ¿Cuándo? ¿En qué circunstancias?

Douglas besó la sien de su esposa y la estrechó aún más contra sí, aprentando el rostro de Alexandra contra su hombro. Cuando ésta volvió a hablar, su cálido aliento le acarició la piel.

- Le he dicho que no soy virgen y que tú no estás muerto; le he preguntado por qué estaba aquí. Quería avisarme, pero no estoy segura de que sea yo la que está en peligro... quizá no lo sea, pero entonces has entrado y se ha ido.

- Sí, ya me lo imagino. Ha salido flotando con el sudario ondeando románticamente a su alrededor.
- Quiero saber cuándo la viste.

Douglas volvió a besarle la sien, pero sus pensamientos retrocedieron a la noche en que Alexandra había huído, pero él había oído llorar a alguien en ese mismo dormitorio y había entrado y la había visto... no a Alexandra, sino a ella, al condenado fantasma. Meneó la cabeza.

- No. No. –Se puso rígido-. Dios mío, ¿te das cuenta de que no te estoy atacando, que no te he tumbado de espaldas? Hemos estado hablando por lo menos durante tres minutos y desnudos y... –Alexandra volvió el rostro hacia él y Douglas notó su cálido aliento en la boca. La besó.
- Bueno, al diablo –dijo, y deslizó las manos por su espalda hasta abarcar con ellas las nalgas. Se volvió hacia Alexandra con el miembro erecto contra su estómago. Alexandra rodeó su cuello con fuerza y lo besó frenéticamente. Fue difícil, pero Douglas consiguió sacarle el camisón.

Douglas gemía y jadeaba; cuando supo que iba a tardar menos de lo que esperaba, le levantó una pierna y la penetró. Alexandra soltó un gemido de sorpresa y placer, y luego emitió muchos más, porque las manos y los dedos de Douglas le acariciaban su parte más íntima y la boca recorría sus senos.

- Douglas –exclamó, y alcanzó el orgasmo con un grito ahogado.

Douglas la tumbó de espaldas para penetrarla más profundamente y cuando ella levantó las caderas para atraerlo más hacia sí, Douglas gritó, tensándose sobre ella antes de empujar y derramar su semilla.

- Oh, Douglas –susurró Alexandra en su cuello-. Parecía que flotaba.
- Por todos los diablos. No estaba aquí, no es más que un sueño estúpido. Estabas más susceptible porque no me habías tenido... como un tónico, antes de dormirte. No volverás a ver a ese condenado fantasma esta noche. Ahora calla. –Douglas la atrajo hacia sí y arregló las mantas-. Ahora sólo vas a pensar en mí. ¿Comprendes?
- Sí –contestó Alexandra, besándole la garganta, la oreja, el hombro-. Sólo en ti y en la maravillosa lujuria que me provocas. ¿No es agradable que nos vayamos a Londres mañana? Quizá fuera eso lo que ella intentaba decirme. Allí habrá muchos más hombres por los que sentir lujuria.
- Eres tan divertida como un forúnculo en el trasero.

Alexandra se echó a reír y le besó detrás de la oreja.

Douglas fijó la vista en la oscuridad con rostro sombrío, mientras acariciaba la espalda y las caderas de su mujer. Finalmente se durmió con su respiración en el cuello, sus senos apretados contra su pecho y el latido de su corazón suave y regular contra el suyo.

La casa que los Sherbrooke poseían en Londres era una mansión de tres plantas en la esquina de Putnam Place. La había mandado construir sesenta años atrás un conde de Northcliffe de grandes expectativas y provisto de más monedas que de buen gusto. Aun así, las columnas griegas resultaban inspiradoras para algunos (cuando estaban borrachos, solía decir Douglas con un bufido) y ahora la mayor parte de los nichos del interior destinados a las estatuas estaban llenos de flores y libros, mientras que las abundantes estatuas griegas habían sido

desterradas la desván. Era el mismo conde, explicó Douglas a Alexandra, que había llenado los jardines de Northcliffe de estatuas griegas.

- A mí me gusta así. –Douglas señaló las exquisitas cortinas de brocado carmesí del amplio salón principal-. Tal vez mis herederos piensen que me he quedado corto en obras artísticas y hagan algo al respecto. –Douglas frunció el entrecejo y añadió-: Quizá desees hacer algún cambio. Yo no he hecho ninguno en los aposentos de la condesa.

- De acuerdo. –Alexandra estaba aún deslumbrada y abrumada por el hecho de hallarse realmente en Londres (una ciudad tan provista de distinción y riqueza como de pobreza y excitación, y olores) que habría aceptado cualquier cosa que le dijera Douglas. Su marido le había señalado cada cosa y ella había mirado embobada a través de la ventanilla del carruaje.

- Un poco abrumador, ¿verdad? –comentó Douglas con una sonrisa.

Alexandra asintió, rozando con la punta de los dedos una preciosa mesa española.

- Pronto te acostumbrarás. En cuanto a la casa, la señora Goodgame te la enseñará toda. Burgess, nuestro gordinflón mayordomo londinense, es tan eficiente como Hollis. Puedes confiar en él. Nos quedaremos en Londres dos semanas, tiempo suficiente para que te proveas de vestidos, sombreros nuevos y similares, y para que frecuentes la sociedad. ¿Deseas descansar ahora o podemos ira a visitar a madame Jordan?

Madame Jordan era una auténtica francesa, nacida y educada en Rennes. Tenía seis dependientas en su tienda, un impresionante establecimiento en el corazón de Picadilly, y miraba al conde de Northcliffe con adoración. Alexandra tuvo que oír entonces cómo madame y su marido discutían lo que harían con ella, al igual que si se tratara de un miembro poco importante del séquito del conde. La midieron y parlotearon sobre ella. Cuando estaba a punto de gritarle a Douglas que no era invisible y que tenía buen gusto, madame extendió de repente los dedos sobre el pecho de Alexandra y se lanzó a una andanada de frases rápidas y vehementes en francés. “Ah –pensó Alexandra, sonriendo a Douglas, cuya expresión era cerrada y severa-, quiere que lleve el pecho a la moda.”

- Estoy de acuerdo con madame –declaró Alex, y Douglas se volvió hacia ella, convirtiéndola en el blanco de su ira.

- ¡Calla la boca, Alexandra, o irás a sentarte en el coche! ¡Esto no tiene nada que ver contigo!

- ¡Ja! Quieres que parezca una monja y madame no está de acuerdo, ni yo. Ríndete, Douglas, y deja de actuar de forma tan rara. Soy una mujer como cualquier otra sobre la faz de la Tierra, y todas las mujeres están hechas igual que yo. A nadie le importará, a nadie. Si insistes en que vaya tapada hasta la barbilla, todo el mundo se preguntará si tengo alguna horrible deformidad.

- Estoy de acuerdo con la condesa –observó madame Jordan en perfecto inglés-. Vamos, milord, es usted demasiado posesivo con su esposa. No está de moda ir con el corazón en la mano.

- ¡No lo soy! –bramó Douglas, golpeando con el puño un brillante maniquí de más de dos metros de altura envuelto en finos ropajes, tan tenues e insustanciales como el fantasma de Northcliffe-. Es sólo que ella es demasiado inocente y no se da cuenta de que lo que quieren los hombres es... –Douglas se quedó callado. Estaba furioso y se sentía impotente. Le aventajaban en número y en elocuencia y lo sabía. Ambas mujeres lo miraban con un desprecio tolerante. Pues claro que él tenía la razón de su parte, pero sonaba ridículo-. ¡Por todos los diablos!

¡Haced lo que queráis! –Y salió a grandes zancadas, diciendo por encima del hombro-: Te espero en el coche. ¡Ponte todos los escotes hasta la maldita cintura, no me importa!

- Ah, me encantan los hombres apasionados, ¿a usted no? –dijo madame Jordan cariñosamente, sonriendo mientras contemplaba salir al conde.
- Oh, sí –convino Alexandra-. Su inglés es excelente, madame.

Madame asintió, en absoluto afectada por aquel comentario.

- También hablo alemán e italiano y un poco de ruso. Mi amante es un conde ruso, ¿sabe? Probablemente es tan salvaje y posesivo como su marido; es un salvaje que acelera los latidos de mi corazón.

A Alexandra aquellas palabras le sonaron maravillosamente bien.

Antes de que terminara la tarde, Alexandra estaba tan cansada que apenas podía tenerse en pie. También era la orgullosa poseedora de seis vestidos nuevos, dos trajes de montar, y varios camisones y camisas. Cielos, la lista era interminable. Douglas recuperó su buen humor cuando abandonaron el establecimiento de madame Jordan. Luego compró a Alexandra sombreros, zapatos, pañuelos, medias y bolsos de malla, e incluso un paraguas.

Douglas seguía siendo una fuente de energía cuando por fin ayudó a Alexandra a subir al carruaje. Luego apiñó un montón de cajas sobre el asiento. Alexandra estaba tan cansada que lo le importaba si estaba en Londres o en las Hébridas. Dejó caer la cabeza sobre el hombro de Douglas y éste la estrechó contra sí, besándole la coronilla.

- Ha sido un día muy largo. Te has portado bien. Estoy orgulloso de ti. En su mayor parte, al menos. Siguen sin gustarme tus escotes.

Alexandra no quería volver a discutir sobre el tema. Se mordió el labio inferior y luego espetó:

- Tú sabes mucho sobre ropa. Está claro que madame Jordan y tú os conocéis muy bien. ¿Le has comprado ropa para muchas mujeres?

19

Douglas miró a Alexandra pensativamente, luego se encogió de hombros.

- En realidad no es asunto de una esposa lo que haga su marido, pero no veo mal alguno en enseñarte. Sí, es algo que todas las mujeres aprecian. Cuando no era más que un muchacho encantador de diecinueve años advertí que debía aprender sobre modas, como efectivamente hice. Si un hombre desea mantener una provisión constante de mujeres, bueno, entonces debe adaptarse a sus pequeños caprichos.

- Eso me suena muy frío.

- ¿Acaso no sientes la menor gratitud por mi generosidad de hoy? Seis vestidos nuevos... dos trajes de montar nuevos. Además, incluso os he permitido a ti y a madame que os salierais con la vuestra. ¿No vas a recompensarme debidamente?

Era muy extraño, pensó Alexandra, y bastante predecible, que los hombres parecieran recordar las cosas siempre de un modo diferente. Alexandra suspiró.

- Lo haré de buena gana, pero nunca me das oportunidad de recompensarte, Douglas. Estás encima mío antes de que tenga ocasión de hacer nada, así que soy yo la que se lleva todas las recompensas, y nunca te compro nada.

- Ése es un punto de vista interesante. La mayoría de hombres y mujeres te considerarían una rareza, o increíblemente astuta. –Douglas la miró con el entrecejo fruncido, como si dudara de alguna cosa, luego añadió-: ¿Aún sigues teniendo las treinta libras?

- Sí. ¿Quieres decir que para tener una provisión constante de hombres he de adaptarme a sus caprichos?

- Las cosas no funcionan de esa manera. Siempre hay hombres disponibles. Los hombres son muy fáciles de atraer. Los hombres no se pasan la vida soltando risitas, ni jugando a provocar, ni poniendo excusas.

- Vamos, Douglas, puede que yo no tenga mucha experiencia, pero la poca que tengo me ha convencido de que tanto hombres como mujeres actúan igual. Con treinta libras no se llega muy lejos. No estaría bien que esos míticos varones se sintieran despreciados, por muy ansiosos que se mostraran. Quizá podría comprar varias docenas de un solo artículo e ir entregándolas al pasar. ¿Qué te parece?

- Me parece que me estás provocando y eso no es sensato. Creo que estás pidiendo una buena azotaina. Opino que tu sentido del humor necesita silencio y reflexión. Estás siendo impertinente y no voy a tolerarlo. Calla la boca, Alexandra.

- Tal vez leontinas –dijo Alexandra con tono indiferente, apoyada la cabeza en el hombro de Douglas-. Y podría grabar mis iniciales en cada una junto a las de ellos. Más personal, ya sabes.

- Si me proporcionas rápidamente un heredero –dijo Douglas tranquilamente, con tono controlado y frío-, habrá valido la pena todo el dinero que me he gastado en ti.

Oh, cielos, pensó Alexandra. Había provocado a Douglas y la venganza había sido rápida y brutal.

- Si me dices que no piensas lo que has dicho me callaré y olvidaré lo de las leontinas y las bromas.

- No pienso decirte nada. Bueno, no hay mucha gente en Londres en esta época del año. No obstante, aún hay entretenimientos adecuados. El baile de los Ranleagh es esta noche y bastará para tu presentación en sociedad. Llevarás el

vestido de baile que te pusiste en Northcliffe Hall. Le he pedido a la señora Goodgame que te ayude.

Esa noche, justo después de las once, en la magnífica mansión de los Ranleagh en la calle Carlisle, Alexandra se encontró frente a frente con una mujer que, evidentemente, conocía bien a su marido y que aún lo quería. Alexandra la escuchó con alguna punzada de culpabilidad, pero en realidad era ira lo que sentía, pues ellos dos hablaban en francés y ella no entendía ni palabra.

La mujer era demasiado bonita para su propio bien, esbelta, muy femenina, de grandes ojos, y aparentaba unos veintitantos, se dijo Alexandra. Su blanca mano descansaba sobre el brazo de Douglas, a quien mantenía pegada, incluso se inclinaba hacia él cada vez más. Sin duda Douglas debía notar su cálido aliento en la mejilla, igual que cuando Alexandra le besaba. La extraña hablaba en voz baja, vibrando por la emoción. Douglas le palmeaba la mano y susurraba, con un francés tan rico y fluido como el de un nativo.

¿Por qué habría insistido el padre de Alexandra en que aprendiera italiano? No servía para nada. Ah, la mujer parecía muy seria, muy resuelta, muy interesada en Douglas. ¿Quién sería? ¿Le habría comprado ropa Douglas? ¿Le estaría ofreciendo ella su recompensa?

Douglas se volvió en ese momento y Alexandra retrocedió hasta una cortina que daba a un pequeño nicho. Allí había una pareja besándose apasionadamente y Alexandra balbuceó:

- ¡Oh, perdónenme! –Luego huyó.

Le habían presentado casi cincuenta personas y no recordaba el nombre de ninguna, así que estaba completamente sola. Vio a lady Ranleagh, pero aquella buena señora estaba enzarzada en animada conversación con un caballero con peluca que parecía muy importante, así como un poco borracho.

Dado que no le quedaba otra elección, Alexandra se detuvo a contemplar las parejas que bailaban un encantador minué. Lo ejecutaban a la perfección; todos eran hermosos y ricos y refinados y ella se sentía como una intrusa, una provinciana con un escote un centímetro demasiado alto. En cualquier momento aquellas personas se darían la vuelta, la señalarían y gritarían: “¡No es de los nuestros! ¡Que la echen!”

- ¿Me atrevería a decir que es usted un cordero perdido en busca de un amable pastor?

La manera de abordarla resultaba interesante, pensó Alexandra mientras se volvía para ver al caballero que había hablado. Era un hombre alto, de buena planta, y vestido de un blanco inmaculado y con los cabellos muy rubios. Probablemente no tenía más de veinticinco años de edad, pero sus ojos de azul oscuro estaban tan llenos de dolorosa sabiduría y de cinismo que parecía mayor. Había de reconocer que era apuesto, pensó Alexandra, y ciertamente estaba impresionante con su traje de etiqueta, pero aquel indicio de haber vivido demasiado resultaba desconcertante. ¿Y se ofrecía a ser su amable pastor?

- No estoy perdida en absoluto, señor, pero es usted muy amable de preocuparse de mí.
- Usted es la hermana menor de Melissande, ¿verdad? Una de las damas me lo ha indicado.
- Sí. ¿Conoce usted a mi hermana?
- Oh, sí. Es una criatura de lo más encantadora y maravillosa. ¿Es cierto que se ha casado con Tony Parrish, lord Rathmore?

Alexandra asintió.

- Fue amor a primera vista. Pronto vendrán a Londres.
- Imagino que Teresa Carleton no estará muy contenta cuando se entere de quién se lo arrebató. Ah, usted no lo sabe, claro. Tony estaba prometido con ella y entonces, de repente, el compromiso se rompió. Él no dijo una palabra, sencillamente se fue de Londres. Teresa ha dado a entender que ella no lo quería por marido porque resultó ser demasiado mojigato y eso no está de moda. Ah, perdóneme, querida. Soy Heatherington, ¿sabe?
- No, no lo sabía. Es un placer conocerle, señor. Lo que esa dama dijo sobre Tony... si usted lo conoce, tiene que saber que es un error. ¿Tony mojigato? Es absurdo. ¿Conoce usted a mi marido, Douglas Sherbrooke?
- Así que también eso es cierto. Todos conoces a Sherbrooke, o a North, como lo llaman muchos de sus amigos del ejército. No es un hombre fácil de olvidar. No me gustaría tenerlo por enemigo. Y en realidad nadie creyó a Teresa. No, Tony no es ningún mojigato.
- Es un hombre muy divertido y él y mi hermana se llevan bien. Están muy enamorados.

Heatherington se encogió de hombros y la miró fijamente.

- Lo que me parece extraño es usted, querida. Se ha casado con Douglas Sherbrooke. Parece usted cálida y muy alegre, en serio, mientras que su marido es un hombre frío, duro y severo, a decir verdad.
- ¿Mi marido frío? ¿Hablamos del mismo hombre, señor? ¿Frío? Qué risa. –Alexandra se echó a reír.
- Beecham, qué sorpresa verte. –Douglas se interpuso limpiamente entre el hombre y Alexandra.
- Creía que era Heatherington. –La joven frunció el entrecejo.

Douglas estaba furioso con aquel hombre que, pese a su juventud, era un experimentado libertino. Aquel perro había tenido la cara de coquetear con su esposa.

- Es lord Beecham –afirmó.
- Heatherington es mi apellido de familia –explicó él, lanzando a Alexandra una mirada insinuante-. Te felicito, Northcliffe. Es encantadora. Muy diferente de su hermana. Un original, diría yo. Veo que se está formando un cuatrillo y me he comprometido a jugar con la señorita Danvers, que se cree la esencia del encanto y de la discreción. Dudo mucho que valga la pena que pierdas tu tiempo con ella, Northcliffe.
- No, no lo vale –dijo Douglas.

Heatherington consiguió esbozar la sombra de una sonrisa.

- Dudo que valga la pena el mío.
- Manténte alejada de ese hombre –advirtió Douglas a su esposa, mientras contemplaba al barón Beecham avanzar lánguidamente hacia la señorita Danvers-. Tiene fama de meter la cabeza bajo las faldas de una mujer antes de saber siquiera su apellido.
- Es muy joven.
- Sólo tiene dos años menos que yo. Pero tienes razón. Tiene un extraño pasado. Manténte alejada de él.
- Debe tener un excelente sentido de la moda y una bolsa bien repleta para tener tanto éxito a edad tan temprana.
- No es divertido, Alexandra. No me ha gustado el modo en que te miraba. Manténte alejada de él.
- Muy bien, lo haré, si tú te mantienes alejado de esa lagarta francesa que te ponía la mano en el brazo y que prácticamente tenía la boca pegada a la tuya.

- ¿Qué francesa...? –Douglas miró a su esposa y frunció el entrecejo airadamente-. No gesticules de esa manera. Te lo estoy viendo todo hasta la cintura. Haré que te suban ese maldito escote antes de que te vuelvas a poner ese vestido.
- ¡No conseguirás distraerme, Douglas! ¿Quién era esa maldita lagarta?

El conde la miró con sorpresa y satisfacción en la mirada, sus ojos se habían vuelto aún más negros, si ello era posible.

- Dios mío, estás celosa.

Sí, Alexandra estaba celosa y resultaba humillante que la hubiera descubierto.

- Si conociera a alguien, me alejaría de ti y mantendría una conversación educada con esa persona. Pero si me alejo, me quedaré sola y eso no me gusta.
- Su nombre no es asunto tuyo. Sencillamente es alguien a quien conozco, nada más.
- ¿Qué te estaba diciendo?
- Que su abuela está enferma –mintió Douglas, pero no le salió bien.
- Tonterías –dijo Alexandra.
- Muy bien. Fui a Francia a rescatarla y mandé a Tony a Claybourn Hall. El resultado no fue exactamente el que ambos esperábamos.
- Ah, así que es esa tal Janine de la que me hablaste. Es esa maldita mujer que se te ofreció.
- Tu memoria es aterradora. No diré una palabra más. Te ruego que olvides lo que te dije aquel día. Ahora no tiene importancia. Ocúpate de tus propios asuntos, Alexandra.
- Entonces ven y baila conmigo, porque no quiero obligarte a que me hagas más confidencias, aunque las que me has hecho han sido realmente escasas.

Douglas bailó con su esposa, luego la acompañó a cenar y después le presentó jóvenes matronas que esperaba que le gustaran. No dejó de mantener los ojos abiertos y precavidos por si aparecía Georges Cadoudal. Maldita sea, el último enemigo que deseaba en el mundo era el maníaco de Georges.

¿Por qué demonios no estaba ese hombre en Francia, donde se suponía que debía estar? Tal vez sí estaba allí, tal vez Janine se había puesto histérica. Y con ella había estado hablando, con Janine Daudet, la mujer a la que había rescatado en Francia.

- Deseo conocer a Teresa Carleton.
- Vaya, Beecham te ha hablado de ella, ¿no? Disfruta haciendo maldades. No me sorprendería nada que él mismo se haya acostado con la dama en cuestión.
- ¿Fue ella la que rompió el compromiso con Tony?
- No. Tony descubrió que se estaba acostando con un amigo suyo. Estuvo a punto de darle un ataque de la sorpresa y de la rabia. Vino a Northcliffe para recuperar el equilibrio mental y yo lo vi como mi salvador. Entonces él se fue a Claybourn Hall y se casó con mi mujer.
- ¿No te parece que podrías cambiar un poco esa frase, Douglas?
- ¿Por qué ? Es la verdad. El que luego aparecieras tú no cambia los hechos.
- Tienes razón, claro está. –Alexandra suspiró-. Sin embargo, si cambias tu frase un poco, te recompensaré cuando lleguemos a casa, sino me recompensas tú antes, como haces siempre. No me das ninguna oportunidad, Douglas.
- Quizá lo haga dentro de cincuenta años.

A Alexandra esta frase le sonó a un principio de compromiso, así que dedicó una radiante sonrisa a su marido. Por su parte, Douglas meditó sus palabras y le entraron ganas de darse una patada en el trasero. Blasfemó, bebió demasiado coñac y luego se alegró. Con una buena dosis de licor tal vez calmaría sus deseos.

En el carruaje se sintió mareado. Mientras subían las escaleras silbó distraídamente. Sí, quizá el coñac funcionaría.

No fue así, pero había valido la pena intentarlo. Cuando por fin se apartó de Alexandra y se tumbó de espaldas, cruzó los brazos sobre la cabeza y se concentró en respirar con normalidad.

- Me vas a matar –dijo finalmente-. Un hombre no puede seguir así. No es natural. No es saludable.
- ¿Y yo?

Douglas le puso una mano sobre el pecho. El corazón de Alexandra latía alocadamente. Douglas sonrió.

- Nos enterrarán uno al lado del otro en el mausoleo familiar de Northcliffe.
- No me gusta cómo suena eso.
- Primero me has de dar un heredero.
- Creía que las damas se sentían mal cuando se quedaban embarazadas.
- La mayoría, según tengo entendido.
- Yo me encuentro la mar de bien.
- ¿Cuándo tuviste tu última menstruación?

Era de noche y acababan de hacer el amor; estaban tumbados juntos en la cama, desnudos y colmados, pero la situación seguía resultándoles embarazosa.

El silencio de Alexandra acabó por impacientarlo.

- No la has tenido desde que nos casamos, ¿verdad?

Alexandra meneó la cabeza.

Douglas posó suavemente la palma de la mano sobre el estómago de su mujer.

- Estás muy plana. –Douglas extendió los dedos hacia los huesos pélvicos-. Eres pequeña, pero espero que no tanto como para no poder llevar a mi hijo. Pero es cierto que soy un hombre corpulento, Alexandra. Mi madre aún se queja con amargura de que estuve a punto de matarla cuando nací. No, me parece que no eres lo bastante ancha. Haré que venga un médico y te examine.
- ¡No harás tal cosa!
- Oh, fíjate, sabe hablar –se burló Douglas.
- Douglas, escúchame. –Alexandra se incorporó, apoyándose en un codo; los cabellos cayeron sobre el pecho de su marido-. Soy una mujer y son las mujeres las que dan a luz. No permitiré que me toque ningún otro hombre aparte de ti. ¿Me has comprendido?
- ¿Quién te asistirá al dar a luz a nuestro hijo?
- Una comadrona. A mi madre la asistió una comadrona. Ella tampoco quería hombres.

Douglas se rió al oírlo, luego deslizó la palma de la mano hacia abajo hasta abarcar su monte de Venus. Luego la obligó a tenderse de nuevo. Su mano era grande y estaba muy caliente. Sus dedos la acariciaron. La respiración de Alexandra se volvió entrecortada.

- ¿No me quieres a mí, Alexandra? Yo soy un hombre.
- Ya sé que eres un hombre, Douglas. Lo que no entiendo es cómo alguien ha podido llegar a creer que eres un hombre frío. Vaya, no tienes más que ver lo que estás haciendo y lo cálida que es tu voz. ¡Frío! ¡Ja!
- ¿Quién te dijo eso?
- Ese joven que tu has dicho que era malo: Heatherington.
- Ah. Quizá quería saber si eras desgraciada conmigo, de ahí su comentario.

- ¿Por qué iba a importarle si yo soy feliz o no? Ah, Douglas, qué agradable es.

Los dedos de Douglas se detuvieron, pero el calor de su mano seguía ahí, pegado a su piel. Alexandra se movió levemente.

- Harás que me olvide de lo que estaba diciendo, Douglas, si continúas haciendome eso.

- Acostúmbrate, pues voy a tocarte siempre que me apetezca. Ahora escúchame bien, Alexandra. Soy un hombre frío, es exacto. Con eso quiero decir que soy un hombre que se esfuerza en no dejarse engañar por el artificio y la astucia. Soy un hombre que vive según la lógica y la razón y no... –Se interrumpió; sus dedos se movían nuevamente por el cuerpo de su mujer, lanzó una blasfemia al tiempo que la besaba, se colocaba sobre ella y la penetraba. Fue como siempre, rápido, intenso y profundo, y Alexandra se sumió en el placer que le proporcionaba, gritando y abrazándose a él, acurrucándose en él, deseándolo más de lo que podía llegar a imaginar. Sus sentimientos eran más hondos de lo que él había penetrado, tan profundos que Alexandra no recordaba cómo había sido la vez anterior. Pero no le susurró nada de eso. Gimió cuando alcanzó el orgasmo, tan intenso que le mordió el hombro. Y Douglas, sencillamente, recibió el placer de Alexandra y le dio a ella el suyo; la abrazó con fuerza después del orgasmo hasta que se durmieron.

Alexandra entró en el salón y se encontró con un caballero delgado, calvo y de mediana edad frente a la ventana salediza, balanceándose sobre los talones y mirando fijamente el reloj en lugar de contemplar el hermoso parque del otro lado de la calle. Cuando vio a Alexandra, rápidamente se metió el reloj en el bolsillo del chaleco y se inclinó levemente.

- El mayordomo me ha dicho que un caballareo deseaba verme –dijo Alexandra, con la cabeza ladeada en señal de interrogación-. Es extraño, ya que no conozco aún a demasiados caballeros en Londres. Por un momento he creído que debía ser Beecham, pero no, apuesto a que él no sería tan indiscreto. No sería su estilo. ¿Quién es usted, señor?

- ¿Yo? –El hombre la miró sin pestañear-. ¿Yo? Sin duda su señoría le habrá dicho que venía verla. Sin duda ya debe usted saber quién soy.

El asombro del caballero ante la ignorancia de Alexandra era auténtico y la condesa sonrió.

- No, Burgess se ha limitado a decirme que había un caballero esperándome. ¿Quizá es usted un autor dramático o un actor en busca de un mecenas? ¿Tal vez un vicario que necesita un beneficio eclesiástico? Si se trata de esto último, lamento decirle que el hermano menor de su señoría será sin duda...

- ¡No! ¡Soy el doctor John Mortimer! ¡Soy médico! ¡Soy uno de los médicos más importantes de todo Londres! Su señoría me pidió que la visitara. Como ya sabe, le preocupa que dé a luz a su heredero y que sea demasiado menuda para completar la tarea con éxito. Su señoría me ha pedido que averigüe si es cierto.

Alexandra se lo quedó mirando con incredulidad. Douglas, malditos fueran sus negros ojos y su negro pelo, había salido por la mañana temprano, para resolver ciertos asuntos, y aún no había regresado. Así que había dispuesto las cosas para que aquel hombre fuera a verla. Bueno, al menos no había regresado, así pues, no tendría que discutir con él delante del doctor Mortimer.

- Doctor Mortimer –dijo, sonriendo con dificultad-, temo que se ha molestado en vano. Mi marido se preocupa en exceso. Además, si ya estoy embarazada, nada se podrá hacer en el caso de que sea demasiado estrecha, ¿no es cierto?

El doctor Mortimer, hombre consciente de su propia reputación, que era mucha, y poco acostumbrado a que una dama hablara con tal rudeza y le tratara con semejante presunción, se irguió y sonrió con aire benevolente. La dama se sentía violenta, decidió. Aunque no lo pareciera en absoluto, era la única explicación para su extraño comportamiento. No obstante, el doctor asumió su tono paternal, que siempre conseguía calmar a las damas nerviosas, concedió una risita al intento de agudeza de Alexandra y dijo:

- Mi querida lady Northcliffe, las damas, cualesquiera que sean sus opiniones, o lo que creen que opinan, sin duda gracias a sus bien intencionadas parientes de mayor edad, no tienen la capacidad de discernir lo que es o no apropiado para ellas. Para eso tienen maridos, ¿comprende? Estoy aquí para examinarla, milady, a petición de su marido. Después le diré a su marido lo que es mejor para usted cuando conciba a su heredero. La preocupación de su marido por su anchura es loable. Como médico, consideraré todos los factores y luego le aconsejaré las medidas oportunas durante los meses de embarazo. Ahora milady...

A Alexandra le costaba creer que aquel hombre pretencioso e irritante, fuera médico o no, hubiera entrado en su salón y la tratara como a una tonta. Pero era a Douglas a quien deseaba pegar, no al espécimen que tenía delante.

Alexandra sonrió con dulzura.

- ¿Le apetece una taza de té, señor?

El doctor le devolvió la sonrisa, enseñando los dientes.

- No, gracias, milady. –Agitó las manos en un ademán de falsa modestia-. No dispongo de tiempo para mí, ¿comprende? Verá, dentro de una hora tengo que visitar a lady Abercrombie. Es la prima de la reina, ¿sabe?, y yo soy su médico particular. No me iba muy bien venir a verla a usted tan pronto, pero conozco a su marido y he decidido complacerle. Bien, milady, ya es hora de que subamos a su dormitorio. Si desea usted que su doncella esté presente, desde luego no tengo inconveniente alguno.

- Señor, no vamos a continuar en ninguna parte. Lamento que haya hecho el viaje en balde. Como le decía, mi marido exagera.

Y con estas palabras, Alexandra se acercó al cordón de la campanilla y le dio una enérgica sacudida. El corazón le latía con fuerza y sabía que se había sonrojado. Extrañamente, no estaba enfadada con aquel hombrecito condescendiente que, a fin de cuentas, obraba según lo que era. Ah, pero Douglas, eso era otra cuestión muy diferente.

- Milady, realmente...

Alexandra alzó una mano para interrumpirle.

- No, señor, por favor, no se disculpe. Vaya a ver a lady Abercrombie, la prima de la reina, que sin duda debe estar impaciente por verle llegar, y si se retrasa su corazón latirá demasiado deprisa para su salud.

- ¡No iba a disculparme! Su marido me rogó que viniera y...

- Le pido perdón, señor, pero mi marido no le rogaría ni al rey en persona. Es evidente que no lo conoce usted tan bien. Ah, Burgess, por favor, acompañe al doctor. Tiene mucha prisa. Tiene que ir a ver a la reina, ¿comprende?

- No, no, es a lady Abercrombie, la prima de la reina. ¡No puedo creer que quiera usted que me vaya!

- Estoy convencida de que también la reina se desmayaría por verle, doctor Mortimer. Ahora, buen señor, si me disculpa...

Burgess se hallaba en un dilema poco envidiable. El conde le había informado de la inminente visita del médico. Sabía que la condesa no estaba al tanto y eso le había preocupado. A pesar de que la conocía desde hacía poco tiempo, sabía que a Alexandra no le iba a gustar lo que había hecho su señoría. Y ahora era evidente que la condesa pretendía poner al buen doctor de patitas en la calle. Burgess conocía bien su deber, pero también lo que era bueno para él. Irguió su metro sesenta de estatura y dijo tranquilamente:

- Doctor Mortimer, tenga la amabilidad de acompañarme por aquí.
- Adiós, doctor. Ha sido usted muy amable al visitarme.

Mortimer quería sentirse insultado, sin embargo, era más bien perplejidad lo que sentía por lo ocurrido. No comprendía cómo aquella joven dama, condesa o no, se las había apañado para echarlo, así que se dejó conducir a la salida sin decir palabra por un mayordomo que más bien parecía un mozo de cuadra, calvo y tripudo; sólo le faltaba un gran mandil alrededor de la cintura. También era muy bajo, demasiado para lo que Mortimer hubiera considerado adecuado en la casa de un conde. El doctor se detuvo unos instantes en las escaleras de la entrada mirando la puerta principal de la casa.

Douglas se había dado prisa para estar en casa cuando llegara el médico. Imaginaba que Alexandra no se pondría muy contenta al ver a aquel hombre, pero estaba preocupado y quería que la viera un médico inmediatamente. Quería que le diera su palabra de que no le pasaría nada a su mujer. El hecho de que no supiera si estaba o no embarazada no tenía la menor importancia. Si no lo estaba entonces, lo estaría tarde o temprano. No, Douglas estaba preocupado y quería que un profesional disipara sus temores. Su propio médico, que lo había atendido tres años antes a causa de unas heridas de guerra, le había recomendado a Mortimer.

Así pues, cuando Douglas vio al médico en las escaleras de la entrada, mirando tontamente la puerta cerrada, fue incapaz de pronunciar un saludo y frunció el entrecejo. Oh, Dios, algo malo ocurría. Alexandra era demasiado estrecha, lo sabía. Ahora estaba embarazada y se moriría, y sería culpa suya.

- Doctor Mortimer. ¿Está bien mi esposa? –dijo con voz ronca y apremiante, sin intentar controlarse.
- ¡Oh, milord! ¿Su esposa? Me ha ofrecido un té, ¿sabe? No es en absoluto como yo esperaba. No se parece en nada a las damas que estoy acostumbrado a tratar. Es joven, quizá sea ése el motivo. Es muy extraño. Ahora debo irme, milord. Ah, su esposa, sí, milord, su esposa. Le deseo lo mejor, milord. Buena suerte. Me atrevería a decir que la necesitará.

Mortimer bajó rápidamente las escaleras y subió a su carruaje, que le estaba esperando.

Douglas se quedó con la mano en el pomo de la puerta principal, mirando al doctor. Sus palabras eran incoherentes, Mortimer parecía delirar, no tenía en absoluto el mismo aspecto que la mañana en que Douglas había ido visitarle. Aun así, habría dicho algo si Alexandra no estuviera bien. ¿O no?

Douglas encontró a Alexandra en el salón, de pie frente a las ventanas saledizas, corriendo las pesadas cortinas para poder contemplar la calle y el parque al otro lado.

Cuando Douglas entró en la estancia, Alexandra lo miró por encima del hombro pero no dijo nada y volvió a centrar su atención en el parque del otro lado de la calle.

- He visto al doctor Mortimer en la entrada.

Alexandra no respondió.

- Parecía un poco extraño. Me ha dicho que estabas bien, al menos eso creo. Debe de haber venido muy temprano.

Alexandra siguió sin responder. El palo de escoba se había puesto tieso como su espalda.

- Mira, Alexandra, quería estar seguro de todo iría bien. No es posible que te hayas enfadado porque me preocupo por ti. Ya sé que es un hombre, pero sólo los hombres son médicos, así que no tenía otra elección. He intentado darme prisa para estar aquí cuando llegara, pero no he podido. Habría estado contigo si hubiera podido llegar antes. Vamos, no habrá sido tan horrible, ¿no?
- Oh, no, no ha sido horrible en absoluto.
- Entonces, ¿por qué sigues ahí sin hacerme caso, tratándome como si no existiera? No es a lo que me tiene acostumbrado mi mujer. ¿No lo recuerdas? Me amas.
- Oh, desde luego que no, Douglas. Es lujuria, nada más que eso. Tú me convenciste. En cuanto a tu precioso doctor, espero que ese estúpido presumido se caiga en una zanja y se ahogue.

Douglas se pasó la mano por los cabellos.

- Siento que no te tratara como lo hubiera hecho yo. No, no, lo retiro. Ésa idea es realmente repugnante. ¿No te ha gustado? ¿No ha sido amable contigo? ¿Te ha resultado más violento de lo que debería?

Alexandra se dio media vuelta con una expresión remota en el rostro.

- Anoche te dije que no permitiría que me examinara ningún hombre...
- Aparte de mí.

Como táctica humorística, esta salida no funcionó.

- Correcto. Tienes buena memoria cuando te interesa. Me he portado educadamente con él, Douglas, pero no hemos abandonado este salón...
- ¿Has dejado que te examine aquí? ¿Dónde, en el sofá? ¿No? Entonces, ¿en ese orejero grande de ahí? Dios mío, eso no ha estado bien, Alexandra. Ha sido poco delicado de tu parte y nada prudente. Vaya, podría haber entrado la señora Goodgam, o Burgess con la bandeja del té, o cualquier doncella para limpiar el polvo, por amor de Dios. Esperaba que te comportaras de forma pudorosa, que al menos hubiera tres doncellas presentes para vigilar atentamente. No, eso no...
- No me ha tocado. Anoche te dije que no lo consentiría. ¿Es que no me creíste?
- ¡Eres mi maldita esposa! Al principio no lo eras, pero luego, cuando decidí que sí, adquiriste la obligación de complacerme... No, eso suena ridículo. ¡Se convirtió en tu condenado deber! ¡Es tu condenado deber! Quiero que te examinen. No quiero que te toque otro hombre, pero él no es en realidad lo que llamaríamos un hombre, es un médico, una especie de eunuco, y le pagan para tocarte y saber qué esta tocando. Maldita sea, Alexandra, ¿qué le has hecho?
- ¡Oh, sí, tu arrogante doctor Mortimer es un hombre, Douglas! Me ha soltado todas tus preciosas estupideces masculinas. Me ha tratado como si fuera una niña y encima, tonta. Además, ¿cómo va a saber él lo que hace? No es una mujer, no está hecho como una mujer. ¿Cómo puede entender el funcionamiento de una mujer y cuándo le ocurre algo malo?
- No voy a discutir eso contigo, Alexandra. Le pediré que vuelva. Si lo deseas, me quedaré contigo y lo vigilaré, si es eso lo que te preocupa. Precisamente era lo que deseaba hacer hoy. Ahora, basta ya. ¿Te apetece ir a montar a Richmond? Podríamos llevarnos la comida. No podré atacarte allí, para recompensarte, claro, habrá demasiada gente alrededor. ¿Qué me dices?

Alexandra lo miró fijamente.

- Douglas, ¿no te das cuenta de lo que has hecho?
- Me estás poniendo nervioso, Alexandra.
- Has ido en contra de mis deseos. Ni siquiera me has consultado. No pienso tolerar ese tipo de cosas, Douglas.

Douglas se puso rojo como la grana.

- ¡Maldita sea, eres mi mujer! –gritó a voz en cuello-. ¿Es que no puedes entender que si te dejo embarazada podrías morir? ¡No quiero matarte!
- ¿Por qué? –Ahora la voz de Alexandra era suave como la mantequilla, Douglas lo notó y se arrepintió de sus palabras.
- No intente sus malditas argucias conmigo, señora. Vaya a ponerse el traje de montar. Tiene quince minutos. Si llega tarde, la perderé en el laberinto.

Era un comienzó, pensó Alexandra, mientras subía las escaleras, y un comienzo muy prometedor. Sin embargo, no había pasado ni media hora cuando Alexandra se encontró deseando matar a su marido. Su prometedor comienzo se había hecho pedazos.

20

- Douglas, ¿quién quería verte esta mañana tan temprano? –La pregunta de Alexandra obedecía sólo a la curiosidad. Sin embargo, Douglas se puso alarmantemente rígido en la silla. A *Prince*, el caballo que utilizaba en Londres, un castrado ruano, no le gustó su actitud y caracoleó de costado. La yegua de Alexandra, un alazán de mal carácter, decidió que su amazona tenía la culpa de la inquietud del caballo, echó la cabeza hacia atrás bruscamente y mordió a Alexandra en la bota. Ésta soltó un grito de sorpresa.
- Te he dicho que no era como la yegua de casa –dijo Douglas con brusquedad-. Presta atención, Alexandra.

Alexandra miró la nuca de su marido y frunció el entrecejo. Se hallaban paseando a medio galope por Rotten Row. Douglas había decidido que no les daba tiempo de ir al laberinto de Richmond. La primera hora de la tarde era demasiado temprano para que encontraran por allí a la gente elegante, lo que alegró a Alexandra, a quien una leve brisa agitaba sus rizos sueltos alrededor del rostro.

- ¿Quién quería verte con tanta urgencia esta mañana? –volvió a preguntar, esta vez con algo más que un interés despreocupado en la voz-. ¿Se ha puesto enfermo alguien de tu familia? ¿Están todos bien?
- Ahora mi familia es tu familia. Intenta recordarlo, te lo ruego. Además, no es asunto tuyo a dónde voy ni lo que hago. Una esposa no ha de entrometerse en los asuntos de su marido. Presta atención a tu montura y...
- Douglas –dijo Alexandra con un tono de voz que ella consideró de lo más razonable-, estás de malhumor porque no me he metido con ese maldito doctor en mi dormitorio. Y a menos que quieras montar una escena horrorosa, no me obligarás a hacerlo. Bien, ¿qué emergencia era ésa? Soy tu esposa. Te ruego que me digas qué está ocurriendo.

Douglas permaneció tercamente callado y la imaginación de Alexandra se desbordó de un modo dramático.

- No tendrá nada que ver con la invasión, ¿no? Oh, cielos, el ministerio no querrá que vuelvas al ejército, ¿verdad? No irás, ¿verdad? Por favor, piénsatelo bien, Douglas. Hay demasiadas cosas en Northcliffe Hall que requieren tu atención constante. Así que no creo...
- ¡Calla la boca! ¡No tiene nada que ver con eso, maldita sea! Se refiere a un brillante loco llamado Georges Cadoudal.
- ¿Quién es?

¿Cómo había conseguido Alexandra que escupiera el nombre?, se preguntó Douglas, mirando fijamente entre las orejas de su caballo.

- No es asunto tuyo. Cierra la boca. Déjame en paz. No te diré nada más.
- Muy bien. –Georges Cadoudal. Era francés y Douglas hablaba francés como si lo hubiera aprendido del pecho de su madre. Alexandra recordaba la vehemencia de aquella mujer francesa, aquella lagarta a la que él había rescatado, Janine, de la noche anterior en el baile de los Ranleagh-. ¿Tiene algo que ver con aquella mujerzuela que intentaba seducirte anoche?

Douglas se quedó mirando a su mujer. No podía saberlo. Era sólo un disparo a ciegas y él era un estúpido. Lo último que quería era preocupar o asustar a Alexandra. Lo último que quería en este mundo era que ella se entrometiera en aquel absurdo asunto. Espoleó a *Prince* y el caballo salió al galope.

Alexandra deseó tener una piedra en la mano para lanzársela a la cabeza.

Pero sobretodo estaba preocupada. Quería descubrir quién era ese Georges Cadoudal y en qué medida afectaba a Douglas. Alexandra recordaba la nota que le

había llevado su ayuda de cámara, Finkle (que había viajado hasta Londres con ellos), esa misma mañana. Quizá la nota se encontrara todavía en alguna parte de la casa. Alexandra decidió encontrarla. Douglas había dicho que su familia también era la de Alexandra. Muy bien. Ella era su esposa; ya era hora de que se diera cuenta de que tener una esposa significaba poner fin a las decisiones unilaterales. Ella podía servirle de ayuda; Douglas tendría que aprenderlo.

Alexandra halló la nota. Finkle la había depositado cuidadosamente junto a las demás misivas de su señoría sobre el macizo escritorio de éste en la biblioteca. Alexandra frunció el entrecejo al leerla. Era de lord Avery. Los garabatos, que eran grandes y negros, se limitaban a informar a Douglas de que aquel Georges Cadoudal no se hallaba al parecer en París, como se suponía, sino en Inglaterra. Lord Avery estaba preocupado; necesitaba hablar con Douglas inmediatamente.

Alexandra volvió a doblar la carta pulcramente y la colocó de nuevo en la pila sin dejar prueba alguna de su intromisión. Douglas entró inesperadamente en la estancia, justo cuando ella terminaba. Alexandra se ruborizó hasta la raíz de los cabellos y se apartó del escritorio.

- Buenos días, milord –Le saludó alegremente con la mano.

Douglas frunció el entrecejo y bloqueó su huída.

- ¿Qué estas haciendo aquí, Alexandra?

La condesa alzó el mentón.

- ¿No es ésta también mi casa? ¿Hay alguna habitación en la que no se me permite entrar? Si es así, sería justo que me dijera dónde no debo entrar y yo, naturalmente, te obedeceré.

Douglas miró el escritorio aún con el entrecejo fruncido.

- Tus esfuerzos por desviar mi atención no han funcionado nunca. Y nunca me has obedecido. Bien, ¿qué en mi escritorio que tenga tanto interés para ti?

Cuando Douglas dio un paso hacia adelante, Alexandra intentó escabullirse. Douglas la cogió por la muñeca. Alexandra notó que el pulgar de su marido le acariciaba levemente la piel suave y supo que, de continuar así, terminaría tumbada en el suelo, o quizá en el sofá, disfrutando de un enorme placer.

Fue como si Douglas advirtiera lo mismo, porque dejó caer la muñeca y ordenó:

- No te muevas, o me encargaré de que pagues por tu intromisión en mis asuntos. –Alexandra se preguntó si su marido sabría qué hacer con ella si se escapaba de la habitación. Decidió que la amenaza no era demasiado concreta y salió de la habitación precipitadamente.

Douglas la dejó marchar; la encontraría enseguida. Se acercó a su escritorio y hojeó los documentos. Cuando encontró la nota de lord Avery, soltó una maldición. Maldito Finkle, ¿por qué tenía que ser tan cuidadoso? Bueno, Alexandra no sabía mucho más que antes. Aun así, Douglas se preocupó; Georges Cadoudal era impredecible. Douglas sabía por experiencia que, cuando a Georges se le metía una idea entre ceja y ceja, no había quien lo moviera de allí. Era una cualidad y también un terrible inconveniente, como en ese momento preciso.

Douglas volvió a maldecir. ¿Qué podía hacer?

El rumbo que tomaría su iniciativa se decidió esa misma noche. Douglas llevó a Alexandra a una pequeña velada en casa de lord y lady Marchpane, una deliciosa pareja de ancianos que tenían en gran estima al conde, pues éste había ayudado a su nieto en el ejército. Lo saludaron a él y a Alexandra muy efusivamente.

En cuanto a Alexandra, se mostraba cautelosa, aunque Douglas no había hablado de venganzas ni castigos. Su marido le había parecido preocupado, pese a que ella se había presentado con un nuevo vestido bastante escotado. Él se había limitado a asentir y eso había sido todo. Alexandra lo observaba por el rabillo del ojo. Habría preferido quedarse en casa con él. Quizá debería pedirle perdón por andar metiendo las narices en sus asuntos. Le rozó el brazo con la punta de los dedos. Douglas la miró entonces sin decir nada y con el rostro inexpresivo.

- Lo siento, Douglas.
- ¿Qué sientes concretamente?
- Habes estado fisgando, pero me has puesto tan furiosa al no querer decirme lo que ocurre. Soy tu esposa, ¿sabes? Podría ayudarte si me dejaras.

La mirada de Douglas pareció hacerse aún más distante.

- Acepto tus disculpas, aunque sean pobres. En cuanto a lo otro, no puedo evitar darme cuenta de que eres mi esposa. Estás conmigo cada bendito instante. Dudo que pudiera hacer mis necesidades sin que me preguntaras a dónde he ido y qué he hecho. Ah, ahí está Teddy Summerton. Baila bien. Te pasaré a él. No, no discutas conmigo. Harás lo que te ordeno. ¿Entiendes?
- Entiendo.

Y Alexandra bailó obedientemente el siguiente baile popular con Teddy Summerton, un joven caballero muy agradable de rostro pálido y grandes orejas, que parecía venerar a su marido. Cuando terminó el baile, no se veía a Douglas por ninguna parte.

Alexandra se preguntó si estaría de nuevo con aquella lagarta francesa. Se paseó lentamente por el perímetro del salón de baile; algunas personas la reconocieron y la saludaron con una inclinación de cabeza, a la que ella respondió de igual manera, sonriendo. ¿Dónde estaba Douglas?

Era una noche calurosa, la sofocante atmósfera pronosticaba lluvia inminente. Alexandra salió a la terraza y se inclinó sobre la balaustrada de piedra. En el jardín de allí abajo había faroles colgados a cierta distancia unos de otros; la iluminación resultaba muy romántica pero escasa, había demasiadas sombras, demasiados lugares oscuros, y Alexandra sintió una punzada de miedo.

- ¿Douglas? –susurró.

No hubo respuesta. Creyó haber oído un rumor en los arbustos a su izquierda, pero no estaba segura. Volvió a llamarlo por su nombre, luego bajó rápidamente los hondos escalones de piedra que daban al jardín. Recorrió con paso apresurado uno de los angostos senderos de piedra, con el oído aguzado. Nada. Entonces, de repente, oyó la voz profunda de un hombre que sonaba como un siseo ronco, pero no comprendió lo que decía. Maldita sea, hablaba francés. Alexandra quiso gritar hasta que oyó replicar a Douglas en francés, y su voz le sonó fría y extraordinariamente indignada a la vez.

Súbitamente oyó los inconfundibles sonidos de una pelea. Alexandra no pudo aguantar más y salió corriendo hacia el lugar de la refriega. Al correr entre los arbustos vio a dos hombres atacar a Douglas. Contempló entonces con asombro que éste giraba sobre sus talones y golpeaba a uno de los dos hombres con fuerza en el estómago; luego se volvía más veloz que el rayo para clavarle el codo a su otro oponente en la garganta. Todo acabó tan deprisa que Alexandra no pudo hacer más que quedarse paralizada como un conejo. El último hombre gritó algo en francés a Douglas, al tiempo que se frotaba la garganta; segundos después, tanto aquél como su secuaz se perdieron entre las sombras.

Douglas se quedó inmóvil, frotándose los nudillos de la mano izquierda y con la vista fija en la oscuridad. Alexandra corrió entonces hacia él, le palpó los brazos, los hombros y luego le cogió la cara entre las manos.

- ¿Cómo te encuentras? Has estado tan bien, Douglas. Te has movido con tanta rapidez. Ha sido increíble. No has necesitado para nada mi ayuda. ¿Estás bien? ¿No puedes hablar? Por favor, Douglas, háblame. –Mientras hablaba, las manos de Alexandra seguían acariciando a su marido, palpándole, y él seguía inmóvil, respirando honda y regularmente.

Por fin Douglas levantó los brazos, cogió las manos de su mujer y acercó su rostro al de ella.

- ¿Qué demonios estás haciendo aquí fuera?

Las manos de Alexandra se detuvieron, pero ella no se apartó de él.

- Estaba preocupada por ti. No te encontraba. He pensado que quizá me necesitarías.
- ¿Necesitarte? ¡Por Dios, señora, ahórreme su ayuda! Bien, nos vamos.
- ¿Pero quiénes eran esos hombres? ¿Por qué te han atacado? Os he oído discutir, pero no entendía nada. Era en francés, maldita sea. ¿Por qué...?

Douglas sacudió a su mujer sin decir nada y la arrastró de vuelta por el sendero hacia la casa. Estaba aterrorizado por ella, pues lo último que le había gritado Georges Cadoudal era una amenaza contra ella. Igual que Douglas había destruido a Janine, él, Georges, destruiría a su esposa.

Douglas no dijo nada en el carruaje hasta que Alexandra acabó preguntando:

- Nunca había visto a nadie golpear así. A Tony no le pegaste de esa forma.
- A Tony le quería dar una paliza, no matarlo.
- ¿Dónde aprendiste a pelear de esa manera?

Douglas se volvió para mirarla a la tenue luz de carruaje y sonrió al recordar.

- En Oporto tuve ocasión de conocer a unos cuantos miembros de una banda de bandoleros que eran los luchadores más tramposos, fulleros y sucios que he visto en mi vida. Ellos me enseñaron y yo me las apañé para sobrevivir.
- Oh. ¿Quiénes eran esos hombres que intentaban herirte?

Douglas le cogió la mano izquierda y la sostuvo con firmeza.

- Escúchame, Alexandra. No vas a ir a ninguna parte sin mí, ¿me has comprendido? No me mires de esa manera, confía en mí. Dime que me comprendes.
- Sí, te comprendo.
- Por supuesto que no comprendes, pero no importa. Pasado mañana volvemos a Northcliffe.
- ¿Por qué?
- Harás lo que yo te diga sin preguntar nada más.

Alexandra decidió que lo dejaría correr de momento. Conocía a su marido lo bastante para saber que una vez había cerrado la vávula de su parco suministro de información, no volvería a abrirla. Era el hombre más tozudo que había conocido. Alexandra recostó la cabeza en los suaves cojines de cuero del coche y cerró los ojos.

Le pareció que Douglas se reía por lo bajo, pero no estaba segura. Alexandra tenía un plan; no era gran cosa, pero por lo menos era un comienzo, era algo.

Al día siguiente, justo después de las once de la mañana, Douglas regresó a casa. Su entrevista con lord Avery había sido corta y directa. Sí, Georges Cadoudal estaba en Londres, no en París, donde se suponía que debía estar con todo el dinero que le había dado el gobierno inglés. Y en apariencia, quería sangre, la sangre de Douglas. El conde suspiró, tendió el bastón a Burgess y preguntó:

- ¿Dónde está su señoría?

Burgess parecía afligido pero valiente.

- Está con una persona, milord.
- ¿Una persona, dice? ¿Es del sexo masculino esa persona?
- Sí, milord. Es una persona francesa del sexo masculino.

Inmediatamente Douglas pensó en Georges Cadoudal y empalideció. Pero no, Georges no podía presentarse allí. Malditos fueran los ojos de su mujer. ¿Intentaba acaso espiarle sobornando a algún francés que hubiera conocido por la calle?

- Ya veo. ¿Y donde está esa persona francesa del sexo masculino, Burgess?
- En el gabinete, milord.
- ¿Por qué no le ha preguntado el objeto de su visita a esa persona francesa del sexo masculino, Burgess?
- Su señoría me ha dicho que no era asunto mío. Su tono y sus palabras tenían un estilo muy semejante al suyo, milord.
- ¡Eso no le había hecho callarse nunca conmigo!
- Su señoría también me ha preguntado sobre mi sobrino, que tiene dolor de garganta, milord. Usted no ha mostrado jamás tal solicitud, así pues, he obsequiado a su señoría con mi silencio.
- Maldita sea. ¡No sabía que tenía un sobrino!
- No, milord.

Douglas, más intrigado que otra cosa, enfiló rápidamente el pasillo hacia la parte posterior de la casa. El gabinete daba al jardín cercado. Era una estancia deliciosa, luminosa y aireada. Douglas no la frecuentaba mucho. Sinjun le había informado que era una habitación para las damas y que él debía mantenerse alejado. No llamó a la puerta, sencillamente la abrió con sigilo. Vio a un joven caballero de cara alargada, vestido con un traje negro raído y sentado frente a Alexandra en silencio. Ella decía lentamente:

- *Je vais à Paris demain. Je vais prendre mon mari avec moi.*
- *Excellent, madame ! Et maintenant*… -prorrumpió el joven con evidente placer.

Douglas le interrumpió desde la puerta.

- No voy a ir contigo a París mañana, Alexandra. Y tampoco hay nada excelente en esa sugerencia.
- Bajo la mirada fascinada de su marido, Alexandra enrojeció hasta la raíz de sus rojos cabellos, farfulló unas palabras y luego dijo a la persona francesa de sexo masculino que se sentaba frente a ella:
- *Je crois que c'est ici mon mari*.
- ¿ Sólo lo crees? –Douglas inclinó la cabeza ante el francés, que se había puesto de pie y lo miraba nervioso, toqueteando la leontina de su reloj. ¡Una leontina!
- ¿Qué está haciendo aquí, Alexandra?

También Alexandra se había levantado y se apresuraba a acudir al lado de su marido alegremente, con una amplia sonrisa.

- Ah, es un joven caballero muy agradable que he conocido...bueno, sí, lo he conocido en Gunthers y le he pedido que viniera a visitarme para que pudiéramos charlas sobre cosas.
- ¿Cosas francesas?
- Supongo que se podría decir así.
- ¿Le pagas?
- Bueno, sí.
- ¿Te sirve de espía? ¿Esperas que me siga y espíe mis conversaciones y luego te las cuente?

Alexandra lo miró fijamente.

- ¿Crees de verdad que yo haría eso, Douglas?
- No –respondió el secamente-. No, no lo creo, al menos en situaciones normales. Pero creo que harías cualquier cosa que se te ocurriera para ayudarme, aunque yo no te lo pida ni lo quiera ni lo necesite, de hecho, ni aunque te pegara por hacerlo.

Alexandra ladeó la cabeza.

- Estás diciendo varias cosas a la vez Douglas, y no estoy del todo segura...
- Maldita sea, mujer, ¿quién es este hombre y qué está haciendo aquí?
- Muy bien. –Alex alzó el mentón-. Su nombre es monsieur Lessage y me está dando clases de francés.
- ¿Qué?
- Ya lo has oído. Y ahora si nos dejas, Douglas, aún no hemos terminado.

Douglas soltó unas cuantas palabrotas en francés, con tan refinado dominio que el joven francés se vio impelido a obsequiarle con una sonrisa aprobadora que dejaba sus dientes completamente al descubierto. Se dirigió a Douglas con unas rápidas palabras y éste le respondió con mayor rapidez aún. Luego los dos hombres continuaron hablando en aquella maldita lengua, excluyendo a Alexandra, haciéndola sentir como una intrusa.

- Douglas –dijo Alexandra, casi gritando-. Monsieur Lessage es mi profesor. Nos estás interrumpiendo. *S'il vous plait*, por favor, márchate.

Douglas comentó algo a monsieur y el hombre sonrió.

- Lo siento, Alexandra, pero monsieur acaba de recordar que tiene que dar otra lección dentro de muy poco, y justo al otro lado de Londres. –Douglas estrechó la mano del hombre, donde depositó unos cuantos billetes.
- Alexandra sintió deseos de pegar a su marido. Deseó maldecirle en el fluido francés que él hablaba sin esfuerzo. No, sólo quería saber una palabrota en francés, sólo una. Apretó los puños a los costados del cuerpo. Esperó a que se cerrara la puerta y luego se puso en pie.
- ¡Como te atreves! ¡Era mi profesor, no estaba a tu servicio! Ah, me gustaría decirte en francés lo furiosa que estoy!
- Quieres insultarme, ¿eh?
- Sí. *Oui* !
- *Merde* !
- ¿Cómo?
- Puedes decir *merde*. Significa... No importa, es una palabrota y servirá para calmar tu malhumor. Créeme.
- *Merde!*

Douglas pestañeó y después sonrió a su esposa.

- ¿Te sientes mejor? –Alexandra no contestó y Douglas prosiguió-: ¿Para qué quieres aprender francés?

- ¡Para descubrir qué te dijo aquella lagarta y por qué ese hombre, Georges como se llame, quería matarte anoche!
- Ah, entonces yo tenía razón. Te crees santa Georgina. –Douglas se acercó a la puerta de cristal que daba directamente al jardín. La abrió y respiró el aire fresco de la mañana-. Alexandra, ¿pensabas rescatarme de nuevo? ¿Con un francés de colegiala, tal vez?
- ¡Si tú no quieres decirme qué ocurre, tendré que hacer algo! Es mi forma de ser, no puedo evitarlo. Desearía que no lo vieras como una intromisión.
- Es una lástima. –Douglas no se volvió para mirarla-. Sí, es una lástima que no te parezcas más a tu hermana, una dama que me imagino está perfectamente dispuesta a esperar hasta saber qué desea su marido de ella antes de lanzarse como una marimacho a un lío tras otro. Líos, he de añadir, que no tienen nada que ver contigo.
- Desearía que fueras más claro en tus palabras condenatorias, Douglas.
- ¿En qué no soy perfectamente claro?
- ¿Aún amas a Melissande?

Douglas se volvió entonces para mirar a su esposa y vio el dolor reflejado en sus ojos. Le molestó. La noche anterior no le había hecho el amor. La deseaba, Dios, eso no era nada nuevo, siempre la deseaba, pero tenía que enseñarle que no podía tenerlo siempre que quisiera, que era él quien decidía cómo y cuándo, y tenía que demostrarle su desagrado. Bueno, ya lo había hecho y ahora la deseaba con la fuerza de un demonio. El vestido de mañana que llevaba tampoco era tan atrayente, por amor de Dios, sólo una sencilla muselina de color amarillo pálido, sin embargo, Douglas deseaba arrancarle aquella franja de encaje tan femenina que llevaba en el escote y dejar al aire libre sus pechos. Quería abarcarlos con sus manos, quería acariciar y besar la piel suave. Quería apretar su rostro contra el corazón.

Douglas suspiró y le dio la espalda, pues su miembro se había puesto dolorosamente rígido sólo con pensar en sus condenados pechos. Eso no le gustó lo más mínimo.

- No –declaró, y se sorprendió a sí mismo de sus palabras-, no amo a Melissande. Nunca la he amado, pero la deseaba. Supongo que era una especie de sueño en lugar de una mujer real, un fantasma exquisitio que hacía que mis noches fueran menos solitarias. No, no la amo. Temo que Tony estaba en lo cierto, el maldito sinvergüenza.
- Tony la ama.
- Sí, la ama.

Y Alexandra deseó desesperadamente preguntarle si él podría llegar a amarla a ella, aunque sólo fuera un poco. Pero guardó silencio.

- Soy así –dijo-. No soporto pensar que estás en peligro. No puedo creer que prefieras que me siente a tomar el té mientras un criminal te clava un cuchillo en la espalda.
- En ese caso podrías gritar a pleno pulmón pidiendo ayuda masculina.
- ¿Y si no hay ningún hombre cerca?
- Deja de jugar conmigo, Alexandra. No quiero que hagas cosas que yo no apruebe. Quiero saber dónde estás y a qué te dedicas. No quiero ni necesito que te entrometas en mis asuntos.
- Quieres una esposa insensible.
- ¿Insensible? Ja, ¿tan pronto has olvidado tus gritos y gemidos cuando te tomo? –Douglas cerró la boca, pues tenía el miembro tan duro que los pantalones le tiraban. El conde miró a su mujer larga y pensativamente. La tenía demasiado cerca-

. Quiero que te quedes aquí, dentro de casa. No salgas. Supervisa los preparativos para la partida de mañana temprano. ¿No tienes bastante con eso?

Alexandra se levantó con los puños apretados a los lados. Sencillamente Douglas no pensaba ceder, se dijo. Se preguntó con tristeza si cedería algún día. Tal vez no. Le sonrió, ah, pero cómo dolía forzar a la boca a hacer un gesto así. No obstante, lo consiguió; luego saludó con una inclinación de cabeza y abandonó la habitación.

Alexandra subió la amplia escalinata, y cuando oyó a la señora Goodgame que la llamaba no se dio la vuelta. Entró en su dormitorio y cerró la puerta con llave. Se quedó inmóvil en el centro de la habitación durante un largo rato, luego, lentamente, cayó de rodillas. Se rodeó el cuerpo con los brazos y lloró.

Sumida en su desolación, Alexandra no oyó la puerta de la habitación contigua abrirse silenciosamente. Douglas dejó que se extinguiera la orden que llevaba en los labios. Miró a su esposa y sintió un vacío en el estómago. En realidad no la había regañado, por amor de Dios, no había hecho nada para provocar semejante desolación. Douglas no pudo soportarlo. Se acercó rápidamente a Alexandra, la levantó en brazos y la llevó a la cama. Allí se tumbó sobre ella, con la boca apretada contra su boca, y saboreó sus lágrimas e intentó hacerle olvidar las lágrimas y el dolor, que lo olvidara todo salvo el placer que él iba a proporcionarle. Le subió el vestido de un tirón, le bajó las medias y lanzó sus zapatos por los aires.

Douglas se desabrochó los pantalones y la penetró. Una vez más encontró a Alexandra suave y dispuesta, siempre preparada para él, y le asombró comprobar esa conciencia de él que ella tenía tan arraigada en las entrañas, aquella complacencia con que se le ofrecía aun cuando él le hubiera hecho daño. “Alexandra”, murmuró en su boca y empujó con fuerza y con más fuerza aún.

Alexandra abrió lo ojos, empujando hacia arriba cotra el cuerpo de Douglas para atraerlo más hacia ella.

- Al parecer he de poseerte cada día, en bien de nuestra salud, ya me entiendes, de lo contrario nos haremos viejos rápidamente, e irritables y mezquinos. ¿Lo entiendes? Dime que lo entiendes.
- Lo entiendo. –Alex atrajo el rostro de Douglas. Tenía hambre de él, siempre tenía la misma hambre, y lo besó con la lengua tomando la iniciativa, sorprendiéndole y volviéndole loco al instante.
- Ah, no hagas eso –dijo Douglas, pero era demasiado tarde. Siempre era demasiado tarde con ella, así que volvió a hundirse en ella, sobre ella, jadeando y respirando con fuerza, con los ojos cerrados por la intensidad de las sensaciones que lo traspasaban y esa presión siempre creciente. Y luego, de repente, se apartó de Alexandra, que abrió los ojos, pero él se limitó a menear la cabeza. Levantó las caderas de Alexandra con sus manazas y la atrajo hacia su boca.

Alexandra gritó.

Luego gimió suavemente y perdió la cabeza, y siguió y siguió hasta que Douglas la hizo alcanzar el orgasmo y a continuación volvió a provocar aquella sensación creciente. Esta vez controlaba su placer y ella no podía hacer nada por evitarlo. Alexandra gritó, golpeó la cama con la cabeza hasta que por fin Douglas la dejó y volvió a penetrarla una vez más y arqueó la espalda y gritó su nombre al llegar al clímax.

Cuando terminó, cuando Douglas consiguió respirar normalmente, se levantó sobre los codos y dijo, muy cerca del rostro aturdido de Alexandra:

- No vuelvas a llorar. No me gusta. No hay razón para que llores. He venido, ¿no? ¿No te he dado un gran placer?
- Sí. Sí, lo has hecho.

Alexandra seguía notándolo en su más profundo interior. Era la hora de comer. Qué absurdo, era pleno día y Douglas sentía crecer el deseo de nuevo. Hizo un esfuerzo y se apartó de ella.

- No más lloros. –Se levantó y se alisó los pantalones.
- ¿Por qué no confías en mí, Douglas?
- Dices tonterías.
- ¿Acaso no intenté salvarte de Tony?
- Eso no tiene nada que ver.

Alexandra consiguió sentarse en la cama y se estiró el vestido.

Estaba húmeda, de él y de sí misma, supuso; aún notaba la sensación del placer extenuante. Se miró los pies desnudos que colgaban de un lado de la cama sin alcanzar el suelo.

- Muy bien, Douglas, haré lo que tú quieras. No fisgaré más. Si te metes en problemas, lo lamentaré, pero no haré nada. Es eso lo que deseas, ¿no?

Douglas frunció el entrecejo. No, no deseaba una cosa así, pero eso era lo que había dicho.

- Quiero que te arregles. Tengo hambre. Es la hora de comer. –La dejó entonces para irse a su propio dormitorio y cerró la puerta tras él. Alexandra se quedó sentada mirando cómo se marchaba.
- *Merde* –dijo.

21

Douglas se despertó de repente. No sabía qué lo había despertado, pero unos segundos antes se hallaba profundamente dormido, soñando con una feroz escarmuza en las afueras de Pena, con los franceses acercándose cada vez más por su flanco, y de pronto se encontró mirando fijamente la oscuridad y respirando con vehemencia. Sacudió la cabeza y automáticamente se volvió buscando a Alexandra.

Su mano aterrizó sobre las suaves sábanas. Frenético, Douglas recorrió con las manos la almohada y las mantas amontonadas a los pies de la cama. Alexandra no estaba allí. Se había ido. Douglas sintió una punzada de pánico intensa y dolorosa en el estómago. Dios santo, Georges Cadoudal se la había llevado.

No, eso era absurdo. Georges no podía entrar en la casa, subir al dormitorio y llevársela sin despertarlo. No, era imposible.

Douglas bajó rápidamente la escalera, atándose el cinturón del batín de terciopelo azul oscuro, descalzo, sin hacer ruido sobre la gruesa alfombra. ¿Dónde demonios estaba Alexandra?

Silenciosamente miró en los dos salones, el salón de desayuno, y el enorme comedor. Se detuvo en el vestíbulo con el entrecejo fruncido. Luego retrocedió rápidamente hacia la biblioteca. Se paró al ver la luz que se filtraba por debajo de la puerta.

Con mucho sigilo, dio la vuelta al pomo y se asomó al interior.

Alexandra estaba sentada en el escritorio de su marido con una bujía junto al codo izquierdo y un libro abierto frente a ella. Estaba muy concentrada, con la frente arrugada.

Douglas estaba a punto de entrar bruscamente y preguntar qué demonios estaba haciendo allí, cuando la oyó decir con toda claridad:

- Así que es esto lo que significa *merde*. Vaya, vaya, desde luego es bastante vulgar y Douglas tenía razón. Sirve para calmar el malhumor de cualquiera de un modo espléndido y con rapidez. –Repitió la palabra varias veces y luego añadió en voz alta-: Claro que no servirá para mucho a la larga. Vamos, ánimo, vamos a ello.

A Douglas le costó contener la risa, pero lo consiguió, porque Alexandra empezó a repetir en voz alta y en un francés malo pero comprensible:

- Yo no voy. *Je ne vais pas*. Él no va. *Il ne va pas*. Ellos no van. *Ils ne vont pas*.

Douglas la miró fijamente. ¿Qué diablos?

Alexandra intentaba aprender francés sola. Y todo porque quería ayudarle en lo que pudiera.

Douglas permaneció allí, mirando a su esposa, meneando lentamente la cabeza, intentando comprender lo que veía y lo que estaba empezando a sentir. Algo muy hondo y dulce se estaba apoderando de él, algo que no había sentido nunca, algo nuevo y maravillo e intenso, algo que jamás había esperado, sencillamente porque no se había dado cuenta de que había algo que sentir y no sabía... no sabía que a él le faltara.

Continuó mirándola fijamente. Alexandra estaba sentada con el camisón blanco que le llegaba hasta el cuello y los cabellos caoba recogidos en una trenza que le caía por encima del hombro derecho, y utilizaba las manos mientras repetía las palabras en francés. La luz de la bujía danzaba sobre su rostro, iluminando sus ojos, creando sombras en sus mejillas y sus cabellos. Alexandra continuó hablando, repitiendo sin cesar las mismas frases, una y otra vez.

Douglas sólo las entendía si se esforzaba.

- Yo le ayudo. *Je l'aide*. Ah, ¿qué es esto? –Alexandra guardó silencio, luego dijo en voz muy queda-: Le amo. *Je l'aime*. Amo a Douglas. *J'aime Douglas*. Amo a mi marido. *J'aime mon mari*.

De pie en la puerta, Douglas dejó que sus sentimientos se expandieran y le inundaran. Esbozó lentamente una sonrisa que calentó sus entrañas y se sintió increíblemente afortunado. Con aquella sonrisa estaba aceptando a Alexandra, lo que significaba para él y lo que sabía que siempre sentiría por ella, su esposa.

Con gran sigilo, Douglas cerró la puerta y volvió arriba caminando pensativo. Permaneció tumbado y despierto, deleitándose con la novedad de sus sentimientos, esperando.

Cuando Alexandra se metió en la cama junto a él una hora más tarde, Douglas se fingió dormido durante diez minutos. Luego se volvió hacia ella, la tomó en sus brazos y empezó a besarla.

Alexandra dio un respingo de sorpresa pero enseguida le devolvió los besos con entusiasmo, como siempre. Pero esta vez no hubo frenesí ni una urgencia salvaje. Cuando Douglas la penetró, fue con ternura y suavidad, despacio, como nunca antes lo había conseguido con ella, y siguió besándola, provocándola con la lengua, mordisqueándole el labio inferior, acariciándola, entregándose a ella. Fue placentero, y Alexandra suspiró cuando terminó. Ahora estaba atada a él. Estaría atada a él para siempre.

Cuando Douglas supo que Alexandra se había dormido, la besó en la sien y le dijo muy bajito con los labios pegados a su cálida mejilla: *Je t'aime aussi*.

Siete horas más tarde, en la mesa del desayuno, Douglas dio un puñetazo tan fuerte que su plato saltó y una loncha de tocino cayó sobre el mantel blanco.

- He dicho que no, Alexandra. Si Sinjun te pidió que fueras a buscarle un libro a Hookams, lo siento por ella. No tengo tiempo de acompañarte y tú no irás sola a ninguna parte. ¿Me has entendido?

Alexandra guardó silencio.

- Dime que lo entiendes.
- Lo entiendo.
- Bien. Ahora ve a ocuparte del equipaje. Siento que no podamos irnos esta mañana, pero tengo asuntos que atender. Volveré más tarde. –Y justo cuando alcanzaba la puerta, Douglas se detuvo en seco al oírla decir:
- *Merde*!

Douglas fingió no haberla oído y se fue. Alexandra se quedó mirando fijamente los huevos de su plato y se preguntó por qué se habría entusiasmado tan estúpidamente por la noche e imaginado que aquello fuero algo más que la pasión de un hombre.

Alexandra estuvo ocupada el resto de la mañana, aunque, la verdad sea dicha, la señora Goodgame necesitaba bien poco a una señora que estaba claramente distraída y a la que en realidad no le importaba si sus vestidos se guardaban cuidadosamente en papel de seda o se arrojaban tal cual al baúl.

Douglas no regresó para el almuerzo. Alexandra estaba al borde de la histeria por el disgusto y el miedo de que le hubiera pasado algo. ¿Por qué no podía ella hacerle prometer que no iría a ninguna parte sin que lo acompañara? Intentó estudiar francés, pero estaba tan enfadada con él que se pasó la mayor parte del tiempo buscando nuevas groserías.

- Está usted nerviosa, milady –dijo finalmente la señora Goodgame, con la voz cansada por la exasperación-. ¿Por qué no da un agradable paseo en coche? No hay nada aquí que necesite su atención, se lo aseguro.

Así que Douglas no les había dicho a los sirvientes que su mujer había de permancer prisionera. La boca de Alexandra se convirtió en una fina línea. Iría a buscar la novela de Sinjun y que Douglas se fuera al infierno. Sin embargo, y sólo para sentirse más segura, Alexandra cogió una pequeña pistola del escritorio de Douglas en la biblioteca, que se había encontrado la noche anterior mientras descansaba de la lección de francés, y se la metió en el bolsito de malla. No tenía la menor idea de si estaría cargada. Sólo mirarla le daba miedo; si tenía que usarla, Alexandra esperaba que la persona a la que apuntara se asustara de igual forma sólo con verla. Pidió a uno de los lacayos que la acompañara y se sentara junto a John Coachman. ¿Qué más podía pedir Douglas? Llevaba dos guardias armados y una pistola.

Burgess sabía que su señoría debía quedarse en casa, pero no se hallaba en su puesto cuando Alexandra salió seguida de James, el lacayo.

El carruaje enfiló Picadilly y pasó por la esquina de Hyde Park hasta llegar a St. Edward's Street. John Coachman se quedó en el carruaje y James entró con Alexandra en Hookams. Era un lugar repleto de estanterías desde el techo hasta el suelo en las que se apiñaban los libros. Había polvo por todas partes y poco espacio para moverse, pero, pese a todo, la crema de la sociedad lo había convertido en un punto de encuentro, por lo que los estrechos pasillos estaban atestados de damas y caballeros charlando. Cerca de la entrada de la librería, doncellas y lacayos aguardaban a sus amos y amas para liberarlos de los paquetes. Alexandra dejó a James mirando a una bonita doncella y fue conducida por un agobiado dependiente al lugar en que se encontraba la novela de Sinjun. Ah, sí, allí, en el tercer estante. Alexandra alzó el brazo para coger *El misterioso conde*, pero se quedó paralizada cuando un hombre le siseó en el oído derecho:

- Ah, la palomita ha abandonado el nido, ¿eh?

No era Heatherington, pensó Alexandra. No, ése hablaba de ovejas y pastores. Suspiró y dijo, sin volverse a mirar al hombre:

- Su manera de abordarme no es de mi agrado, señor. Carece de originalidad, de gracia y encanto. Carece de ingenio. Debería emplear a alguien para que le enseñara. Me gusta ese acento francés que finge, pero en realidad no pega demasiado con su perfecto inglés. En francés no se invierten las palabras, ¿sabe?

- ¡Maldita sea, no pretendo agradarla! ¡Hablo tres idiomas con fluidez!

- Bueno, ¿entonces cuál es su propósito? –Se dio la vuelta al tiempo que hablaba y miró a un hombre demacrado y muy alto, de cabellos oscuros y ojos más negros que los de Douglas, vestido como un caballero. Alexandra comprendió súbitamente que se trataba de Georges Cadoudal. Oh, cielos, el acento de aquel hombre era totalmente auténtico.

- ¿Mi propósito? Bien, se lo diré. Tengo una pistola muy pequeña y muy mortífera, aquí, en la mano derecha, y la estoy apuntando con ella en el pecho. Le sugiero, señora, que venga conmigo y conserve esa encantadora sonrisa suya en la cara. Considéreme su amante y nos llevaremos a las mil maravillas, ¿eh? Andando.

Alexandra vio resolución en los ojos de aquel hombre, helados y duros.

- *Je ne vais pas* ! –gritó Alexandra con todas sus fuerzas. Golpeó a Cadoudal en la cara con *El misterioso conde*, con la esperanza de romperle la nariz cuando menos. Cuando Cadoudal levantó el brazo para golpearla, Alexandra chilló-: *Merde! Merde! Je vais à Paris demain avec mon mari! Aidez-moi !*

Cadoudal la golpeó en un lado de la cabeza, soltando juramentos, mientras los clientes de Hookams contemplaban la escena, paralizados por el horror.

- ¡James, socorro! *Aidez-moi* !

- Maldita sea –siseó Georges Cadoudal en el rostro de Alexandra, y cayó sin sentido. James acudió al lado de su señora, con un susto de muerte, sabiendo que le había fallado, pero el ataque de aquel malvado desconocido había sido demasiado repentino.

- ¿Se encuentra bien, milady? Oh, Dios mío, por favor dígame que se encuentra bien.

Alexandra sacudió la cabeza para despejarse. El golpe había enturbiado su mirada.

- Sí, me encuentro bien. –Luego miró la novela que sostenía aún y alisó las páginas arrugadas-. Le he dado en la nariz, James. ¿Me has oído hablar en francés?

- ¿*Merde*, milady? –Esta vez sí era Heatherington, el hombre del que Douglas había dicho que le levantaría las faldas a una mujer antes de saber su apellido, y le sonreía, pero no era la sonrisa sardónica de un experimentado libertino, era auténtica y extrañamente cordial-. Ah, sí, he oído su magnífico francés. ¿Quién era esa pobre diablo que ha osado perturbarla?

- Se ha dido –dijo Alexandra. Parecía tan orgullosa como un pavo real-. Mi francés lo ha espantado.

Heatherington la miró largamente y luego se echó a reír de un modo que delataba la falta de práctica, porque no se había reído de verdad en mucho tiempo. No encajaba con la imagen que tan cuidadosamente cultivaba. Rió con más fuerza, meneando la cabeza.

- *Merde* –dijo-. *Merde* –volvió a decir, luego se dio la vuelta y abandonó la librería.

Alexandra se lo quedó mirando unos instantes, luego pagó la novela, haciendo caso omiso de los susurros de las damas y caballeros que la miraban. James subía las escaleras de entrada justo detrás de ella, cuando Alexandra se detuvo y dijo con tono apremiante, tirando de la manga de la librea del lacayo:

- Por favor, James, no deseo que su señoría se entere del pequeño, ah, contratiempo, ¿de acuerdo? No ha sido nada, nada en absoluto. Sin duda aquel hombre se ha confundido de persona, nada más.

James no estaba seguro de que tuviera razón. Se sentía preocupado y razones tenía para ello, pues la primera persona que vio en el vestíbulo era su señoría en persona y con aspecto de querer matar a alquien. De hecho, parecía ansioso por matar a alguien.

James no había oído jamás rugir a un hombre. Su señoría se irguió en toda su estatura y bramó con toda la fuerza de sus pulmones a su esposa, que sólo le llegaba al hombro.

- ¿Dónde demonios has ido? ¿Cómo te has atrevido a desobedecerme? ¡Por Dios, Alexandra, esta vez has ido demasiado lejos! ¡Por todos los demonios, es demasiado, demasiado!

James retrocedió y fue a tropezar con Burgess, que se metió en la refriega con el rostro impávido.

- Milady, bienvenida. Ah, veo que James la ha acompañado, igual que John Coachman. Su señoría se había preocupado, naturalmente, a pesar de que...

- ¡Maldita sea, Burgess! ¡Silencio! Créame, ella no necesita de su protección ni su injerencia. –Douglas cogió a Alexandra por el brazo y la arrastró hasta el salón. Cerró la puerta de una patada con el tacón de la bota.

- Ese traidor intentaba defenderte, maldita sea su estampa –maldijo Douglas, sacudiendo a Alexandra, clavándole los dedos en los brazos. Alexandra no dijo nada, se limitó a mirarlo. El susto de la súbita aparición de Hookams se le había pasado ya en el camino de vuelta a casa. Ahora estaba más tranquila que otra cosa al enfrentarse con la ira de Douglas.

- He comprando la novela de Sinjun –informó, cuando Douglas recuperó la compostura momentáneamente.

- ¡Que se la lleven todos los diablos a esa condenada novela de Sinjun!

- Douglas, tu lenguaje está empeorando. Te lo ruego, cálmate. No ha ocurrido nada, de verdad...

Douglas volvió a sacudirla.

- Y ahora agravas tu desobedencia con una mentira. ¿Cómo te atreves, Alexandra? ¿Cómo te atreves a mentirme?

No, pensó Alexandra, era imposible que él supiera lo que había ocurrido en la librería.

- Me he encontrado con Heatherington –aclaró Douglas, sabiendo que ella iba a soltar más mentiras.

- Oh –exclamó Alexandra, y luego le dedicó una sonrisa de tanteo. Heatherington no sabía nada en realidad-. En realidad no era más que un hombre que no sabía comportarse...

- Era Georges Cadoudal y te hubiera raptado.

- ¿Cómo lo sabes?

- Que Dios bendito me libre de las estúpidas mujeres, Alexandra, has pegado unos chillidos en francés que se habrán oído en todo Londres. También he visto a otro caballero a quien no conoces y me ha contado que gritabas *merde* a voz en cuello. Todo el mundo lo sabe y no dudo que recibiré más de una docena de visitas de gente que querrá contarme el insólito comportamiento de mi esposa.

- También he dicho otras cosas, Douglas.

- Sí, ya sé. “Mañana te vas a París con tu marido.”

- Y también he pedido socorro en francés.

- Y otra cosa –empezó Douglas, acalorándose cada vez más, pero se interrumpió bruscamente, pues Alexandra había sacado una pequeña pistola de su bolsito de malla.

- También me he llevado esto. No soy estúpida, Douglas. Ese hombre no habría podido hacerme daño. No me marché sin meditarlo antes y prepararme. Me aburría, Douglas, por favor, compréndelo. Me aburría y quería hacer algo. Todo ha ido bien. Lo intentó pero fracasó. También le di en la cabeza con la novela de Sinjun. No tuvo la menor oportunidad.

Douglas se la quedó mirando fijamente. La pequeña majadera parecía orgullosa de sí misma, completamente convencida de que tenía razón. Era inocente y carecía de malicia. Tenía tantas oportunidades de salir ilesa contra un hombre como Cadoudal como una gallina. Douglas le cogió la pistola. Ante la idea de que el francés hubiera vuelto esa maldita cosa contra ella, se le contrajeron los músculos espasmódicamente. Luego abandonó la estancia, muy erguido y tieso y sin decir ni una palabra más. Alexandra contempló la puerta cerrada.

- Intenta controlarse con todas sus fuerzas –afirmó sin dirigirse a nadie en particular.

Douglas no estuvo en casa a la hora de cenar. Por la noche no acudió a ella.

Abandonaron Londres a las ocho y media de la mañana siguiente. La niebla veraniega, baja y densa, flotaba por toda la ciudad, aferrada a ella como un lúgubre manto de frío, hasta que se alejaron por la carretera del sur.

Douglas permaneció en silencio, sentado al lado de su esposa quien, maldita fuera su indiferencia, leía la novela de Sinjun, *El misterioso conde*. Una verdadera estupidez. Douglas recordó luego que Sinjun le había hablado de sus obras de teatro griegas y se estremeció. Probablemente la novela que leía Alexandra estaba llena de heroínas que se desmayaban en lugar de desnudarse.

- ¿Por qué lees esas tonterías? –preguntó Douglas con irritación.

Alexandra levantó la vista y le sonrió.

- Tú no quieres hablarme educadamente, el paisaje no es nada del otro mundo y no deseo dormir. ¿Tienes alguna sugerencia mejor que la lectura? ¿Acaso tienes un volumen de sermones morales para elevar mis pensamientos?
- Yo hablaré contigo –dijo Douglas con un tono que rozaba el malhumor.
- Ah, eso es muy amable de tu parte, Douglas.

Douglas buscó ironía en sus palabras o en su tono, pero no la detectó. Soltó un suspiro.

- Muy bien. Estaba preocupado por ti. Supongo que me darás permiso para preocuparme, sobre todo cuando yo sepa que existe un peligro y que éste podría alcanzarte. Muy bien, siento haberte dejado sola, pero tú deberías haberme obedecido.
- Eres muy bueno conmigo. Aprecio tu preocupación. Y la apreciaría más aún si me explicaras la naturaleza de ese peligro.
- No quiero hacerlo. Deseo que confies en mí. ¿Es que no comprendes la necesidad de que confíes en mí? Dime que lo entiendes.

Alexandra contempló el austero perfil de su marido y contestó:

- Si, Douglas, lo entiendo. –Y volvió a su novela.

Douglas rumió sus pensamientos en silencio durante casi una hora. Luego asomó la cabeza por la ventanilla para gritarle a John Coachman que detuviera el carruaje. Se hallaba en pleno campo. No había gente cerca, ni viviendas, no había vacas, ni cualquier cosa de especial interés, sólo árboles, arbustos de zarzamoras e hileras de setos.

Alexandra alzó la vista alarmada.

- No, es sólo que imagino que te apetecerá estirar un poco las piernas y quizá hacer tus necesidades en el interior del bosque.

Efectivamente, Alexandra quería hacer sus necesidades, pero imaginaba que también Douglas tendría ganas y que ése era el motivo por el que había detenido el carruaje.

Douglas ayudó a bajar a su esposa cogiéndola con ambas manos por la cintura y levantándola hacia sí, manteniéndola abrazada unos instantes y depositándola luego en el suelo.

- Vete a ese bosquecillo de arces. No tardes. Y llámame si me necesitas. No hace falta que lo hagas en francés, pero si te apetece, te estaré escuchando.

Alexandra le sonrió sin decir nada y agitó la mano brevemente al tiempo que se alejaba en dirección a la neblina que cubría los arces. El bosque estaba silencioso, las hojas de los arces formaban un denso follaje que impedía penetrar la luz del sol. Terminó rápidamente y estaba a punto de regresar junto a Douglas cuando, rápida como una centella, una mano le tapó la boca y Alexandra se vio atraída de un brusco y violento tirón hacia un hombre.

- Esta vez la tengo –dijo el hombre, y Alexandra reconoció la voz de Cadoudal-. Esta vez no la voy a perder. –Alexandra no contaba con la pistola de Douglas, ni con James el lacayo ni con John Coachman, pero tenía a Douglas, si conseguía librarse aunque fuera un momento, sólo un instante.

Alexandra mordió a Cadoudal en la mano y éste aflojó la presa un instante. Estaba a punto de gritar cuando notó un zumbido y luego algo muy fuerte que le golpeaba en la sien derecha. Alexandra cayó al suelo como una piedra.

Douglas paseaba de un lado a otro. Hacía más de diez minutos que Alexandra había penetrado en el bosque de arces. ¿Se encontraría mal? Douglas se lamentó, luego blasfemó, y finalmente se dirigió con paso apresurado hacia el bosque, gritando:

- ¡Alexandra! ¡Vuelve! ¡Alexandra!
- Silencio.
- *Aidez-moi!* –gritó Douglas-. *Je veux aller à Paris demain avec ma femme!* –Mientras gritaba que quería ir a París al día siguiente con su mujer, Douglas notó que sus músculos se tensaban y que la boca se le secaba por culpa del miedo.

Más silencio, un silencio profundísimo.

Douglas corrió al interior del bosque. Alexandra no estaba. Douglas buscó con nerviosismo, hasta que por fin halló un sitio en el que se veía que habían estado dos personas. No había habido lucha. Ni un solo sonido. Georges se la había llevado, y la había matado o la había dejado inconsciente de un golpe. No, si la hubiera matado la habría dejado allí mismo. Douglas prosiguió la búsqueda. Enseguida descubrió el lugar en que había estado un caballo atado a un tejo. Siguió las huellas del caballo saliendo del bosque, advirtió que las marcas de herradura eran más hondas y dedujo que al salir el caballo llevaba a dos en lugar de uno.

Él no tenía caballo, sólo el carruaje. No podía seguirle. Tardó una hora en llegar a Terkton-on-Byne, donde consiguió un caballo que no estaba tan viejo y débil como para tambalearse y gemir cuando echaba a andar. Douglas estaba furioso y asustado. Había vuelto al bosque de arces en media hora y seguía la pista del otro caballo hacía otros diez minutos. Douglas rezaba porque no lloviera, pero las grises nubes que se iban cerrando sobre su cabeza no presagiaban nada bueno. Cadoudal se dirigía hacia el sur, a Eastbourne, directamente a la costa. ¿Pretendía llevársela a Francia? A Douglas se le heló la sangre en las venas.

Dos horas más tarde empezó a llover. Douglas soltó una maldición, pero no le ayudó en nada. Las huellas desaparecieron rápidamente, pero él tenía el presentimiento de que Georges, el brillante estratega, no iba a tenerlo fácil con Alexandra. Ella no se desmayaría; intentaría escaparse y eso lo asustaría más que calmarlo. Cadoudal no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria; era impredecible y podía ser cruel. Douglas se precipitó al galope en dirección a Eastbourne.

Justo antes de llegar a la localidad, calado hasta los huesos y temblando de frío, supo que le sería prácticamente imposible encontrar a Cadoudal él solo. Necesitaría mucho más que suerte; necesitaría ayuda. Se requerían muchos hombres para recorrer las posadas y los muelles y comprobar el pasaje de todos los barcos.

Estaba cansado, exhausto en realidad, y sabía que sencillamente él no podía hacer nada más. No obstante, siguió cabalgando hasta llegar a Eastbourne y visitó tres posadas. Nadie supo dar noticia de las personas que describía Douglas; tal vez Georges le había pagado para que mintieran. Dándose por vencido montó de nuevo, más extenuado que antes y recorrió los veinticinco kilómetros que lo separaban de Northcliffe Hall.

En cuanto Hollis puso la mirada sobre su señoría, llamó a su ayuda de cámara. Douglas fue acompañado a su dormitorio donde le pusieron un cálido batín. Hollis consideró entonces apropiado que recibiera a la familia, empezando por él mismo.

- John Coachman nos ha contado lo ocurrido –dijo-. He dado aviso y hay treinta hombres a su disposición. Sólo tiene que darme instrucciones.

Douglas miró a su mayordomo fijamente con ganas de echarle los brazos al cuello. No obstante, se limitó a decir, lentamente y articulando mal las palabras a causa de la fatiga:

- Georges Cadoudal la tiene en su poder, Hollis, y me temo que se la haya llevado ya a Francia. Seguí sus huellas casi hasta Eastbourne, pero empezó a llover. No tuve suerte en las posadas de allí.

Hollis le palmeó el hombro como si volviera a ser un muchacho de diez años.

- No se preocupe, milord. Usted me dará la descripción de ese Cadoudal y yo se la pasaré a los hombres. Antes de una hora se habrán puesto en marcha. En cuanto a usted, tendrá que descansar antes de abandonar esta habitación.

Douglas quería resistirse, pero estaba tan cansado que se limitó a asentir.

- Le traeré comida y un buen coñac. Su cerebro volverá a funcionar muy pronto.

Así fue como veintidós hombres salieron en tromba en dirección a Eastbourne al cabo de treinta minutos escasos, tan eficaz era Hollis como general.

- También he enviado recado a lord Rathmore –informó luego a Douglas-. Espero que llegue en breve. Su señoría no le ha fallado nunca, ya sabe.

Douglas soltó un gruñido y bebió un sorbo de coñac, que le calentó las entrañas. Había comido hasta hartarse y el fuego de la chimenea era cálido y reconfortante. Se recostó en la silla y cerró los ojos. Durmió una hora profundamente sin que lo molestaran y se despertó con nuevos bríos.

Abrió los ojos y vio a Sinjun de pie junto a su silla. Por un instante no recordó nada y dijo:

- Hola, muchacha. ¿Dónde está Alexandra?

De repente recordó la verdad y Sinjun vio como palidecía.

- Lo siento, Douglas. Diga lo que diga nuestra madre, te acompañaré a buscarla. ¿Se lo notifico a Tysen?

- No, déjalo tranquilo en Oxford. –Douglas se levantó y se desperezó-. Es increíble –declaró sin dirigirse a nadie en particular.

- Es tarde, Douglas. Demasiado tarde en realidad para que salgas de nuevo. Es casi medianoche.

- Veintidós hombres han salido a buscarla, Sinjun. Tengo que unirme a ellos. –Hizo una pausa y cariñosamente posó la palma de la mano sobre el rostro de su hermana-. Te agradezco que quieras venir, pero debo pedirte que te quedes aquí y te ocupes de todo. Ya conoces a madre... Bueno, quiero estar seguro de que todo estará dispuesto para cuando regrese Alexandra.

Douglas salió a caballo de Northcliffe Hall en dirección a Eastbourne. Había dejado de llover, gracias a Dios, y una media luna iluminaba el camino. Se encontró con McCallum, el jefe de las cuadras, en la posada del Pato Ahogado que había en los muelles de Eastbourne.

- Ah, su señoría necesita una pinta de cerveza. Siéntese y le contaré lo que he descubierto. He convertido esta posada en cuartel general y cada treinta minutos un grupo de compañeros viene a informarme de sus progresos. Eso es, bébase la cerveza y siéntese. Ahora escúcheme, milord.

A las dos de la madrugada cinco hombres entraron en tropel en la taberna para informar que Cadoudal y la condesa habían embarcado en un paquebote con destino a Calais. Desgraciadamente no los habían podido seguir a causa de la marea y de la tormenta que había empezado a soplar. Nada podían hacer hasta que se aclarara el tiempo y la marea cambiase.

Douglas dijo a McCallum que enviara a sus hombres a casa. Él regresó a Northcliffe Hall a las cuatro de la mañana.

Douglas se encaminó hacia el dormitorio de Alexandra. Se tumbó en la cama, mirando fijamente el techo, agotado pero completament despierto. Recordó cada una de las duras palabras que le había dirigido a su mujer. Se acordó del dolor que había visto en los ojos de Alexandra cuando él le habló de Melissande y le dijo que su hermana se habría comportado como una dama y habría obedecido a su marido.

Sintió cómo le invadía un dolor profundo y punzante y un vacío inusual pero que en el fondo esperaba, ya que Douglas había comprendido por fin que no podía vivir sin su mujer.

La oyó hablar en francés, la vio sentada en el escritorio, con aspecto aniñado, la voz clara y precisa y el acento atroz. Douglas sonrió a pesar del dolor, que crecía e inundaba su interior.

La encontraría; tenía que encontrarla. Douglas ya no podía imaginar la vida sin ella.

Al día siguiente, la tormenta se había convertido en vendabal. Nadie podía ir a ninguna parte. La lluvia salpicaba los cristales de las ventanas y los truenos sacudían la tierra. Tres ramas de los álamos se curvaron casi hasta rozar el suelo bajo la fuerza del viento. Douglas rezaba por que Alexandra hubiera llegado a Francia con Georges sana y salva. El conde se echó a reír ásperamente mientras rezaba por eso.

Lady Lydia advirtió que la esposa advenediza que era una desconocida para su hijo antes de inmiscuirse en sus vidas merecía ahora diferente consideración por parte de su Douglas. Lady Lidia no era estúpida; pensamientos como “Deja que esa tonta se quede donde está” no salieron de sus labios. En cuanto a Sinjun, intentó mantener ocupado a su hermano.

No sirvió de nada. La tormenta rugía en el exterior y Douglas dentro. Incluso Hollis parecía apretar la boca más de lo normal. Todos los de la casa estaban tensos, silenciosos.

Esa noche Douglas durmió en la habitación de Alexandra. Se sumió en un sueño profundo gracias a Hollis, que le había echado laúdano en el vino. Douglas soñó con Alexandra; ésta estaba en los establos, reía y palmeaba el morro de su yegua todo el tiempo y le decía a Douglas que lo amaba, lo amaba, lo amaba...

Y entonces se despertó y vio a Alexandra de pie junto a la cama, hablando con él.

22

Douglas la miró fijamente, luego parpadeó. El dormitorio no estaba demasiado oscuro, y era muy extraño, pues cuando se había acostado estaba negro como la boca de lobo. Pero no, allí estaba ella, junto a la cama, sonriendo afablemente y diciéndole: “Ella está bien.” Pero en realidad no había dicho nada, ¿o sí? Sin embargo, las palabras había resonado con claridad en la mente de Douglas.

No era Alexandra. Douglas extendió una mano y la mujer retrocedió con gran rapidez, aunque apenas pareció que se movía. Douglas sabía que le había tocado la manga, si bien no había notado nada, sólo el aire inmóvil.

Douglas se sintió ahogarse en un profundo pavor; era el miedo a lo desconocido, a los fantasmas, duendes y malvados monstruos que vivían en los armarios y que salían por la noche para importunar a los niños.

- No. Maldita seas. No eres real. Lo que ocurre es que estoy tan preocupado que mi mente te ha imaginado para atormentarme, nada más, ¡maldita sea!

Los cabellos de la mujer eran largos, lacios, blancos de puro rubio, y su vestido flotaba suavemente alrededor, aunque la atmósfera era quieta y pesada a causa de la tormenta. Por supuesto, Douglas ya la había visto antes, es decir su mente ya la había creado del modo más llamativo posible. Se acordó de la noche, ya lejana, en que Alexandra intentó huir de él. Y lo habría conseguido si la mente de Douglas no la hubiera creado para él.

De repente, Douglas vio a Alexandra con los ojos de la mente. Se hallaba en una pequeña habitación, tumbada sobre un estrecho catre. Llevaba el vestido arrugado y roto, y los cabellos enmarañados en torno al rostro. Estaba pálida, pero a Douglas no le pareció que tuviera miedo. Tenía las muñecas y los tobillos atados con cuerdas. Estaba despierta, y a Douglas casi le parecía verla pensar, discurriendo frenéticamente el modo de escapar; eso le hizo sonreír. Entonces vio con claridad la pequeña granja en la que se hallaba y la aldea. Era Etaples.

Georges Cadoudal tenía un peculiar sentido de la ironía.

- Esto no es posible –se dijo Douglas articulando mal las palabras-. No eres real. Pero ¿cómo...?

“La tormenta se habrá acabado mañana temprano.” Las palabras se arremolinaron como la marea en la mente de Douglas. La aparición se desvanecía, retrocedía lenta y suavemente, le sonreía y asentía levemente, parecía flotar hasta que acabó por desaparecer.

Douglas se negó a aceptarlo. Saltó de la cama y corrió en la dirección en la que ella había desaparecido. Nada. Douglas encendió la bujía que tenía junto a la cama y la sostuvo en alto. En el dormitorio no había nadie más que él. Respiraba entrecortadamente y el corazón le latía con fuerza por el sobresalto, por el miedo.

- ¡Maldito pedazo de nada, vuelve aquí! ¡Cobarde! ¡Ridículo fantasma de la mente!

No hubo respuesta salvo el rítmico repiquetear de la lluvia en los cristales y el de alguna rama que golpeaba y rozaba de vez en cuando las ventanas.

Douglas permaneció de pie mucho tiempo, desnudo, temblando, dudando. Tenía dolor de cabeza. Con el alba, la lluvia se había convertido en una fina llovizna. A las siete de la mañana las nubes se abrieron y lució el sol.

Douglas bajó, preparado para salir, y entró a grandes zancadas en la salita para el desayuno. Se detuvo en seco. Tony Parrish estaba sentado a la mesa, bebiendo café y comiendo huevos con tocino, arenques ahumados y tortas.

Tony levantó la vista y sonrió a su primo.

- Siéntate y come. Luego nos iremos. La encontraremos, Douglas, no te preocupes.
- Lo sé –convino Douglas y se unió a él.

Tony esperó a que Douglas comiera un buen rato y preguntó:

- ¿Qué quieres decir con que lo sabes?

¿Decir la verdad? Ah, no, la verdad no, pero habría sido divertido ver cómo la cara de Tony se transformaba y su primo acababa por considerarlo un loco. Douglas se limitó a sonreír y dijo:

- Georges Cadoudal se la ha llevado a Etaples. Partiremos dentro de nada. Aprovecharemos la marea, y con suerte estaremos en Francia dentro de ocho horas. Luego alquilaremos unas monturas y llegaremos a Etaples mañana temprano.
- ¿Cómo sabes dónde está, Douglas? ¿Te ha dejado una nota de rescate Cadoudal?
- Sí –contestó Douglas y mordió un trozo de tostada-. Sí, fue una nota. Me habría ido antes, pero la tormenta me lo ha impedido. ¿Ha venido Melissande contigo?
- Sí, está durmiendo.
- Ah.
- Mientras comes, dime quién es ese Cadoudal y por qué ha raptado a Alexandra.

Douglas le contó la verdad, ya que no tenía motivos para no hacerlo. No le habló del plan de Cadoudal ni del millón de guineas que había recibido del gobierno inglés para derribar a Napoleón, provocar la insurrección en París y poner al hermano de Luis XVI, el conde de Artois, en el trono. Pero sí le habló de Janine Daudet y de que ésta le había dicho a su amante, Georges Cadoudal, que él, Douglas, era el padre de su hijo. Janine había tenido miedo de contarle a Georges que había sido el general Belesain o uno de los hombres a los que la había entregado éste, el que la había dejado encinta. Y luego no había podido retractarse. No supuso que Georges se vengaría hasta que fue demasiado tarde.

- ¡Esa mujer está loca! –exclamó Tony-. ¿Por qué habría de hacerte esa jugarreta, Douglas? ¡Por Dios, si tú la rescataste!

Douglas jugueteó con una flácida loncha de tocino; los recuerdos se agolparon en su mente.

- En realidad, desde su punto de vista, es muy sencillo. Yo la rechacé.
- No comprendo nada. ¿De qué demonios estás hablando?

Pero Douglas había empujado hacia atrás su silla y se había puesto en pie.

- Te lo diré de camino a Eastbourne.

El aire era frío y una leve brisa les golpeaba el rostro. *Garth* estaba pletórico de energía y vigor y Douglas tenía que emplearse a fondo para controlarlo. Ambos hombres llevaban pistolas y cuchillos, botas altas, pantalones de ante y capa.

- Creía que no quería acostarme con ella porque el general Belesain la había convertido en una ramera –explicó finalmente Douglas-. No era cierto, por supuesto. En cuanto al general, es muy posible que la usara como puta privada, para los visitantes, para los amigos, o quien fuera. Me la dio a mí para mi disfrute, así que no hay razón para creer que no se la hubiera entregado a otros hombres antes de que llegara yo. En cualquier caso, estaba furiosa y dolida porque yo no quise acostarme con ella y, cuando se dio cuenta de que estaba embarazada, me comprometió.

Tony sacudió la cabeza y soltó una maldición. Luego frunció el entrecejo y declaró con tono pensativo:

- Me pregunto por qué Cadoudal te envió una nota. Si quería vengarse, ¿por qué no se limitó a llevarse a Alexandra sin decir nada? ¿Quiere dinero?
- No. Quiere algo más.

Tony iba a preguntar qué era lo que quería aquel hombre, cuando vio la mirada torva de Douglas y guardó silencio.

Llegaron a Eastbourne en poco tiempo. Douglas había contratado los servicios de un balandro que aunque estaba castigado por las inclemencias del tiempo era resistente. El capitán juraba como un carretero. A la tripulación no parecía importarle, puesto que se limitaba a cumplir sus tareas con eficiencia. Antes de que transcurrieran dos horas se hallaban de camino. La marea era fuerte y cambiante.

Llegaron a Calais siete horas y media después.

Alexandra había luchado y se había debatido sobre la silla, mientras Cadoudal la sujetaba. La había golpeado con la pistola para acallarla. El golpe había sido considerable, así que, cuando Alexandra recuperó por fin el sentido, sintió un fuerte y punzante dolor de cabeza que le provocó naúseas. Estaba sentada y apoyada contra un roble. Tenía las manos atadas, así que decidió no vomitar. Debía mostrarse fuerte; no podía dejar de controlar su cuerpo. No tuvo tiempo para reaccionar cuando él ya estaba otra vez junto a ella, esta vez para obligarla a tragar un líquido. Antes de perder el conocimiento notó el olor a mar.

Cuando volvió a despertar, Alexandra comprendió que había sido drogada. Pero ¿cuánto tiempo hacía? ¿Adónde la había llevado? No tenía la menor idea de dónde se hallaba, seguramente en una casa pequeña en alguna parte, el caso es que estaba tumbada en una cama, fuertemente atada y se sentía sucia, hambrienta y muy sedienta, pero ¿dónde?

Estaba sola. Si había dejado guardias, estarían apostados en el exterior de la única puerta de la estancia. Tenía la mente confusa y cerró los ojos para despejarla.

- Así que está despierta. Esperaba no haberla matado. Nunca se me ha dado bien calcular las cantidades de láudano. Claro que –añadió rápidamente-, se me da bien todo lo demás.

Alexandra abrió los ojos. Cadoudal se hallaba de pie junto al catre, mirándola. ¿Cómo había entrado en la habitación con tanto sigilo? Parecía cansado, con la piel más tirante en los pómulos y los párpados más caídos. Llevaba largos los negros cabellos, que pedían a gritos agua y jabón. Vestía ropas de caballero inglés, de buena calidad, pero estaban arrugadas y manchadas. La expresión de su rostro era espeluznante. Aun así, por extraño que pareciera, Alexandra no tenía miedo, al menos en ese momento, porque Douglas estaba a salvo.

- También yo me alegro de que no me matara. No le he oído. Debe andar como los gatos.

Cadoudal dio un respingo, luego se encogió de hombros.

- Sí, tengo muchos talentos y la venganza es uno de los que más me tomo en serio. Lo he perfeccionado hasta convertirlo en un arte. Soy un genio. Es una pena que usted no llegue a conocer nunca mi fama, pues también soy discreto. No dejo nada al azar, nada que me descubra, nada que pueda conducir a su maldito marido hasta mí. Su marido no la encontrará, así que ya puede ir olvidando sus ridículas esperanzas.

A pesar de Alexandra estaba tumbada boca abajo y atada sobre una cama, el miedo seguía sin querer apoderarse de ella.

- Le diré la verdad, monsieur. Sólo deseo que mi marido esté a salvo. Él es lo único que me importa.

Georges se echó a reír con una risa desagradable que hacía que sus ojos parecieran tan negros como los de un diablo.

- ¡Qué tierno! Es usted una niña romática. Bueno, imagino que esa devoción infantil complacerá a lord Northcliffe en su momento. También imagino que a sus ojos resulta lo bastante agradable y joven como para darle un placer pasajero. Sin embargo, los hombres de su calaña no están nunca satisfechos, ni siquiera con una pequeña virgen que los adore como héroes. La habría engañado, probablemente antes de que acabara el verano.

Alexandra frunció el entrecejo. ¿Aquel hombre creía que adoraba a su marido como si fuera un héroe porque lo amaba? Alexandra quería informarle de que ella no era una niña tonta.

- Está usted pensando en Janine.

Una vez más, Georges Cadoudal dio un respingo.

- ¿Cómo es que conoce a Janine? ¿Tuvo él la arrogancia de contarle lo que hizo con ella? ¿Alardeó de ello? ¿Con usted? ¿Su esposa?

- Me dijo que la había rescatado en Francia y que la había llevado a Inglaterra.

- ¡Ja! Confío en Douglas Sherbrooke tanto como en cualquier otro inglés despiadado. Me traicionó. La violó. Aquel animal que la tenía prisionera se la entregó a Douglas porque había ganado una partida de cartas y él la violó repetidas veces, hiriéndola, desgarrándola. Luego exigió su cooperación, pues es fuerte mi Janine y no se deja someter fácilmente. Fue su precio por llevarla a Inglaterra a reunirse conmigo.

- Oh, no, Douglas jamás haría una cosa así. Es un caballero, un hombre de honor. Está usted en un error. Esa Janine le mintió. Ojalá supiera por qué le mintió, pero yo no hablo francés, así que no entendí lo que le dijo a Douglas. Se lo pregunté a él, pero me dijo que no era asunto mío.

Georges Cadoudal había planeado forzar a aquella jovencita y enviarla luego de vuelta a Douglas, embarazada. No dudaba de su propia virilidad ni por un momento. No tardaría mucho tiempo. Sería ojo por ojo y luego podría proseguir con su plan de secuestrar a Napoleón. Pero la jovencita no era como él esperaba. Cadoudal meneó la cabeza al recordar cómo había reaccionado Alexandra en aquella maldita librería, chillando como una verdulera en su absurdo francés. Incluso había llegado a golpearlo en la nariz con aquel libro que tenía en la mano. No se la había roto, pero a Cadoudal no le había gustado nada la humillación y el dolor resultantes. La miró ahora, pensativo. ¿Por qué no lloraba? ¿Por qué no le suplicaba que tuviera piedad de ella o le rogaba que no le hiciera daño?

- ¿Qué quiere decir con eso de que la oyó hablar con Douglas?

- Fue en el baile de los Ranleagh. La vi colgarse de la manga de Douglas. Parecía que intentaba seducirlo. Intenté oír lo que decía, fisgar, si quiere llamarlo así, pero como ya le he dicho yo no hablo francés. Fue una provocación. Intenté sonsacar a Douglas, pero no quiso decirme nada. Es demasiado recto para romper una promesa. Tengo mucha sed. ¿Podría darme un poco de agua?

Cadoudal le dio agua, simplemente porque le cogió con la guardia completamente bajada. Después de desatar las manos de Alexandra y contemplar cómo ésta se las frotaba para reactivar la circulación dormida, le tendió el tazón. Entonces se dio cuenta de lo que había hecho, pero era demasiado tarde para quitarle el tazón de las manos. Había perdido el control y la dignidad por un momento y ni siquiera se había dado cuenta hasta que era demasiado tarde. Alexandra bebió con rapidez, a grandes tragos, con tanta avidez que el agua le

resbaló por la barbilla. Se restregó con el dorso de la mano y luego cerró los ojos satisfecha.

Cadoudal la contempló y se oyó a sí mismo decir:

- ¿Quiere más?
- Sí, por favor, es usted muy amable.
- ¡Maldita sea, no soy amable! –Salió con pasos firmes y dando un portazo. Alexandra oyó el chirrido de la llave dando vueltas en la cerradura. Habría jurado que había oído al menos un *merde*. Era evidente que por lo menos Douglas le había enseñado una de las palabrotas más útiles del francés.

En cuanto volvió a quedarse sola, el miedo, desnudo y horrible, la golpeó con toda su fuerza. Dios, ¿qué había hecho? Le había hablado como si fuera un ministro de Dios, con toda confianza. Era una estúpida. Probablemente en ese momento Cadoudal estaba planeando cómo torturarla y hacerle pagar por lo que Douglas le había hecho a la tal Janine, esa maldita lagarta mentirosa. ¿Por qué había mentido Janine de esa manera, diciendo que Douglas había sido su amante? Después de todo, él la había rescatado. ¿Para ponerle celoso? Pues en este caso había llevado el asunto demasiado lejos.

Alexandra se tumbó otra vez y cerró los ojos, deseando que Douglas le hubiera hablado con franqueza para que ella pudiera ahora usar la verdad contra Georges Cadoudal. Alexandra tardó unos instantes en darse cuenta de que le había dejado con las manos desatadas. No acababa de creérselo. Levantó las manos y se las miró.

Una nueva energía latía en su interior. Alexandra desató la cuerda que rodeaba sus tobillos. Se levantó y se desplomó inmediatamente sobre la cama. Pasó varios minutos frotándose los tobillos, probando a ponerse en pie y cayendo, y volviéndolo a probar.

Y cuando por fin pudo caminar, corrió con pie ligero hacia la puerta. Sabía que estaba cerrada con llave, pero aun así probó a abrirla. Se volvió hacia la única ventana. Era estrecha, tal vez demasiado para sus hombros y caderas.

No tenía más remedio que intentarlo.

Douglas y Tony cabalgaban desde Calais hacia Etaples. El día era cálido; el sol brillaba sobre sus cabezas. Era día de mercado y los caminos estaban llenos de carros, narrias y burros cargados y de granjeros caminando con sus productos en bolsas que llevaban colgando del hombro. También sería día de mercado en Etaples. Quizá le iría bien si se veían obligados a huir. Los días de mercado siempre eran caóticos. Además, estaba lleno de soldados franceses, de carpinteros, artesanos, labriegos y constructores de barcos. Cadoudal había cometido una locura al llevarla allí. Era sumamente peligroso, una verdadera temeridad, pero típica de Cadoudal. Como reírse en las mismísimas barbas del demonio y retorcerle el rabo bífido.

- ¿Es que ese tal Cadoudal te dio instrucciones precisas, Douglas? –preguntó Tony, cabalgando junto a su primo-. Da la imprensión de que sabes exactamente dónde está.
- Sí –respondió Douglas, mirando al frente-. Sé exactamente dónde está.
- La verdad es que no lo entiendo. ¿Qué es lo que quiere de ti?

Douglas se limitó a menear la cabeza. No podía sacarse de la cabeza aquel maldito sueño fantasmal y carente de fundamento. No había sido más que un sueño. Comprendió entonces que había estado pensando con tanta intensidad, tan

concentrado en intentar adivinar dónde se la habría llevado Cadoudal, que él mismo había llegado a la conclusión más probable por sí solo. Por alguna razón desconocida, su mente había insistido en dar mayor consistencia a sus propias deducciones proporcionándole un fantasma presciente.

Sí, todo encajaba. En cuanto supo que Cadoudal se la había llevado a Francia, todo encajaba. Todo, menos el absurdo fantasma, la ridícula novia virgen.

Incluso la casa en que Cadoudal tenía a su mujer encajaba. Era la granja de la abuela y Douglas había visto el lugar. Era ideal para los fines de Cadoudal. Sí, todo encajaba.

¿Por qué demonios iba a importarle a un fantasma lo que le ocurriera a Alexandra?

Douglas desechó la idea. Necesitaba un plan, decidir cuál sería la mejor estrategia. Era consciente de que Tony le había hecho otra pregunta, una que él no podía contestar, que ni siquiera quería contestar.

Tardaron otra hora en llegar a Etaples y luego diez minutos hasta la granja.

Alexandra se las compuso para sacar los hombros por el sucio ventanuco, retorciéndose como pudo. Tuvo más dificultades con las caderas, pero al final consiguió atraversarla de un tirón y caer algo más de un metro hasta el suelo, de bruces sobre el fango. Se quedó quieta unos instantes, respirando con fuerza, luego levantó la cabeza para orientarse.

Había una pequeña huerta justo delante, llena de maleza, y unos cuantos vegetales que habían resistido. Se hallaba en la parte de atrás de la granja. Había un establo en ruinas, de cuyo tejado colgaban tablillas muy viejas en ángulos extraños. Oyó cacarear unas gallinas. Había un macho cabrío comiendo lo que parecía una bota vieja a menos de tres metros de ella. El macho cabrío masticaba y la miraba con completa indiferencia.

Alexandra no oyó voz alguna. No había signos de vida. ¿Cuánto tiempo tenía antes de que volviera Georges Cadoudal?

Esta idea la alarmó. Se mantuvo bien agachada y rodeó el huerto corriendo hacia un grupo disperso de árboles que había a unos diez metros más allá. Jadeaba y notaba punzadas en el costado cuando se escondió tras uno de los árboles, se dejó caer de rodillas y se asomó para mirar la granja. No vio nada excepto el macho cabrío que seguía mascando la bota.

¿Dónde se hallaba? Miró hacia el sol cálido del mediodía para orientarse. Quería ir hacia el norte, hacia el Canal de la Mancha. Pero ¿dónde demonios estaba? Sin duda no demasiado lejor del mar, porque no había permanecido inconsciente tanto tiempo. ¿O sí?

Alexandra se dio cuenta de que los árboles se acabarían al cabo de cinco minutos de carrera. En dirección norte no había más que una pradera interminable, sin apenas arbustos bajos que puedieran protegerla u ocultarla. No podía quedarse allí. Era entonces o nunca. Se levantó y echó a correr en dirección norte.

El sol golpeaba con fuerza. Alexandra llevaba la cabeza al descubierto y pronto se mareó por el calor y el hambre. Respiraba con dificultad y cada vez era peor. Estaba tan cansada que no creía que pudiera estarlo más, pero no dejó de correr, o de caminar a paso rápido hasta que una punzada en el costado la obligó a encorvarse como una anciana.

Cuando oyó los cascos del caballo repiqueteando detrás, cuando notó la tierra temblar bajo esos cascos, le entraron ganas de gritar de ira, pero no lo hizo, sólo siguió corriendo.

Alexandra oyó la voz de Cadoudal, alta y cruel:

- ¡Pérfida mujer!

En ese instante la cogió por la cintura y la aupó para apretarla contra su cuerpo y el flanco del caballo. Alexandra se dio la vuelta como pudo y le golpeó en el rostro. Le abofeteó con fuerza y conoció una llamarada de victoria, pero Cadoudal se echó hacia atrás de modo que el siguiente golpe no hizo más que rozarle la mejilla. Entonces la sacudió como si fuera un hatillo de trapos y la arrojó boca abajo sobre la silla. Le sujetó la espalda con las manos para evitar que Alexandra se irguiera.

- ¡Estése quieta, maldita sea!

Alexandra sintió que la bilis le subía a la garganta. Saboreó el gusto del fracaso, del miedo y de sus propias naúseas. Iba a vomitar. Intentó controlarse con esfuerzos desesperados, pero al final no pudo más. Vomitó sobre la silla, sobre los pantalones de ante de Cadoudal y sobre el caballo.

El caballo enloqueció con los espasmos incontrolables de Alexandra y los horribles ruidos que hacía al vomitar. Se encabritó violentamente, arrancó las riendas de las manos de Cadoudal a sacudidas y los arrojó a ambos al suelo. Alexandra se puso en pie de inmediato con los brazos alrededor del cuerpo, temblando y estremeciéndose por las naúseas. Finalmente cesaron los horribles retorcijones y permaneció inmóvil, con las manos en las rodillas y la cabeza baja, intentando respirar con normalidad.

Por fin alzó la cabeza y vio a Cadoudal en el suelo, apoyado de costado, mirándola.

- Lo siento –dijo Alexandra-. He intentado contenerme, pero no he podido. ¿Está bien el caballo?

Cadoudal no pudo hacer otra cosa que mirarla fijamente y preguntarse si se había golpeado en la cabeza al caer. Sacudió la cabeza para comprobar si sus sesos seguían dentro. El caballo pastaba a unos metros y parecía que todo aquel jaleo no le había perturbado lo más mínimo.

- Parece que el caballo está bien, pero no gracias a usted.

Alexandra volvió a notar los retorcijones en el estómago y gimió suavemente.

- Me alegro de que no me diera comida –dijo, jadeando-. Habría sido peor.
- ¿Por qué está enferma? ¡Yo no le he hecho daño, maldita sea!
- No lo sé.

Georges Cadoudal se levantó y se sacudió el polvo. Se agachó, cogió a Alexandra por debajo de los brazos y la alzó. Luego frunció el entrecejo.

- Está hecha un asco. Tiene un aspecto horrible. No puedo soportar a una mujer con semejante pinta.

Alexandra entrecerró los ojos.

- Y usted parece un hombre que no ha parado de beber coñac en dos noches. ¡Ja! ¡Decir que yo tengo una pinta horrible!

Georges Cadoudal se echó a reír.

- Venga. La llevaré a la granja.

Alexandra no tenía más remedio que seguirle. Cuando llegaron al caballo, el animal giró la cabeza y la miró mientras mascaba un bocado de hierba.

- No puedo –protestó Alexandra, retrocediendo-. Volvería a vomitar. –Se volvió para mirar a Cadoudal-. ¿No será tan cruel, verdad, de ponerme encima del caballo otra vez?

- No la echaré sobre el caballo boca abajo. Eso es lo que le ha hecho vomitar. Si me promete portarse bien y quedarse sentadita delante de mí iremos despacio.

- De acuerdo.

Tardaron apenas unos minutos en regresar a la granja. Alexandra se sentía como si hubiera corrido ciento cincuenta kilómetros, si no más. La punzada en el costado no había empezado a aliviarse hasta ahora. A caballo la distancia era una minucia. No era justo.

Cadoudal desmontó primero y luego la bajó.

- Entre en la granja. Beba un poco de agua. Siéntese. Si asoma, aunque sea sólo la nariz, por la puerta o cualquiera de las ventanas, lo lamentará.

De haberse tratado de una de las amenazas de Douglas, Alexandra no le hubiera hecho caso. Sin embargo, Georges Cadoudal era un extraño. Era cruel e implacable y se había mostrado muy decidido. Era posible que pensara matarla. Claro que también le había dado agua. Una cosa no encajaba con la otra.

Alexandra entró en la granja, bebió un poco de agua y se sentó en una de las sillas desvencijadas.

Cuando Cadoudal entró por la puerta y la cerró de una patada, ella se limitó a mirarlo. Cadoudal se había lavado los pantalones de ante y había eliminado el olor a vómitos.

- ¿Va a matarme? –preguntó Alexandra.
- No.
- ¿Qué me va a hacer?

Cadoudal la miró.

- ¿Va a pedir un rescate por mí? ¡Oh, no! –Su rostro, pálido ya, se volvió del color del papel. Y él supo lo que ella pensaba. Cadoudal enviaría una nota al conde de Northcliffe y cuando este acudiera, Georges lo mataría. Cadoudal no había visto jamás un dolor tan desnudo como el de Alexandra. No iba a dejarse conmover. Había visto más muertes en su vida que las que aquella tierna jovencita podría ver en una docena de vidas. Y había provocado más muertes que un regimiento inglés.
- No. –Alexandra se lanzó a un atropellado discurso-. Douglas no vendrá a rescatarme, se lo juro. Está enamorado de mi hermana Melissande. Tuvo que quedarse conmigo porque su primo nos casó por poderes. Todo fue una equivocación horrible. Douglas no quiere verme más, en serio. Por favor, monsieur. Por favor, a él no le importo nada.
- Supongo que no sabrá cocinar. Apuesto a que es una de esas damas inglesas completamente inútiles que no se han manchado las manos en toda su vida.
- ¡No soy una inútil! Soy una buena jardinera. –Alexandra hizo una pausa y continuó lentamente-: En realidad no se cocinar nada que resulte apetitoso. Lo siento, pero en realidad no tengo hambre.

Cadoudal gruñó, luego se volvió hacia la pequeña cocina que había en el fondo de la estancia.

- No se mueva –ordenó por encima del hombro.

Alexandra no se movió. Se quedó allí sentada mirando la puerta, a Cadoudal en la pequeña cocina, y la gruesa capa de polvo que lo cubría todo.

- ¿Dónde estamos? –preguntó a Cadoudal.
- Silencio.
- Sé que estamos en Francia.
- ¿Cómo lo sabe?

En realidad no estaba segura, pero le satisfizo comprobar sus deducciones tan fácilmente. Recordaba el olor del mar; luego, en lo más profundo de su memoria, recordaba el balanceo de un barco.

Minutos después Cadoudal regresó con dos platos. En uno había gruesas rebanadas de pan, en el otro una especie de estofado que olía a ajo. Alexandra sintió que le volvían las naúseas.

- Cómase un trozo de pan –aconsejó Cadoudal-. Probablemente le asentará el estómago.

Alexandra masticó el pan, intentando no mirar a Cadoudal, que engullía el repugnante estofado. No podía tragar. Alexandra miró el pequeño cacharro que contenía la mantequilla, pero no se atrevió a untarse el pan. Georges continuaba comiendo estofado.

Cuando ya no pudo soportarlo más, Alexandra espetó:

- ¿Qué va a hacer conmigo?

Cadoudal levantó la cabeza y la miró.

- Primero voy a desnudarla y a bañarla. Luego voy a violarla igual que su marido hizo con mi Janine. Y la tendré conmigo hasta que quede embarazada. Luego la enviaré de vuelta con Douglas.

Alexandra lo miró fijamente. Los hombres eran incomprensibles.

- Pero –dijo, ladeando la cabez-, eso no tiene sentido, ¿no?

Cadoudal arrojó la cuchara contra la pared, se levantó de la silla y se inclinó hacia ella con las palmas apoyadas en la basta superficie de la mesa.

- ¡Déjese ya de ese parloteo que nadie le ha pedido! No me gusta. Me molesta. ¿Me ha entendido?

- No, no le entiendo. Me parece enormemente estúpido y absolutamente deshonroso e impropio de un caballero pensar siquiera en tal cosa. ¿Forzarme? ¿Mantenerme prisionera y humillarme de ese modo? No, no es razonable. Además, Douglas dice que puede llevar mucho tiempo engendrar un hijo. ¿Me tendrá aquí los próximos cinco años?

Cadoudal gruñó de furia y frustración.

- ¡Maldita sea, suplíqueme que no lo haga!

Alexandra se lo quedó mirando.

- ¡Bah, cállese!

Alexandra siguió callada.

- Ahora iré a por agua para su baño. Quiero que huela bien cuando la posea.

Alexandra no podía permitir que hiciera eso. Sabía que no se lo iba a permitir. El único problema era cómo impedírselo. Él era más fuerte; se había impuesto la venganza y Alexandra comprendió que era el tipo de hombre que, una vez empeñado en un objetivo, no se dejaría apartar fácilmente del curso que se había trazado. La idea de tener que pasar cinco años con ella no parecía desanimarlo.

¿Qué podía hacer?

La calle mayor de Etaples estaba llena de puestos en los que se vendía de todo, desde patatas a zarzamoras. Tony y Douglas desmontaron y, llevando los caballos de la brida, se abrieron paso entre la multitud.

Douglas soltó unos juramentos. Debería haber rodeado Etaples, pero no, había pensado que debía echar un vistazo por si acaso les era preciso ocultarse allí. ¿Cómo podía haber olvidado la total confusión y el caos de un día de mercado?

Les llevó veinte minutos cruzar el mercado y, al final, Tony comía una manzana y Douglas una zanahoria.

- Bueno, realmente necesitábamos comer algo –comentó Tony.

Douglas volvió a soltar un juramento.

- Ya no queda mucho. Eh, Douglas, ¿estás seguro de que la encontraremos en esa granja?
- Sí, allí estará.

Douglas desmontó de nuevo y compró manzanas a un granjero. Le lanzó una a Tony.

- Come hasta hartarte, primo.

Así prosiguieron su camino.

- Se quitará esa ropa o se la arrancaré yo.

Alexandra no dudaba de su palabra, pero tampoco se imaginaba desnudándose delante de él. Él no era Douglas. Ningún otro era Douglas.

La tina de agua se hallaba a sus espaldas; despedía vapor porque Cadoudal había calentado el agua. Le había costado su buena media hora, pero Alexendra no había conseguido descubrir el modo de escapar mientras tanto.

- Tiene la cara sucia.
- He caído boca abajo cuando me he escurrido por la ventana.
- Quítese esas condenadas ropas.

Alexandra permaneció muda; sólo meneó la cabeza.

Cadoudal suspiró. Parecía desdichado. Parecía inseguro. Pero se abalanzó sobre ella y Alexandra se debatió, realmente lucho contra él, dándole una patada en la espinilla que le hizo gruñir de dolor. De todas formas, al cabo de escasos minutos Alexandra estaba desnuda y temblaba, y las ropas rasgadas y rotas estaban esparcidas por el suelo a su alrededor.

- Ya está. –Cadoudal la alzó, cogiéndola por las axilas y la depositó en el interior de la tina de agua. Le tendió un trapo y una pastilla de jabón-. Báñese. Y bien.

Cadoudal no parecía tener el menor interés por ella. Alexandra se quedó tan aliviada, tan sorprendida, que no dijo nada, sólo lo miró fijamente. Después de todo, ¿no le había asegurado su madre que en cuanto un hombre veía las formas de una mujer enloquecía? A Douglas le había ocurrido, pero había necesitado varias inspecciones oculares para sucumbir. Tal vez los hombres necesitaran tiempo para acostumbrarse a ella antes de que sus pasiones animales los consumieran. Alexandra rogó porque a Georges Cadoudal le costara mucho más tiempo; una década quizá.

- Lávese también la cabeza. Tiene un aspecto horrible. No me gusta el pelo rojo en una mujer.

“Bien”, pensó ella y dijo:

- De acuerdo.

Cadoudal la observó con aquella mirada pensativa que provocaba más preguntas en la mente de Alexandra de las que despejaba, luego la dejó maldiciendo por lo bajo.

Alexandra se bañó. Desgraciadamente estaba tan cansada que se quedó dormida. Se despertó con un sobresalto cuando Georges Cadoudal dijo por encima de su cabeza:

- Maldita sea, el agua está casi fría. ¿Se ha quedado dormida? Esto no es normal, por Dios. Debería estar tramando alguna cosa, debería tenerme pavor, debería gritar, lanzar agudos chillidos pidiendo auxilio. ¿Ha terminado?

Alexandra sacudió la cabeza y se hundió más en el agua.

Cadoudal la miró frunciendo el entrecejo como haría con un niño. Cogió el trapo mojado, lo enjabonó bien, lo aplastó contra la cara de Alexandra y la frotó enérgicamente.

Alexandra intentó gritar, pero sólo consiguió que le entrara jabón en la boca. Entonces notó las manos de Cadoudal en sus pechos y se quedó paralizada.

23

- Qué tenemos aquí –dijo Georges, mirándole los pechos. Meneó la cabeza mientras Alexandra intentaba ponerse fuera del alcance de sus manos. Cadoudal frunció el entrecejo, era como si se forzara a sí mismo a mirarla-. Está bien dotada. Es asombroso. Debería haberme fijado en estos pechos antes. Me molesta no haberlo hecho, pero estoy demasiado cansado, demasiado preocupado por mis planes futuros, y usted no ha sido más que una fastidiosa carga, aun así... –Meneó la cabeza, con el entrecejo todavía más fruncido.

Entonces pareció recobrarse, se levantó y arrojó el trapo a Alexandra.

- Acabe de bañarse y no se duerma otra vez o será peor para usted.

Alexandra obedeció con presteza. Aunque sabía que se hallaba en la otra habitación, pareció como si Cadoudal la hubiera estado vigilando pues en el instante mismo en que ella salió de la tina, se presentó allí y le lanzó una raída toalla. Alexandra se envolvió rápidamente con ella.

- Su pelo –señalo Cadoudal y le arrojó otra toalla-. ¿No le he advertido que no me gusta el pelo rojo en una mujer?

- Sí, ha sido de lo más concreto. ¿Podría marcharse, por favor, monsieur?

- No, tengo que mirarla bien. Eso me excitará, o al menos debería hacerlo, y así podré acabar de una vez.

- Preferiría que no mirara.

Cadoudal se encogió de hombros; un gesto complejo, muy francés, que no significaba nada y al mismo tiempo lo quería decir todo. Alex sabía exactamente qué.

Alexandra consiguió sujetarse la toalla firmemente alrededor del cuerpo, luego cogió la otra, que en realidad no era más que un trapo, para secarse la cabeza.

- Venga a la otra habitación –ordenó Cadoudal-. He encendido un fuego. Aunque es verano hace frío. He pensado que el fuego me calentará la sangre, además del ambiente. He de intentarlo; me lo he jurado a mí mismo.

Alexandra lo siguió a la habitación principal, con los ojos fijos en la puerta que daba al exterior.

- Aunque consiguiera huir –dijo él con voz neutra-, no creo que pudiera correr por el camino con una toalla y los pies descalzos.

- Tiene razón. –Alex se acercó a la chimenea. El ambiente se había caldeado y resultaba agradable. Permaneció de pie, pasándose la toalla por el pelo, frotando y frotando hasta que le dolió, con la idea de que Cadoudal se cansara de esperar.

- Basta –dijo éste por fin, pero no hablaba como un hombre que fuera a forzarla. Su voz sonaba cansina, enojada y distraída.

Alexandra se volvió lentamente y lo miró. Él le devolvió la mirada, pero sin moverse. Cadoudal abrió la boca, luego la cerró. Dijo algo en francés y luego se pasó los dedos nerviosos por los cabellos.

- Bueno –dijo por fin en inglés-, maldita sea, ¿por qué usted? Debería ser Douglas quien pagara, maldita sea su estampa, pero no puedo, yo...

Alexandra quiso defender a su marido, pero sólo pudo pronunciar un agudo grito de dolor. Apretó las manos contra el vientre y el calambre aumentó y se extendió, haciéndole también tambalearse contra una silla. Cuando el dolor cedió, Alexandra jadeaba, pero gritó cuando volvió a la carga otra vez.

- ¿Qué diablos le pasa? No puede estar enferma. No me hace ninguna gracia.

Alexandra había empalidecido y su boca estaba torcida en un rictus de dolor.

- ¡No debería tener más calambres, es ridículo! Ahora ya no está tirada sobre el caballo. Sólo ha comido el pan que le he dado. Basta, ¿me oye? Le he dicho que no me hace gracia.

El dolor disminuyó y Alexandra notó algo caliente y pegajoso entre las piernas. Se miró y vio cómo la sangre le corría entre las piernas. Alzó la cabeza para mirar a Cadoudal.

- ¿Qué tengo? ¿Qué me está pasando? –Se puso a gritar y cayó de rodillas al suelo. Sintió cómo las lágrimas le abrasaban el rostro y la sangre le calentaba las piernas. El dolor crecía y crecía.

Alexandra cayó de espaldas, dobló las piernas sobre el estómago, que apretaba con los brazos, llorando, gritando, intentando controlar el dolor, pero cada vez era más agudo e intenso y ella no podía hacer nada salvo quedarse allí tirada.

Georges se arrodilló junto a ella. Abrió la toalla de un tirón y vio la sangre de sus muslos y las oscuras franjas rojas de la toalla blanca. Tragó saliva; no sabía qué hacer.

La puerta de la granja se abrió de golpe y Douglas la traspasó, pistola en mano.

- ¡Apártate de ella, maldito hijo de puta! ¡Te mataré, canalla repugnante!

Tony apareció justo detrás de Douglas. Vio el blanco cuerpo de Alexandra, advirtió a Cadoudal sobre ella y sintió que la ira se apoderaba de él también. ¿La había violado ya aquel hijo de puta? Oh, Dios, estaba sangrando, había mucha sangre, demasiada. ¿La habría maltratado?

Georges Cadoudal giró en redondo, vio a Douglas y en su rostro asomó el alivio y la esperanza. Pero no tuvo tiempo de decir nada, pues Douglas se precipitó hacia él, lo apartó bruscamente de Alexandra y le dio un puñetazo en la cara. Georges aulló. Douglas volvió a golpearlo, aporreándole las costillas. Georges no se resistió; sólo intentó protegerse.

- ¡Douglas, aguarda!

Douglas volvió a golpear antes de que Tony consiguiera hacerse oír.

- ¡Douglas, basta! ¡Alexandra está herida!

Douglas se irguió con el puño derecho amenazante sobre la nariz de Georges, sentado aún a horcajadas encima de él, pero con la mirada puesta en su esposa. Alexandra estaba tumbada de espaldas, jadeando de dolor y llena de sangre, mucha sangre.

Douglas bajó el puño y Georges aprovechó para decir rápidamente:

- No, no me pegues más. No podré aguantarlo. Soy un hombre y no puedo seguir soportándolo. Ah, pero gracias a Dios eres tú, Douglas. ¡Rápido, rápido! Está sufriendo un aborto. Maldita sea, no sé qué hacer. No quiero que se muera. ¡Ah, *mon Dieu*! ¡Ayúdame!

- ¿Que está qué? –El puño de Douglas estaba a menos de diez centímetros del rostro de Cadoudal.

Alexandra gimió e intentó levantar las piernas.

- Mírala, Douglas. No la he violado. Te juro que no la hubiera violado de todas maneras. ¡Mírala, maldito seas! ¡Está perdiendo a su hijo!

Douglas acabó por comprender la verdadera situación. Con un rugido se levantó, dejó caer a Georges y se arrodilló junto a su mujer.

- ¡Georges, calienta agua y trae trapos limpios, enseguida! Tony, vete a la otra habitación y tráete el colchón de la cama. La pondremos aquí, frente al fuego.

Ambos hombres obedecieron al punto, a pesar de que Georges se tambaleó un poco al andar. Ambos agradecían tener algo que hacer, cualquier cosa.

Douglas permaneció junto a su mujer. Alexandra gemía y agitaba la cabeza hacia delante y hacia atrás cuando los calambres la atenazaban. Cuando disminuían, se quedaba tumbada jadeando con los ojos cerrados, aspirando el aire profunda y entrecortadamente.

- Alexandra. –Douglas le tomó el rostro entre las manos-. Alexandra.

Al fin Alexandra abrió los ojos y lo miró. Para asombro de Douglas, le sonrió.

- Sabía que vendrías. Por favor, ayúdame, Douglas. Me duele muchísimo. Por favor haz que pare.
- Te ayudaré, amor mío. –Douglas la levantó en brazos y la depositó suavemente sobre el colchón que Tony había colocado cerca del hogar.
- Ahora, escúchame. Estás perdiendo un bebé. No estás de mucho, así que terminará pronto, te lo prometo. Aguanta, amor mío. Ahora voy a apretar estos trapos contra ti para detener la hemorragia. No, no luches contra el dolor. Eso es, cógeme la mano, aprieta cuanto quieras, eso es.

Le apretaba tan fuerte que Douglas sintió una punzada de dolor que le subía por el brazo.

El conde rezó para que terminara pronto. No sabía prácticamente nada sobre abortos, tema del que no se hablaba jamás en presencia de un caballero.

De repente el cuerpo de Alexandra se puso rígido, su espalda se arqueó sobre el colchón y aulló. Douglas notó la sangre cálida saliendo y empapando los trapos y su propia mano.

Alexandra miró a su marido con los ojos borrosos; luego la cabeza le cayó hacia atrás. Había perdido el conocimiento.

Douglas mantuvo la presión.

- Aquí está el agua caliente –anunció Georges Cadoudal-. Dios, ¿está bien, Douglas?
- Se pondrá bien. De lo contrario te estrangulo.

Georges le lanzó una mirada extrañada.

- Me ha dicho que no vendrías a por ella; que amabas a su herman. Creía que no te importaba lo que le hiciera.
- A veces se equivoca por completo –explicó Douglas, sin mirar a Georges, sin apartar la mirada del rostro de su mujer.
- Eso creía yo. Es una mujer peculiar. –Cadoudal suspiró y se pasó las manos por los cabellos-. No habría podido violarla, maldita sea. Te estoy diciendo la verdad. Maldición, podria matar a un centenar de hombres sin pestañear, pero a ella... Siento habérmela llevado, Douglas. No estuvo bien. Tú no violaste a Janine, ¿verdad?
- No.
- Esta jovencita estaba segura de que no lo había hecho. Eres un hombre de honor, decía.

Douglas sonrió.

Tony cubrió a Alexandra con una manta y palpó su frente con la mano. Estaba fría.

Georges Cadoudal apartó el rostro. A Douglas le asombró advertir que sufría.

- Yo se lo he provocado –declaró como si se estuviera confesando con un sacerdote.

Douglas lo miró con dientes apretados.

- Cuéntame qué ha ocurrido.
- Se ha fugado. Yo le había dado agua y me había olvidado de volver a atarle las manos. Me tenía desconcertado. No sé cómo lo ha hecho, pero se las ha apañado para salir por un ventanuco del dormitorio. Se ha caído de bruces en el

fango de ahí fuera. Luego ha echado a correr, de verdad, corría y corría, pero yo la he perseguido. La he echado sobre el caballo boca abajo y ha vomitado.

- Según me han contado –empezó a decir Tony-, los abortos pueden ser muy naturales. Si la semilla de un hombre no se ha implantado en el seno de la mujer, su cuerpo la expulsa. Sencillamente es algo que ocurre a veces.
- No, si yo no la hubiera secuestrado, esto no habría ocurrido.
- Tienes razón. –Douglas seguía sin apartar los ojos del pálido rostro de Alexandra-. Y voy a darte la mayor paliza de tu vida por ello.
- Por amor de Dios, Douglas –intervino Tony-, nadie sabrá nunca si él ha tenido la culpa o no. Ya le has pegado bastante. Lo que ha ocurrido ya no se puede cambiar. Ella se pondrá bien y tú tendrás otro heredero. Además, si Cadoudal es realmente el culpable, irá al infierno y allí el demonio lo castigará por toda la eternidad.
- Dudo mucho que el demonio tenga tiempo de castigar a Georges por esta infracción en particular. Ha cometido demasiadas. –Douglas hizo una pausa, luego añadió-: En cuanto al dichoso heredero, Tony, he de confesarte que me importa un comino. –Douglas dirgió la mirada hacia Cadoudal en silencio-. Si muera ella, te mataré. Luego el demonio podrá ocuparse de ti.
- Reconozco tu derecho a intentarlo. –Georges se encogió de hombros. Tenía el ojo izquierdo casi cerrado a causa del puñetazo propinado por Douglas.

Tony no dijo nada; Georges se dirgió a la sucia ventana que daba a la fachada de la granja. Transcurrieron unos instantes en silencio. Luego Georges soltó un juramento tras otro. Tony y Douglas levantaron la vista. Georges abrió la puerta de un tirón.

Janine Daudet apareció en el umbral, sucia, despeinada y sola, empuñando una pistola.

Janine aferró a Georges y lo sacudió, gritándole todo el tiempo en francés.

- Dime que no la has violado, dime... –Su voz se apagó en un silencio de asombro-. Douglas, ¿tú aquí?
- Sí.
- ¿Quién es ese hombre?
- Es mi primo, lord Rathmore.
- Ah, la mujer, tu esposa. ¿Qué le pasa? Toda esa sangre... Oh, Dios mío, Georges, ¿no la habrás matado?
- No –respondió Douglas con calma-. Ha tenido un aborto.

Tony observó a la mujer mientras se lamentaba amargamente y Georges Cadoudal la abrazaba e intentaba apaciguarla. Cadoudal le quitó la pistola de la mano y se la metió en un bolsillo.

- Ha sido por mi culpa, ha sido por mi culpa, por mi culpa –repetía la mujer una y otra vez.
- ¡Basa de berridos! –bramó Douglas-. Silencio, Janine. Ciertamente es culpa tuya que Alexandra esté aquí, seguramente muerta de miedo, porque Georges ha amenazado con violarla como venganza por lo que supuestamente yo te hice a ti.
- ¡Qué va! –exclamó Cadoudal-. No estaba asustada, Douglas. Esa muchacha está hecha de acero de los pies a la cabeza. Y no habla como ninguna mujer que yo haya conocido. Me ha hecho sentir como si fuera un colegial travieso al que deberían castigar con palmetazos en el trasero. –Sin embargo, Cadoudal sabía que sí la había asustado, y lo lamentaba, pero sencillamente no podía formularlo, pues eso lo hubiera hecho más real y el peso de la culpa sería tan grande que no creía que pudiera soportarlo. No comprendía qué le estaba ocurriendo. Había matado sin el menor remordimiento en el pasado y haría cuanto fuera necesario en

el futuro para restaurar a los Borbones en el trono de Francia. Pero aquella mujer era diferente.

- ¿Qué estás haciendo aquí, Janine?

Janine se apartó de él, con los ojos puestos en sus polvorientas botas de montar.

- Fui violada, pero no por Douglas sino por el general. Y no una sino muchas veces. Me obligó a hacer cosas humillantes para él y para los otros hombres y cuando me entregaba a otros hombres se quedaba mirando, y siempre, siempre, Georges, amenazó con matar a mi abuela si me negaba a obedecerle. El niño que llevo dentro no conocerá a su padre, pues yo misma no sé quién es. ¡Oh, Dios mío!

Se hizo un completo silencio, roto tan sólo por sus sollozos contenidos.

- ¿Por qué culpaste a lord Northcliffe? –inquirió Georges. A Tony le sorprendió la austera formalidad de su tono y de sus palabras.

- Él fue bueno conmigo.

- ¡Noble razón, sin duda!

- Se acerca bastante –terció Douglas con calma-. Ella temía que no la quisieras si te enterabas de lo que el general Belesain había hecho con ella. Yo era un padre mejor para su hijo que cualquiera de aquellos hijos de puta.

- Todos esos canallas deben morir –siseó Georges entre dientes.

- Es posible –convino Douglas.

- Todo esto es muy interesante –comentó Tony tras un momento de tenso silencio-, pero ¿acaso no está divirtiéndose ahora mismo el canalla responsable de todo este sufrimiento? Todos esos malditos desconocidos seguirán en el anonimato, pero ¿por qué no darle a ese tal Belesain una lección que no olvide nunca? ¿Por qué no habría de ser él quién pague el pato por todas estas desgracias?

Georges Cadoudal casi nunca sonreía. Era implacable en la consecución de los objetivos que se trazaba por la causa. No podía permitirse el lujo de ser amable, y toda la alegría y el sentido del humor desaparecieron de su vida muchos años antes, cuando vio cómo Robespierre mataba a su madre, a su padre y a sus hermanas. Era un hombre comprometido y un hombre comprometido no sonreía.

Ahora su sonrisa se hizo más amplia.

- Dios –exclamó-. ¿Cómo lo mataré? Ha muchos métodos, ya sabéis. Muchos, ciertamente. Tengo toda una colección. ¿Será una muerte lenta? ¿Le haremos gritar y suplicar y rogar que acabemos de una vez con su miserable existencia? ¿Usaré el garrote? –Cadoudal se frotó las manos, iluminados los ojos, sumida la mente en planes y estrategias diversos.

- Olvidas que está rodeado por innumerables soldados –observó Douglas-. Vive en una fortaleza. Tiene guardias que lo acompañan a todas partes. Además, nos conoce a mí, a ti y a Janine.

Meditaron en silencio.

- A mí no me ha visto nunca –dijo al fin Tony.

- Oh, no –exclamó Douglas-. Ésta no es tu lucha, Tony.

- Eso no lo sé, será...

Alexandra gimió suavemente; abrió los ojos y vio a Douglas sobre ella, sonriéndole con afecto. Notó la presión de su mano.

- ¿Voy a vivir, Douglas? –preguntó.

Douglas se inclinó y la besó levemente en la boca.

- Oh, sí –respondió en voz muy baja-. He echado de menos tu lengua impertinente, señora. He echado de menos tus patéticas intentonas con el francés. Sobretodo he echado de menos estrecharla contra mí.

Alexandra se echó a llorar; no quería, pero las lágrimas brotaron y rodaron por sus mejillas. Douglas se las secó con los dedos.

- Calla, amor mío, no quiero que enfermes. Calla. Ahora quédate quieta. ¿Estás bien, no tienes frío?

Alexandra asintió y tragó saliva.

- Sigue así unos minutos más. Luego te bañaré y te pondré más cómoda.
- He perdido a nuestro hijo. He perdido a tu heredero, Douglas, y eso era todo lo que tu querías de mí. Te prometí ser una buena yegua de cría, pero he fracasado. Lo siento muchísimo, pero...
- No digas más. Ocurrió y eso es todo. Quiero que te pongas bien. Tú eres lo que importa. ¿Me has entendido? No te miento. Es la verdad.

Douglas odiaba el dolor que veía en los ojos de Alexandra, el dolor de la pérdida, de lo que creía que era una pérdida irreparable para él. La convencería de lo contrario. Y con el tiempo acabaría creyéndole. Fue a decir algo, pero vio que ya no lloraba. Había entrecerrado los ojos. Era increíble que sus ojos pasaran de llorar patéticamente en un momento determinado a una expresión malvada como el mismo diablo en el siguiente.

- ¿Qué está haciendo aquí esa lagarta francesa? ¿Te ha vuelto a perseguir, Douglas? ¡No pienso consentirlo, te lo aseguro! Dime qué he de decirle, por favor.
- Muy bien. Di: «*Je suis la femme de Douglas et je l'aime. Il est à moi* «

Alexandra lo miró con suspicacia.

- Dile que eres mi esposa y que me amas. Dile que te pertenezco.
- Repítemelo.

Douglas lo repitió lentamente en francés. Alexandra abrió la boca y gritó las frases a Janine.

Se hizo un silencio lleno de asombro, Georges dijo pensativo:

- Prefiero su manera de decir *merde*, creo. Hizo paralizara a toda esa librería Hookams que tanto le gusta a la aristocracia inglesa.

Douglas se sorprendió sonriendo. En cuanto a Alexandra, seguía apretando los dientes mientras miraba a Janine Daudet.

- Douglas, dile que si vuelve a mentir sobre ti, haré que lo lamente.

Douglas no vaciló. Habló en rápido francés. Janine miró a Douglas y luego a Alexandra y asintió lentamente. Georges se frotaba la barbilla cuando dijo a Douglas:

- Gracias a Dios no me la has roto.
- Te mereces que te dé una paliza de muerte. No obstante, estoy de acuerdo con Tony. Quiero que Belesain pague por sus crímenes.
- Tienes un ojo negro –señaló Janine-. ¿Te lo ha puesto ella así?
- No, pero no dudo que habría sido muy capaz de ponerme negros los dos.

Era la una de la madrugada. No había luna. Nubes estrellas ocultaban las pocas estrellas que podrían haber iluminado a los tres hombre mientras corrían agachados del abrigo de un árbol al siguiente.

De la encantadora casa del alcalde de Etaples no salía ninguna luz. Había cuatro centinelas patrullando a su alrededor. Estaban aburridos y cansados y hablaban en voz baja, intentando mantenerse despiertos unos a otros.

Los tres hombres se hallaban acuclillados a menos de quince metros de los centinelas.

- Tony –susurró Douglas-, ocúpate del de la derecha. Tú ocúpate de aquel de allí, Georges.
- Pero quedan dos –dijo Tony.
- No te preocupes, ésos son míos –replicó Douglas, frotándose las manos. Advirtió que Georges se disponía a mostrar su desacuerdo y añadió rápidamente-: No, yo soy mejor luchador en la oscuridad. Obedéceme en esto. Una vez estemos fuera de Francia, podrás matar a batallones enteros, Georges.

Georges no estaba contento. Él era siempre quien ordenaba, el jefe de todas las incursiones, pero estaba en deuda con Douglas; también respetaba sus habilidades, así que se contuvo. Además, al hablar le dolía la mandíbula, pues Douglas se la había golpeado con fuerza. Asimismo le era difícil ver con claridad. Su ojo derecho era apenas una rendija.

Aguardaron en silencio hasta que los cuatro centinelas se alejaron los unos de los otros; luego se desplegaron, caminando agachados como meras sombras en la noche.

Douglas tenía la intención de ocuparse de sus dos centinelas cuando estuvieran más cerca el uno del otro. Estaba impaciente. Sonrió en la oscuridad. El lodo seco que le cubría la cara le escocía, pero no hizo caso. Esa noche, los tres hombres parecían sombras oscuras. Vio a Tony acercarse a su centinela. Permaneció quieto. Cuando Tony derribó al hombre gruñó de satisfacción, y observó cómo le apretaba la garganta con fuerza de modo que sólo pudo emitir un leve gorgoteo. En cuanto a Georges, agarró a su centinela, le retorció los brazos e hizo que se le arquease la espalda. No lo mató aunque Douglas sabía que deseaba hacerlo. Se sintió aliviado al ver que Georges se atenía a lo acordado.

Douglas se dispuso a atacar. Los dos centinelas se acercaban cada vez más el uno al otro. Douglas oyó decir a uno:

- Eh, ¿dónde está Jacques?
- Probablemente haciendo sus necesidades. Ha bebido demasiado vino barato.

Ya estaban casi juntos. Douglas se movió con rapidez y en silencio. Cayó sobre ellos antes de que pudieran verlo. Sonrió y dijo con su impecable francés:

- ¡Buenos noches, caballeros! –Clavó el codo derecho en el estómago de uno y con el puño izquierdo golpeó al otro en la garganta. Giró en redondo y dio un puñetazo a un centinela en el mentón, mientras que con la otra mano golpeaba al segundo centinela justo en el medio del pecho. Ambos cayeron como sacos de patatas. Douglas los arrastró rápidamente hacia los arbustos y se irguió. Ululó entonces suavemente como una lechuza, y Georges y Tony acudieron a su lado al instante.
- Buen trabajo –susurró Tony-. Recuérdame que no te enfurezca nunca más, primo.

Douglas gruñó. Moviéndose con rapidez ataron a los centinelas y los amordazaron. Luego Douglas abrió la marcha hacia la parte de la casa en que se encontraba el salón donde el general Belesain y él habían jugado su partida de cartas hacía tanto tiempo. La ventana estaba cerrada. Douglas la forzó procurando no hacer ruido, golpeándola ligeramente con la palma de la mano.

Tony entrelazó las manos y aupó a Douglas. Éste se deslizó al interior de la casa y cayó sin ruido sobre el suelo alfombrado. Al cabo de unos instantes. Tony y Georges se reunieron con él. Subieron en silencio la amplia escalinata del vestíbulo como sombras en la pared, bajas y veloces.

Apostado en la puerta del dormitorio del general Belesain, había un centinela. Estaba sentado con las piernas abiertas y recostado contra la pared, sumido en un profundo sueño, con la pistola en el regazo.

Douglas le golpeó con la culata de su pistola en la sien derecha. El centinela se desplomó de lado.

- Ahora. –Con mucho sigilo giró el pomo de la puerta, que se abrió sin ruido. Despacio, muy despacio, empujó la puerta hacia adentro. Todo estaba en completo silencio. Entró.

Douglas miró hacia la cama, pero no distinguió el cuerpo del general. Dio un paso más, luego se detuvo en seco.

- Ah, eso es –susurró el general apenas a un centímetro de su oreja. Una pistola apuntaba a Douglas en el centro de la espalda.

- ¿Quién eres tú? ¿Un ladrón que ha entrado en la casa? Un loco, diría yo. Lo veremos enseguida. ¿Sabes?, te he oído porque tengo insomnio, ¿comprendes? Te he oído; lo oigo todo.

Douglas no se movió. No oyó ningún ruido proveniente de Tony o Georges, que estaban en el pasillo, apenas a medio metro de distancia. Una vela se encendió temblorosa y Douglas se quedó momentáneamente cegado cuando Belesain la sostuvo justo delante de su cara.

- Tú. –Belesain estaba claramente sorprendido-. No puedo creerlo, no tiene sentido. ¿Qué haces aquí?

Douglas no contestó.

- Ah, no importa, pues morirás de todas maneras. Si no te mato aún es para que me expliques un pequeño detalle. Hay cuatro centinelas. No puedo creer que los hayas puesto fuera de combate a todos tú solo.

- No lo ha hecho. –Tony golpeó el brazo de Belesain con la puerta. La pistola saltó por los aires. Dougls se volvió y golpeó a Belesain en el estómago.

El general llevaba puesto un camisón y ofrecía un blanco perfecto en la oscura habitación.

Georges traspasó el umbral y agarró a Douglas por el brazo.

- Ahora me toca a mí –y golpeó al general en la mandíbula con todas sus fuerzas. El general cayó a cuatro patas y se quedo así, jadeando y gimiendo suavemente.

- Ha engordado desde la última vez que lo vi –comentó Douglas.

- Podría ser tan delgado como un alambre y seguiría siendo un cerdo. –Georges escupió al general-. Escúchame, viejo canalla. Soy Georges Cadoudal y estoy aquí para vengarme. Tú abusaste de mi Janine. No sólo la hiciste prisionera, también la violaste y dejaste que otros hombres la violaran.

- Cadoudal –murmuró el general Belesain estúpidamente, mirando hacia arriba-. Dios mío, eres tú.

- Sí.

Tony miró al general con indiferencia; el miedo había hecho que el rostro de Belesain se volviera más blanco que su camisón.

- Tú decides, Georges. ¿Qué deseas hacer con él?

Douglas frunció en entrecejo. Esperaba que Georges no olvidara su promesa de dejar con vida al general. Pero no confiaba en ello. El rostro de Cadoudal delataba un dolor y una ira tan hondos que sabía no se iban a aplacar fácilmente.

- ¿Tu Janine, Cadoudal? –se burló Belesain-. Yo te digo que no era tuya. No tuve necesidad de forzarla. Le ofrecí favores, joyas, dinero y cosas parecidas y ella se entregó de buena gana a mí y a todos los hombres que entraron en su habitación. Todos le pagaron y ella...

Georges le propinó una fuerte patada en las costillas, e hizo que se cayera de lado.

- Eso no ha sido muy inteligente por su parte, general –terció Douglas-. Yo diría que ha sido muy estúpido. Acabemos con esto, Georges.

Tony vio que Georges sonreía a la luz de la vela. Era una mirada espeluznante.

- ¿Sabes qué le hacen a los cerdos, Douglas?

El general no se movió.

- No –contestó Douglas-, pero soy rápido aprendiendo.

El general chilló y trató de escabullirse a cuatro patas.

- Quieto viejo asqueroso, o te pegaré un tiro en la pantorrilla izquierda.

El general se detuvo; jadeaba con fuerza, tenía miedo. Había sido una estupidez insultar a Janine.

- Sé que eres un ferviente realista –probó Belesain cambiando de táctica-. Sé que quieres ver muerto a Napoleón, o en el exilio. Yo puedo ayudarte. Tengo información que te ayudará, yo puedo...

Georges le interrumpió enseguida.

- Oh, no, no la tienes, general. No tienes nada para mí. Te conozco, ¿sabes? Eres un burócrata gordo sin talento alguno, pero desgraciadamente con cierto poder. Eres un ser maligno, un parásito. Es cierto que odio a Napoleón, pero también odio a los locos como tú que sangran a los que los rodean y los torturan por pura diversión. Ahora ya basta. Mis amigos y yo no queremos permanecer aquí.

Entre los tres arrastraron al general escaleras abajo y lo sacaron al exterior de la bonita casa del alcalde.

Regresaron a la granja hacia las cinco de la mañana. Encontraron a Alexandra sentada, envuelta en una manta, sorbiendo una taza de café cargado. Frente a ella, en el suelo, estaba sentada Janine con las manos y los pies bien atados y cara de pocos amigos. Lanzaba maldiciones a voz en cuello y, en cuanto lo vio entrar por la puerta, se puso a gritar a Georges. Los tres hombres se detuvieron en seco con los ojos desorbitados.

- ¿Cómo lo ha hecho? –preguntó Georges a Alexandra, que parecía perfectamente, teniendo en cuenta que unas horas antes estaba pálida como una muerta.

- La he engañado –contestó Alexandra. Tomó otro sorbo de café con delicadeza-. Le he dicho que no me sentía bien y cuando se ha acercado a ayudarme, de mala gana, Douglas, la he golpeado y luego la he atado. Se lo merece por lo que te ha hecho, Douglas. Dime que lo entiendes.

Douglas se echó a reír sin poder evitarlo.

- Lo entiendo.

Janine chillaba en francés.

- No ha parado desde que la he atado, pero claro, como yo no hablo francés, no he entendido nada. No tengo la menor idea de lo que dice. Douglas, ¿me está insultando?

Douglas sonrió a su mujer.

- Probablemente empezó contigo. Ahora está insultando a tus nietos.

- En realidad –dijo Georges, mirando a su amante-, ahora está atacando con gran fluidez a todos sus antepasados y a todos tus animales de compañía.

- Creo –señaló Tony-, que deberíamos desatarla. Parece muy incómoda. ¿Qué dices tú, Alexandra? ¿Te parece que ya la has castigado bastante?

Alexandra tomó otro largo sorbo de café.

- Muy bien –convino al fin-. No deseo patearla, bueno sí, pero ahora no tengo fuerzas para hacerlo, pero quiero que sepa que soy mala, que no toleraré un comportamiento tan despreciable hacia mi marido. No volverá a intentar herir a Douglas nunca más. Nunca más.

Douglas se volvió y dijo algo rápido en francés a Georges. Éste y Tony se echaron a reír.

- ¿Qué has dicho? –quiso saber Alexandra, con tono suspicaz.
- He dicho –contestó Douglas muy despacio, sonriendo a su esposa-, que cuando hables bien francés, te lanzaré sobre Napoleón. Georges está de acuerdo conmigo en que ese corso advenedizo no tendría la menor oportunidad contigo.
- No estoy segura. –Alexandra frunció el entrecejo y añadió con voz preocupada-: ¿Sabes?, no me encuentro demasiado bien ahora mismo. ¿Cuánto tiempo me costará aprender ese endemoniado idioma? –Alexandra se interrumpió, abriendo mucho los ojos y mirando a Douglas-. Oh, cielos –dijo, y se desmayó.

La taza de café cayó al suelo. Janine dejó de escupir maldiciones. Tanto Douglas como Tony acudieron prestos junto a Alexandra.

- No tardará más de tres meses en parlotear en francés como un carretero. –Tony le puso los dedos en la garganta para tomarle el pulso-. Deja de temblar, Douglas, se pondrá bien. Es la excitación, nada más.

24

A las seis en punto los tres hombres y Janine Daudet llegaron al vasto campo del astillero que pronto estaría atestado de trabajadores, soldados, marinos, cocineros, prostitutas y vendedores ambulantes de todas las mercancías imaginables. Se ocultaron y aguardaron.

Permanecieron ocultos cuando se corrió la voz de que el cuartel general de Belesain había sido asaltado. Los centinelas fueron hallados heridos y maniatados y el general había desaparecido.

Se oyeron discusiones mientras los hombres traspasaban las amplias puertas. Entonces se hizo un completo silencio.

Al principio no había más de cincuenta hombres y mujeres; enseguida aumentaron a varios centenares que se quedaron silenciosos, mirando. Entonces empezaron a oírse risitas, conatos de carcajadas. Cada vez llegaba más gente. Las risas aumentaron. También las maldiciones del general y sus amenazas, que iban desde cortar brazos y piernas a arrancar lenguas y despellejar a todos los hombres y mujeres presentes. Los espectadores no le prestaron atención.

Un hombre gritó:

- ¡Dios santo, es un cerdo, un cerdo gordo como un general!

Una mujer aulló:

- ¡Mirad qué pequeña la tiene! ¡No es más que una salchicha diminuta!
- ¡Sí, y tiene la tripa bien repleta de toda la comida que enviaba a sus hombres a robarnos!
- ¡Un cerdo! ¡Un cerdo! ¡Mirad al cerdo!

Georges miró a Douglas y luego a Tony. Ya no tenía por qué esconderse y guardar silencio. El ruido se había vuelto ensordecedor. Se echaron a reír y se palmearon la espalda unos a otros. Janine Daudet estaba tan satisfecha que incluso abrazó a Tony.

El general Belesain estaba de pie sobre un cajón de madera. Atado firmemente a un poste, tenía los brazos tan atrás que obligaban a su espalda a arquearse, de modo que su grueso vientre sobresalía obscenamente. Iba completamente desnudo. Llevaba una orejas de cerdo que Georges había sustraído de un carnicero de la localidad atadas a la cabeza y un morro de cerdo sobre su propia nariz. El resto de su persona ya era lo suficientemente grasienta y rosada sin necesidad de aditamentos.

Sus hombres intentaron liberarlo, pero la turba se lo impidió. Aún no había acabado de divertirse con el general.

Finalmente Douglas les hizo señas de que debían partir.

- Te estás riendo. –Janine observó a Georges con cierto asombro-. No puedo creerlo. Tú nunca te ríes.

Cadoudal se puso serio de inmediato.

- No era mi intención. No ha estado bien por mi parte.
- Un hombre ha de reírse –declaró Tony-. Eso le devuelve la perspectiva; le hace comprender lo absurda que puede ser la vida.

Douglas no dijo nada. Sólo pensaba en su mujer. Alexandra había querido ir con ellos a toda costa, pero él no se lo había permitido. Estaba demasiado débil aún. Alexandra había insistido, pero él se había mantenido en sus trece. Ahora desearía haberla traído. Se hubiera divertido mucho.

Bien, se dijo el conde, tenía que sacarlos a todos de Francia y llevarlos de vuelta a Inglaterra.

Tres días más tarde, Douglas entraba en Northcliffe Hall con Alexandra en brazos y seguido de Tony.

Se produjo un alboroto semejante al de la mañana en que el general Belesain había quedado expuesto al escarnio, sólo que esta vez era un jubiloso alboroto de bienvenida. Douglas alzó la vista y vio a Melissande que bajaba la escalinata, más bella de lo que debería ser una mujer de carne y hueso, de una belleza que realmente quitaba la respiración, pero Douglas descubrió que sólo sonreía al mirarla. Melissande buscó a Tony con la mirada y, cuando lo vio, se recogió las faldas hasta las rodillas y corrio hacia él hasta caer en sus brazos.

- ¡Estas a salvo, maldito seas! –gritó a pleno pulmón-. Estaba tan preocupada, tan... –No dijo nada más, pues Tony la besó con fuerza.

Douglas seguía sonriendo. Miró a su esposa y vio que tenía lágrimas en los ojos. Inmediatamente le entró el pánico.

- ¿Te encuentras mal? ¿Qué te ocurre? ¿Te duele algo?

Alexandra sacudió la cabeza y se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

- Alexandra, dentro de dos minutos nos atacarán cincuenta criados, Sinjun y mi madre. Háblame.
- Es tan hermosa.
- ¿Quién? Oh, Melissande. Sí, lo es. ¿A quién le importa?

Alexandra se puso tensa en sus brazos.

- Vaya, aún estás celosa. –Douglas sonrió.
- ¡No, maldito seas!
- Ah, sí, lo estás, jovencita tonta. Dime una cosa, Alexandra. ¿Sabe hablar francés Melissande?
- No, los idomas se le dan muy mal, su acento es aún más atroz que el mío, pero pinta muy bien. Alex...
- Así que no habría podido intentar salvarme como lo has hecho tú.
- Eso no tiene que ver absolutamente con nada.

Douglas siguió sonriendo provocativamente.

- Me pregunto cómo se dirá eso en francés. Escúchame bien, Alex...
- ¡Me has llamado Alex!
- Sí, por supuesto. Si prefieres cariño, también lo oirás, sin duda. Y terca, y amada, y decidida, y maravillosa. Ahora escúchame. Creo que tu hermana es hermosa. No es nada nuevo. Pero no es Alexandra. No, ahora ya no importa. Lo que importa para Tony es que Melissande está mejorando a pasos agigantados bajo su cariñosa tutela. Como me dijo ayer Tony, un día no muy lejano, su carácter empezará a equipararse con su belleza.
- ¿De verdad, Douglas?
- ¿De verdad qué?
- ¿Amada?

Douglas la besó. Oyó unas risas y levantó la cabeza despacio. Sinjun estaba allí sonriéndole como una boba. Su madre apareció detrás con los labios apretados.

- ¿Dónde has estado, Douglas? –inquirió su madre-. ¿Qué está pasando aquí? Exijo saberlo ahora mismo. ¿Por qué la llevas en brazos?
- Enseguida, madre. En cuanto a mi pequeña, ha estado enferma.

- A mí me parece que está perfectamente. ¿Por qué va envuelta en una manta?
- Porque –contestó Douglas, acercándose a su madre- está desnuda.
- ¡Douglas! Eso no es cierto. –Alexandra llevaba un vestido de Janine Daudet, un vestido horrible en realidad. Sin duda había sido la venganza de Janine por el porrazo que le había pegado Alexandra. No obstante, los pies desnudos asomaban por debajo de la manta. Douglas no había querido detenerse para comprarle zapatos. Ella no había protestado. Era muy agradable que su marido la llevara en brazos.
- Sí, pero si ella cree que estás desnuda, conseguiré escapar contigo mucho antes.
- ¿Qué ha ocurrido? –preguntó Sinjun.
- Hablaremos de eso después. –Douglas se dio la vuelta y levantó la voz, diciendo-: Estamos todos sanos y salvos y hemos vuelto a casa para quedarnos. Gracias a todos por preocuparos.

Los sirvientes soltaron sus vítores. Hollis permaneció cruzado de brazos orgullosamente. Alexandra se sintió aliviada. Tal vez todo saliera bien. Tal vez incluso su suegra acabaría aceptándola. Tal vez Douglas la amaba realmente. Quizá.

Douglas la llevó a su dormitorio. La besó y luego la sentó en el borde de la cama.

- Sin duda ahora mi madre cree que eres una mujer de conducta licenciosa, que ha quemado sus ropas para comprometerme. Le diré que ya estoy completamente comprometido, que me has seducido una y otra vez y que me he acostumbrado, que no puedo vivir sin tus encantos ni tu compañía. No te queda nada más por hacer.

Alexandra tenía la vista fija en su marido, estaba quieta, sentada con las piernas colgando sobre la cama, llevando el vestido de Janine que era demasiado largo y le estaba grande.

Se humedeció los labios.

- ¿Me amas, Douglas? ¿Aunque sólo sea un poco?
- Quizá –contestó él.

Douglas fue al dormitorio de Alexandra y volvió con un camisón.

- Vamos, te pondremos esto. Ahora necesitas descansar.

Le quitó el vestido por la cabeza y se quedó mirándole los pechos, luego tragó saliva y le puso el camisón de fino hilo pasándoselo por la cabeza.

- Ya está. –La metió en la cama y luego se sentó junto a ella para arreglarle el pelo sobre la almohada mientras decía con aire pensativo-: Nuestro matrimonio no ha sido fácil hasta ahora. ¿Crees que tal vez podrías moderar tus acciones? ¿Tal vez pensártelo dos veces antes de cometer una nueva locura? ¿Como huir de mí y ponerte enferma? ¿O dejar que te secuestren y te lleven a un país extranjero? ¿Como intentar salvarme cuando eres tú la que corre peligro?

Alexandra lo miró, totalmente quieta mientras él seguía arreglando sus cabellos artísticamente sobre la almohada.

- No lo sé –dijo por fin-. Eres muy importante para mí, Douglas.

A Douglas le gustó cómo sonaba eso. Se inclinó y le besó la punta de la nariz.

- He decidido que, si te mantengo en la cama, digamos, tres horas al día, por no mencionar las noches, claro está, tal vez estarás demasiado ocupada en mí o demasiado ocupada recuperándote de nuestros encuentros amorosos para hacer que me salgan canas.

- ¿Y tú también estarías demasiado ocupado recuperándote de nuestros encuentros amorosos?

- Nunca lo bastante para dejar de pensar en la siguiente ocasión en que te arrastraré hasta la cama y me ocuparé de ti. En realidad ocupas ya la mayor parte de mi pobre cerebro.

Douglas frunció el entrecejo mientras ella permanecía silenciosa.

- Y no sólo te arrastraré hasta la cama para hacerte el amor. Creo que también te arrastraré hasta las cuadras, el suelo de la biblioteca o esa suave alfombra que hay frente a la chimenea. Quizá también a la salita del desayuno, mientras el sol baña nuestros cuerpos sobre esa antigua mesa. Podrías agarrarte a ese horrible centro de mesa mientras te hago gritar...

Alexandra se echo a reír y le dio un empujón amistoso en el brazo.

- Dime que me amas, Alexandra.

- Te amo, Douglas.

- ¿Estás de acuerdo en que un hombre necesita oírlo cada día de su vida?

- Estoy completamente de acuerdo.

- Bien, ahora quiero que descanses. Yo iré a ver a la familia y censuraré un poco nuestro relato, a menos que Sinjun haya conseguido sonsacar ya a Tony, y me enteraré de todos los chismorreos más recientes para contártelos luego.

La besó en la boca. Pretendía darle un suave y dulce beso, pero Alexandra le rodeó el cuello con los brazos, lo estrechó contra ella y separó los labios.

- Fuiste a buscarme –dijo muy cerca de su boca-. Estabas preocupado por mí.

- Naturalmente –respondió él, besándole la nariz, los labios y la barbilla, llenándola de su cálida respiración-. Eres mi esposa, te tengo afecto, e incluso diría que el amor tiene mucho que ver en ello. ¿Estás ya satisfecha?

- ¿Sabes que una esposa necesita oír eso cada día de su vida?

- No me sorprende. No, en absoluto. –Volvió a besarla, la arropó y la dejó sola para que descansara.

Dos semanas después, al anochecer, Douglas entró en el dormitorio común. Alexandra levantó la vista de su costura, sonriendo automáticamente. Dios, cómo le amaba.

- ¿Qué llevas ahí? –inquirió, intentando no parecer atontada.

Douglas tenía el entrecejo fruncido.

- Tenía que saberlo –declaró más para sí mismo que para ella-. Tenía que saberlo, así que he ido a registrar el dormitorio de Sinjun. –Depositó sobre el regazo de su mujer los objetos que había encontrado en el fondo del armario de Sinjun.

Alexandra emitió un grito sofocado.

- ¡Es una peluca! ¡Dios mío, parece el pelo de la novia virgen! ¡Y este diáfano vestido! Douglas, no querrás decir que, no, claro que no, yo...

- ¿No puedes creer que Sinjun sea nuestro fantasma? Es evidente. Sí, no cabe la menor duda. Aquí están las pruebas.

Alexandra se puso a pensar con gran concentración, intentando recordar cuándo había visto el fantasma por primera vez. Lo recordó enseguida. Sinjun se hallaba en Londres. No se había equivocado. Iba a decírselo a Douglas cuando vio que su marido tenía la mirada perdida en las ventanas que daban al este. Estaba

pálido. Parecía tenso y tenía la espalda y los hombros rígidos. Alexandra no dijo nada.

Finalmente Douglas se volvió.

- Fue Sinjun todo el tiempo. Sólo era mi hermanita jugando a ser un fantasma porque quería provocar jaleo y divertirse a costa nuestra.

Alexandra meneó la cabeza y abrió la boca para decir algo, pero Douglas levantó una mano.

- Sí, fue Sinjun, nada más; no hay nada extraordinario, nada fantasmal. Era un ser humano vivo, no un fantasma flotante, ni una criatura que no hablaba pero se oía mentalmente. No, nada de eso. Ésa es la verdad. Es muy importante que sea la verdad y ha de seguir siéndolo. Dime que lo entiendes, Alexandra.

- Lo entiendo.

Douglas la besó, volvió a erguirse y dijo, mirando la peluca y el vestido:

- He decidido no decirle nada a Sinjun, no deseo oír sus protestas de inocencia. Quiero que este asunto se olvide por completo. No, no discutas conmigo. Estoy decidido. ¿Me entiendes?

- Te entiendo.

- Al contrario que mis encomiados predecesores, yo jamás escribiré nada sobre esa maldita novia virgen, pese a que me fue de gran ayuda... en mi mente, claro está, sólo en mi mente, por supuesto, en realidad no era material ni nada que se hubiera materializado. Y dado que voy a quemar estos accesorios de Sinjun, no habrá más apariciones de esa joven dama fantasmal. Nunca más. Nadie tendrá una sola palabra que escribir al respecto en absurdos diarios en el futuro. Así es como debe ser. No aceptaré que me lleven la contraria. ¿Me has entendido, Alexandra?

- Te he entendido.

- Bien –concluyó Douglas, volviéndola a besar. Salió con la mirada de Alexandra fija en él.

Alexandra sonrió, meneando la cabeza, luego volvió a su costura.

FIN